# Invítame a SOÑAR

Noah Evans



# Prólogo

“Impecable“, era el único consejo que le había dado su padre para la entrevista. Su primera entrevista de trabajo quitando la entrevista de becaria que tuvo que pasar los meses anteriores.

El resto lo tenía hecho, un curriculum llamativo, un Mast er en Londres y prácticas en una gran empresa. Solo lamentó no poder incluir un premio fin de carrera, estuvo cerca, muy cerca. Tres años de trabajo duro tirado por un cuarto año de grado mediocre a causa de problemas personales que prefería no recordar.

U n almacén en una gran nave a través del cual se accedía a las oficinas en la planta superior. Suspiró al entrar, no estaba del todo nerviosa, no temía a las entrevistas pero se había empeñado en que tenía que conseguir el puesto.

Encontrar trabajo no será difícil para ella de otro modo. Era hija única del director de un concesionario de coches de lujo, y eso se traducía en tener contacto directo con gerentes y dueños de grandes empresas. Pero quería hacerlo por sí misma.

“Impecable” le había vuelto a rep etir su padre, un licenciado en empresariales que había conseguido alcanzar un puesto de responsabilidad, sabía bien de lo que hablaba cuando le daba consejo sobre relaciones empresariales.

Su madre, enfermera de cuidados intensivos, sin embargo, solo le deseó suerte.

La empresa la conocía, tenía una cadena de tiendas con horarios de apertura especial, de las que abrían temprano y cerraban a las doce, de lunes a domingo, en el que podías encontrar perfumería, prensa, regalos, artículos de papelería o decoración, estaban repartidas por toda la provincia de Málaga y continuaba su expansión por el resto de ciudades de la comunidad autónoma.

Tal y como entró en el gran almacén en el que varios hombres trabajaban con maquinaria, encontró unas escaleras que la llevaban hasta la oficina. No preguntó a nadie, entró decidida sin saber si acabaría en los cuartos de baño o en un descansillo sin salida. Pero iba sumida en sus propios pensamientos repasando el resumen de su corta vida laboral.

En la recepción había una chica que en cuanto la vio, se despegó los auriculares de una de sus orejas.

—¿Vienes a la entrevista? —le preguntó antes de que pudiera darle los buenos días.

*Los modales no los llevamos bien por aquí.*

Martina asintió.

La chica se puso en pie y le señaló la puerta del departamento de personal.

—Ahora mismo están con otra candidata, espera cerca de la puerta —le indicó.

Martina le sonrió ampliamente y le dio las gracias, lo cual obligó a la muchacha a sonreírle también.

Siguió el camino señalado sin intentar reparar demasiado en lo que tenía a su alrededor. Mesas llenas de trabajadores, teléfonos que sonaban, voces que se entrelazaban formando el murmullo típico de una oficina. Se sentía observada, algo que no le sorprendía. La mañana sería un ir y venir de candidatos, quizás varias mañanas habían visto pasar a posibles nuevos compañeros y eso en una rutina de trabajo monótona, era toda una novedad.

Miró de reojo a una de las empleadas, una chica con camisa roja y gafas de aro doradas, de

sonrojadas mejillas y pelo rizado, le sonrió al pasar. Martina le devolvió la sonrisa por cortesía. No se detuvo muy lejos de ella para esperar su turno frente a la puerta del departamento de personal.

El olor a impresora tóner, madera de pino y a cableado caliente de ordenador, la hizo sentir que estaba en una empresa más de tantas otras, donde se sentía segura y respiró tranquila.

Un grupo de jóvenes estaban agolpadas cerca de un perchero, bolsos al hombros, regresaban del desayuno, supuso, y repararon en ella.

Martina se giró y les dio la espalda para evitar incomodidad. Cuando su padre le dijo “impecable” hizo caso al pie de la letra. Y su atuendo no dejaba de ser llamativo a pesar de no haberse pasado a lo excepcional.

*Aunque quizás me haya pasado, sí.*

Estiró el brazo sobre el bolso para tapar las iniciales CH grabadas en todo su esplendor, diseñadas para precisamente eso, que se vieran. Lo había cogido del armario de su madre, ella no solía utilizarlos tan grandes, pero tenía que llevar demasiados documentos que no cabrían en uno de los suyos.

Pasados unos minutos ya no sabía qué postura adoptar, más grupos de empleados la observaban y la incomodidad estaba llegando a agobiarla. Al fin la puerta se abrió. Una joven salió de ella.

Martina se asomó, un hombre con escaso pelo cano y bigote la invitó a pasar.

# Martina

Lo había conseguido por sí misma, sin ayuda de ningún contacto de su padre. Antes de llegar a casa después de la entrevista, la llamaron para ofrecerle el puesto.

El jefe de recursos humanos que la había entrevistado le había dicho que la empresa solo tenía unos cinco años de vida, cosa que le había sorprendido, dada la expansión y el buen funcionamiento en tan poco tiempo.

Su puesto no estaba totalmente claro. Al parecer tendría que dar soporte al departamento de Recursos Humanos pero no descartaban que tuviera que trabajar en Administración y contabilidad. Buscaban una especie de bisagra para la empresa y ella era la candidata ideal.

“Lo conseguí” le había escrito a su mejor amiga, Carolina, a través del whatsapp. Un contrato eventual de dos meses eran suficientes para demostrarle a su padre de que era capaz de hacer las cosas por sí misma.

El horario laboral era f antástico, de ocho a tres de lunes a viernes, salvo los martes, que además trabajaría de tres y media a ocho y media para completar las cuarenta horas semanales.

Había colocado el vestido que se pondría en una percha tras la puerta.

El primer día siempre infundía respeto. No solo por el nuevo reto a enfrentarse, sino también a nuevos programas informáticos, jefes y compañeros.

Se aproximaba el verano y había escogido un fino vestido de una tela peculiar de manga larga color marfil, que combinaba bordados sobre encaje. Elegante, fino, pero tan moderno como para que pudiera llevarlo una joven de veintitrés años un día cualquiera y que su elegancia y buen gusto pudiera ofender a los que la rodearan. Una de las reglas que le había enseñado su padre, hombre recto y de normas estrictas donde las hubiese. En el trabajo tenía que ser la perfección en todo los sentidos.

Carolina le había enviado un “buena suerte”. Carolina no era de su grupo de amigas de toda la vida, la conoció tiempo atrás, cuando salía con Guillermo. Carolina y su novio, Sergio, eran la pareja con la que solían ir juntos a todas partes. Parejas de amigos que comienzan relaciones juntos, hacen planes juntos e incluso puedes imaginarte en un futuro en quedadas de familia, con hijos de la misma edad. Pero esta vez una de las dos parejas truncó y la otra salió adelante.

Guillermo se alejó de ellos, pero Martina siguió su relación con Carolina. Al principio era difícil estar con ellos sin Guille, pero acabó acostumbrándose. Realmente acabó acostumbrándose a todo, a que Guille siguiera con su vida, a que a veces se lo cruzara por la calle e incluso a que a veces fuera acompañado.

Guille era ya su segundo ex, la ruptura de una relación no era nuevo para ella. Era ya la segunda vez que la dejaban por razones absurdas, cuado realmente lo que ellos querían era seguir de juerga en juerga sin tener una relación seria, y lo intentaban maquillar con un “somos demasiado jóvenes” en el primer caso o un “aún tengo que hacer muchas cosas en la vida como para atarme” en el segundo.

*Y tanto que tenías que hacer cosas. Follar con toda la que puedas. Anda y que os den por el culo a todos los tíos, que estoy mejor sola.*

Carolina sin embargo no tuvo el mismo problema con Sergio, a ellos les iba realmente bien e incluso pensaban en casarse en un tiempo no muy lejano, a pesar de ser tan jóvenes.

Se peinó y maquilló lo mejor que pudo, a pesar del sueño. Tardaría unos días en acostumbrarse al horario. Se vistió y cogió su coche hasta el polígono industrial en el que se encontraba la nave de su oficina.

Había llegado temprano pero ya se encontraba abierta, pues el almacén estaba abierto desde las siete. Reparó en que se podía acceder al piso superior a través de un ascensor pero prefirió las escaleras.

La recepción estaba aún vacía, Martina se dirigió hacia el departamento de personal para buscar a Rogelio, el jefe de Recursos Humanos y el que le había hecho la entrevista. Este ya se encontraba allí.

La saludó con un "Buenos días y se levantó de su sillón para dirigirse hacia ella.

—Allí están los percheros y de momento tu mesa será esta —en una esquina, junto al pasillo central—, aunque trabajes en mi departamento, como tendrás que hacer otras cosas también, estarás mejor en el departamento de administración y contabilidad. Además aquí sois todas mujeres, estarás de maravilla.

*No sé qué decir. Por desgracia a veces las mujeres somos las peores enemigas de nosotras mismas.*

—Ahí en frente tienes el departamento comercial y ese de ahí pequeño es el de marketing. Tras las mamparas hay una pequeña oficina, es donde está el informático, por si tu ordenador te da problemas. Ven, voy a presentarte a Carmen, la jefa de Administración.

Junto al grupo de mesas donde había ubicado a Martina había un despacho cerrado. Rogelio llamó a la puerta, se oyó una voz dentro. El hombre abrió la puerta.

Una mujer de abundante pelo rizado castaño se acercó a Martina.

—Bienvenida —le dijo y Martina sintió como la jefa de Administración la inspeccionaba con interés.

—¿Ha llegado ya Héctor? —le preguntó Rogelio a Carmen mientras Martina observaba que la mayor parte de los empleados habían llegado y se colocaban en sus puestos.

Pudo ver entre ellos a la chica de la camisa roja del día anterior, que esta vez llevaba una camisa color mostaza.

—Sí, tiene que estar en su despacho, pero después del viaje tiene que estar atareado...

El tono de voz de Carmen hizo que Martina atendiera a la conversación. Carmen se dio cuenta en seguida de la reacción de Martina y esta no supo cómo identificar la expresión de Carmen.

*Jefa de administración, pero me da la impresión de que aquí el cotarro completo lo maneja esta.*

Rogelio se despidió con la mano y cerró la puerta dejando a Carmen nuevamente en su mesa, repleta de papeles y con el teléfono sonando.

Siguió a Rogelio por la oficina mientras él le explicaba dónde estaba el baño, la sala de descanso y la salida de emergencia. Le presentó a algunos empleados que se cruzaban con ellos y llegaron hasta la puerta de un nuevo despacho cerrado.

Martina observó que ahora la mayor parte de los empleados los observaban. Rogelio se giró hacia ella antes de abrir la puerta.

—Ahora vas a conocer al artífice de todo esto —le dijo en un susurro.

*El jefe supremo.*

Aquello logró que a Martina casi le temblaran las piernas. Rogelio abrió la puerta.

—¿Tienes un momento? —lo oyó preguntar —quiero presentarte a la nueva compañera.

—¿Ya la encontraste? —oyó su voz y ahora sí que le temblaron las piernas. Esperaba a alguien que le recordara a su padre, sin embargo la voz era de un hombre no mucho mayor que

ella. La sorpresa y el desconcierto la lograron poner nerviosa. Detestaba tener superiores de su edad y por ende con poca más experiencia. Ya Carmen tampoco le había hecho mucha gracia, ni siquiera llegaría a los treinta. Le gustaba tener en el trabajo a algún referente de trayectoria del cual aprender, y juventud y experiencia no eran compatibles.

La puerta se abrió al completo.

*Madre del amor hermoso.*

Y sentado tras aquella elegante mesa de diseño, muy diferente a la de los otros directivos de la empresa, encontró la posible respuesta al por qué de los numerosos cuchicheos de las féminas que oía mientras esperaba tras Rogelio.

Héctor se puso de pie en seguida en cuanto vio a Martina, rodeó la mesa y se acercó a ellos. Martina entró en el despacho tras Rogelio.

—Ella es Martina —la presentó Rogelio—, tiene un currículum impecable.

Héctor sonrió y Martina le devolvió la sonrisa por inercia.

*De dónde ha salido este hombre, por favor.*

Martina tomó aire y le tendió la mano. Héctor pareció sorprendido con el gesto y le tendió también la mano, que Martina le estrechó con más fuerza de lo que lo solían hacer las mujeres, según siempre consejo de su referente, "papá". Y el olor acanelado del perfume de Héctor llegó hasta ella, que unido al excesivo calor de su mano, la hicieron querer apartarse enseguida, pero se mantuvo decidida.

—Bienvenida a la empresa. Espero que la suma sea en beneficio de todos.

*A la empresa no lo sé, pero a la vista seguro que sí.*

—Espero que sí, haré todo lo posible —respondió ella dejando de hacer presión con su mano y soltándolo.

Rogelio preguntó algo a Héctor y este se dirigió hacia su mesa para darle unos papeles. Martina aprovechó para mirar a través de la puerta, pudo ver a algunas curiosas intentado ver qué ocurría dentro.

*Esta oficina va a ser muy divertida, estoy segura.*

Deseando estaba de llegar a casa y comentarlo en el chat de las chicas o a Carolina. Entonces recordó a la recepcionista y lo seca que fue al recibirla.

*Y esto que tiene este jefe, anda que si tuviera el que yo tuve durante la beca. Guapo, inteligente y posiblemente rico, tiene que tener a media oficina enamorada.*

Intentó disimular su sonrisa.

—Ahora te lo traigo —le decía Rogelio a Héctor—. A ver si empiezas a considerar buscarte una secretaria.

*Voluntarias no le faltarían.*

Volvió a disimular su sonrisa. Sin embargo la imagen de su padre llegó hasta su mente.

*Si mi padre pudiera oír mis pensamientos…todo lo que me ha enseñado al garete. Marujeando con el pensamiento el primer día de trabajo.*

Pero no podía dejar de imaginar el ambiente en una oficina mayoritariamente femenina con un jefe que parecía salido de un anuncio de televisión.

*Impecable.*

Quizás él sí representaba a la perfección lo que siempre solía enseñarle su padre.

*Quizás aprenda más de lo que en un primer momento he pensado.*

Se giró dando la espalda a Héctor y Rogelio, y se dispuso a salir fuera.

*Ni hablar, Martina. Tienes que centrarte en el trabajo.*

Salió del despacho y los dejó dentro mientras seguían debatiendo sobre algún tema. En

seguida sintió decenas de ojos sobre ella, se concentró en sus propios zapatos, color chocolate con leche, en los dibujos que hacían los bordados en el encaje de su vestido.

*Dos meses de contrato para hacerlo lo mejor que pueda, nada más.*

Rogelio salió a los pocos minutos y siguió enseñándole las instalaciones. Bajaron al almacén, allí, al contrario que arriba, era todos hombres. Le presentó al jefe de almacén. Camiones salían y entraban y el ruido era muy molesto. Allí Martina tampoco pasó inadvertida, pero quizás ella estaba más acostumbrada a aquél tipo de miradas y no le daba importancia.

Ella sabía que siempre fue agradable a la vista de los hombres, algo que parecía ofender a algunas mujeres. El tiempo le había hecho aprender que esas mujeres que se sentían ofendidas no eran de fiar y que el hecho de que los hombres la admiraran no tenía importancia. Tener un cuerpo con curvas o una cara bonita, no tenía ningún valor que añadirle como persona ni aún menos como profesional.

Recordó a su abuela, mujer octogenaria ya, y la persona más sabia que conocía: "Por desgracia en esta vida ser así es un defecto. Todo lo que consigas tendrás que ganártelo como cualquier otro y para los demás tendrá menos valor, porque siempre dirán que lo tuviste fácil, que te lo dieron porque eres guapa, o porque alguien de arriba se enamoró de ti."

La abuela Lola, la persona a la que más quería del mundo. La cuidó en la infancia mientras sus padres trabajaban, casi vivía con ella, prácticamente, ya que su madre pasaba algunas noches en el hospital y su padre viajaba continuamente.

"Por desgracia vivimos en un mundo superficial. Las personas se acomplejan por ser feos, flacos, gordos, demasiado altos o bajos, pero nadie se deprime por ser demasiado imbécil". Solía decirle la abuela Lola.

Le había enseñado tanto de la vida que no se imaginaba vivir sin las largas horas del café con ella. Le enseñaba cómo identificar a las que ahora llamaban los especialistas "personas tóxicas" y a en qué tenía que fijarse verdaderamente a la hora de elegir a un compañero de vida, como lo llamaba ella.

Volvieron a la planta superior y Martina ocupó su puesto. Rogelio le explicó el funcionamiento de algunos programas básicos, con alguna particularidad y sus primeras funciones. En cuanto Rogelio comprobó que podría arrancar sola, la dejó y se fue a su despacho.

Martina miró a su alrededor, la chica de pelo rizado y camisa mostaza estaba en una mesa a tan solo medio metro de ella. Martina le sonrió.

—Bienvenida —le dijo y Martina le dio las gracias—, mi nombre es Eli. En un rato salimos a desayunar, vente con nosotras.

Martina no supo qué responder, acababa de sentarse en su puesto, le parecía un descaro salir a desayunar, simplemente sonrió.

—Mi nombre es Martina —le respondió.

Eli miró a su ordenador y rió. Aquello desconcertó a Martina. No era una risa malévola, sentía que la chica era lo más agradable que podía encontrar en aquel lugar, sin contar con el dueño de la empresa. Y pensó que fue una suerte que no la pusieran lejos de ella.

A pesar del ruido, pudo concentrarse y se adentró en programas y números, y cuando se dio cuenta había acabado las nóminas que le había mandado hacer Rogelio. Se levantó y se dirigió hacia su despacho, se cruzó con Carmen que le hizo un gesto que no supo cómo interpretar.

*Lo mismo cree que soy una torpe y voy a que me lo vuelvan a explicar. Ay, abuela Lola.*

Con el rabillo del ojo pudo ver cómo la puerta del despacho de Héctor se abría, a unos metros de ella hacia la izquierda, pero apartó la mirada para no parecer descarada.

—Rogelio, esto ya está. Échale un vistazo .

Se las puso en la mesa.

Rogelio arqueó las cejas y las inspeccionó. Se encogió de hombros. —Perfectas —le respondió—. Firma esto y te vas a desayunar. Cuando vuelvas sigues.

Le tendió el contrato. La parte de Héctor ya estaba firmada. *Héctor Lara.*

Firmó su parte como trabajadora.

*Martina Vega.*

Se llevó unos papeles para continuar con el trabajo después del desayuno y los puso en su mesa. Se fijó que el de spacho de Héctor estaba abierto. Carmen estaba dentro y hablaba con él.

Eli ya estaba de pie.

—¿Te vienes entonces? —no estaba sola, cuatro chicas más la acompañaban.

—Claro que sí —cogió su bolso.

Se fijó que el resto de mesas aún estaban ocupadas y que las chicas las observaban marcharse.

*Vale, ya me puedo hacer una idea del ambiente, hay bandos, como en la mayoría de trabajos. Mala cosa.*

Al final de la calle había una cafetería según les decían las chicas. Eli llevaba ya casi dos años en la empresa, Luna, otra de ellas, año y medio. Irene y Geli acababa de cumplir el año y Luisa, la más antigua, tres años y medio.

Parecían simpáticas, agradables, sin maldad. Pero Martina sabía que las primeras impresiones nunca eran fiables.

La recepcionista estab a ya sentada en una de las mesas, hablaba con otra chica mientras removía el café con una cuchara. Ni las miro cuado pasaron por su lado.

*Es así con todo el mundo por lo que veo.*

Ya sentadas y con sus respectivos desayunos frente a ellas, empezó lo que Martina más temía. Una radiografía personal que no supo cómo eludir, tampoco tenía nada que ocultar. Tenía estudios, idiomas, no mucha experiencia y provenía de una familia sin problemas económicos, aunque esto ya lo supondrían por su vestimenta.

Martina era la más joven de todas ellas, que superaban los veintisiete. La pusieron al día tanto como pudieron, les dieron sus teléfonos y les contaron algunas cosas de la empresa.

Carmen, la jefa de administración y Rogelio, estaban desde el principio, ellos junto a un tal Emilio, el director de marketing y Alicia, la hermana de Héctor, emprendieron la empresa.

Héctor era accionista único, sin embargo. Joven como había podido apreciar Martina, en ese año cumpliría los veintinueve, le confirmaron. Alicia era la antigua jefa de administración y por lo que contaba Luisa, fueron los mejores años de trabajo, pero fue madre por segunda vez y cogió una excedencia, entonces Carmen ascendió y con su ascenso, las exigencias.

Héctor solía viajar mucho así que realmente la oficina era dirigida por Rogelio y Carmen, sus manos derecha e izquierda.

Le dejaron caer que Héctor era soltero y que desde unos nueve meses atrás sin compromiso conocido, algo a lo que Martina intentó no reaccionar.

—Imagínate, montar un negocio y forrarte antes de los treinta —dijo Geli —¡Qué pasada!

Le dieron a Martina los números que manejaba la empresa, que estaba en plena expansión y que la idea de Héctor era extenderse por el resto de comunidades y por Portugal.

—Así que si lo haces bien seguramente te quedes —le dijo Geli—. Va a hacer falta mucha gente.

Martina se encogió de hombros.

—Lo mejor que pueda.

—Intenta llevarte bien con Carmen —le dijo Luisa—. Es una de las reglas para quedarte. Con

Rogelio no tendrás problemas y con Héctor menos. Es encantador.

*Encantador de serpientes, imagino.*

—Pero cuando alguien empieza a tener problemas con Carmen, se reúnen los tres y va fuera.

Martina arqueó las cejas. Conocía su carácter, era tranquila, no solía dar problemas, pero si algo había aprendido bien de la octogenaria Lola, era a actuar según sus convicciones y a hablar claro, y eso, mucha gente con complejos escondidos no lo aceptaba bien.

*Y no sé cómo lo llevará Carmen.*

Era exactamente eso, conocer realmente a las personas según sus reacciones a ciertas situaciones, cuando una empleada joven e inexperta presenta una alternativa mejor que la filosofía tradicional de la empresa. Y eso gana la enemistad de los trabajadores arraigados y pelotas, que en ambos casos suelen ser numerosos y por otro lado, activa la inseguridad de los jefes, que suele tener malas consecuencias siempre.

Ya lo experimentó durante su tiempo de becaría y a pesar de llevar recomendación resultó ser una molestia.

Martina vio a otro grupo de empleadas sentarse en una mesa doble, entre ellas estaba Carmen.

*Estos son los arraigados y pelotas, supongo.*

Héctor entró también, Carmen lo detuvo cuando pasó junto a su mesa, pero apenas fueron unos segundos, en seguida él se sentó solo en una pequeña mesa junto a la pared.

—Tiene mucha familia contratada, primos y eso —dijo Eli—, son los que suelen llevarle las tiendas. Esos son los intocables. Alicia viene mucho a vernos, ya la conocerás. Se le echa de menos.

Martina tenía a Héctor a su derecha, parecía entretenido con su movil. Tenía el pelo oscuro y corto, una cara afilada y varonil pero elegante y sus ojos eran castaños con un ligero tono miel verdoso, como pudo apreciar cuando le estrechó la mano.

Martina bajó la cabeza para que su abundante pelo cayera a ese lado de su cara y no pudiera verlo. Prefería no mirarlo, cuando lo miraba le sobrevenía una sensación extraña, una especie de interés en observarlo que podia hacerla perderse en su curiosidad y que el resto se diera cuenta. Pero era consciente de que a sus compañeras también les ocurría, por lo que había podido observar, a la mayoría.

Se levantaron para marcharse y Héctor reparó en ellas. Él les sonrió y les saludó con la mano.

Martina hizo una especie de mueca, se sintió estúpida por el simple saludo, un bochorno que esperaba que no se le notara en la cara. Pagó su desayuno y siguió a sus compañeras.

*A veces soy estúpida.*

Cierto, su padre la había preparado para

tempestuoso océano que era una empresa saberse mover en el y su abuela la había preparado para soportar las bofetadas y los golpes de remo que le pudiera dar la vida. Pero cuando Héctor sonreía su mandíbula se ensanchaba formando una preciosa sonrisa y sus ojos brillaban hasta con la triste luz de la cafetería y ni la abuela Lola, ni su experimentado padre, le habían enseñado a lidiar con algo como eso y no aparentar ser una imbécil..

*A lo mejor esto no va a ser tan divertido como esperaba.* Lo único que la consolaba era que decían que Héctor solía viajar mucho y solo tendría que lidiar con Rogelio y Carmen, el primero manejable y la segunda un alfa, como lo era ella misma. Pero prefería diez Cármenes en fila india que a tan solo un Héctor frente a ella.

Volvió a sentarse en su mesa y se perdió en la pantalla del ordenador.

Terminó tres minutos pasadas las tres de la tarde de todo el trabajo que le había dado Rogelio,

se lo entregó y se despidió de él hasta el día siguiente. Se giró con rapidez para salir del despacho pero encontró a Héctor ocupando la puerta. Martina se sobresaltó y casi se estampó contra él. Héctor la sujetó por los brazos para que no chocaran.

—Venía a preguntar cómo te había ido tu primer día —dijo soltándola enseguida, miró a Martina sonriendo y luego a Rogelio, sin darle importancia al torpe encontronazo.

—Para ser el primer día, me tiene sorprendido —respondió Rogelio riendo.

*Esperabais menos.*

—No esperaba menos viendo tu curriculum —dijo Héctor y Martina frunció el ceño.

*Como si pudieras escuchar mis pensamientos. Espero por mi bien que no.*

—La verdad es que muy muy bien —añadió Rogelio.

Héctor miraba a Martina esperando a que dijera algo.

*Ya podríais hablar de esto sin que yo estuviese delante. Qué incómodo, por favor.*

—Me alegro —respondió al fin mientras los dos la miraban con interés—. Mañana más, espero seguir sorprendiendo para bien.

Rodeó a Héctor para salir del despacho. Ahora encontró de frente a Carmen, un encontronazo algo más desagradable pero más cómodo.

—Hasta mañana —le dijo y se dirigió hacia el perchero donde tenía el bolso.

El tráfico camino a casa era tan denso como esperaba. Tenía la comida preparada, Casi, la empleada de sus padres había hecho sopa de verduras y un bistec de pollo de segundo. Descansó un rato, se puso al día con las noticia de la televisión y con las de sus grupos de whatsapp. Por la tarde una sesión de zumba y otra de pilates la hicieron relajarse. Se dio una ducha y estuvo un rato en la sauna, intentando aclarar sus ideas.

A pesar de que en un principio estuviera deseando de contar a sus amigas lo del ambiente en su nuevo trabajo y su jefe peculiar, no tenía ánimo de hacerlo. Intuía que todo no iba a ser tan fácil y divertido como parecía, sino más bien todo lo contrario.

La abuela Lola tampoco podría hacer nada por ella, de momento, así que solo les dijo a todos, incluidos padre y madre, que todo había ido de maravilla. Sin embargo se sinceró algo más con Carolina.

A Carolina en cambio sí pareció gustarle todo lo que le contaba, pero Martina supuso que desde fuera, como en las novelas, todo se ve más divertido, pero cuando te tocaba en primera persona era muy distinto.

Ya solo quedaba jueves y viernes y tendría dos días para asimilar todos los cambios en su vida, así que tomó aire y se prometió llevarlo lo mejor posible.

# Carolina

—Llevo cuatro semanas allí y parecen meses —le decía Martina mientras tomaba la primera cucharada del helado de Nutella.

Carolina rió.

—En serio, por qué te preocupas tanto. Te va fenomenal.

—¿Fenomenal? —respondió Martina mientras Carolina seguía riendo—. Estoy conectando de maravilla con mis compañeras de administración, con cinco, son fantásticas. El problema es que estoy en el bando equivocado, el otro bando tiene de parte a la jefa y yo me conozco. No soporto las injusticias.

—Y temes que te echen…

—No, mi padre jamás se decepcionaría por eso, al contrario, soy igual que mi abuelo y que él, y en el fondo eso le encanta. Aunque me despidieran por un motivo así, estaría orgulloso.

—En el fondo no conoces realmente a tus compañeras, no tienes que…

—Carol… me da lo mismo. Carmen es una estúpida, trata mal a Eli, ¿sabes por qué? Porque se siente con poder…, porque le han dado un carguito y se cree la reina Cleopatra y sabe que Eli necesita el puesto. Su padre está en paro, tiene una ayuda familiar de cuatrocientos y pico euros, el único dinero en condiciones que entra en esa casa es el suyo, y todavía tienen hipoteca. Y como está el empleo ahora…es normal que Eli se sienta nerviosa. Y con Luisa igual, divorciada, dos niños, un hijo de puta de ex que no le pasa un duro, pagando un alquiler, ¿sabes lo que deben de estar pasando? Yo vivo en una casa unifamiliar, mis padres me pagan hasta la pasta de dientes, ambos tienen sueldazos fijos, merece la pena que me despidan si es el precio de decirle a esa imbécil cuatro cosas.

Carol volvió a reír.

—¿Y Héctor? —Carol dejó las risas y se acercó a Martina.

Martina resopló.

—Ya ha vuelto del viaje, tenía la esperanza de que no regresara hasta la semana que viene…

—Venga ya…seguro que el trabajo es mejor cuando él está allí.

Martina negó con la cabeza.

—No te imaginas… lo último que yo esperaba cuando entré a trabajar...

Carolina retomó las risas.

—No te lo tomes a broma —Martina bajó la cabeza —A veces pienso que lo mejor es que no me renueven el contrato. Sería lo más fácil.

—¿Por Carmen y sus arpías? O por él.

—Por todos —negó con la cabeza de nuevo.

—Te está gustando de verdad —Carol la miró fijamente. —Lo sabía. Quiero verlo, enséñamelo.

Martina se encogió de hombros.

—Sé que puedes enseñármelo, quiero verlo.

Martina sacó su movil, tecleó en instagram y se lo puso encima de la mesa.

—Ahí lo tienes —le dijo girando el movil hacia Carolina.

—Madre mía —Carolina rió—. Guapo, inteligente, con éxito y con pasta, yo pensaba que

estos tíos solo existían en las series y en las novelas.

—Cruzarse con uno no es tan Cool como parece. Mira su instagram, su vida…

—La que muestra, sabes que todo esto es solo lo que se quiere mostrar.

—Impensable, es mi jefe. A parte, un tío así es muy…complejo. Mira los otros dos, no le llegan ni al cinturón y querían ser libres ¿Qué crees que quiere hacer este que lo tiene todo? Las mujeres serán solo un entretenimiento más.

—Todo el mundo puede enamorarse, es mi teoría.

Martina asintió con ironía.

—¿Y cómo es? —Carolina pasaba las fotos en el movil.

—Tiene buen trato con los empleados, le gusta que todos trabajen a gusto con la empresa y eso me gusta. Creo que lo hace lo mejor que sabe, pero no tan bien como se podría.

Carolina entornó los ojos.

—Estoy segura de que no sabe la presión que tienen algunos. A ver, somos más de doscientos, no conoce la vida de todos nosotros, apenas conoce los nombres.

—¿Ni siquiera todos los nombres? —preguntó Carol y Martina negó con la cabeza —¿cómo te llama a ti?

—Martina —se le dibujó una sonrisa en los labios y ambas rieron.

—¿Y cómo se comporta contigo?

—Déjalo ya —Martina le empujó el hombro a Carol.

—Quiero saber, quiero analizarlo —Carol reía.

—Eres pedagoga, no psicoanalista.

—No importa, quiero saber. Curiosidad. ¿Lo sigues en instagraham?

—Qué dices, cómo lo voy a seguir. Solo lo curioseo. Algunas compañeras sí lo siguen y él a ellas. Pero yo no puedo hacer nada de eso.

—¿Por qué?¿Abuela Lola?

Martina negó con la cabeza.

—Cuando me acerco a él la gente me observa. Solo lo hago cuando Rogelio me envía, pero noto que el resto no lo ve igual que si fuera otra. Otras pueden acercarse, hablar, gastar bromas, si yo lo hiciera… Ya andan diciendo por allí que estoy buscando el puesto fijo de alguna manera.

—¿Quién?

—Diana, la recepcionista, es del grupito de las arpías.

Carolina dejó el vaso de helado sobre la mesa, ya vacío.

—No me respondes, ¿cómo es contigo?

Martina sonrió.

—En cuanto regresó del viaje me llamó a su despacho —Carolina arqueó las cejas y se inclinó hacia Martina para escuchar mejor—. Durante la semana un grupo de los del almacén solía desayunar al mismo tiempo que nosotras y han intentado un acercamiento. Nada malo, solo hablar, preguntar si tenía pareja, por dónde suelo salir y esas cosas. Y uno de ellos mostró cierto interés en especial. En ningún momento me faltaron el respeto.

Carolina asintió.

—No sé cómo pero se ha enterado y me llamó a su despacho para decirme que si alguna vez me siento incómoda respecto a algún compañero, que solo tengo que decirlo.

Carolina arqueó las cejas.

—¿Y qué le dijiste?

Martina sonrió irónica.

—Que si algún compañero o compañera me incomodara lo diría sin duda.

Carolina se rió.

—Ha sido la primera vez que he estado sola con él con el despacho cerrado. Y cuando salí, pufff, miradas, cuchicheos. Soy la nueva y la más cuestionada.

—Y seguro que la que más posibilidades tiene de echarle al jefe la red.

Martina negó con la cabeza.

—¿Ni te lo planteas?

—¿Crees que después de las dos experiencias que tengo me lo plantearía? Y menos con él.

—Olvida lo anterior, no existe. Esto es ahora. Permítete soñar.

Martina rió.

Miró la hora. Tenían que irse.

# Héctor

—Al fin decides venir a ver a tus sobrinas —Alicia besó a su hermano.

Héctor tenía a la mayor, de dos años, en brazos. La pequeña dormía plácidamente en una hamaca a ras del suelo.

—He estado muy liado estas semanas, viajes y mil cosas. Ni siquiera veo a papá y mamá.

—Al cuidado del imperio, ¿no? —rió su hermana, —Desde que me dejaste solo, no tengo más remedio.

Alicia acarició la cabeza de su hija, que la tenía apoyada sobre el hombro de Héctor.

—Ya volveré.

Héctor no se lo reprochaba a Alicia. Pero en la empresa todos la echaban de menos.

—¿Y Raúl? —preguntó por su cuñado.

—En un rato llegará.¿cómo va todo por allí?

Se sentaron en el sofá, la niña le trajo un par de rompezbezas de madera y le echó las piezas sobre las piernas.

—Cada vez más trabajo. Tenemos que ampliar la plantilla, hacer un buen ajuste. Llegan las vacaciones y no sé cómo lo vamos a llevar.

Alicia sonrió.

—Me han dicho que el nuevo fichaje de Rogelio es muy bueno —Alicia miró de reojo a Héctor mientras mecía la hamaca del bebé.

—Brillante —respondió su hermano.

—Y muy guapa además.

Héctor sonrió.

—Y que en almacén ya ha hecho mella en algún empleado.

Héctor colocaba las piezas de madera donde le iba diciendo su sobrina mayor.

—¿En la planta superior también? —añadió Alicia.

Héctor miró a Alicia mientras la niña le llevaba la mano a otra de las piezas.

—He hablado con ellos. Les he dicho que no me importan las relaciones que pueda haber entre mis empleados, pero siempre desde el respeto. Que no quiero ni una queja por parte de Martina.

Alicia frunció el ceño, luego sonrió.

—Martina —repitió ella con ironía, Héctor miró hacia otro lado.

—En el trabajo no me gustan estas cosas. Jamás…

—Solo que me es llamativo que ahora te metas en cómo se comportan tus empleados varones respecto a tus trabajadoras. Tienes empleados que se conocieron en la empresa y ahora son matrimonio.

Héctor negó con la cabeza.

—No me importan que mis empleados tengan relaciones entre ellos, pero lo que no quiero es que creen incomodidad. Que un grupo ronde a una trabajadora como si mi empresa fuera una discoteca a las tres de la mañana.

Alicia volvió a sonreír.

—En eso estoy de acuerdo, pero lo que quiero saber es si hubiese sido cualquier otra hubieses

actuado tú o simplemente habrías dejado de que Rogelio lo solucionara.

Héctor soltó la pieza de madera sobre la mesa y miró a su hermana.

—Desapareces de la empresa pero a veces es como si siguieras allí —Héctor sonrió a la sagacidad de su hermana.

—Ya veo que en la planta superior "Martina" ha hecho mella también —rió —¿tiene novio?

—Parece ser que no —Héctor volvía a quitar las piezas del rompecabezas de madera que acababan de completar para que la niña comenzara de nuevo—. No lo sé. Sabes que en el trabajo no considero esas cosas. Jamás...

Alicia se mordió el labio asintiendo.

—¿Y esa nueva amiga con la que andabas?

—¿Luz?

—No recuerdo el nombre, la verdad, con los líos que me traes… Alicia rió y Héctor negó con la cabeza.

—Ya no, fue solo una amiga, poco más.

—Ya…

—Ando demasiado agobiado con el trabajo ahora, la apertura de la tienda nueva me tiene loco. Voy a acabar…

Héctor apoyó la cara en una mano y puso la frente sobre ella. —Eso quería decir —Alicia continuaba —que no ha tenido nada que ver con que tengas una nueva empleada brillante y preciosa.

Héctor sonrió negando con la cabeza y Alicia rió. Se hizo el silencio un instante.

—¿Cómo llevas el tratamiento? —le preguntó a su hermano.

—La verdad es que últimamente de maravilla. He reducido la dosis a una cuarta parte. Tuve una crisis de ansiedad en París, fue la última, llevo semanas bien.

Alicia arqueó las cejas sonriendo, agarró el brazo de su hermano y lo apretó.

—Se lo has dicho a mamá, anda muy preocupada contigo.

—Lo sabe, estoy mejor. Comencé la terapia por ella, y la verdad es que me alegro, estoy bastante mejor.

Alicia frunció el ceño un momento.

—¿Has dicho semanas? —bromeó su hermana—, no serán cuatro, ¿no?

Héctor la retiró de él con una suave palmada.

—Me estoy empezando a alegrar de que estés de excedencia —le respondió.

—No te alegres tan rápido, esta semana os haré una visita. Estoy deseando de ver a los compañeros y por supuesto de conocer a esa empleada nueva a la que llamas por su nombre.

—Ni se te ocurra...

Alicia se acercó a Héctor

—Ni se me ocurra qué —le retó.

Hector levantó las manos rindiéndose ante su hermana.

—Te gusta —sentenció ella—, lo sabía. Compartimos espacio en la barriga de mamá, nacimos a la vez, te conozco mejor que nadie. Te encanta y te ha jodido que los del almacén le echen el ojo.

Héctor miró hacia otro lado.

—Por eso no enviaste a Rogelio y sacaste tu vena de alfa. Al fin y al cabo el que mandas eres tú —Alicia reía.

Héctor la miró de reojo.

—Bueno, las mujeres siempre se te han dado de maravilla, casi mejor que los negocios.

Héctor negó con la cabeza.
—En el trabajo no, sabes cómo pienso.

# Martina

Aparcó el Mini junto al llamativo coche color acero de Héctor. Era el hueco más cercano a la puerta de la nave.

A medida que se acercaba la primavera, el tiempo se volvía más cálido y la ropa más fina aunque por las mañanas aún hacía fresco y había días nublados.

Había escogido un pantalón blanco y un top lencero marrón de tirantes, sobre el que llevaba una chaqueta del mismo color. Abrió la puerta del coche, le encantaba el nuevo Mini, porque al abrir la puerta formaba el símbolo de luz en el suelo y con la leve luz del amanecer aún se apreciaba. Cogió su bolso, cerró el coche y se subió a la acera. Oyó un tintineo en el suelo y miró por si se le habían caído las llaves.

No eran sus llaves, era su gargantilla de círculos de coco pulido, un regalo del último viaje de sus padres a la Riviera Maya. Estaba junto a la puerta del coche.

Bajó de la acera para cogerlo sin saber cómo habría podido caerse de su cuello sin que lo sintiera. Los zapatos de Héctor aparecieron junto al collar, a medio metro de Martina y la hicieron detenerse.

*De dónde ha salido este.*

Héctor recogió el collar en seguida y se lo dio dándole los buenos días.

—Gracias —rozó la mano de Héctor un leve instante y en su interior algo se removió, a pesar de estar en ayunas Martina sabía que no era hambre.

—¿Se ha roto? —se colocó junto a ella.

*Qué te importará a ti si se me ha roto el collar. Anda y vete ya para dentro.*

—No —Martina se rodeó el cuello con el collar y comenzó a anudarlo.

*Vete ya, que lo último que quiero es que me vean entrar contigo.*

Sin embargo Héctor la esperó a que terminara de anudárselo. Héctor solía ir recien duchado al trabajo, con un afeitado impecable y olía a gloria. No siempre iba con traje, a no ser que tuviera reunión o algo fuera de lo normal, solía llevar elegante ropa de sport, como aquél día. Un pantalón vaquero de entretiempo y un jersey con coderas a juego con la camisa, con un pequeño tiburón bordado a un lado, una marca que Martina conocía bien.

*Ropa informal pero elegante a morir. Vete ya para dentro, coño.*

Acabó de anudarse el collar, no podía demorarse más o parecería imbécil. Héctor no mostraba intención de irse para dentro sin ella.

Emprendieron sin más remedio el camino hacia la puerta de la nave.

—Vas a empezar a llevar las nóminas a varias tiendas. La primera vez iré contigo —le dijo y Martina se sobresaltó y lo miró de reojo.

*Joder.*

—Suelo ir de visita a las tiendas a menudo y aprovecho cuando Rogelio lleva las nóminas. Pero ahora parece que tú vas a hacer ese trabajo.

*¿Y Rogelio sin decirme nada?*

—No me ha dicho nada —le respondió Martina.

Héctor negó con la cabeza. Ya subían las escaleras que los llevaba al primer piso ante las miradas de los del almacén.

—Lo decidimos anoche. Rogelio lleva mucha carga y necesito liberarlo de algunas cosas —la miró—. Creo que puedo contar plenamente contigo para ello.

*Soy más rápida que Rogelio en el ordenador, haría mejor trabajo aquí que de tienda en tienda.*

Llegaron a la recepción, Diana, la recepcionista les dio un "Buenos días" con una amplia sonrisa.

*Anda, qué simpática cuando le conviene.*

Sin embargo Héctor le devolvió el saludo sin reparar en ella, miraba a Martina esperando respuesta. Se detuvo frente a ella, haciendo que ella también lo hiciera. Martina tomó aire, sabía que el hecho de haber entrado en la oficina junto al jefe, significaba tener decenas de ojos sobre ella.

*Va el primer "misil Martina", tú lo has buscado, señor jefe.*

—No tengo ningún problema en ir a repartir las nóminas y claro que puedes contar conmigo para descargar de trabajo a Rogelio. Sin embargo creo que adelantaría más aquí, teniendo en cuenta de que si salgo, Rogelio quedaría solo con Esteban y Verónica.

*Que los dos juntos pueden hacer el mismo trabajo que yo en un día, pero está feo que lo diga yo.*

—Haré lo que digáis —concluyó.

*Aunque no me parezca lo mejor, que quede claro.*

Martina dio un paso atrás y luego otro retirándose de Héctor, no se atrevía a darle la espalda. Ya dudaba de que el rebate le hubiese sentado bien como para encima dejarlo allí plantado como un cactus. Cuando ya estuvo suficientemente lejos de él, Martina sí le dio la espalda. Comprobó que efectivamente todos los miraban.

*Si los demás hablan con Héctor no pasa nada, pero si soy yo, no dejan de observar.*

Eli y Luna estaban ya colocadas en sus mesas. Martina se sentó en la suya.

—¿Qué pasa? —le preguntó Eli haciendo un gesto con la cabeza.

Martina encendió su ordenador.

—Nuevas tareas —torció los labios pintados con carmín coral—, reparto de nóminas, renovaciones y contratos.

Luisa, que acababa de llegar y la escuchó, arqueó las cejas echando el cuerpo hacia su mesa.

—¿Sabes lo que es eso? —Le preguntó a Martina.

—Repartir nóminas —repitió con voz irónica .

Luisa negó con la cabeza.

—Ese trabajo lo ha hecho Rogelio desde que abrieron la empresa, nadie más. Te han hecho un contrato de dos meses para probarte y llevas… —contó con los dedos —cinco semanas. Vas a quedarte, ¿lo sabes?

Martina frunció el ceño mientras abría los programas de trabajo. No había caído en las deducciones de Luisa. Era coherente, la estaban probando y las nuevas tareas eran buena señal.

En seguida fue al despacho de Rogelio a recoger las tareas del día. Se llevó una pila de papeles, Rogelio la miró de reojo.

—Deja algo para el resto —le bromeó él.

Martina le guiñó un ojo riendo.

—Más como tú y necesitaríamos la mitad de empleados —añadió él. Martina cerró la puerta con el pie.

Se dirigió hacia su mesa rebasando a Héctor y a Carmen, parecían atareados con algo. Martina llegó hasta su mesa y puso la pila de papeles sobre ella. Miró la hora, era viernes y solo trabajaría

hasta las tres. La semana había sido liviana, sin embargo tenía ganas de descansar, de no madrugar a la mañana siguiente y de tomar algo aquella noche con las chicas.

Trabajó a su ritmo de siempre. Había encontrado una forma de concentrarse en el trabajo y de no dejarse distraer por ruidos, voces o sonidos y paso de compañeros de un lado a otro. Había pedido permiso antes de hacerlo y Rogelio no puso impedimento. Conectó sus auriculares al movil, así podía escuchar música y a la vez acudir cuando Rogelio la llamara.

Su entorno se había acostumbrado a su forma de trabajar, aislada de cuchicheos y todo lo que hacía entretenida aquella oficina. Pero Martina necesitaba hacerlo así, en primer lugar, porque se había prometido demostrar todo lo que era capaz de hacer y por el otro, porque su vida profesional allí dentro sería más fácil.

Miró de reojo el despacho de Héctor, Carmen y él habían entrado, la puerta estaba cerrada.

No era fácil trabajar cerca de Héctor, por más que había querido poner una barrera ante su jefe no lo estaba consiguiendo. Sí quizás a simple vista, como le decía a Carolina, porque Martina no aparecía en la lista de admiradoras del guapísimo jefe, lista que daba vueltas por la empresa y que todos conocían. Tal y como Martina supuso en un principio, él era dios para algunas empleadas y lo decían abiertamente, sumadas a otras que también lo pensaban aunque no lo dijeran. Pero Martina parecía estar por encima de todo aquello, nunca le gustó pertenecer al rebaño de ovejas, al montón. Ella consideraba un bochorno que alguien se diera cuenta de que el jefe le atraía mucho más de lo que a simple vista pareciera. Lo intentaba por todos los medios, cada vez que se cruzaba con él lo saludaba sin mucha efusividad, intentaba hablar con él lo mínimo e indispensable, ser indiferente, transparente, prácticamente invisible para él.

Eso de ser invisible no lo conseguía del todo, porque era verdad que a pesar de ser tantos empleados, a ella siempre la llamaba por su nombre, quizás porque era la última en entrar y su nombre fuera el más reciente o eso era lo que quería pensar Martina.

Rogelio tampoco colaboraba mucho, porque solía transmitirle al jefe general la brillantez con la que trabajaba su último fichaje. Y por último aquello que ocurrió con los chicos del almacén y que a Martina le cogió tan de sorpresa de que llegara a los oídos de Héctor y aún más que él en persona hablara con ellos y la llamara a su despacho. Fue aquella la primera vez que Héctor se mostró ante ella como un auténtico jefe recto, como el verdadero dueño de aquella empresa, el dios que tenía enamorada a media plantilla.

Martina aprovechó una pausa en el programa, que se había atascado, para estirar los hombros y un poco el cuello, su espalda notaba que ya era viernes. Miró la hora, su estómago también parecía tener cierta noción del tiempo, llegaba la hora del desayuno.

Cerró los ojos y tomó aire, Ed Sheeran le acompañaba aquella mañana en los auriculares, una balada terminaba, oyó voces lejanas que crecían a medida de que se apagaba la música. Miró hacia su derecha.

Carmen estaba apoyada en la mesa de Eli, vio a Luisa mirarlas desde su mesa con la cara blanquecina.

*Pasa algo.*

Había visto a Carmen debatiendo algo con Héctor, acababa de recodarlo.

*Joder.*

Bajó el sonido de sus auriculares para escucharlas bien.

—¿No viste el descuadre? —le reprochaba Carmen.

—No me di cuenta, si lo hubiese visto lo habría solucionado. —¡Ah! No te diste cuenta, eres ciega ahora o qué. ¿Crees que nos podemos permitir un error semejante? ¿lo crees?

—No te preocupes, intento arreglarlo hoy.

—¿Hoy? ¿Tú eres capaz de arreglarlo hoy? ¿sabes dónde están los apuntes que fallan? —Eli negaba con la cabeza—. Hacen falta días para localizar los apuntes erróneos.

Carmen estaba levantando la voz cada vez más. Martina miró hacia el despacho de Héctor, la puerta estaba abierta pero dudaba de que se estuviera enterando.

—Ahora te vas a tener que pegar días arreglando esto en vez de trabajar —continuaba Carmen.

*Arreglar eso también es trabajar, pedazo de capulla.*

—Ahora nos retrasarás a todos, ¿y sabes quién paga los retrasos? Héctor, ¿y sabes a quién le pide explicaciones de esos retrasos? A mí. Cuando la retrasada resulta que es una empleada.

Martina se quitó los auriculares completamente. Ninguna de las mesas de su alrededor trabajaba, ahora todas miraban a Eli y a Carmen, asustadas por el tono, el enfado de Carmen y temerosas incluso de que la mirada de la jefa se dirgiera a alguna de ellas.

—Si aquí no vienes a sumar, ya sabes lo que hay.

Eli se puso las manos en la cara.

—Carmen, de verdad, lo voy a arreglar. Me quedaré horas extras, las que hagan falta, vendré mañana si es necesario.

—Horas que no vas a cobrar, ¿lo sabes?

—No importa.

A Martina el corazón comenzó a latirle cada vez más deprisa y sintió una quemazón en el pecho, que le subía garganta arriba. Observaba la completa sumisión de Eli, una trabajadora cuya familia dependía exclusivamente de su sueldo, algo que hacía que se dejara humillarse encogiéndose, pidiendo disculpas. Le recordaba a los lobos o los perros, cuando adquirían la postura de sumisión, tumbados de lado, cuando un perro de fuerza superior les gruñía.

*Pero el perro o lobo líder, cuando su adversario se humilla y se rinde, deja de sacar los dientes. Carmen no lo hace. Se regodea del poder propio a cuasa de la necesidad ajena.*

Carmen continuaba con gritos y humillaciones, hasta descalificaciones y al fin llegó la amenaza temida, el despido. Su compañera comenzó a llorar. Martina miró a su alrededor, nadie se atrevía a dar la cara por Eli y eso que tenía buenas amigas en el trabajo, pero todo el mundo sabía lo que conllevaba una disputa con Carmen. No culpaba a Luisa, separada, con dos pequeños, cada una de ellas tenía razones para querer conservar el empleo.

*Pero yo no, yo sí puedo cagarme en su puta madre.*

Al fin y al cabo, ella era joven y con un curriculum brillante, encontraría trabajo en la ciudad o en alguna parte, sus idiomas le permitían poder probar suerte en Europa, que era lo que pensaba hacer si no lograba renovar en la empresa.

Martina se puso en pie y se dirigió hacia la mesa de Eli, colocándose junto a la silla de esta, frente a Carmen.

—Creo que es suficiente —le dijo con voz segura a la jefa de Administración—. Te está diciendo que va a hacer lo posible por arreglarlo.

—En primer lugar no sé qué haces cerca de esta mesa, que no es de tu departamento, y metiéndote donde no te llaman, ni te incumbe, ni te importa. Y en segundo lugar, ¿qué haces que no estás trabajando?

*No esperaba menos de ti.*

—Siempre que alguien trate mal a un compañero me incumbe y me importa —le respondió en tono tranquilo pero firme—. Y ahora mismo estoy en mi descanso de veinticinco minutos.

Carmen arqueó las cejas.

—El último mono de la empresa viene a decirme cómo tengo que dirigir mi departamento.

*Insulto, falta de argumento, ref lejo de inseguridad. Te he desarmado en medio minuto. Pensaba que eras más que eso.*

—Desconozco las funciones que tiene un mono, primero o último, en una empresa. Y yo no he venido a decirte cómo dirigir tu departamento, sino a cómo no se debe tratar a una persona. Y este trato no es normal, ni en el trabajo, ni en ninguna parte.

Eli no paraba de llorar.

—Martina, ¿sabes que tu contrato es de prueba? Todo no es trabajar bien, también importa que esa persona no de problemas.

Pudo ver a Héctor acercándose a ellas a paso acelerado, fue consciente de que no solo el departamento de administración, sino el comercial estaba pendiente de ellas, y hasta Rogelio se había asomado para ver qué ocurría.

—También hay que mostrar respeto a los superiores. A lo mejor tu carácter no es el perfil que exigimos aquí.

Martina frunció el ceño. Héctor estaba ya entre las dos.

—Si respetar a un superior es permitirle que pueda humillar, insultar y amenazar a un compañero sin hacer nada, entonces tienes razón, este no es mi sitio —fulminaba con la mirada a Carmen, no existía nadie más en la sala para ella, ni siquiera Héctor.

Carmen se dirigió a Héctor.

—Acaba de descubrirse, no es la mosquita muerta que parecía —le dijo y Martina pudo apreciar la expresión de desconcierto en Héctor.

*No está acostumbrado a mediar. Nadie se enfrenta a la tipa esta que no tiene dos palos.*

—Sí, tengo un gran defecto, no soporto la malas formas.

—Martina —oyó su nombre de la voz firme de Héctor.

*¿Me manda callar a mí?*

Martina sentía el corazón a punto de estallar y el calor que venía padeciendo en el pecho desde que oyó los insultos de Carmen hacia Eli, ahora le recorría todo el cuerpo.

—El descuadre fue culpa de Eli —Carmen sonaba altiva, poderosa, se crecía con Héctor delante y al mandar callar a Martina no hizo más que elevar más su prepotencia.

*Te creces porque él está aquí. Que poco me conoces Carmen, tengo leña para los dos.*

—Y Eli lo va a solucionar —intervino en seguida Martina, Carmen le lanzó una mirada que de ser sus ojos dos espadas, le hubiese dejado ciega o tuerta.

—No hables cuando no tienes ni idea de la que se ha formado por culpa de eso —le reprochó Carmen—. Podría llevar semanas encontrarlo, por culpa de la incompetencia de algunas.

Carmen ahora miró a Eli, que aún lloraba. Martina le puso la mano en el hombro a su compañera.

*Como dice la abuela Lola; mejor soltarlo todo de una vez y lo más triturado posible, como cuando el estómago rompe en una diarrea. Allá voy.*

—Un descuadre forma una pelota cuando es antiguo. Nunca la culpa suele ser de una sola persona, es también del que lo toma como referencia —Martina miró hacia el resto de mesas—, del que lo da por válido…

*Recógelo, Carmen, que va por ti.*

—Eli se ha disculpado aun cuando es imposible saber si la culpa es solo de ella y encima ha prometido arreglarlo.

—¿Ahora también sabes contabilidad? Vaya, nos vamos a tener que ir todos y dejarte sola llevando la empresa —si Martina tenía calor, no quería ni imaginar cómo se encontraba Carmen.

Martina abrió la boca para responder otra de las suyas pero Héctor la cortó agarrando su antebrazo.

—Ya vale —miró hacia Eli—. ¿Puedes arreglarlo?

Eli apenas podía hablar, asintió con la cabeza.

—Una semana, dos o tres puede tardar —interrumpió Carmen.

—Pues que empiece ya —añadió él y agarró a Carmen indicándole que se dirigiera hacia su despacho.

Carmen fulminó a Martina con la mirada antes de seguir a Héctor, se encerraron en el despacho.

Martina miró a Eli.

—Enséñamelo, te voy a ayudar —le dijo.

—Tía, los tienes grandes como una casa. Ha sido tu suicidio. Pueden echarte —le dijo Luna.

—Que me echen, no aguanto estas cosas.

—Tía, hasta delante del jefe —le dijo Luisa poniéndose la mano en la frente.

—Y delante de su santidad el Papa, si viniera a verlo. ¿Esto es? —le preguntó a Eli, que aún no podía hablar.—. Te ayudo los… —miró el reloj —dieciocho minutos que me quedan de descanso, y si te quedas por la tarde, me quedo contigo.

Eli arqueó las cejas.

—Si no me echan ahora cuando salga Carmen del despacho, te ayudo a solucionarlo, ¿vale? Pero tú tranquila. Límpiate los mocos, anda. Y deja de llorar.

Luisa rió. Todas miraban la pantalla de Eli, mientras Martina movía con el puntero las cuentas.

—Es un trabajazo, pero lo solucionaremos, ya versa, Eli —la miró de reojo.

A Eli le costaba seguir el puntero tal y como lo movía Martina. No pasaron muchos minutos, la puerta del despacho de Héctor se abrió.

—Martina —la llamó Carmen, venía hacia ellas—. Ven al despacho de Héctor.

*Me van a despedir.*

Miró la hora, diez minutos de descanso le quedaban aún.

*Pero voy a irme a lo grande.*

—Voy en diez minutos, cuando termine mi descanso —le respondió. Sintió la mirada de Carmen, pero Martina no apartaba la vista de la pantalla del ordenador.

*Ahora os vais a esperar.*

Carmen volvió a meterse en el despacho de Héctor.

—Quietoooo —Martina detuvo el puntero—. Aquí hay algo Eli. Abrió la cuenta.

—Si ha sido un baile tonto de números, hemos encontrado la aguja en el pajar, ¿lo sabes?

—Pero hay que rehacer todo de ahí hasta hoy, es un trabajazo. —Pero horas, no semanas —Martina seguía moviendo el puntero—. Comprueba estos apuntes.

Eli entornó los ojos hacia la pantalla, y aún clínex en mano, corrió hacia la archivadora. Apenas podía abrirla de la cantidad de papeles metidos en las argollas.

En cuanto miró las cuentas en el libro de apuntes, a Eli se le dibujó una sonrisa.

—Era un baile de números —dijo Eli y hasta le volvió el color a la cara.

Martina miró la fecha.

—Sigue trabajando. Aunque me despidan ahora, voy a pedirles que me dejen ayudarte esta tarde, entre las dos lo corregimos todo y aquí no ha pasado nada.

A Eli volvía a entrarle aire en los pulmones.

—Gracias… —Eli tenía la mirada baja, avergonzada. Martina le cogió la barbilla y le levantó

la cara.

—Así —le dijo manteniendole la cabeza alta.

Sabía que no solo los problemas de Eli la hacían ser así, también sus complejos personales.

—Que nadie te haga pensar lo contrario —le susurró Martina.

—Me encantaría ser como tú, ¿sabes? —le dijo Eli colocando el archivador sobre la mesa—, pero…

—Tú eres maravillosa, el resto es solo cuestión de práctica, como todo… —Martina sonrió—. Tengo que presentarte a mi abuela Lola, te vendría muy bien una charla con ella. Ahora voy a que me despidan.

Les hizo una mueca antes de llamar a la puerta de Héctor. Carmen en seguida le abrió y Martina entró.

Alguna vez estuvo a punto de preguntar el ambientador que usaban en aquella sala, que olía hasta en el pasillo, pero nunca lo hizo. De todos modos nunca compraría un ambientador que le recordara a su jefe.

Carmen se cruzó de brazos cerca de la puerta. Héctor estaba en pie con la cadera apoyada en su mesa de despacho.

—Carmen, por favor —Héctor miró a Carmen, estaba claro que le pedía que se marchara para la sorpresa de Martina y de la propia Carmen.

*Vaya zasca que te acaban de dar, guapa.*

Carmen estaba desconcertada y abrió la boca para replicar.

—Por favor —repitió Héctor.

*Se va a perder mi despido y le jode.*

Tuvo que disimular la sonrisa mientras Carmen salía y cerraba la puerta. En cuanto oyó la puerta cerrarse fue consciente de que estaba a solas con Héctor y encima esperaba una reprimenda y un posible despido, así que la incomodidad la recorrió tobillos arriba y hasta sintió un leve cosquillleo en el esternón.

Héctor continuaba con la cadera apoyada en su mesa, inmóvil, miraba hacia un lado. El silencio incomodaba aún más a Martina y el bochorno la invadió.

*Tú también estás incómodo.*

Esperaba el veredicto del que más mandaba en la empresa. Sabía que si fuera tan solo por Carmen, ya estaría en la calle. Se la imaginó implorando su despido y sentía curiosidad por la respuesta de Héctor respecto a ella. Pensar que él pudiera dudar producía aquella sensación similar al hambre o al vértigo en el estómago. Apartó la mirada del jefe mientras sentía aquello.

El aroma del Héctor, mezclado con el olor de su despacho no contribuían a que nada de lo bueno y lo malo que estaba experimentando en su interior, disminuyera.

Héctor al fin levantó la cabeza hacia ella, pero Martina no se atrevía a acortar distancias y se mantenía lo más lejos posible de él.

Martina no tuvo más remedio que mirarlo a los ojos, y aquella sensación en la boca de su estómago se intensificó.

*En otras circunstancias, en otro lugar…quizás serías el hombre de mis sueños.*

Pero no estaba en otras circunstancias, se encontraba en un despacho frente a un jefe que no tendría nada bueno que decirle. Entonces ella entendió que se había equivocado todo el tiempo que estudió, en que se preparó para su vida laboral.

Estaba preparada para afrontar retos en su trabajo, a torear a superiores y compañeros, a sobrevivir en el océano de los negocios, pero nunca imaginó tener que enfrentarse a alguien como Héctor dentro de aquél mundo.

A Héctor tendría que haberlo encontrado en otro lugar, en otras circunstancias. Quizás en la universidad si hubiesen tenido la misma edad, o en sus estudios en el extranjero o en cualquiera de las numerosas noches que salía con sus amigas. Quizás ahí mismo hubiese sido el sitio ideal, cuando sus tacones eran más altos, sus faldas más cortas, y su seguridad arrasaba en materia amorosa.

Tenía que reconocerlo, había fantaseado con ello, con cómo hubiese sido todo si Héctor fuera cercano a su vida no profesional y ella hubiese podido acercarse a él sin miedo ni remordimiento. Sin vergüenza.

Pero aquello eran parte de sus sueños. La realidad era bien distinta, Héctor le producía escalofríos, a veces inseguridad de meter la pata y que él notara algo en ella que la hiciera abochornarse. Si al menos hubiese sido un compañero, hubiese sido diferente. Pero el respeto que infunde un director general ya de por sí, y no solo por su poder de decisión sobre su futuro laboral, sino más bien por la admiración que despierta alguien que ha encontrado la fórmula de montar de la nada un imperio. Héctor había sabido hacerlo avanzar y no parecía tener límites. Lo admiraba como no podía ser de otra manera, y encima, era su empleada y se veía en la obligación de subordinarse a él. Ella, una fémina alfa como pocas, se sentía sometida a alguien por el que además tenía sensaciones físicas ajenas al trabajo.

Tomó aire tan solo de pensarlo. Sus circunstancias reales eran sumamente complicadas. Ahora estaba más nerviosa que cuando entró en el despacho.

—A ver, Martina —comenzó él. Cada vez que oía su nombre de la voz de Héctor, fuera en el tono que fuese, le encantaba—. Ahora mismo eres la empleada que necesito que dé menos problemas.

Martina arqueó las cejas sin entender el comienzo de la charla del jefe, sin embargo sí que resolvió su primera curiosidad..

*No quiere despedirme.*

Algo en su interior se abrió, como un abanico, al ser consciente de que a pesar de tener a Carmen en contra, él no estaba de acuerdo en despedirla.

—En la empresa hay más de doscientos empleados, pregunta a Rogelio cuántos más han pasado por aquí —continuó—. Y ahora mismo no recuerdo a ninguno que se haya hecho notar tanto en la empresa…en todos los sentidos, a mi pesar.

Martina abrió la boca para replicar pero la cerró para no meter aún más la pata.

—Rogelio dice que hay un antes y un después de ti en su departamento —él le mantenía la mirada—. Y hasta había pensado en otras cosas para ti si Rogelio me dejara.

*¿Mandarme a otro departamento? Gracias, Rogelio.*

—Durante cuatro semanas de prueba, solo cuatro semanas ya estaba seguro. Pero…ya es la segunda vez que tengo conflicto relacionado contigo.

*El primero no fue un conflicto relacionado conmigo. Joder, esto se lo tendría que decir en voz alta.*

Apretó su puño izquierdo y sintió calor en las orejas. Tomó aire.

*Mierda, Martina, habla.*

Héctor había apartado la mirada de nuevo. Era el momento de responder. No fue capaz.

—Es cierto que el otro día no tuviste la culpa, no me malinterpretes.

Martina expulsó el aire que había contenido para responderle.

—Pero lo de hoy… —la miró de nuevo—. Martina, ni siquiera era algo relacionado contigo, no eres de su departamento. Solo estás ahí hasta que ampliemos las instalaciones de Personal.

Héctor tomó aire de manera sonora.

—Y delante de todos has cuestionado a Carmen, incluso conmigo delante… —Héctor negó con la cabeza.

Martina bajó la mirada.

—Sé que poco te importa lo que te diga ni lo que haga contigo ahora. No te será difícil encontrar otro empleo. Solo quiero saber si por tu parte pudieras encontar otra solución.

Se hizo el silencio.

*Lo mejor que puedas, Martina. Ahora.*

—Leí las normas de la empresa el mismo día en el que entré. Las acepté y me comprometí a seguirlas. No lo he hecho, pero la empresa tampoco ha cumplido su parte —levantó los ojos hacia Héctor—. En ninguna parte decía que los superiores tenían el derecho de insultar, amenazar o humillar a los trabajadores.

*He comenzado. Ahora a ver cómo me detengo a mí misma.*

La cara le ardía.

—No puedo con las injusticias y…

—Reconozco que Carmen se ha excedido —la cortó él—. pero para detenerla y corregirla estoy yo o Rogelio.

Martina negó con la cabeza.

—¿Conoces a Eli?, ¿sabes algo de ella? —le interrumpió Martina—. Carmen tiene ventaja en eso respecto a ti o Rogelio. Y hoy se ha beneficiado de esa ventaja para humillarla y ninguno de los dos habeis hecho nada por ella. Un error, solo un error al que ella estaba ofreciendo solución y de nada ha servido para que Carmen parara de insultarla o amenazarla con el despido.

—No tiene tan fácil solución, no es tu departamento, no tienes ni idea de lo que puede suponer.

Martina asintió.

*No me tomes por imbécil ni me desvíes la conversación. No puedes justificarla con nada…*

—Una inspección —respondió ella con tono resuelto y Héctor se sobresaltó—. Ya está localizado el error. Esta tarde ayudaré a Eli a arreglarlo.

Héctor frunció el ceño sin dejar de mirarla.

—Has llegado hasta a culpar a Carmen… —intervino él en un intento de continuar su reprimenda.

*Eso, disimula que te ha sorprendido que encontrara el error tan rápido. Pues espera que ahora va el ladrillo.*

—Cuando hay un error así la culpa es tanto del que lo hace como del que lo valida. Claro que también es culpa de ella ¿Quién te tiene que dar explicaciones a ti?

Héctor no respondió.

*Ella. Ella está presionada por ti, será una hija de puta de serie, pero lo vuelca con el resto de personal porque algo pasa contigo.*

—Quizá Carmen también necesite margen de error —fueron las últimas palabras de Martina.

Hector dejó de apoyarse en la mesa, la rodeó y se colocó en su sillón.

*Le ha sentado como un tiro. Pues que le den.*

—¿Ahora yo? —se colocó delante de su sillón de diseño.

Martina negó con la cabeza.

—Antes me has preguntado que si por mi parte pudiese encontrar otra solución —le respondió ella—. La solución no es que un trabajador reciba ese trato y que el resto lo tenga que ver como algo normal. La solución es evitarlo.

Martina se acercó a la mesa.

—Porque si vuelve a pasar haría exactamente lo mismo que hecho hoy, con todas las consecuencias.

Héctor levantó los ojos hacia ella. Se tomó unos segundos.

—Seguiremos probando las semanas que te quedan.

Martina no dijo nada más, le dio la espalda y se dirigió hacia la puerta.

—Martina —la llamó Héctor—, buen trabajo. Puedes salir a desayunar si quieres, tus verdaderos veinticinco minutos.

*Por fin lo reconoce.*

—Me quedaré con vosotras esta tarde —añadió antes de que ella saliera del despacho.

# Héctor

Habían terminado a las nueve de la noche de cuadrar nuevamente la cuenta errónea. Fue una tarde intensa. Héctor había intentado estar el máximo tiempo junto a Eli y Martina, a pesar de que también le ocupaban otras tareas pendientes y el preparativo de un nuevo viaje la siguiente semana.

Podrían haber sido días en acabarlo pero pudieron hacerlo en una tarde. Fue la primera vez que había visto en directo las maravillas que contaba Rogelio sobre la nueva empleada. Por más que había intentado seguirle el ritmo, era imposible. Martina manejaba el teclado demasiado rápido y era imposible leer nada en la pantalla con tanta rapidez, así que se repartieron el trabajo de forma de que Héctor y Eli trabajaran juntos en un ordenador, mientras Martina hacía el trabajo en otro. Era la única forma de poder avanzar todos sin interrumpir ni retrasar a Martina. Eso sin contar que trabajar junto a ella hacía sentirse estúpido hasta al propio Héctor, por muy dueño de la empresa que fuese.

En cuanto llegó a su ático, se duchó y volvió a vestirse para salir. Llegaba tarde a la cena. No pensaba regresar muy tarde, después de tantas horas de trabajo se sentía cansado. Sin embargo sus amigos lo convencieron.

Ya de camino al restaurante cayó en la cuenta de que se había olvidado tomar las pastillas. Normalmente las necesitaba tras largas horas de trabajo. Miró el reloj, era mucho más tarde de lo que pensaba. Tomó aire y este llenó sus pulmones, no echaba en falta medicación alguna. Cada día las iba necesitando menos, algo que le alegraba enormemente. No había tenido buenas experiencias con las crisis y le daba pánico volver a padecerlas.

Llegó al restaurante, sus tres amigos le esperaban. Solo hombres, era el único requisito que había puesto para salir con ellos. La explicación era sencilla, nunca le faltaron mujeres a su alrededor, desde su juventud tuvo facilidad para estar acompañado de quien quisiese. Pero desde algún tiempo atrás la cosa se le había complicado, exactamente desde que su empresa tuvo éxito la mayoría de mujeres ponían gran empeño en conquistarlo, un empeño asfixiante, agobiante, que no hacía más que aumentar sus problemas de ansiedad. Tenía amigas, algunas más cercanas que otras, con las que podía tener alguna relación puntual, pero intimar con una mujer tenía consecuencias fatales para él porque luego venía la red que todas intentaban lanzarle.

Cenaron y aunque quería e vitar hablar de trabajo, acabó contándole el incidente de la empresa entre Carmen y Martina y la razón por la que había llegado tan tarde a la cena.

Sus amigos bromearon respecto a Carmen, algunos conocían también su mal carácter.

—¿Meterte en medio de una disputa entre mujeres? Hay que estar loco —bromeaban con él.

Después de la cena fueron a tomar algo a una terraza de verano, la versión veraniega de las discotecas cerradas que comenzaban a abrir en primavera. Había poca afluencia pero Héctor sabía que pronto se llenaría y eso implicaba encontrarse con gente y tener que detenerse con ellas y no le apetecía.

Entre el trabajo que tenía y lo mucho que había salido durante años, lo conocía demasiada gente. Y aquella noche no estaba para relacionarse con nadie. Por eso se ofreció para coger un reservado, más tranquilo, pero sus amigos se negaron en rotundo.

—No sé si estarás cansado —le dijo Ilde, uno de ellos—, pero llevas una racha de capa caída.

—Ya queda menos para las vacaciones —respondió Héctor.

Había invitado a todos a unas vacaciones de una semana en Mykonos, solo una de las únicas dos semanas que pensaba coger libres. La otra la pasaría con sus padres y hermana. Demasiado cortas para el año tan fuerte que llevaba pero no podía permitirse ausentarse más tiempo.

Pidieron una copa y buscaron sitio, a pesar de no estar lleno, encontraron las mesas más cómodas ocupadas. Así que no tenían más remedio que sentarse en banquetas altas.

Ilde y David no tardaron en pedir una segunda copa. Héctor los veía acercarse de nuevo a la mesa.

—Detrás nuestra están las razones por las que no queremos un reservado —dijo David—. Arriba no hay tantas mujeres como aquí abajo.

Héctor frunció el ceño y miró tras ellos. Se oyeron risas de mujer. Un grupo de chicas pasaban en fila cerca de su mesa, reían a carcajadas. La que iba delante hasta lloraba de la risa.

Pasaron tres más y tras ellas otra, y una más...

Tuvo que mirarla dos veces para reconocerla y no pudo evitar recorrerla con la mirada por cada parte de su cuerpo. La solía ver a diario pero el verla en otro ambiente, en otras compañías y con un traje tan pegado a su cuerpo, lo hizo removerse en el asiento y levantarse de golpe.

En ese momento ella también lo vió y su risa se detuvo de inmediato, deteniendo a su vez a su amiga que marchaba delante, hasta que todo el grupo se detuvo.

Héctor se acercó a ella. El pelo castaño de Martina se ondulaba a ambos lados de su cara en sensuales ondas. Su maquillaje, elegante y natural durante el día, ahora era brillante y de colores fuertes, y el carmín burdeos le sentaba realmente bien a sus labios.

Héctor la notó contrariada, como si hubiese preferido pasar de largo. La miró a los ojos, unos ojos castaños y enormes, que parecían ganar anchura con las sombras doradas. Un ceñido vestido palabra de honor dejaba al descubierto sus hombros y marcaba un pecho más grande del que a simple vista parecía con la ropa del trabajo. También ganaba en altura, porque cuando estuvo frente a ella nunca la había tenido tan cerca de sus ojos.

# Martina

*No me lo puedo creer. El día no puede haber sido peor.*

Precisamente aquel día. Había salido agobiada del trabajo. El encontronazo con Carmen, la tarde de trabajo intenso sumado a la presión que le suponía tener al jefe cerca, por los motivos que fueran.

Había salido a despejarse, a reír, a pasarlo bien, y quizás por esa razón había tomado dos copas, o tres, o quizás alguna más, las justas como para no hacer el ridículo pero las suficientes como para no estar en sus plenas capacidades. Encima no solo iba con sus amigas cercanas, que eran solo tres, sino que también las acompañaban amigas de estas, entre las que había alguna que otra zorrona que no le terminaba de agradar y las cuales no quería ver tan cerca de Héctor.

Fue tan rápido que apen as le dio tiempo de reaccionar. Solo notó que las ganas de reír se le cortaron y agarró a Jenifer para que se detuviera.

El abanico de mariposas y unicornios que le producía Héctor se reprodujeron en su interior, que más inestable, desprevenido, desprotegido, se dejó invadir por aquellas ráfagas de placer, cosquilleo y nerviosismo que sentía cada vez que solía aparecer el jefe por el pasillo.

A pesar del bullicio a su alrededor, podía reconocer su aroma, él estaba a tan solo medio metro de ella. A pesar de estar donde estaban, seguía aparentando elegancia y estilo, con una camisa de suaves brillos con las mangas enrolladas en los antebrazos.

Quizás ahora pareciera más joven que en su despacho, menos poderoso, menos recto y más real.

Tomó aire. Le consolaba saber que si sabía mantener el tipo ante él en el trabajo, le sería más fácil hacerlo con alguna copita encima. No fue consciente de que sus amigas y acompañantes los rodeaban, mirando a Héctor con interés y con ansias de que se lo presentara. A ellas nunca les había hablado de él más que lo necesario. De hecho estaba segura de que ellas lo imaginaban como un señor amargado, serio, viejo y feo, que aquella misma mañana le había intentado echar la bronca. Un auténtico infierno.

La bebida le estaba haciendo reaccionar lenta o todo lo demás estaba pasando demasiado rápido. Sintió la mano de Héctor en su cintura y lo vio acercarse hacia ella besándola en ambas mejillas. Aquél saludo le sorprendió tanto que quedó inmóvil mientras él la besaba. La cercanía la puso aún más nerviosa, y la mano de Héctor le dejó tal temperatura en la cintura que el cosquilleo le llegó hasta la garganta.

Un joven muy alto y demasiado delgado, ni feo, ni guapo, se situó en seguida junto a Héctor.

Martina miró a Jenifer y al resto, a todas le brillaban demasiado los ojos por la bebida y las risas. Estaban curiosas, esperando a que les dijera que quién era él. Sintió un leve empujón en su espalda y supuso todas las tonterías que andaban susurrando las unas a las otras. Martina se preparó para que el bochorno la invadiera, pero esto no llegó. No había razón. Los veintitrés años eran los que eran, y ellas no hacían nada que no correspondiera con su edad.

Héctor miró a sus amigos, que también lo rodeaban.

—Es mi jefe —les dijo Martina a sus amigas, que ya se estaban pasando con los cuchicheos y las sonrisas tontas.

*Así que dejad de hacer las imbéciles, por favor.*

—¿Es una empleada? —preguntó el chico alto y delgado, sorprendido.

Héctor asintió. Martina dejó de mirar a sus amigas, que habían quedado en silecio, inmóviles durante un segundo, para luego volver a echarse a reír todas a la vez.

*Ahora sí estoy pasando vergüenza.*

—Después del día de hoy…ya lo que me faltaba —dijo Martina levantando una mano y saliendo del corrillo que se había formado en torno a ella y a Héctor.

Sintió una mano en su antebrazo que la detuvo, en seguida se giró. Era otro de los amigos de Héctor.

—Nos la tienes que presentar —le decía a Héctor mientras traía a Martina de vuelta.

De nuevo se encontró frente a su jefe, Martina resopló, sus amigas seguían con las risas imbéciles y los suaves empujones..

*Esto es una pesadilla.*

—¿Tan mal jefe es? —bromeó otro de los amigos.

Por un instante Martina sintió que aquello lo había vivido alguna vez. Exacto, lo había soñado despierta, una y otra vez. En otras circunstancias, en otro lugar, donde él no tenía poder, donde el "impecable" no tenía cabida. Pero como todo sueño, que en la teoría se ve romántico pero en la realidad podría ser un auténtico desastre, como estaba ocurriendo.

—De eso nada —les dijo Héctor a sus amigos. —Ni se os ocurra —agarró a Martina y la apartó de ellos. Se inclinó hacia su oído—. Ni les prestes atención.

Martina se cruzó con los oscuros ojos de Héctor, demasiado cerca, tuvo que retirarse de él y exhalar el aire con disimulo.

*A ver cómo supero yo esto el lunes. Madre mía…*

Aún no le había soltado el brazo. Martina se apartó con cuidado.

—No pasa nada, no te preocupes —miró hacia sus amigas—. Vamos.

Sabía que no les hacía mucha gracias tener que irse, miraban a Héctor con ansias. Pero obedecieron, pasaron entre Martina y él, sin dejar de sonreír. Cuando hubo pasado la última, Martina se dispuso a seguirla. Se despidió de Héctor con la mano y media sonrisa, una sonrisa poco natural e incómoda.

Tuvo que soportar todo tipo de comentarios por parte de sus amigas.

# Héctor

Habían encontrado a un grupo de amigos , Héctor no lograba de encontrarse cómodo, había un par de mujeres con él e Ilde. Pero en cuanto vio la primera oportunidad se alejó de ellos y se acercó hacia una barandilla desde donde se veía la pista de baile.

A pesar de la tenue luz, buscó con la mirada una abundante melena castaña con las puntas doradas, y un llamativo vestido negro.

En pocos minutos la encontró. Ellas continuaban las risas, bailaban sin parar. Entonces Héctor fue consciente de la juventud de Martina a pesar de cómo se mostraba en el trabajo. Allí era una joven alocada más, nadie creería la forma de trabajar de Martina como él la había visto hacer aquella misma tarde.

Entornó los ojos hacia ella, había algunos jóvenes alrededor del grupo, depredadores rondando a las presas. Novatos a su juicio, Martina ni les prestaba atención.

Alguien se colocó a su lado y Héctor se sobresaltó. Era Ilde.

—¿Estás bien? —le preguntó a Héctor.

Héctor asintió.

—Pensaba que te había entrado otra vez —se explicó Ilde.

—Llevo un tiempo que no me pasa… —bajó la mirada de nuevo hacia la pista.

Ilde sonrió.

—Quiero resolver una duda —le dijo Ilde—. ¿Ella es la razón de que últimamente estés… desganado?

—¿Desganado? —se extrañó Héctor.

—No sé si es la palabra correcta. Ahora no te atraen las juergas ni el jaleo, puede ser por la ansiedad, ok, aunque dices que estás dejando la medicación. Pero tampoco buscas compañía femenina, que puede ser porque te hayas cansado de las mujeres, ok. Pero hoy cuando la he visto… se me ha ocurrido otra explicación a todo eso.

Héctor rió.

—Te va a arder la cabeza de tanto pensar —le respondió Héctor con ironía e Ilde rió también.

Ambos miraron de nuevo hacia la pista, Ilde divisó a Martina y su grupo, y con ello, la razón del por qué Héctor permanecía en la barandilla.

—Muchas veces nos hemos encontrado con empleados tuyos, y empleadas, algunas muy guapas. Es verdad que algunas veces te acercas a ellos, otras los saludas solo con la mano. Pero hoy … casi te lanzas sobre ella —Ilde rió de nuevo

Héctor negó con la cabeza.

—No me he lanzado sobre ella —se defendió entre risas. —No importa, la has saludado diferente. La miras diferente y la has ale jado de nosotros. Ahora se el por qué no la has despedido aunque haya discutido con Carmen.

—Eso sí que no. No es por eso. No tienes ni idea de cómo trabaja.

—No es por eso, o sea, no lo niegas —Ilde reía con más intensidad.

—No, no es lo que piensas, no… —Héctor negó con la cabeza—. Yo no mezclo el trabajo con otras cosas.

Ilde lo miró de reojo sin darle mucha credibilidad a las palabras de su amigo.

—Pues si te gusta… —Ilde bajó la cabeza —y no mezclas el trabajo con otras cosas…¡estás jodido!

Héctor le dio un suave empujón con la mano. Volvieron a mirar al grupo de Martina.

—Una empleada brillante pero choca con Carmen —continuaba Ilde—. Te gusta pero algunos empleados del almacén quieren… Lo dicho, estás jodido ¿Qué dice tu hermana?

—¿Mi hermana? —se extrañó Héctor.

—Venga ya, ¿no lo sabe? No me lo creo. Es tu otro cerebro, tu consejera en lo profesional y lo personal. ¿No se lo has dicho? —No esperó respuesta—. Ni falta que hace, tu hermana es casi vidente con todo lo que te ocurre. Nunca falla. Te advirtió lo de esa tipa con la que salías, Erica, meses antes de que te pasara...

Héctor resopló al recordarlo.

—A ver qué te dice de esta —observaban cómo Martina se separaba de su grupo después de coger su bolso.

En cuanto Ilde y Héctor vieron a Martina subir las escaleras hacia ellos, se apartaron de la barandilla y dieron la espalda a la pista.

—Viene —le dijo Ilde riendo.

Martina pasó a escasos centímetros de ellos. Sus ojos se cruzaron unos instantes con los de ella. Recibió algo parecido a una sonrisa de sus gruesos labios. La joven los rebasó sin detenerse y continuó su camino hacia el servicio.

—Pues se le ve muy interesada en el jefe —bromeó Ilde y Héctor miró hacia un lado disimulando una sonrisa—. La mayoria de tus empleadas te adoran, ¿qué le has hecho a esta?

David se acercó a ellos.

—Esa empleada tuya…me encanta —les dijo—. ¿Nos dejas…?

Ilde miró a Héctor con ironía.

—Ni la mires —le advirtió Ilde riendo.

David miró a Héctor sonriente esperando a que respondiera.

—Como se os ocurra, os quedais sin vacaciones —le amenazó.

David levantó las manos.

—Entendido. No hay más preguntas, señoría —le respondió a su amigo con ironía.

Martina ya regresaba del baño. Esta vez estaba más retirada de ellos, pero David alargó la mano y la agarró de la muñeca. Héctor se sobresaltó sorprendido e Ilde se llevó la mano a la frente.

David la acercó hasta colocarla junto a Héctor. Martina tenía el ceño fruncido extrañada.

—Conozco a Héctor desde la guardería —le dijo—. Y siempre he sentido gran curiosidad por saber cómo es tenerlo de jefe.

David miró a Héctor sonriendo, pero Héctor no le devolvió sonrisa alguna. Su empleada miraba al chico sorprendida por la pregunta y más teniendo a Héctor tan cerca.

—Me explico, me ofrecí como asesor jurídico de la empresa y se negó. Decía que nos llevábamos demasiado bien como para trabajar juntos. Lo que me llevó a pensar que allí es un verdadero ogro.

Martina entreabrió los labios para responder. Héctor miró hacia un lado, por lo que conocía de Martina, podría esperar cualquier cosa.

# Martina

*Qué mala noche he elegido yo para tomar copas porque soy capaz de decir una burrada.*

—Intenta imaginar que él no estuviera delante —añadió el chico que acompañaba a Héctor.

*¿Qué no estuviera delante? Es imposible. Siento cómo su camisa me está rozando el hombro ahora mismo y noto su olor. Me encanta cómo huele y me encanta cómo me está mirando hoy. Justo esta situación es la que yo soñé siempre. Unos desconocidos que me detienen un instante y que él estuviera entre ellos.*

Miró a Héctor de nuevo, él mantenía su mirada hacia el otro lado, completamente abochornado.

Martina tomó aire.

—Bueno…no abusa del mando pero le gusta que los demás sean concientes de que lo tiene, sobre todo si recibe una crítica.

Héctor la miró en seguida, frunciendo el ceño. Sus amigos dejaron de sonreír de inmediato. Martina ignoró la mirada de Héctor.

*Si yo sabía que podría soltar una burrada.*

—¿Duda resuelta? —solo miraba al chico que la había llevado hacia ellos.

Divisó a sus amigas alrededor de ellos.

—Estábamos buscándote —le dijo Daniela, que observaba su cara con interés.

David le puso la mano en el hombro a Daniela.

—Fantástico, íbamos a pedir algo, ¿os apetece?

Martina negó con la cabeza.

*Solo me hacía falta beber más ahora y cagarla completamente.*

Pero ninguna de sus amigas se negaron.

—¿Seguro que no quieres nada? —volvió a preguntarle el amigo de Héctor.

Martina volvió a negar con la cabeza y rodeó a Héctor para apoyarse en la barandilla, más lejos de él.

—Ahora seguramente me despidan —le dijo con ironía al chico de la pregunta—, así que gracias por tu colaboración.

Ilde y David rieron y hasta Héctor esbozó una sonrisa. Daniela y Jenifer la miraron extrañadas. Pero los amigos de Héctor en seguida las llevaron a la barra.

Martina quedó sola, a poco más de un metro de Héctor. La joven suspiró.

*Puede despedime, pero siendo positiva ya sé òr dónde sale…*

Detuvo sus pensamientos porque la sensación vertiginosa de su pecho la haría caer por encima de la barandilla. Sintió el olor dulzón de Héctor y su camisa cerca de su brazo. Se había apoyado en la barandilla junto a ella.

—Disculpa, ha bebido algo de más —le dijo él.

Martina se encogió de hombros.

—No acepto mal las críticas —añadió—. No es así del todo. Martina lo miró arqueando las cejas.

—A veces… bueno, quizás cuando vienen de algún empleado nuevo —admitió al fin—. No espero tanta sinceridad.

—¿Sabes el problema que hay cuando se llega hasta dónde tú estás?

—Martina no esperó la respuesta—. Que cuando te das cuenta estás rodeado de pelotas y palmeros. Y si vives entre gente así, cuando se te dice algo de verdad no eres capaz de verla.

—No es así —replicó él en seguida.

Martina se giró hacia él para mirarlo de frente.

—¿Quién te contradice en el trabajo? —le preguntó Martina. Se hizo el silencio.

—¿Por qué lo haces? —le preguntó Héctor—. .Pones gran empeño en tu despido.

Héctor tardó unos instantes en sonreír, hasta Martina dudó si lo estaba diciendo en serio. Ella negó con la cabeza algo abochornada.

Que su jefe le gastara bromas no era del todo cómodo.

—¿Qué es lo que le ocurre a Eli? —se interesó Héctor cambiando el tono.

Martina bajó la cabeza y tomó aire.

—No puede perder el trabajo, con que sepas eso es suficiente. *No pienso ir contadole al jefe las miserias de sus empleados.*

—No va a perderlo —le respondió él enseguida—. En cuanto tengas oportunidad, díselo.

Héctor ladeó la cabeza.

—Pero intenta obviar el lugar en el que te lo dije —ambos sonrieron—. No, no quedaría bien.

Martina negó con la cabeza. Ni por asomo era capaz de decirle que había hablado con Héctor fuera del trabajo y a altas horas de la madrugada. Lo único que hacia falta en la oficina era una chisme sobre ella y el jefe. Temía lo peor.

*Comenzarían las habladurías. "Se estará tirando al jefe"…y a mi padre le daría un infarto. El "Impecable" queda muy lejos de eso.*

—Sois demasiados, es imposible que sea capaz de conoceros a todos —se excusó.

Martina volvió a apoyarse sobre la barandilla, no respondió para evitar decir otra burrada.

—Solo sé lo que me dice Rogelio o Carmen de vosotros.

*Exacto. Ahí está el fallo.*

Martina tomó aire.

—¿Jugabas al juego del teléfono de niño? —le preguntó a Héctor mirándolo de reojo de nuevo. No tuvo que decir nada más para que él lo entendiera.

Héctor meditó un instante.

—Es imposible…siempre ando de viaje y luego se me acumula el trabajo del despacho…

—Delega —cortó ella las excusas del jefe.

Héctor abrió la boca para responderle pero se detuvo a pensar bien la forma de rebatirle, momento que Martina aprovechó.

—Delega todo lo que puedan hacer otros y haz lo que solo puedes hacer tú —continuó ella—. ¿A qué se dedican tus padres?

Él se extrañó con la pregunta y aún más con la frescura de su empleada. .

—Me he asegurado de que vivan una feliz jubilación —Martina dudaba si su jefe iba a contestarle la pregunta, absolutamente personal—. Mi padre tenía una zapatería en la misma calle donde vivíamos. Mi madre le ayudaba lo que podía pero sobre todo se dedicó a nosotros.

Martina sonrió.

—¿Tu padre llevaba solo la zapatería? —volvió a preguntar.

—No, tenía a un empleado, pero no es lo mismo que mi situación, nada que ver —respondió convencido.

—No, pero tu madre podría haber ocupado ese puesto en vez de él, ¿no? Y todo quedaría en casa —continuaba ella.

Héctor negó con la cabeza.

—No tenía familia aquí por entonces, nadie que se quedara con mi hermana y conmigo. Y éramos unos auténticos terremotos. Mi padre nos llegó a prohibir la entrada en la tienda —Héctor rió y Martina no pudo evitar sonreír como una imbécil ante una sonrisa sincera del jefe, nada que ver a las simulaciones que hacía en la oficina.

—Podría haber contratado a alguien para cuidaros… —intervino Martina—, pero delegó el trabajo en la tienda.

—Alguien que nos soportara le hubiese salido muy caro —Héctor seguía riendo.

Martina volvió a sonreír como una imbécil.

*Tuvo una infancia feliz, no puede dejar de recordarla. Tengo gran interés por conocer a su hermana. Eli dice que son gemelos y no logro imaginármela.*

—Entonces delegó el trabajo que podía hacer otro, y se encargó del que solo podía hacer ella...

Héctor dejó de reír pero su sonrisa no había desaparecido del todo.

—Pero estás comparando trabajo y familia…y no es lo mismo. La familia siempre es lo primero.

Martina arqueó las cejas de nuevo.

—Entonces considera a tus empleados tu familia —concluyó seria y Héctor se sobresaltó.

—Según tú, no trato bien a mis empleados —respondió él enseguida. Martina lo observó un instante. No estaba molesto.

*Está sorprendido y creo que yo estoy demasiado borracha. Mañana lloraré un río cuando recuerde todo esto. A ver con qué cara voy yo el lunes a la oficina después de todo lo que le estoy soltando.*

—No he dicho que los trates mal. Solo que…demasiado lejano quizás —le respondió.

Héctor la observó detenidamente y Martina tuvo que bajar la cabeza con bochorno.

*Tengo la lengua muy suelta hoy, pero sin embargo me incomoda la forma en la que me mira. Más vale que me vaya a casa ya.*

—A qué se dedican tus padres —ahora él preguntaba.

Martina le respondió. Y tal y como suponía, el coche de Héctor procedía de la empresa que dirigía su padre en la ciudad.

—¿Cuántos hermanos tienes? —a Martina cada vez le incomodaban más las preguntas.

Respondió de nuevo, esta vez con una sola palabra “ninguno“. Héctor frunció el ceño.

—Te educaron bien —le dijo y Martina no supo ya a dónde mirar de la verguenza—. Extraordinariamente bien.

*Huelo a alcohol y estoy echando unas risas con mi jefe en una discoteca. Ahora mismo soy la hija que todo padre quiere tener, seguro que sí.*

Se giró, Jenifer no estaba muy lejos de ella. No sabía el tiempo que llevaría allí, había perdido toda noción durante su conversación con Héctor.

Martina le hizo un gesto y su amiga asintió.

—Pues nos vamos —le dijo a Héctor que se incorporó de la barandilla en seguida .

Héctor miró a los suyos.

—Supongo que nosotros también —miró la hora—. Te juro que me había propuesto recogerme temprano.

Martina rió.

—Hasta el lunes —fue la escueta despedida que le dio a su jefe y se dirigió hacia sus amigas. En cuanto estuvo entre ellas, se dio cuenta del reproche de sus miradas.

—Pero cómo no nos habías dicho nada. Tremendo jefazo…

—Ni una palabra más —les advirtió—. Ni una broma. Y prohibido zorrearle cuando yo no esté.

Llegaron al guardarropa. Miró a las amigas agregadas que habían traído aquella noche, las menos cercanas y de las que menos se fiaba..

—Totalmente prohibido.

# Héctor

Desde la terraza del hotel podía ver el mar. El hotel tenía todo el lujo que esperaba, y la isla no le había defraudado. Sin embargo no se encontraba del todo bien a pesar de estar de vacaciones.

Sonaba música, Ilde, David y Gabi habían pedido champán. El camarero lo traía en una copa rellena de hielo picado.

—Estás en una de las islas más bonitas del mundo, con tus tres mejores amigos y tienes la misma cara de preocupación que siempre —le decía Ilde mientras Héctor miraba su movil —¡Estás de vacaciones! De qué te sirve todo el dinero que ganas si no puedes disfrutarlo.

Héctor levantó la mirada hacia él.

—Me han llegado los planos del diseño de la casa —le explicó—. quiero que empiecen a construirla en Septiembre, van a tardar año y medio en hacerlo. Cuanto antes empiecen, mejor.

Ilde hizo un ademán con la mano.

—Ya los mirarás cuando regreses. Ahora disfruta —intervino Gabi mientras le daba una copa a Héctor.

David hizo los honores descorchando el champán. Sirvió primero a Héctor.

—Una semana de vacaciones con tu familia y otra con tus amigos… —le dijo—. Quizás necesites otra más, en otra compañía.

Héctor sonrió y negó con la cabeza.

—Al contrario, cuanto más tiempo esté alejado del negocio, peor —se llevó la mano a la cabeza—. Peor será cuando llegue.

—¿A quién has dejado al mando? —le preguntó Ilde.

—A Rogelio, pero tiene a la mitad de la plantilla de vacaciones. Ni Martina está esta semana… —se quedó pensativo.

Ilde, Gabi y David se miraron.

—Martina… —bromeó David —¿De vacaciones? ¿Qué clase de jefe eres?

Rieron todos menos Héctor.

—La semana que viene se le acaba el contrato, y le pertenecen cinco días por estos dos meses —respondió Héctor.

Ilde lo miró de reojo.

—Si ella estuviera aquí, ¿tendrías esa cara? —le increpó con ironía.

Héctor negó con la cabeza.

—Héctor —intervino Gabi—. ¿Cuándo acaba su contrato?

—El viernes.

Gabi abrió los brazos.

—Fantástico, el viernes a las tres de la tarde será una mujer ajena a tu empresa ¿No lo habías pensado?

Héctor frunció el ceño.

—Claro que lo habrá pensado —añadió Ilde—. Héctor siempre lo piensa todo.

—Ahí tienes una opción —le dijo David—. Como jefe no quieres acercarte a ella.

—Qué fácil lo veis siempre todo —les increpó Héctor—. Martina es brillante, pero tengo que

prescindir de ella porque…

—Te la quieres tirar —lo cortó David. Ilde le dio una colleja.

—¡Bruto! —le dio una segunda colleja.

—¿Por qué exactamente no quieres acercarte a ella? —preguntó Gabi sirviéndose más champán.

Héctor tómó aire. Había muchas razones para no hacerlo. Lo estuvo hablando con Alicia durante todas las vacaciones, con ella pudo ser franco del todo.

—No quiero que se sienta presionada si intuyera algo. Podría verse condicionada por mi situación respecto a ella —negó con la cabeza—. Cuántos jefes abusan de ello. Demasiados. No quiero que piense que…

—Tremenda tontería —respondió David—. ¿Condicionada Martina? El otro día comprobaste que le da igual quien seas.

Héctor negó con la cabeza.

—Tienes facilidad con las mujeres, realmente no te hace falta acercarte a ninguna, se acercan solas —Ilde rió—. Pero mucho me temo de que con esta como no te acerques tú… no va a caer del cielo, por la situación más que nada.

—Otra tontería —le rebatió David—. ¿Cuántas trabajadoras te han tirado los trastos?

Gabi negó con la cabeza.

—Esta no es así… —concluyó Gabi.

Héctor volvió a mirar su teléfono. Abrió instagram. No seguía a Martina pero por suerte ella tenía su perfil público. Solía mirarlo a diario.

Martina había colgado una nueva foto hacía tan solo veinte minutos. Se la veía mucho más morena. Sabía por otras fotos que ella se encontraba en Torremolinos y que allí tenía casa y familia.

Esta vez estaba con dos chicas que no reconocía, no eran las que acompañaban a Martina aquella noche cuado la encontró.

Entornó los ojos hacia ella. Llevaba un ceñido vestido de fiesta en plata, con mucho brillo, se encontraba sobre la arena, cerca de unas camas ibicencas. Llevaba en la mano unos zapatos también plateados con unos altísimos tacones de aguja. Las tres sonreían mientras la oscuridad de la playa estaba iluminada por focos de colores.

Leyó bajo la foto: El reencuentro. Mi pueblo, mi casa, mi olimpo, un año más.

Sus amigos se asomaron a la gran pantalla de su Iphone.

—Tendríamos que haber ido de vacaciones a la Carihuela —le dijo Ilde al mirar la foto—, seguro que allí no tendrías tan mala cara.

Héctor rió.

—Mira que sois plastas —les reprochó.

Héctor solía ignorar los consejos de sus amigos sobre negocios y amoríos. No solían acertar nunca. Para todo ello tenía a Alicia, ella sí que le había dicho algo sobre Martina, algo de lo que dudaba que pudiera llegar a hacer.

# Abuela Lola

Volver de las vacaciones y tener que salir tienda por tienda con Héctor a sabiendas de que su presencia en la oficina era necesaria y tener que morderse la lengua.

Héctor no le había dado tiempo ni para encender el ordenador. Estaba en ayunas y temía de que su estómago sonara en el silencio del coche del jefe. Era realmente incómodo estar a solas con él en un espacio reducido, a pesar de ir en un coche grande. Olía demasiado a su perfume, su teléfono sonaba sin para y ella escuchaba cada llamada que Héctor recibiera, del trabajo o personal.

Era la tercera tienda que visi taban en lo que llevaban de mañana. Ignoraba si Héctor había desayunado y había pasado por alto que ella no lo hiciera, lo cierto era que ya no aguantaba más. Entraron con el coche en una gran avenida.

*La abuela Lola.*

Estaban en la calle donde Martina había pasado parte de su infancia. Ya solo iba de visita, casi no recordaba que Héctor tenía allí una de sus tiendas. Quizá la abuela Lola se lo mencionara cuando le dijo en qué empresa trabajaba. La tienda de Héctor estaba solo unos cuantos bloques más adelante que la de su abuela.

Como venía siendo habitual en aquella avenida, no había aparcamiento libre. Héctor resopló. Martina lo miró de reojo.

—Esta calle a la derecha —le dijo y Héctor siguió sus indicaciones sin decir nada—. Derecha de nuevo.

Entraron en una estrecha calle de pequeñas casas. Al final, había una plazoleta, con varias plazas de aparcamiento libres. Héctor sonrió.

—Conoces la zona mejor que yo, por lo que se ve —le dijo él sonriendo.

Martina se encogió de hombros.

—Crecí aquí —le respondió—. En parte.

Se bajaron del coche, Martina cogió su bolso *y* el maletín con las nóminas y los nuevos contratos.

—Ya que conoces este barrio, seguro que sabes dónde podemos desayunar —le dijo él.

*Esto lo sabía yo desde que salimos, que me tocaría desayunar con el jefe.*

Salieron hasta la avenida ahora a pie. A solo unos metros de la tienda de Héctor había una cafetería donde solía desayunar con la abuela cuando iba a verla los fines de semana, bien temprano.

En la terraza de la cafetería había sitio. Era una cafetería moderna y elegante, con butacas de mimbre y mesas de madera color chocolate. Martina puso el pesado maletín junto a la primera mesa que encontró en el camino. Héctor tomó asiento en una de las butacas. El camarero no tardó en venir hasta ellos, saludó a Martina con una sonrisa. La conocía de las veces que había ido allí y les trató con la misma buena atención con la que lo hacía siempre. .

—Martina —la voz de la abuela Lola imponía hasta a dos metros.

Ella se giró con rapidez.

*Lo que me faltaba. La abuela Lola cara a cara con Héctor.*

Se dirigió hacia su abuela y la abrazó y la besó como siempre, ante la atenta mirada de su jefe.

Martina se giró hacia Héctor.

—Mi abuela —le dijo a Héctor de lejos, con rapidez y quitando importancia. Sin embargo más rápida fue la reacción de él, que enseguida se levantó y se dirigió hacia la anciana mujer. Martina arqueó las cejas al ver a Héctor besar a su abuela.

—Héctor —se presentó así mismo.

La abuela Lola miró fíjamente al joven, como le gustaba mirar a las personas que acababa de conocer, atravesando con su mirada vestimenta, cuerpo y alma. Héctor sin embargo no pareció intimidado en absoluto, sonrió abiertamente.

—Pensaba que estabas en el trabajo —le dijo a su nieta con aquella voz serena.

—Y estoy en el trabajo —miró a Héctor de reojo—. Es mi jefe.

La abuela Lola frunció el ceño mirando de nuevo a Héctor.

—Pues qué jefe más joven tienes —respondió la mujer y él sonrió. Héctor retiró una de las butacas.

—Íbamos a desayunar —Héctor miró hacia la anciana—. ¿le apetece algo?

*No, abuela.*

—Sí —respondió la mujer tan convencida y brusca que Héctor sonrió de nuevo.

La abuela Lola dejó a un lado el carro de la compra de cuatro ruedas que venía empujando, y se sentó.

Martina miró atónita a su abuela. Si desayunar con Héctor ya era algo incómodo, hacerlo con la peculiar abuela en medio, ni lo quería imaginar. Su abuela solía llevar su pelo plateado en un sofisticado recogido de peluquería, y por supuesto, todo lo bien maquillada que le permitían los pliegues de sus párpados y las arrugas de toda la cara. Vestía de boutique, acorde a su edad, y tenía unos ojos enormes con los que imponía.

Miró a Héctor.

—Quiero descafeinado —le pidió, aunque más bien sonara a orden. Héctor no tuvo más remedio que levantarse para ir a pedírlo porque el camarero ya no se encontraba en la terraza—. Pero no se lo pidas al chico joven, ni al que atiende a las mesas tampoco. Díselo a la muchacha que está en la barra, que es la que pone el café bueno.

Martina apartó la mirada y la dirigió hacia la avenida, a ver si el pasar de los coches le quitaba el bochorno de la cara. Héctor entró en el interior de la cafetería.

—Abuela, por favor —le suplicó Martina en un susurro—. Compórtate.

—Sí, tranquila —le respondió la mujer casi sin mirarla—. ¿Tu jefe? Cómo que un hombre tan joven es ya jefe. ¿Tiene un enchufe? Vaya tío guapo.

—Abuela, por favor —Héctor regresaba y volvía a sentarse.

—Café pedido a la chica de la barra —le dijo y la mujer le sonrió.

El camarero llegó en seguida con el desayuno de ellos dos. Martina comenzó a untar su tostada. Sintió a la abuela Lola tocándole el vestido, examinando la tela, la combinación de volantes en la que terminaba y que formaba todo el vuelo, mezclando el azul-lila con el rosa pastel. Héctor aunque también preparaba su tostada, las observaba de reojo.

*Abuela, por favor.*

La abuela le miró los zapatos y el bolso. Le revisó el pelo con la mirada, los complementos, Martina no quería ni mirarla.

*Qué vergüenza me está haciendo pasar.*

Acabó con ella y comenzó el turno de Héctor.

—¿Qué tiempo llevas en la empresa? —le preguntó en cuanto él le hubo dado el primer bocado a la tostada y no podía contestar —Tan joven y jefe, debes llevar mucho.

—Desde el principio, abuela —fue Martina la que respondió, aunque Héctor intentaba tragar rápido para responder—. La montó él.

—Ah —se sorprendió Lola—. Entonces es el jefe, jefe.

—Eso es —le respondió su nieta.

—Comencé hace cinco años —añadió él cuando ya hubo tragado.

La abuela arqueó las cejas. Héctor volvió a morder la tostada.

—¿Qué edad tienes? —volvió a preguntar la mujer.

Héctor tuvo que volver a engullir rápido. Martina empujó un vaso de agua hacia él, sabía que ser víctima de la abuela Lola no era algo fácil. Héctor le agradeció el gesto.

—Voy a cumplir veintinueve —respondió en cuanto pudo. —O sea, tienes veintiocho —añadió la mujer—. ¿Montaste una empresa con veintitrés?

Héctor asintió, no sabía si volver a morder la tostada. —Muy bien, los jóvenes de esa edad se dedican a trasnochar, beber y a molestar a las mujeres —le dio una palmada en el hombro al joven—. Enhorabuena, más como tú hacen falta. Miró a su nieta.

—¿Y estás contento con mi nieta? —Martina casi se atragantó al oírla.

—Sí, claro —respondió él en seguida.

—Abuela —intervino Martina—. Deja de hacerle preguntas, que no puede desayunar y tenemos prisa.

La abuela Lola tomó aire y le hizo una señal con la mano a su nieta.

—Sabe dirigir una empresa y le va bien, no es un imbécil. Seguro que es capaz de hacer más de una cosa a la vez.

Martina vio cómo Héctor aguantaba la risa.

—Su café, Doña Lola —intervino el camarero —Le pongo el andador en un ladito para que no le estorbe.

Lola se dirigió hacia él y le fulminó con la mirada.

—No es un andador. ¿No ves que es un carro de la compra? Yo no uso andador —le respondió brusca y el camarero rió.

Martina sonrió. Realmente era un carro de la compra que su abuela solía llevar a diario y en el que se apoyaba con disimulo, para andar más cómoda y evitar caídas. Su orgullo no le permitía pasear con el andador.

La atención de Lola se dirigió en seguida hacia Héctor de nuevo. —Martina me había hablado de su jefe, no te imaginaba yo tan joven —dijo la mujer.

—¿Y le ha hablado bien? —preguntó Héctor con ironía. Martina entornó los ojos. Le era tan raro ver en la misma mesa a Héctor y a su abuela. Sentía como si fuera un mal sueño y estaba ansiosa por despertar.

—No me ha dicho nada malo —respondió su abuela—. Ni nada bueno tampoco.

Lamentaba la sinceridad de su abuela, pero a alguien había salido ella mima. La abuela volvió a urgar el vestido de Martina, ahora le había llamado la atención la fina gasa de los pequeños volantes del final.

—Es precioso —le dijo a su nieta.

Martina intentó sonreír y apartó la mano de su abuela del vestido, con gran disimulo.

*En otro momento, abuela.*

Héctor entró de nuevo en la cafetería.

—Abuela, por favor, cállate ya. El viernes me cumple el contrato —Martina hablaba en susurros. Lola sonrió —Y quiero que me renueven.

—Van a renovarte, hermosa —le dijo Lola convencida—. Soy vieja, pero aún me queda vista

para ver. Tienes a la empresa a tus pies.

—¿Qué? —Martina no la entendió.

Héctor estaba de vuelta. La abuela Lola lo observó sentarse.

—¿Eres soltero? —le preguntó por las buenas.

A Martina casi le salió la infusión por la nariz. Héctor asintió.

—Ahora la juventud andais solteros siempre —miró a Martina—. Esta es soltera también

*Dios mío, llévame.*

—La única nieta soltera que me queda… Con el mal ojo para los hombres que ha tenido hasta ahora… más pusilánimes seguro que no los encuentra.

Ahora era a Héctor al que le iba a salir la infusión por la nariz, pero por aguantar la risa.

—Abuela —le reprendió Martina.

Su abuela hizo un ademán con la mano quitando importancia antes de levantarse.

—Ha sido un placer conocerte —le dijo a Héctor, él se levantó con cordialidad—. Sé que su contrato acaba el viernes, espero que siga con vosotros.

Martina se levantó también para despedirla. Con lo que le gustaban sus conversaciones a solas con su abuela, era realmente incómoda en compañía, y más tratándose de Héctor.

—Más lista no vais a encontrar ninguna —le soltó al jefe de su nieta—. Ni más guapa tampoco.

Se giró hacia su nieta antes de ver la sonrisa de él. Martina sintió cómo le ardían hasta las orejas.

—Me encanta tu vestido pero te tienes que poner tacones más altos —le dijo al despedirla.

Martina vio cómo Héctor rodeaba la mesa y cogía el maletín situándose junto a ella. Él no dejaba de sonreír o más bien, de aguantar la risa.

—No necesito tacones más altos para trabajar, abuela. La mujer frunció el ceño.

—Más altos, Martina.

—Su nieta viste realmente bien —intervino Héctor y Martina al oírlo sintió ganas de ir al baño con urgencia.

Lola lo miro con interés, con unos ojos dorados enormes a pesar de las arrugas de sus párpados.

—En este mundo frívolo de necios, alimañas envidiosas y de imbéciles que no saben reconocer un elevado número de neuronas en cerebros ajenos, mi nieta no debería ir solo bien vestida, señor Héctor. Debería ir humillando —Martina bajó la cabeza abochornada de nuevo por las palabras de su abuela—. Así de triste es la realidad para la mayoría de mujeres inteligentes.

Héctor estaba tan contrariado que no supo qué responder.

—Te deseo lo mejor para tu empresa —le dio una palmada en el hombro—. Y a ti te veo el sábado.

La mujer agarró su carro de la compra y se alejó de ellos caminando avenida abajo.

Martina y Héctor emprendieron el camino contrario al de su abuela, dirección a la tienda.

—Si fuera más joven, seguramente la contrataría ahora mismo —le dijo a Martina—. Fantástica.

—Lo dices porque no es tu abuela —Héctor rió con las palabras de Martina—. Podría decirte que la edad la ha hecho así, pero no es cierto, siempre fue así.

—Te educó ella en gran parte, deduzco —la agarró por el brazo para evitar que ella pisara un montículo de papeles con algo pastoso encima.

—En gran parte. Sí —confirmó ella rodeando aquella plasta del suelo.

—Ahora entiendo —se detuvieron en la puerta de la tienda.

# Héctor

Cuando Alicia los visitaba siempre se forma ba un revuelo en la oficina. Sus empleados realmente la querían. De hecho, Héctor estaba convencido de que ella era más querida que él y con gran diferencia.

Se asomó a la puerta del despacho Hacían unos veinte minutos que su hermana había llegado y aún no había sido capaz de llegar hasta él.

Ya la veía venir acompañada de Carmen, conversaban sobre algo, Carmen la detuvo una vez más. Ya estaban a solo unos metros del despacho así que Héctor dejó a puerta entre abierta y se fue hacia su mesa.

Alicia al fin entró cerrando la puerta tras ella y dando un suspiro.

—Mis empleados te adoran —le dijo a su gemela.

Alicia se encogió de hombros.

—Se te dan bien los negocios, pero siempre fui más sociable que tú, ¿qué esperabas?

Héctor se dejó caer en el respaldo del sillón.

—Lo estoy intentando, que lo sepas. Acercarme más a ellos —le decía a su hermana.

Alicia asentía con ironía.

—Eso dicen por ahí —hizo una mueca—. Que últimamente desayunas con ellos...

Alicia se sentó frente a él.

—Tengo que confesarte que me ha parecido realmente guapa —le dijo a su hermano sonriendo, esperando ver la reacción de él respecto a sus palabras. Héctor aguantó la sonrisa—. Y ni siquiera Carmen sabe si va a seguir en la empresa o no.

Ahora Héctor sí que sonrió.

—Su contrato termina mañana —continuó Alicia—. No puedes hacerle eso, debe estar… desorientada.

Héctor tomó aire. Miró hacia su mesa y luego a Alicia.

—Realmente no sé lo que hacer, o quizás sí, sí sé lo que hacer.

Alicia se cruzó de brazos.

—Y bien… —esperaba la respuesta al gran misterio que rondaba por la oficina.

—He estado toda la semana tienda por tienda junto a ella —comenzó.

—Lo sé, y eso de tanto salir y entrar con una empleada…

—De esto se trata, lo hacía con Rogelio y nadie le daba importancia. Lo hago con Martina y…da comienzo una guerra.

—Normal, tienes varias admiradoras por aquí...

Héctor negó con la cabeza levantando la mano para que Alicia callara.

—No la voy a renovar. Mañana le daré su finiquito y ya está —sentenció.

Alicia frunció el ceño.

—¿Razones, por favor? —le preguntó a su hermano.

—Lo he meditado, mucho más de lo que piensas y… hasta he tenido un par de crisis esta semana y creo que han sido por las dudas.

—¿Te gusta cómo trabaja? —Intervino su hermana.

Héctor miró hacia un marco de fotos digital que tenía sobre la mesa.

—Nunca quise secretaria. Bien, pues hasta me encantaría que ella fuese mi secretaria.

Alicia sonrió.

—Pero no. Esto… me afecta a mí personalmente y no quiero que interfiera en la empresa.

—¿Que no interfiera? —se extrañó Alicia sin perder la calma—. Vas a perder a una empleada de oro. Ya está interfiriendo, se quede o se vaya.

Héctor bajó la cabeza abochornado. Con Alicia se perdía el carácter altivo que mantenía en la empresa.

—¿Y qué piensas hacer cuando se vaya? ¿Llamarla e invitarla a cenar? —bromeó Alicia.

Héctor tomó aire de nuevo.

—¿Le has contado todo esto a tu terapeuta? —preguntó su hermana riendo. Héctor asintió y Alicia dejó de reír, poniédose seria—. Lo siento… no pensaba que era tan serio el asunto.

—La terapeuta tampoco esperaba que algo así me afectara tanto, ni yo mismo…

—¿Qué te ha dicho? —volvió a interesarse.

—Que tome una decisión, la que sea y la lleve a cabo. Y todo esto desaparecerá.

—Y ya la has tomado…pero “eso” no se va...

Héctor negó con la cabeza.

—Quizás sea la equivocada —afirmó su hermana.

—¿Y qué puedo hacer? —Alicia dudó si su hermano se hacía la pregunta a sí mismo o a ella.

—Ser objetivo —respondió ella—. Es tu obligación como director y dueño de esta empresa. Ser objetivo y tomar la mejor decisión por el bien de todos. Eres un hombre de valores que sabe sostener esta empresa sobre sus hombros. Cualquier otra decisión que tomes en contra de tus ideales, de tu forma de trabajar, será perjudicial para la empresa y para ti personalmente.

Héctor miraba a su hermana perplejo.

Alicia se levantó.

—Haz con ella mañana lo que hubieses hecho con cualquier otra —añadió Alicia, luego sonrió—. Y fuera de aquí, haz lo que harías si no fuera tu mejor empleada.

# Martina

Estaba nerviosa. Las horas junto a Héctor se cons umían rápido, tan solo cuatro días de tienda en tienda habían bastado para acostumbrarse a su presencia y que esta le encantara más por momentos. Pero era consciente de que podrían ser sus últimas horas junto a él.

Se habían entretenido demasiado en la úl tima tienda, no llegarían a la oficina antes de las tres, hora de salida de los jueves. Pero no le importaba en absoluto, al contrario.

Su interior se sentía triste por un lado, echaría de menos su trabajo, a sus compañeras, las buenas y las malas. Y por supuesto a él y el cosquilleo que sentía cada vez que él le tocaba un brazo, segundos, un instante, eran suficientes para hacerla temblar.

Otra parte de ella se sentiría liberada. Fuera de la empresa era una mujer más, y podría acercarse aún a él sin miedo a las consecuencias. Tenía su teléfono, al menos. Algo que había ocultado al resto de compañeras. Desconocía si era el personal o de trabajo, pero él le envió un mensaje la noche del martes, después de la jornada partida, para avisarle de algo del trabajo del día siguiente.

Se conocía perfectamente, al final no le escribiría ni le llamaría, era incapaz, pero tenerlo le despertaba cierta ilusión y aumentaba sus sueños y fantasías sobre él.

Caminaba en silencio junto a él, camino del parking en el que habían dejado el coche de Héctor. A pesar de que en solo un día expiraría su contrato, no hizo pregunta alguna sobre su incierto futuro. Rogelio no sabía nada, eso le confesó aquella misma mañana y Héctor no había soltado palabra que le permitiera deducir qué pasaría con ella.

*Es cruel e injusto que a día de hoy aún no sepa nada.*

Estaba hecha un mar de dudas que intentaba no mostrar delante de los demás. Había conocido aquella misma mañana a la gemela de Héctor, tal y como esperaba por cómo hablaban todos de ella, le había caído realmente bien. Y en solo unos minutos se dio cuenta que Carmen se esforzaba en gran medida en imitarla, pero que no llegaba ni a una mala falsificación.

Estaba nublado, las nubes oscuras y traicioneras que siguen al verano. La temperatura había bajado de forma considerable. Martina tuvo que abrocharse el único botón de la chaqueta, cuya tela le resultaba demasiado fina.

—Siento que nos hayamos mañana saldrás media hora antes. retrasado tanto —le dijo Héctor.

No le respondió a su jefe , se limitaba a seguir el camino hacia el parking subterráneo.

El silencio se alargaba en el coche camino a la oficina. Héctor aminoró aún más la marcha al entrar en el aparcamiento de la nave. Ya se encontraba cerrada, todos se habían marchado. El coche se detuvo junto al Mini de Martina.

—¿Te has dejado algo dentro? —le preguntó y ella negó con la cabeza.

Martina salió y Héctor la imitó. Se extrañó que el jefe bajara del coche también, así que supuso que quería decirle algo e intuía lo que era. Su corazón comenzó a acelerarse tan rápido que hasta su cuerpo basculó a un lado al intentar caminar hacia su llamativo vehículo rojo.

Héctor rodeó su coche y se colocó frente a ella, lo que la obligó a detenerse.

*Madre mía, va a decírmelo ahora.*

Una parte de ella quería saberlo, necesitaba saberlo y pensó que era el mejor momento. No había nadie, ninguno de la empresa podría verla, si tenía que llorar o reír podría a hacerlo, sin

actuaciones, en la intimidad. Agradeció que Héctor lo hiciera así.

Miró a su jefe a los ojos.

—Primero quiero disculparme por no haberte dicho nada sobre tu contrato —bajó la cabeza —. No se me ha pasado por alto, sé que acaba mañana.

Martina no dijo nada, esperaba el veredicto de Héctor con el corazón a punto de saltarle por el escote de la chaqueta.

Héctor tomó aire.

*Mala señal. Le cuesta lo que va a decirme, son malas noticias.*

—Trabajas realmente bien, es… sorprendente la mejora en tu departamento desde que trabajas con ellos.

*Empezar con alabos tampoco es buena señal, es solo piedad.*

—Pero han pasado más cosas desde que estás aquí —continuó.

*Esto lo sabía yo, que mis disputas con Carmen y mis roces con la puñetera recepcionista y alguna más, me pasarían factura.*

Sintió calor en el estómago y algo extraño en la garganta, ese escozor que precede al llanto, pero era leve, podría aguantarlo delante de él. El nerviosismo aumentó con la furia que le suponía el saber que la culpa de que no continuara no era solo de ella.

—Cosas que no puedo controlar —añadió Héctor.

*Ni yo tampoco. Tú no tienes que soportarlas como lo hacemos el resto.*

—Y aún no sé qué hacer contigo —concluyó.

*¿Cómo? ¿No lo sabes? ¿Mi contrato termina mañana y no lo sabes? Joder. ¿Cómo no puedes saberlo?*

Arqueó las cejas, abrió la boca para decir algo pero la cerró antes de soltar una burrada.

—Llevo toda la semana meditándolo, intentando pensar en qué es lo mejor…y a la única conclusión que he llegado esta mañana es que sea como sea tengo que ser sincero contigo —continuó.

*¿What?*

—Eres brillante, realmente brillante, puedo asegurarte que no nos sería fácil encontrar otra persona que ocupe tu puesto tal y como tú lo haces —la miraba, pero no con la autoridad que lo solía hacer en el trabajo, no como las semanas anteriores, sino más bien de una forma parecida a la que tenía la noche que se encontraron—. Siendo objetivo, tendría hasta que proponerte otro puesto. Uno que necesito con urgencia aunque no lo admita.

*Secretaria de dirección.*

Héctor negó con la cabeza a sus palabras o a sus pensamientos. Martina estaba totalmente contrariada, casi abochornada. Le llenaba de ira perder todo aquello por una puñetera discusión.

—Pero como ya te he dicho hay cosas que no puedo controlar —continuó más pausadamente y desviando la mirada—. Y es la primera vez que me ocurre desde que abrí esta empresa.

Volvió a mirarla los ojos.

—Me encantaría que te quedaras con nosotros, pero realmente lo que quiero es finiquitarte mañana y que dejes de formar parte de la empresa… Y así podré invitarte a cenar.

*Ostias.*

Martina perdió lévemente el equilibrio pero lo corrigió antes de que se notara. Héctor observaba en su rostro una reacción. Desconocía qué transmitiría su cara pero su interior estaba a punto de estallar. La ira de su estómago había explotado llenándolo de mariposas y el escozor de su garganta ahora se encogía intentandodo sujetar sus labios hacia dentro para que no sonrieran como una imbécil.

Aún así estaba abochornada, incómoda y no sabía qué decir.

—Por esa razón no sé qué hacer contigo —bajó la cabeza de nuevo—. Es poco profesional por mi parte, lo sé. Y no sé qué pensarás de mí, pero ya te he dicho que es la primera vez que me pasa en el trabajo y soy bastante rígido con las reglas que me he marcado.

Héctor tomó aire y lo expiró

—Desde que fundé la empresa me prometí que lo personal nunca influiría en mi trabajo. Y es difícil, porque tengo a familia empleada en la empresa. Así que algo como esto ni me lo planteaba.

Martina bajó la cabeza y Hector le cogió el antebrazo, y con el contacto aunque fuera a través de la tela de la fina chaqueta, le transmitió cierta corriente de electricidad placentera, más intensa que las veces anteriores.

—Siento hacerte pasar por esto —le dijo—. Yo mismo fui el que le impidió a mis trabajadores que lo hicieran y …ahora lo estoy haciendo yo.

*Por esa razón lo hiciste. Porque era conmigo*

Apreciar en aquel gesto una hebra de celos por parte de Héctor, hizo que las mariposas del estómago ganaran velocidad. Sus labios esbozaron una sonrisa que no pudo detener. Héctor, que no dejaba de observarla, pudo apreciar en aquélla sonrisa el presagio de que algo bueno producían en Martina sus palabras.

Y Martina comprobó que su sonrisa aumentó la seguridad en Héctor de manera inmediata.

*Se ha tranquilizado y su vergüenza se disipa.*

—Mañana hablamos —le dijo alejándose de ella dando un paso atrás.

*Ya tiene lo que quiere, la señal. La señal de que tiene posibilidades. Qué fácil se lo he puesto. Seré imbécil. Yo me quedo con la duda de qué pasará conmigo y él con la seguridad de que también me gusta.*

Martina asi ntió.

*Y tanto que me gusta. Me encanta. Ni en sueños lo imaginaba así.* Buscaba las llaves del coche con la mano metida en el bolso, pero no atinaba. Se sentía ralentizada, demasiado ligera para encontrar precisión o equilibrio. Héctor la había dejado agilipollada por completo.

Lo vio sonreírle de nuevo antes de volver a montarse en el coche, y Martina le devolvió la sonrisa sin poder poner impedimento. *Otra vez. Seré imbécil.*

Entonces su sonrisa se convirtió en una risa reveladora, algo que a Héctor pare ció gustarle aún más.

Oyó el motor potente del coche de Héctor mientras ella aún buscaba las malditas llaves.

Estaba ya en la puerta de su vehículo.

*Al fin.*

Se introdujo en él tan rápido como pudo.

# Carolina

Había sido imposible ver a Carol pero el la le dedicó un rato de teléfono en su descanso en la consulta.

—Esto lo sabía. Te lo dije, Martina. Le gustas. Te lo dije.

Martina estaba tumbada boca arriba en la cama. Desde que llegó del trabajo, sus piernas no la sostenían bien.

—Tengo la sensación de que lo he soñado… —le decía a su amiga—. No pensaba…

—Bueno, entonces… —notaba en el tono de voz de Carol que estaba sonriendo—. Mañana te finiquitan y cenas con el jefe.

Martina cerró los ojos. Aún no se había hecho a la idea.

—¿Qué dice la abuela Lola? —preguntó Carol con interés. —La veo el sábado, aún no sabe nada —Martina comenzó a reir—. El martes me llamó por teléfono. Me dijo que le había encantado mi jefe y que no lo dejara escapar por nada del mundo. Que la probabilidad de encontrar a un hombre así era mínima. Y que si tenía novia, que se lo quitara. Así que no me quedara de brazos cruzados solo haciendo mi trabajo como un puñetero robot, que yo era capaz de hacer dos cosas a la vez.

Carolina río. Conocía a la abuela Lola de sobra para saber que eran ciertas aquellas palabras.

—La abuela me dijo que yo le gustaba al jefe —Martina sonrió—. .Que no lo tendría difícil.

—Bueno, el consejo llegó tarde, ya hiciste el trabajo —rió Carolina.

—Yo no he hecho nada y lo sabes —se defendió Martina.

Carol reía a carcajadas.

—¿Y qué le vas a decir a tu padre? —Carol sonó irónica.

—Ya pensaré algo.

—Papá —Carol imitó el tono de voz de Martina—. No me renuevan, no he encajado del todo en la empresa. Por cierto, esta noche ceno fuera, a las diez me recoge el jefe.

Rieron a carcajadas.

—Bueno, guapa, tengo que volver al trabajo —dijo Carol—. Me alegra mucho y llámame en cuanto llegues a casa, entro a las cuatro. Un beso.

Martina se despidió y colgó. Permaneció tumbada en la cama, inmóvil, mirado hacia el techo. Tomó aire, los nervios aún no se habían apaciguado. Miró de reojo el vestido preparado para el día siguiente. Desde hacía días lo había elegido por una razón, era el vestido que había llevado su primer día de trabajo y el día que había conocido a Héctor. No se lo había vuelto a poner aunque era su preferido, lo reservaba para su último día, para recordar la sensación de enfrentarse a lo desconocido, y recordar ahora de manera diferente lo que la contrarió Héctor y el cambio que supuso para ella, el reto en aquella empresa. Desconocía el momento en el que el jefe se había fijado en ella ni las intenciones reales que tendría y eso la ponía aún más nerviosa.

Era cierto que desde su encuentro aquella noche las cosas eran fiferentes entre ellos, un gran paso de confianza, que no llegaba a amistad pero sí en cercanía. Sobre todo esa última semana de charlas, algún desayuno a solas o en compañía de la abuela Lola y sus descaros. Héctor a veces le gastaba bromas, recibía llamadas con Martina como oyente, lo había escuchado discutir con un proveedor, echar la bronca con estilo al director de una de las tiendas, reclinar la invitación

informal de una mujer llamada Luz y otra llamada Nuria, decirle te quiero a su madre o animar a su pequeña sobrina que pasaba un constipado. Y nada de ello había pasado desapercibido en su corazón y en sus sentimientos. Si era del todo sincera consigo misma, algo que ni siquiera sabía Carol, era que estaba segura de sus sentimientos sobre Héctor. Le gustaba, cada parte de él le estaba gustando cada vez más, en su faceta personal y profesional. En fases había pasado de atraerle, a gustarle, y a volverla completamente loca. Se reconocía perfectamente, estaba enamorada y de una forma como no lo había estado nunca con sus anteriores parejas.

Antes solo podía soñar con Héctor, pero ahora él la había invitado en convertir en realidad toda su fantasía y estaba ansiosa por saber cómo sería en el mundo real todo lo que imaginó pero en el mundo.

Tenía miedo, en el fondo, escondido muy adentro, allí donde terminaba la ilusión y la felicidad, engurruñados pero amenazantes se encontraban sus temores. Los peligros de volver a caer rendida ante alguien que muy a su pesar la terminaría hundiendo, aún más que las otras veces. Porque de todos los que amó alguna vez, Héctor era el más parecido al hombre de sus sueños, al príncipe con el que soñó cuando niña que algún día se arrodillaría ante ella pidiéndole matrimonio.

Sacudió la cabeza. Repasaba una y otra vez en su mente el discurso de Héctor y aún no era capaz de creerlo del todo. Suspiró, la siguiente mañana iba a ser intensa.

# Martina

Era media mañana y nadie de su alrededor sabía absolutamente nada de lo que ocurriría con ella, ni mucho menos las razones. Esta parte la llenaba de ira en el fondo. Carmen pasaba por delante de ella altiva, casi sin mirarla.

*Encima creerá que es la culpable de que yo me vaya. Una medalla más que no le corresponde.*

Todo el mundo sabía que una disputa con Carmen era un posible despido, algo que ella utilizaba a su favor. Y su tanto se lo sumaría sin duda. También la recepcionista parecía más feliz que de costumbre. Martina la miró desde su puesto.

*Si se enterara de la verdad…*

Después de meses observando había llegado a la conclusión que era una de la mayores admiradoras de Héctor en la oficina y que estaba deseando que él la hiciera su secretaria personal, un puesto mucho más cercano a él.

Rogelio sin embargo, no parecía tan feliz. Martina entendía su postura, su presencia en aquella empresa le facilitaba las cosas y perderla no sería agradable para él.

Rogelio llevaba demasiado tiempo reunido con Héctor. Carmen no lo había pasado por alto e incluso se había asomado varias veces a curiosear en el despacho.

Eli, Luisa y el resto miraban a Martina compungidas y de cuando en cuando se acercaban a ella y le apretaban la mano.

—Si te vas, nos pondremos en huelga —bromeó Eli,

El pulso de Martina había estado acelerado toda la mañana. Ver pasar a Héctor por delante y que ya nada fuera lo mismo. Si antes, temía que al dirigirse a él fuera demasiado observada, ahora la sensación se multiplicaba. Tomó aire con fuerza y lo expulsó con fuerza. Era la primera vez que sus nervios le afectaba en la rapidez del teclado y por ende, al trabajo.

Al fin la puerta del despacho del director se abrió y Rogelio salio de ella. El estómago de Martina dio un vuelco, necesitaba que todo terminara lo antes posible.

Rogelio ni siquiera reparó en ella, se dirigió de inmediato hacia su despacho.

Martina dirigió la mirada hacia su monitor prometiéndose no apartarla de él, pero esta vez los números no consiguieron sumirla en el limbo, ni sus auriculares, ni la música de Ed Sheeran, ni nada que pudiera hacer.

Habían pasado unos veinte minutos y Héctor aún permanecía dentro. Rogelio volvía a entrar en el despacho del jefe con papeles en la mano

*Ahí esta mi finiquito.*

Pero esta vez no tardó en salir.

—Martina —Rogelio acompañó su llamada con un gesto, indicándole que fuera al despacho de Héctor.

Se quitó los auriculares y anduvo tan rápido como le permitieron sus tacones, que esta vez, sí que hizo caso a la abuela Lola y se puso los más altos que tenía.

Se detuvo en la puerta de Héctor y tomó aire.

*No hay forma de calmarme hoy.*

—Pasa —oyó la voz de Héctor.

Dio un par de pasos hacia dentro y cerró la puerta tras ella. Y entonces fue consciente de que no estaba nerviosa, estaba realmente atacada.

Héctor estaba sentado en su sillón con una camisa azulina que le favorecía de gran manera a aquel tono tostado que traía de las vacaciones y que aún no había perdido del todo.

En la mesa, frente a él había unas hojas grapadas, él estaba firmando en la última de ellas. Levantó los ojos hacia Martina, ella se acercaba a la mesa. Cuando llegó hasta ella, Héctor giró los papeles y los puso frente a ella y el bolígrafo.

*Ostias.*

Conocía cada modelo de aquella empresa, no era un finiquito. Héctor no dejaba de mirar su cara con interés.

—Lo mereces y la empresa también —le dijo poniendo el bolígrafo junto al contrato.

Martina quedó inmóvil un instante, tuvo que abrir la boca para respirar por ella. No lo esperaba, después de las palabras de Héctor el día anterior, no lo esperaba.

Cogió el bolígrafo contrariada, que aún estaba caliente por la mano de Héctor, y poniendo gran empeño en que no le temblara el pulso acercó la punta hasta el papel.

*Rota.*

En mil pedazos, todo lo que había pasado por su cabeza aquella noche, aquella mañana, se disipaba a gran velocidad. Sin embargo se sentía feliz por otro lado, seguiría en la empresa, junto a compañeras que habían hecho mella en su alma, junto a arpías con las que tenía que estar alerta, con un jefe del que estaba enamorada y ahora con un nuevo elemento que no sabía bien cómo gestionar.

Tomó aire y garabateó junto a la firma de Héctor, en el hueco del trabajador y sintió que con aquella firma había vendido y matado parte de su alma y solo le quedaría el soñar.

Soltó el bolígrafo en la mesa. De las dos opciones, Héctor había decidido. Martina seguiría soñando, aunque no lejos de su despacho.

Héctor comprobó la firma, dejó los papeles en la mesa y se puso en pie frente a ella.

—Era lo justo, ¿no? —le dijo a Martina.

*Lo justo. Sí. Lo era.*

Héctor sonrió y Martina no entendió su sonrisa. Por un momento pensó que todo lo del día anterior se trataba de una broma.

—Pero esto no quita que… —añadió.

*No, no era una broma.*

—Renuncie a lo otro —continuó y Martina se sobresaltó—. ¿Querrías cenar conmigo esta noche?

*Ay, madre mía.*

Todo lo que tenía planeado decir ya no servía. Miró a Héctor sintiendo ardor en las mejillas, y tuvo que mover los pies para que sus tobillos inestables no temblaran sobre los tacones.

Tomó aire y lo retuvo en su interior, sabía que al soltarlo las mariposas saldrían con él y ya no volverían jamás.

Bajó la cabeza.

—No, lo siento —su voz no era muy alta ni muy firme, más bien bochornosa.

Era incapaz de mirar la reacción de Héctor. Se sentía en la obligación de dar una explicación pero no era capaz de encontrarla.

Estaba inmóvil, frente a él, pero no tenía el valor de mirarlo y repetírselo cara a cara. Seguía siendo su jefe y le estaba dando calabazas en su puñetera cara, con el contrato acabado de firmar.

El momento era incómodo a más no poder, a Héctor le cogió tan desprevenido el rechazo

como a ella la decisión de hacerla fija en su puesto.

Martina dio un paso atrás, pudo apreciar la respiración acelerada de Héctor.

*A saber lo que se le está pasando por la cabeza ahora, lo mismo cree que mi sonrisa de ayer era teatro. Ha sido valiente, las cosas como son. Ahora yo podría hacer correr el chisme de que el jefe me pretende, quizás eso es lo que teme. Está descompuesto.*

Dio un segundo paso atrás alejándose de la mesa y de Héctor.

*Y no sé si yo he sido valiente o cobarde. No puedo, solo sé que no puedo aceptar su invitación.*

Había llegado hasta la puerta, le dio la espalda a Héctor y puso su mano en el pomo. Se detuvo un instante antes de abrir.

—En otro lugar, en otras circunstancias… —le dijo a Héctor—, hubiese dicho que sí.

No esperó respuesta, salió del despacho volviendo a dejar la puerta cerrada tras ella.

*Madre mía. Y ahora qué.*

Nada sería igual, cada vez que tuviera que acercarse a él, dirigirse a él. Ahora era todo más complicado allí dentro, y el sentimiento de culpa de haberse negado y todo lo que hubiese podido pasar con él si hubiese dicho que sí.

Miró a su alrededor, la oficina podría ser la de siempre, pero no lo era. Ahora cada vez que oyera a sus compañeras curiosear sobre Héctor, cada vez que los viera observarlos cuando se dirigían hacia el coche para visitar las tiendas. ¿Volvería a sentarse con ellas en los desayunos? ¿Y si volvía a encontrarlo fuera de allí? Una turbulencias de pensamientos y sentimientos la recorrieron y luego quedaba la pena, la duda y el remordimiento.

Había dejado tras de sí a un hombre completamente perfecto, del que estaba locamente enamorada, estampado contra un muro. No estaba acostumbrado a los rechazos, menos aún cuando ella no le hubo mostrado disgusto a sus sentimientos el día anterior *Tendría que habérselo dicho ayer, justo en el momento. Pero se lo he dicho ahora y he quedado como una mierda.*

Diviso a la recepcionista, que más atenta estaba a ella que a su trabajo y en seguida comenzó a disimular su disgusto.

Se sentó en su puesto.

—¿Y bien? —le preguntó Eli, el resto la observaban desde sus mesas.

—Me quedo —les respondió intentando sonreír.

*Si Héctor no se arrepiente y rompe el contrato. Lo mismo ahora me despide de todos modos. Su situación es también incómoda conmigo.*

Y exactamente, imaginaba cómo se sentiría él, cuando después de haber intentado un acercamiento a su empleada, había sido rechazado. Él y toda su rectitud en la empresa y que tan fácil lo tenía con las mujeres en todas partes. Desconocía si estaría abochornado o enfadado.

*Seguramente las dos cosas.*

Miró el reloj, estaba deseando de que llegara la hora de salir.

# Carolina

Estaban las dos sentadas en una pequeña mesa de camilla que Martina conservaba en su amplia habitación, donde solía estudiar en sus años universitarios.

Era de noche, en cuanto Carolina se enteró de lo que había pasado, quedó en verla cuando saliera de trabajar.

Martina había decidido no salir aquella noche, no estaba de ánimo. Incluso se planteó irse a Torremolinos, auque el tiempo estuviese nublado. Realmente no le apetecía estar en ninguna parte. Se había puesto el pijama y se había enredado el pelo en un moño.

—Vale —le decía Carolina—, ya está hecho. ¿Qué te temes ahora? ¿Un despido?

Martina negó con la cabeza.

—A su reacción, a las consecuencias. A la vergüenza y a la incomodidad eterna —le respondió y Carol rió.

—Ehhh, no es al primero al que lo estampas contra un muro, ni siquiera en el trabajo… también lo hiciste con el del almacén. Estás acostumbrada a estas cosas…y a vivir con ellas.

Martina negó con la cabeza.

—Al de almacén nunca le sonreí como una imbécil, no es lo mismo.

—No es lo mismo porque no te gusta y no es tu jefe. Esa es la diferencia.

—También —Martina apoyó los codos en la mesa y se puso las manos en la frente—. Madre mía…¿con qué cara le miro ahora?

—No seas dramática, serán solo los primeros días. Luego volverá ser todo normal.

Martina la miró sorprendida.

—Nunca volverá a ser todo normal —le respondió a Carol.

—Qué es distinto. Venga, dime. Que ahora sabes que le gustas, eso lo imaginábamos todos, hasta la abuela Lola.

Carol volvió a reír.

—Es un hombre con una seguridad aplastante. Tiene éxito en todo y está como un tren. Tiene que estar furioso a más no poder —continuó Carol.

—Claro que estará furioso —Martina se llevó las manos a la cara.

—Y cuando se le pase la furia, le gustarás aún más…

—¿Qué?

—Venga ya, Martina, ¿crees que hay una sola mujer que se le haya resistido desde…al menos desde el instituto? ¿Solo una? ¿La habrá?

Martina se encogió de hombros.

—Seguramente no —se respondió a sí misma Carol—. Un hombre que lo tiene todo, “;Me gusta, lo quiero, lo tengo”, ¿entiendes?

Martina frunció el ceño.

—Y ahora tú le das semejante palo a pesar de que él ha bajado la cabeza contigo, ha cedido en mantenerte en la empresa, cosa que le honra y encima, se atreve contigo…Eso quiere decir…que no eres un capricho. Un hombre así no se expone en su propia empresa para echar un polvo, no lo necesita. Y sabes por el resto que nunca se le ha escuchado chisme con ninguna empleada. ¿Y si nuestro guapo empresario se estaba enamorando?

Martina la miró amenazante. Muy lejos de ayudarla, Carol estaba haciéndola sentir aún peor.

—Lo has desarmado por completo. Ha perdido su seguridad, su armadura...

Martina bajó la cabeza.

—Y buscará la manera de volver a sentirse fuerte. Y siento lo que te voy a decir, pero seguramente ahora buscará una compañía que le devuelva el poder que ha perdido, ¿entiendes?

—Vamos, que ahora se tirará a otra —respondió Martina.

—Sí, es posible. Aparte cambiará respecto a ti en la empresa. Creará distancia, será rígido, no admitirá tus críticas como hasta ahora y…estará más altivo que de costumbre y más creído si me permites decirlo. Hará todo un despliegue de poder sobre ti, como buen Alfa.

—Así que comenzará a tirarse a una que lo haga sentir un dios y mientras tanto me hará la vida imposible en la empresa, ¿no?

Carol asintió.

—Pues menuda mierda —Martina apoyó la barbilla en su mano. .

—Esto va a ponerse muy divertido… —dijo Carol dejándose caer en el sillón.

—Siiii, va a ser toda una diversión —respondió Martina irónica.

—¿No lo entiendes? Dios, Martina, a veces dudo de que tengas la sangre de la abuela Lola.

Martina también se dejó caer en el sillón.

—Ahora mismo no tengo ni sangre, creo. Ir a trabajaar el lunes se me hace una pesadilla.

—¿Verlo es una pesadilla? —Carol acercó su cara a la de Martina.

—Tal y como me lo pones ahora, sí—. Martina suspiró.—. ¿Y qué hago ahora yo?

—Depende… —Carol la miró a los ojos—. Depende de lo que quieras conseguir.

—Yo solo quiero que todo esto pase y quede olvidado.

—No, realmente no quieres eso —Carol fue tajante en su afirmación—. Tu rechazo se debe a tu miedo. Es tu jefe y no quieres líos en el trabajo. Temes a que vaya bien y te veas envuelta en una nueva relación seria, que seguramente sería maravillosa de verdad, con todo lo que ello conllevaría en el trabajo. Ese maldito empeño tuyo de que nadie te cuestione se iría al traste y hasta temerías a tu padre, ¿no? Tirarte a tu propio jefe, tus ascensos no servirían como logros.

Carol le cogió la cara.

—Temes que todo sea perfecto, pero se acabe, como las otras dos veces y en una situación así. Imagina la cara de Carmen o de la recepcionista si Héctor te dejara, lo temes, lo sé. Temes a que salga bien y temes a que salga mal. El miedo te bloquea y te impide soñar.

Martina resopló y Carol arqueó las cejas esperando defensa por parte de su amiga, no la obtuvo.

—Le has dejado una huella en el suelo, un zapatito para que lo recoja. Ahora está tan ciego con el enfado que ni siquiera lo ha visto, pero se lo has dejado claro. “En otro lugar, en otras circunstancias…” . Eso me ha encantado.

Martina arqueó la cejas. Le había dicho a Héctor, casi sin ser consciente, lo que tantas veces se repetía en el interior de su cabeza.

—En otro lugar, en otras circunstancias… —repitió Martina—, habría dicho que sí.

Carol sonrió.

—En un lugar lejano, en unas circunstancias diferentes de esta realidad… —continuó Carol —. Lo que le has dicho es más bonito de lo que piensas.

Martina negó con la cabeza.

—Le has dicho que no quieres que te invite a cenar. Le has dicho que lo que quieres es que te invite a soñar...

Martina se sobresaltó y miró a su amiga con atención.

—Es absolutamente precioso —Carol le dio un toque en la barbilla y Martina sonrió.

—Pero él va a invitarme al infierno, según tú —rebatió Martina.

Carol ladeó la cabeza.

—Todo lo que haga a partir de ahora no va satisfacerle como él espera, piensa eso cada vez que te sientas mal en el trabajo o fuera de él.

El teléfono de Martina sonó. El grupo de whatsapp de sus amigas echaba fuego.

Martina lo atendió.

"Tu jefe anda por aquí", "Ha subido a un reservado con un montón de gente".

Martina le tendió el móvil.

—Necesita sentirse dios de nuevo, te lo he dicho antes —le dijo Carol sin sorprenderse—. En un reservado que puede permitirse, rodeado de gente que le hace la pelota, de tías que quieren ligar con él. Eso es muy motivador, sí.

Ambas rieron.

Carol se levantó y se dirigió hacia el armario de Martina y lo abrió. En el lado derecho tenía colocada la ropa de fiesta.

—Pero imagina que aparecieras por allí con uno de estos —sacó un mono de pantalón corto. Rió.

—No pienso ir a ninguna parte —se negó Martina—. Hoy ni loca.

Carol la miró amenazante.

—Tonta —la insultó—. La abuela Lola, ¿qué te diría?

Martina rió al imaginarlo.

—Que me mostrara indiferente a todo esto, como si dar calabazas a los dioses fuera algo de mi día a día y que no tiene importancia.

Carol reía.

—Exacto. Eso es.

—Y que usara tacones más altos —añadió y rieron a carcajadas.

Martina detuvo su risa.

—La abuela Lola no estaría de acuerdo en ponérselo fácil, pero tampoco demasiado difícil. Dice que los hombres son tan inútiles que cuando ven un muro demasiado alto, cogen por otro camino en vez de escalarlo.

Carol volvió a reír a carcajadas.

—A ver cómo sales de esta —le dijo Carol.

Martina abrió una caja de galletas saladas.

—A escobazos —le ofreció una.

—Ve el lunes muy consciente de que está muy cabreado. Has ofendido a su grandeza, además va asegurarse de ir con la moral alta. Así que espérate cualquier cosa.

# Abuela Lola

Desayunaban en la misma cafetería que unos días antes habían desayunado con Héctor.

—Entonces, en vez de estar cenando en un buen restaurante con un joven inteligente, guapo y rico, te quedaste en casa, en pijama y comiendo galletas —la miró con los sus enormes ojos—. Una chica de entre un millón, en tu misma situación, elegiría eso. Sobre todo teniendo en cuenta lo difícil que es que te salga una oportunidad así.

Negó con la cabeza mientras removía el café, luego sonrió.

—Tengo que reconocer que los tienes bien puestos—. Martina sonrió al oírla—. Pero tampoco es de necios haberlo aceptado.

—Abuela el problema es…

—Lo sé, lo sé, que trabajas allí —la cortó.

—Carol dice que ahora él cambiará.

La abuela Lola estuvo de acuerdo con todo lo que Carolina le había dicho a su nieta.

—No temas. Los hombres son muy simples —le dijo a su nieta—. Si molesta en exceso, alaba su virilidad y le das una palmadita en el hombro. Luego salte con la tuya. Además lo tienes todo a tu favor.

Martina frunció el ceño.

—Sí, ha pasado esto y lo has rechazado, y con ello ofendido o humillado porque él suele conseguirlo todo. Es lógico que esté enfadado. Pero tú el lunes seguirás siendo igual de inteligente y de brillante en el trabajo y, por supuesto igual de hermosa —la abuela Lola se encogió de hombros—. Le vas a seguir gustando igual que ayer. Con lo cual, llevas ventaja.

—¿Y de qué va a servirme eso?

La abuela Lola rió.

—Seguramente te echará a los leones ya que él no será capaz. No tengas miedo, todo irá bien. Cuando despliegue su poder, responde con humildad, quítale importancia a lo del viernes, le harás un favor también a él. Sigue siendo buena empleada, buena compañera y no entres en disputas con él. Seguramente pondrá todo su empeño en buscarte faltas para disipar sus sentimientos. Que no las encuentre. No las hay—. la abuela sonrió.

Acabó su café.

—Anda, vamos a la tienda esa que te gusta tanto. Cómprate lo que quieras, la abuela Lola lo paga —Martina rió con la proposición de su abuela.

# Martina

Ocupó su puesto unos minutos antes de tiempo. H éctor había llegado después de ella, le dio los buenos días y ella respondió tal y como lo venía haciendo desde siempre.

El reloj de la pantalla había marcado las ocho y un minuto cuando oyó la voz de Héctor pronunciar su nombre.

*Mala cosa.*

Lo miró. Él estaba en la puerta del despacho y le indicaba que fuera hacia allí. No la esperó allí, cuando ella llegó al despacho, él ya se encontraba sentado en el sillón.

Martina entró en el despacho con paso firme, dejando la puerta abierta tras ella. Llevaba un vestido nuevo, regalo de la abuela Lola, para su primer día "después de". Un vestido de fina tela rosa nude, que hacía forma de camisa de manga larga por arriba, pero que luego se entallaba con unas elegantes cuerdas en la cintura antes de formar vuelo por abajo, en dos bonitos volantes asimétricos que terminaban a mitad del muslo. Su tacón era alto, más que de costumbre, del mismo color del vestido, también regalo de la abuela Lola. Martina observó que él no se detuvo mucho en ella, algo que había hecho a conciencia, podía notárselo. Aquel vestido le quedaba realmente bien, su forma, su color, su elegante estilo, resaltaban su juventud, sus rasgos y la forma de su cuerpo a pesar de no ser sugerente. Le hacía gracia que Héctor intentara disimular que su imagen fuera impresionante.

*La abuela Lola lleva razón, llevo ventaja.*

Martina llevaba un boli en la mano, que apretó con fuerza mientras se concentraba en parecer tranquila.

—A partir de hoy y durante un tiempo, trabajarás para el departamento de administración —Comenzó Héctor en seguida—. Carmen te dará ahora la tarea.

*Me echa a los leones para que otros hagan conmigo lo que él no es capaz. Pues sí que llevaban razón mi abuela. Y tal como decía Carol está muy cabreado.*

Martina sonrió sin embargo, disimulando su decepción por completo y transformándola en ilusión.

—Veo que te alegra —le dijo él.

—Me encanta ese departamento. Muchas gracias —el teatro le estaba saliendo realmente bien.

*¿Te esperabas que me enfadara?*

—Carmen aún no lo sabe, ahora hablaré con ella. Lleva tiempo pidiendo una ampliación de plantilla. Rogelio comenzará esta semana una nueva selección. Tenemos varios puestos que cubrir.

*Selección, ese iba a ser mi trabajo esta semana. El que yo quería. Carmen ni siquiera lo sabe, menudo palo se va a llevar. No me quiere ni bendita.*

—Le dices que la espero en mi mesa —daba pasos hacia atrás sin dejar de sonreír—. Haré buen trabajo en administración, estoy segura.

*Para el pesar de todos.*

—No lo dudo —dijo él —Una cosa más.

Se detuvo y volvió a acercarse a la mesa.

—Siento mucho lo del viernes…

—No tiene importancia —le cortó ella volviendo a sonreír y vio cómo Héctor se sorprendía de su reacción.

—Fue una estupidez por mi parte. No quiero que te sientas incómoda.

—¿Incómoda? No, para nada —él continuaba sorprendido—. No pasa nada.

*Estampo a dioses contra muros todos los días, ¿qué te parece?*

—Tendría que haberme disculpado el mismo viernes, siento haber tardado tanto, pero… realmente me quedé contrariado. No suelo verme en esa situación.

*Alaaaaaaaa, esos pétalos de flores cayéndote sobre los hombros. Pues sí que vienes con el ego alto.*

—Ya, me imagino —sonó tan natural y tan humilde, que hasta ella misma se sorprendió del tono con el que lo dijo. Héctor volvió a verse contrariado y hasta abochornado por sus propias palabras.

*Ahora mismo estoy casi alegrándome de haberte estampado, pedazo de engreído.*

—Por mi parte no hay problema alguno. De verdad que no tiene importancia —añadió ella.

*Le molesta tanto que le haya rechazado como el que esté tan acostumbrada a rechazar a los hombres.*

—Espero a Carmen en mi mesa. Hasta ahora —se despidió con alegría y se marchó.

*A ver ahora cómo mantengo la alegría y la humildad con Carmen. Puff, esto va a ser difícil a más no poder.*

Se detuvo en la fuente, uno de sus compañero de personal llegó a la vez, en seguida le ofreció que llenara su botella delante de él, pero ella se negó y él no insistió.

*Desde aquella intervención de Héctor con los del almacén, todos los hombres intentan guardar espacio conmigo. Es como si estuviese marcada por el alfa. Intocable. Tienen miedo a que un malentendido haga peligrar sus puestos.*

Carmen llevaba tiempo en el interior del despacho de Héctor, cuando salió lo hizo con la cara desencajada. Héctor salió nuevamente a la puerta.

—Martina —la llamó.

*Oooootra vez. A ver qué quiere ahora.*

Entró de nuevo decidida.

—No voy a andarme con rodeos. Carmen no está conforme con que pases a su departamento —le dijo—. Pero mi decisión es firme.

Esta vez no estaba sentado, estaba de pie, junto a ella. Su metro setenta y cuatro de altura, sumado a aquel tacón y a la plataforma, tal y como decía la abuela Lola, la alzaban a la misma estatura de Héctor.

*La zorrona de Carmen no me quiere, no sé qué esperabas que te dijera.*

—Irá bien —respondió Martina quitándole importancia.

Él la cogió del brazo.

—Le he prometido que hablaría contigo —continuó mientras cerraba la puerta del despacho con la otra mano—. No quiero discusiones. Por favor, intenta que vuestra relación sea lo más cordial posible.

*Me pides un imposible.*

—Vale —bajó la cabeza y Héctor se sorprendió de lo pronto que aceptó la petición—. Dile que me mande trabajo —levantó la mirada hacia él—, Que no me de margen de distraerme, de pensar mucho, ni mucho menos de aburrirme.

Héctor arqueó las cejas.

*Te estoy dando las claves para amansar a esta fiera. Agradécelo.*

—Y así posiblemente nos llevemos de maravilla —Sonrió con ironía—. No soy tan terrible.

Llevó la mano hasta el pomo para abrir la puerta, necesitaba salir de allí con urgencia o perdería el control sobre sí misma y soltaría alguna de sus burradas.

Al salir pudo ver de reojo cómo Héctor la miraba, esta vez, pensando que ella no lo estaba viendo, no disimuló en absoluto .Y el interior de Martina sonrió y con ello volvieron todas aquellas sensaciones que le producía Héctor.

*Él también tiene ventaja sobre mí.*

Carmen debió tomar al pie de la letra las palabras de Héctor, porque en un momento Martina tuvo la mesa con tal pila de papeles que apenas podía ver lo que tenía alrededor. El trabajo contable era más aburrido y monótono que el de Recursos Humanos.

Por encima de una de las pilas, pudo ver pasar a Héctor camino de la cafetería, supuso. Lo vio mirar de reojo su mesa y las montañas de carpetas y apuntes contables y casi percibió una sonrisa en sus labios.

Tras Héctor desfilaron varios grupos de compañeros y compañeras. Desde que Héctor decidió un acercamiento a sus empleados en el desayuno, todos se apresuraban a coincidir con él. Hacer la pelota, chistes graciosos y palmaditas en el hombro se habían convertido en un clásico en la cafetería.

También los martes, en la sala de descanso, entre pitidos de microondas, tuppers y olores varios, la escena se repetía.

Martina sintió su corazón acelerarse cuando Luisa tocó su hombro indicándoles que fuera también con ellas.

Martina prefería no coincidir con él, pero no podría estar huyéndole constantemente así que cuanto antes normalizara todo, más fácil lo tendría.

Se puso en pie, cogió su bolso, otro regalo de la abuela Lola, y siguió a sus amigas.

—Me encanta tu vestido —le dijo Eli al pasar por la recepción—, ¿de dónde es?

—Ha sido un regalo —respondió Eli para evitar decir el nombre de la tienda y que la recepcionista lo oyera, ya que ella tenía más puesto el oído en la conversación que en los auriculares. Así de paso, se ahorraba también que el resto supiera que las tres piezas que llevaba puestas, suponían el sueldo de más de medio mes de la mayor parte de sus compañeros.

La abuela Lola era viuda de un farmaceútico, que al jubilarse vendió la farmacia y lo repartió con sus hijos, y de ahí salió la casa unifamiliar en la que Martina vivía con sus padres. Aún así, a la abuela Lola sobró dinero suficiente como para que a sus años, no supiera donde gastarlo. Ya no podía viajar como sí hacía los años anteriores, ni salir demasiado. Así que su generosidad la mostraba con cada visita de sus nietos, en dinero o en especie. Martina siempre disfrutaba más de lo segundo, porque se sumaba el hecho de ir de compras con la abuela, que siempre suponía una aventura.

La abuela había escogido el conjunto al completo. Un vestido y unos zapatos a juego con un bolso que combinaba el rosa nude con un estampado verde turquesa con florecitas, mismo estampado que tenía la chaqueta que había dejado en casa, demasiado gruesa para el temprano otoño.

En cuanto la abuela Lola se enteró de lo de Héctor, sintió gran interés por todo lo que ocurriera en el trabajo. Martina supuso que en la aburrida vida de una octogenaria, aquello se parecería bastante a una telenovela de las que Lola solía ver en televisión. Así que disfrutó comprando con su nieta aquella mañana, le divirtió elegirle el conjunto y fue un honor pasar la tarjeta para pagarlo.

“Que se jodan todos los que te deseen algo malo“.

Martina supuso que a la abuela Lola le hubiese encantado ver la cara de la recepcionista, de Carmen y del grupito de arpías aquella mañana.

Llegaron a la cafetería, tal y como suponía, Héctor estaba sentado en una mesa larga con todos los empleados. Apenas cabían, se agolpaban en espacios reducidos, con tal de compartir con el jefe ese momento.

*La idea se la di yo. Más cercanía, que los conociera. Anda que si lo supieran las arpías. Seguro que dejarían de sonreír ahora mismo si fueran concientes de que ellas están ahí gracias a mi frescura con Héctor.*

*Me miran, se alegran de que no haya sitio para nosotras, algo que sin embargo a mí no me apena. Les ha jodido que ahora yo sea parte de la plantilla fija y aún más de su propio departamento. Albergaban la esperanza de perderme de vista. Soy incómoda para ellas, saben que no me corto a la hora de decir las cosas ni siquiera a Carmen y saben que ahora se lo voy a poner difícil, cuando pueda hacer en un día el trabajo de tres. Me odian sin haberles hecho nada, odio a las personas así. Solo he demostrado que Carmen no es intocable, que se le pueden parar los pies y las malas formas, y he sobrevivido a todo ello. Cierto es que hasta Héctor pensó en no volver a contratarme, pero sus razones eran otras. Quizás Rogelio le abrió los ojos…él siempre estuvo de mi parte. Es el único de aquí que realmente me ha visto trabajar. Ahora le tocará a Carmen.*

Se sentaron en la mesa de al lado.

*Ríen, saben que hay un puesto de secretaria de dirección en juego. Que con ello se librarían de Carmen y de la presión del departamento y que seguramente el sueldo sea superior. Ver el peloteo descarado es absolutamente vomitivo.*

Miró a Eli, con sus mejillas sonrojadas, sus gafas doradas y su pelo de rizos pequeños, como alambres. Eli desconocía el por qué Martina la miraba así, pero sonrió. Eli siempre tenía una sonrisa para ella y aunque pudiera parecer un gesto sin importancia, era capaz de alegrarle cada día. Martina le había prometido que a partir de ahora sus días de trabajo serían más livianos. Eli era muy trabajadora, pero demasiado lenta y a Carmen la ponía de los nervios. Martina estaba convencida de que su lentitud no era cuestión de incapacidad, sino de poca confianza en ella misma. Tenía un miedo atroz a equivocarse y a los gritos que ello conllevaba.

Una idea se le pasó por la cabeza y sin venir a cuento el vertiguillo en la boca del estómago le sobrevino sin esperarlo.

*Quizás…*

El vértigo aumentó a medida que meditaba la idea.

A ella, en otras circunstancias, también le hubiese agradado el puesto. Pero sería lo último que en aquél momento se le pasaría a Héctor por la cabeza, ya no podría ofrecérselo y aunque lo hiciera, ella tampoco podría aceptarlo. Sin embargo, ver ese puesto dando vueltas por encima de las cabezas de aquella multitud de pelotas y trepas, la enfurecía de sobremanera. Miró a Héctor de reojo, desconocía si se sentía realmente cómodo en medio de aquel circo, pero reía y hablaba con todos.

Martina sabía por mediación de Rogelio, que Héctor no quería situar cerca suya en un puesto así a alguien ajeno a la empresa, al contrario, quería alguien de absoluta confianza.

*Tiene delante de sus ojos a la persona perfecta, solo tengo que ayudarle a verla.*

El vértigo siguió produciéndole azotes. Sabía que Héctor lo había consultado con Rogelio y con Carmen y les había pedido propuesta de candidatos. Rogelio había sugerido a tres, ella misma era una de ellas. Carmen había sugerido a dos. Su mano derecha, Coral y a la arpía de

recepción.

Ninguno de los dos habían propuesto a ninguna de las más cercanas de Martina y eso la ofendía. Luisa y el resto se manejaban bien en administración, pero Eli solía tener problemas. Eli era educada, muy ordenada, tenía una voz preciosa por teléfono y redactaba de maravilla.

*Es perfecta.*

Ahora solo le quedaba idear el momento para soltárselo a Héctor. Si se le hubiese ocurrido unos días antes no hubiese tenido problemas en decírselo. Sabía que la escuchaba, de hecho, él había cambiado gracias a su consejo ¿Por qué no iba a escuchar su sugerencia sobre Eli? Eso era lo que le producía en el vértigo en el pecho, ser consciente que de alguna forma ejercía influencia sobre él, por la razón que fuese. Era eso a lo que se refería la abuela Lola con las "ventajas", pero quizás fuera porque profesionalmente le había hecho un hueco respetable. Ambas cosas le honraban, lo cierto era que podría intentarlo, aunque ahora su situación fuera distinta, encontraría la oportunidad y tenía que hacerlo antes de que él se dejara guiar por Carmen o Rogelio, aunque por este último no estaba preocupada. Rogelio no quería deshacerse de ella cuando estaba en su departamento, así que no insistiría mucho con su candidatura, pero ya no pertenecía a él, así que bombardearía a Héctor. Una opción que él i siquiera meditaría.

Volvió a mirarlos de reojo pero no podía ver nada. Héctor estaba espalda con espalda con ella y la recepcionista se encontraba entre las dos sillas, de pie, con una mano puesta en el respaldo de la silla en la que se sentaba Héctor y con un café en la otra. Oyó unas risas, algún chiste malo del chismoso de administración. Se giró de nuevo hacia sus compañeras sin dejar de vigilar con el rabillo del ojo.

Se oyó un gritito, no le cogió desprevenida, quizás lo esperaba. Vio a la chica girarse con las risas. Martina fue rápida, sus años de tenis en la infancia aún le mantenían los reflejos en forma, la empujó con el codo y apartó el bolso antes de que el café de la recepcionista se derramara sobre él, pero no pudo evitar que salpicara uno de los volantes de su vestido. A Martina le dio un vuelco el corazón, estaba completamente segura de que lo había hecho a posta.

*Y no me preocupa el vestido. Podrías haberme quemado, hija de puta.*

Martina se levantó para comprobar el estropicio, intentado disimular su enfado, si no hubiese estado en alerta, le hubiese caído en el hombro. Eli estaba descompuesta. Martina miró tras ella, Héctor también estaba en pie.

—Lo siento, lo siento —decía la chica.

No se esperaba el codazo de Martina, así que la fortuna quiso que solo se manchara uno de los volantes y parte de la camisa de Héctor.

—No pasa nada —le dijo Martina sonriendo.

*Te has jodido sola. Has manchado al jefe más que a mí, pedazo de capulla.*

El bochorno que estaba pasando Diana era real. El teatro que representó la recepcionista acabó justo en el momento en el que el café fue a parar a la camisa de Héctor.

—¿Te has quemado? —le preguntó Héctor a ella sin embargo.

Martina negó con la cabeza.

—El vestido —le decía Eli cogiendo el volante.

—Bah, solo es ropa —le respondió. Luego miró la camisa de Héctor, él se miraba las manchas.

Él dirigió su mirada hacia Martina.

—Exacto —confirmó él.

*Te sobran las camisas y a mí los vestidos. Pero la cabrona esta lo que quería era derramármelo entero.*

En seguida vino el camarero con un spray quitamanchas y se lo dio a Martina, mientras otro limpiaba el suelo y la silla. Algunos empleados comenzaban a marcharse.

Nadie abría la boca con lo sucedido. Estaban completamente abochornados. Martina supuso que alguno habría visto la mala intención por parte de la recepcionista.

*Pero ninguno va a delatarla. Saben que son las intocables de Carmen y ellos son todos unos cagados.*

—¿Te ayudo a limpiarlo? —oyó Martina a Diana, pero sabía que no se dirigía a ella.

—No te preocupes —rechazó Héctor mirando cómo Martina se echaba el spray en el vestido.

Cuando acabó se lo dio a Héctor, que hizo lo mismo en el hombro. Carmen llamó a la recepcionista para indicarle que se marchara y no tuvo que repetirlo, el grupo de arpías salió en seguida.

—¿Se quitará? —Eli parecía más preocupada por el vestido que la propia Martina.

—Seguro que sí —con la espuma blanca no podía apreciarse si la mancha seguía en él. El camarero les dejó un cepillo sobre la mesa, pero aún tendría que esperar unos minutos más.

Héctor fue a cogerlo sin embargo y Martina lo detuvo.

—Lee —le dijo girando el bote.

Héctor se detuvo en la etiqueta y soltó el cepillo.

—Volved vosotras —les dijo Héctor a las chicas.

A Martina le dio una punzada en el pecho al oírlo. No tardó en quedarse sola con Héctor. Se apartaron de las mesas donde ya los camareros recogían y limpiaban.

—¿Se quitará? —Héctor estaba mirando el volante de su vestido, o su pierna, ya no estaba segura.

—La verdad es que no tengo ni idea —Martina le dio la vuelta a la tela, teniendo precaución en no descubrir demasiado el muslo. Luego miró la camisa de Héctor—. Seguramente tu camisa, al ser oscura, tenga más suerte.

Héctor se miró el hombro.

—Siento haberla empujado contra ti —le dijo Martina irónica, casi riendo. Héctor aguantó la risa. Martina sintió cómo la tensión entre ambos se disipó un instante.

—No es tu culpa —le dijo Héctor volviendo a mirar el vestido. Martina ya lo estaba cepillando.

El marrón del café se había aclarado, pero no estaba quitado por completo, por mucho que retirara el polvillo blanco en el que se había convertido el spray.

—Lo siento —le dijo Héctor, que se percató en seguida de que las manchas seguían donde estaban.

Martina le dio el cepillo, las manchas de él ya no se apreciaban.

*A la abuela Lola le encantará enterarse de que me han estropeado el vestido a posta.*

—No tiene importancia —ella ponía empeño en quitarle importancia pero él no parecía creerse que de verdad no le importara—. Queda la lavadora, la tintorería, You Tube…no está perdido.

Sus palabras hicieron sonreír a Héctor de nuevo.

Salieron de la cafetería. Martina sabía que se había excedido del tiempo de descanso, desconocía si Carmen se lo reprocharía.

—¿Cómo está siendo tu primer día en Administración? —le preguntó Héctor.

Martina sujetó el volante manchado y lo miró.

—Más o menos así —respondió y Héctor volvió a reír.

*Eso que decía Carol de distante y altivo le ha durado solo el rato del despacho. Quizás sea la*

*“ventaja“. Puedo probar a ver si hay suerte.*

—Realmente no sé cómo me irá con Carmen —añadió Martina y Héctor arqueó las cejas . Martina se detuvo—. Puedo sobrellevarlo, por supuesto, pero...

Héctor suspiró.

—Hace dos horas me has dicho que no tendrías problema —le reprochó Héctor.

—Directamente quizás no, pero…

*A ver cómo le entro.*

—Qué vas a hacer al final, ¿vas a buscar secretaria? —le soltó, para qué dar rodeos si encima tenía poco tiempo.

*Así, a lo bruto.*

Héctor se sorprendió con la pregunta.

—Sé que te apoya Rogelio, pero no te quiero en ese puesto, lo siento —fue rotundo.

Martina arqueó las cejas.

—¿Crees que quiero el puesto? —le preguntó sorprendida, casi ofendida y Héctor no supo qué responder—. Pues no.

*Ni loca.*

—Pero sé a quienes te han sugerido Carmen y Rogelio, y bajo mi punto de vista, han pasado por alto a alguien que podría hacer bien el trabajo.

Héctor la miró con curiosidad, casi divertido con la frescura de Martina.

*Sí, tengo una cara que me la piso. No hace falta que me mires así.* —Bien, y bajo tu punto de vista ¿quién es la candidata o candidato idóneo? Porque… —se miró el hombro donde le había caído el café—, no sé si fiarme de tus sugerencias.

*Yo no tengo la culpa de que tu recepcionista sea una envidiosa.*

—Eli —su voz sonó segura y Héctor frunció el ceño—. No acaba de encajar en Administración, o más bien con la forma en la que Carmen quiere el trabajo. Pero ella no es incapaz, se le da bien todo lo que necesitas. La liberarías de gran carga con el cambio y estoy segura de que te sorprendería en muchos aspectos. Y al llevarte a Eli evitarías algunas discusiones mías con Carmen.

Héctor no la entendía del todo, tendría que ser más clara con él..

—Porque cada vez que Carmen arremeta contra ella… —Martina bajó la cabeza.

*Me lanzaré a su cuello.*

—¿Qué tiene Eli que tanto das la cara por ella? —estaba sorprendido realmente.

—Es perfecta para lo que quieres —continuó ella—. Es formal, no le gustan los chismes, no pierde ni un solo minuto de trabajo. Es sensible. Es capaz de detectar tu estado de ánimo, cada día, y actuar dependiendo de él. Se desenvuelve bien por teléfono, es buena redactando…

—¿Idiomas? —preguntó Héctor.

*Ostras, idiomas no.*

—Inglés…nivel medio, pero ¿Cuántos bilingues tienes en la empresa?

*Solo a mí, tres idiomas, español nativo, C2 inglés, C1 francés.*

Héctor no respondió.

*Si es que el resto son B1 y algunos B2. Y yo no entro en la selección.*

—Entonces si tú tuvieras que elegir “objetivamente”, la elegirías a ella —sonó su ironía. Martina contuvo el aire.

*Me acusa de no ser objetiva, mira quién va a hablar de objetividad. Objetivamente me elegirías a mí. Pero prefieres tirarme en la arena de gladiadores que tener que lidiar tú directamente conmigo.*

—Objetivamente, entre las opciones que tienes —estiró su volante manchado para que Héctor reparara en él—, es la mejor.

Héctor frunció el ceño.

—¿Por qué lo haces? —le preguntó curioso.

*Meterme donde no me llaman, es una extraña afición.*

Héctor miró hacia el interior de la nave.

—Tu relación no es…extremadamente buena con Carmen—. añadió Héctor—. Tampoco con las otras dos candidatas, puedo suponer. Y encima me suelta esto de Eli…

*Llevas razón. Inicio otra guerra. Si se esteraran me prenderían fuego.*

—Vale, entonces no te he dicho nada —levantó ambas manos —Olvídalo.

*Vamos a borrarlo de la misma forma de la que hemos borrado que el viernes me invitaste a cenar. ¿Tú lo recuerdas? Porque yo no puedo olvidarlo..*

—Olvídalo —insitió Martina. Entraron en la nave.

La recepcionista en seguida se fijó en el vestido de Martina.

—¿Se ha quitado? —le preguntó aunque era obvio de que no.

—Primer intento fallido —le dijo ella sin dejar de sonreírle.

Se detuvo ante su mesa, Héctor siguió su camino hasta el despacho. No pasó ni medio minuto y tuvo a Carmen a su lado

—A buenas horas —le reprochó nada más verla—. Te acaban de hacer fija, ¿y ahora crees que puedes hacer lo que te de la gana? Más de quince minutos tarde.

—Los haré luego si es necesario, no te preocupes. Además aún tengo pendientes treinta minutos del jueves, si quieres los saldamos y sales ganando por otros quince.

*No vengas de alfa que te doy el repaso rápido. Yo no soy Eli.*

—Eres lista —le dijo mirando el trabajo que Martina ya había hecho antes del desayuno—. Pero tienes la lengua más larga que la falda, y si buscas promoción aquí, así no la vas a obtener.

*Tendrá poca vergüenza, lo que me acaba de decir. Le jode que eso s quince minutos de más los haya pasado con Héctor y me pone de buscona. Lo siento abuela, lo siemto Héctor, pero no puedo con la tipa esta.*

—Tener más autoridad que respeto por los demás tampoco es buena cosa, pero no te ha impedido ser jefa de administración — respondió con voz tranquila mientras desbloqueaba su ordenador—. Ni tu educación, ni el largo de mi falda, deben ser cuestiones a valorar en el trabajo.

Carmen puso las manos sobre la mesa. Tenía los ojos fuera de sí.

—Eres nueva, y en mi opinión, con demasiada suerte —le advirtió—, pero no la tientes demasiadas veces.

Martina movió una pila de papeles y los puso entre ella y Carmen para perderla de vista. Los papeles le llegaban a la jefa hasta el cuello, apenas podía verle la cara.

*Vete ya, esperpento.*

—Bueno, princesita, a ver si eres capaz de sorprenderme y acabar esto antes de las tres —le ordenó mirando la pila de papeles que Martina había interpuesto entre las dos.

*No tienes vergüenza.*

Martina se puso en pie, le sacaba demasiados centímetros de altura a Carmen así que tuvo que bajar la cabeza para mirarla.

—Quizás sea princesa en mi casa —le cortó—. Pero aquí soy Martina. Y Martina te tendrá todo esto listo antes de las dos.

Las aletas de la nariz de Carmen se dilataron, Martina pensó que le diría algo más, pero su

jefa se giró dándole la espalda.

*Corre, corre. Ve a largárselo al jefe.*

Observó a Carmen dirigirse hacia el despacho de Héctor, pero él estaba ya en la puerta. Desconocía a partir de qué parte de la conversación habíha visto y escuchado el amo de la empresa. Carmen se puso junto a él, le hablaba acelerada. Martina no apartaba la mirada de ellos pero en seguida vio que sus compañeras miraban hacia el lado opuesto del pasillo.

Alicia venía hacia ellos, se detuvo junto a la mesa de Luisa y reparó en la ocupada mesa de Martina frunciendo el ceño.

Martina dirigió su mirada hacia su monitor en seguida. Se moría por escuchar a Carmen dar las quejas sobre ella, pero con Alicia tan cerca tenía que disimular.

—¿Y tú estás castigada? —le preguntó a Martina.

Martina rió con la ironía.

*Algo así.*

Alicia miró de reojo cómo su hermano escuchaba a la acalorada Carmen. Martina apreció que Alicia se dio prisa con los saludos y se apresuró hacia ellos.

# Héctor

Prefería aquellas cosas en de spacho cerrado. No era el único que se había percatado de lo de Carmen y Martina, así que todos estarían más pendientes de las quejas que le daba Carmen, que del propio trabajo. Alicia se sentó en el sillón de Héctor, él apreciaba en su hermana cierta sonrisa maliciosa, espectante al debate.

—No la soporto —le decía Carmen—. Es prepotente, despota… —Cálmate —le respondió Héctor.

—¿Qué me calme? —Carmen respiraba acelerada—. Llega quince minutos tarde del desayuno, ¡quince minutos! Y le llamo la atención y la niña me salta con que se le deben treinta minutos del otro día, que me quede con los otro quince que sobran.

Héctor arqueó las cejas. Alicia aguantó la risa.

—Es una chula de cuidado —seguía despotricando Carmen. Héctor la cogió del brazo.

—Cálmate —le pidió.

—No la quiero en mi departamento, si por mí fuera, ni siquiera seguiría aquí. A ti y a Rogelio os ha convencido, la niña es lista en todos los sentidos —a Carmen se le apreciaba en el tono algo de reproche—. Pero va a dar más problemas que beneficios, al tiempo.

Alicia se levantó del sillón.

—Así que es chula, déspota, prepotente… —enumeraba Alicia—. ¿Pero es capaz de terminar todo lo que tiene en la mesa para hoy?

Carmen guardó silencio.

—¿Es capaz? —volvió a preguntarle Alicia.

—Ella dice que sí —respondió Carmen—. No sé si será capaz. Alicia sonrió.

—Si es capaz, tendríamos que hacerle la ola los tres —dijo Alicia—. Si trabaja por tres empleados nos ahorramos dos sueldos, dos seguros sociales y dos bocas menos en Navidad.

Alicia tomó aire y miró a Héctor.

—Solo tenéis que valorar si merece la pena —les dijo. Carmen se acercó a ella.

—Rogelio va a empezar una selección la semana que viene —intervino Carmen—. Cuando tengamos empleados suficientes que funcionen bien, ya no será tan necesaria. La empresa crece más rápido que nosotros, ahí ha estado el problema.

—Eso en unos días estará arreglado —dijo Héctor.

—Y entonces me la quitas de encima —le pidió Carmen con furia. —Y la selección de la secretaria, ¿cómo va? —preguntó Alicia y Carmen que estaba a punto de salir, soltó el pomo de la puerta y se giró de nuevo hacia ellos.

—Aún estamos valorando —dijo Héctor.

—¿Quiénes son los candidatos? —preguntó Alicia con curiosidad.

Carmen miró a Héctor.

—Coral, Diana, Martina y Eli —respondió Héctor.

—¿Eli? —se sorprendió Carmen—. Es una inútil. Pensaba sustituirla en cuanto tuviéramos más personal. ¿Rogelio la ha propuesto? Se le ha ido la cabeza por completo.

Alicia apoyó los codos en la mesa del despacho.

—¿Y por qué no Martina? —intervino Alicia y a Carmen se le descompuso la cara—. Así ya

no tendríais problemas con ella.

Héctor negó con la cabeza y Carmen se apreció más tranquila en cuanto vio que Héctor fue rotundo en la negativa.

—No es puesto para ella —confirmó Héctor—. Es una sugerencia de Rogelio, nada más.

—Eli y Martina, Rogelio solo dice tonterías últimamente —Carmen ahora sí que parecía irse al fin—. Me da igual que la lleves a otro sitio o que la despidas. Pero la quiero fuera de Administración cuanto antes.

Se marchó del despacho cerrando la puerta. Alicia rompió en carcajadas.

—Madre mía… —Héctor se puso la mano en la frente. Las risas de Alicia aumentaron.

—Quédatela de secretaria. Si algún proveedor se pone pesado, se la mandas. Sería una secretaria ideal —bromeaba Alicia levantándose del sillón para dejárselo a su hermano .

.

—A ver… —él buscaba su movil en la mesa—. Diana le ha derramado el café a Martina encima durante el desayuno, es la razón por la que se ha retrasado.

Alicia frunció el ceño y se sentó ahora en una de las sillas frente a su hermano.

—Y no estoy seguro si fue con intención o no… —al fin encontró el móvil.

—¿Encima de ese modelazo? ¿En serio? —rió Alicia —¿Y Martina no le ha sacado los ojos?

Héctor negó con la cabeza.

—Martina la apartó rápido y parte del café vino a parar a mí —levantó su hombro y Alicia rompió a carcajadas de nuevo.

—Tendría que haber venido más temprano, me pierdo las mejores —Héctor no le veía la gracia.

—Y cuando ha vuelto han discutido Carmen y ella.

Hector entrelazó sus manos sobre la mesa.

—La culpa de todo esto es mía. Yo entiendo que Carmen es demasiado impulsiva con los empleados. No le paré los pies en su momento, con tanto viaje… Y cuando ha habido problemas los he zanjado de la forma más fácil, despidiendo al que se pusiera en su contra. Quizás tendría que haber mediado y no hubiésemos llegado hasta esto.

Alicia guardó silencio.

—Siento haberte dejado tirado, cada vez más.

—No tienes que sentir nada, tus hijas son pequeñas, lo primero son ellas. Has hecho lo correcto. He sido yo, que no he sabido estar en mi sitio.

—Sí has sabido, tu empresa crece…Estos son problemas cotidianos de cualquier oficina.

—Pues a ver cómo lo soluciono, porque estas dos no van a poner de su parte...

Alicia frunció el ceño.

—¿Y qué hace Martina en administración? —preguntó su hermana contrariada.

Héctor desvió la mirada.

—La he trasladado yo esta mañana —le respondió.

Alicia se inclinó hacia delante.

—¿Por qué? —conocía la respuesta.

Se hizo el siencio.

—Pero qué capullo eres.

—Quiero distancia…lo intenté, ¿no? Fue lo que hablamos, ser honesto. Ahora quiero distancia, en Personal tendría que trabajar cerca de ella.

—Lo que quieres es putearla. Ponerla a trabajar con Carmen después de lo del otro día… Dijiste que ibas a ser objetivo. No lo eres.

Héctor apartó la mirada de su hermana.

—Nadie en la oficina lo sabe—. continuó Alicia—. Podría haber corrido el rumor, algo terriblemente bochornoso para ti, pero nadie se ha enterado.

—Lo sé —Héctor le daba vueltas a su móvil en la mesa.

—Es discreta —añadió Alicia —y aún así estás molesto.

—No estoy molesto —se defendió.

Héctor dejó de darle vueltas al móvil.

—No sé en qué demonios estaba pensando cuando se lo dije…

—En que te diría que sí —Alicia sonrió—. Te crees que todas las mujeres van a caer locas a tus pies por las buenas. Tu móvil echa humo con todos los mensajes que te envían tus amiguitas. Y ahora una jovencita que debería mirarte como a un dios te dice que no… ¡bien por ella!

—No es así —respondió a su Hermana.

—¿Ah no?

—No, pero es cierto que me siento…

—Enfadado, ofendido y hasta ridículo —le cortó Alicia.—. Parece que Martina está repartiendo leña justo donde cada uno la necesitáis —Alicia levantó la barbilla y bajó los ojos hacia su hermano—. La pena es que la acabareis despidiendo o presionándola hasta que ella sola se vaya.

Se hizo el silencio un instante.

—La reacción de Carmen con ella ha sido exagerada hoy—. dijo Héctor pensativo —. Yo solo he escuchado una parte, pero… —La reacción de Carmen confirma mi teoría —continuó su hermana—. Eres su amor platónico de toda la vida, pero nunca tuvo posibilidades. Sigue soltera, con el tiempo se ha vuelto una amargada.

Suele pagarlo con todo el mundo, no es nuevo esto.

—Adoro a Carmen y es un pilar muy fuerte para mí, pero quizás he pecado de flexible con ella…y ahora no sé cómo cortarle las alas. Además, verás cuado se entere de que no… voy a elegir a ninguna de sus dos propuestas como secretaria.

—Acabas de decir antes que no estaba decidido —se extrañó Alicia. Héctor ladeó la cabeza.

—Y no lo estaba, no del todo, quiero decir, hasta esta mañana no estaba convencido ni siquiera en tener secretaria, pero simplemente era porque no tenía opciones que me convencieran. Martina impensable, no la he considerado. Coral es demasiado cercana a Carmen y tendría a Carmen con más alcance aún y no lo pienso permitir, y Diana…como te he dicho antes, dudo si lo del café ha sido un accidente, la duda lleva a la desconfianza y no puedo tener como secretaria a alguien así. —Eli —concluyó Alicia—. Creo que Rogelio ha acertado en proponerla.

Héctor arqueó las cejas y sintió alivio al escuchar que su hermana estuviera de acuerdo.

—No me la propuso Rogelio… —comenzó a dar vueltas de nuevo al movil. Alicia se lo quitó de la mesa para que dejara de hacerlo y Héctor la miró.

—No me digas más —Alicia reía—. Fue ella.

Héctor apartó la mirada y con ello lo confirmó.

—¿Eso fue antes o después de cabrearte? —preguntó curiosa. —No estoy cabreado y ha sido esta mañana.

Alicia se echó en el respaldo del sillón.

—Te da calabazas y aún así se atreve a sugerirte una secretaria a pesar de ser la más nueva de la empresa, así sin complejos… —rompió a reír —¿Puedo pedirle matrimonio en tu nombre? Me

encanta. Héctor observaba cómo su hermana reía a pesar de que él permanecía serio.

—Diría que no —le respondió él.

Alicia dejó de reír y miró a su hermano. Sabía que le había jodido el “no” de aquella jovencísima empleada. En parte lo entendía, su hermano se había saltado sus propias normas y valores, y eso quería decir que tenía gran interés en ella.

Alicia miró la hora y se levantó con rapidez.

—Me voy, la bebé no espera—. se levantó el pecho izquierdo. Su hermano levantó la mano despidiendola en un saludo casi militar.

Alicia hizo una mueca —Vale, cierto, seguramente ella diría que no. Pudo ver como la cara de su hermano emblanquecía recordando el bochorno de soportar la negativa de Martina. Alicia sonrió. —En otro lugar, en otras circunstanciass —Héctor le repitió las palabras de Martina—, habría dicho que sí.

Alicia, que ya tenía la puerta entre abierta, la cerró de golpe. —¿Cómo? —le preguntó a su hermano, pero Héctor no lo repitió una segunda vez —¿Te dijo eso y tú reaccionas así?

Alicia negó con la cabeza. Sabía todo lo que había hecho su hermano durante el fin de semana y las razones, y a eso tenía que sumarle los cambios con Martina en la empresa.

—Eres un capullo, ¿lo sabes? Y encima bruto, torpe y tonto. Abrió de nuevo la puerta para marcharse —Y no tienes ni idea de mujeres.

Se fue dejando a Héctor desconcertado.

# Martina

Durante una semana había visto desfilar a los candidatos a nuevos empleados. Y durante otra, había tenido que enseñar a cada seleccionado, a realizar tareas básicas a la vez que hacer el voluminoso trabajo que le encargaba Carmen. Las horas de sueño nocturnas no eran suficientes, e incluso había trabajado varias horas de más que sabía que Carmen no había anotado.

Héctor iba y venía de viajes de trabajo. Apenas aparecía por allí dos días a la semana y al parecer, Martina para él comenzó a ser transparente. No había cruzado palabra con ella desde el día del café derramado, ni siquiera para llamarle la atención por sus continuos roces con Carmen, Era media mañana. El jefe se encontraba en su despacho, como siempre, con sus dos móviles sonando sin parar, algo que Martina podía oír desde su mesa si Héctor dejaba la puerta abierta.

Martina tomó aire de manera profunda y suspiró Desde que estaba en Administración se encontraba más cansada que de costumbre, comenzaba a tener dolores de espalda y de cuando en cuando alguna punzada en el pecho, supuso que del estrés que le producía trabajar junto a Carmen.

Martina miró su reloj, era ya viernes y no veía la hora de que llegaran las tres de la tarde. Los dos últimos fines de semana los había pasado en Torremolinos, en el piso que sus padres tenían allí. Fueron fines de semana tranquilos, junto a la familia materna, donde apuraba los últimos rayos de sol del otoño. Dormía más que de costumbre y paseaba durante horas hasta que lograba sentirse como siempre y no con la presión que le producían las jornadas laborales. Así era capaz de llegar el lunes a la oficina con la fuerza suficiente como para llevar el ritmo que le marcaban especialmente a ella en el trabajo, y por supuesto, para cortar a Carmen en cada milímetro que se pasaba de la raya del respeto con ella o con cualquiera de sus compañeras cercanas.

Eli estaba nerviosa, no estaba teniendo buena mañana y eso que desde que Martina estaba allí trabajaba más tranquila. Martina, entre otras cosas, era la encargada de revisar las cuentas, es decir, el trabajo de contabilidad de compañeros de plantilla. Y asombrosamente nunca había descuadres según solía decirle Martina a Carmen. Pero tanto Carmen como ella sabían que los había. Martina los corregía sin decir una palabra ni delatar a ningún compañero, ni siquiera con los que no tenía buena relación.

Carmen se acercó a ellas.

—Esto para que lo revises —dejó caer una carpeta sobre la ocupada mesa de Martina. Esta ni miró a la jefa, permaneció sin apartar la vista de su monitor.

Carmen le dio la espalda para colocarse frente a Luisa y Eli.

—¿Esto has hecho hoy? —reprendía a alguna de las dos. Martina se quitó en seguida sus auriculares.

—También he estado mirando el inventario. Llevaba días sin actualizarse —oyó la voz de Eli.

—¿Y el resto del tiempo qué has hecho? ¿Mirar al techo? Hasta los nuevos ya trabajan más rápido que tú.

Martina abrió la carpeta azul que Carmen le había puesto en la mesa.

—Eli, ya no sé cómo decírtelo —continuó—. Es que no sé qué hacer contigo. No puedes tener un ritmo tan lento, jodes al resto de los compañeros. ¿Sabes que mucha gente depende de esto? Están parados hasta que tú terminas. No pueden trabajar, y todos nos retrasamos.

*Claro y luego vienes a que Martina te aligere todo el retraso. Pues ve también a decírselo a tu grupito, que charlan más que trabajan. Tampoco son tan rápidos.*

Martina se mordió el labio inferior.

—Vamos a hacer una reubicación de plantilla pronto. Y tú misma sabrás dónde quieres estar.

*La madre que te parió. Otra vez asustando a la muchacha.*

—¿Y quién ha sido el velociraptor que te ha dado esta carpeta para mí? —intervino Martina cotando a Carmen.

Carmen se giró para fulminarla con la mirada.

—¿Qué problema tienes ahora? —le preguntó Carmen—. Esto es una cadena, tú acabas después de tu hora de salida porque Eli retrasa al otro grupo, y este al siguiente. Estás al final, te jodes tú. Y todos, llevamos dos semanas saliendo a las tantas.

Martina ladeó la cabeza revisando los papeles de la carpeta.

—Yo salgo tarde porque tengo que hacer bastante más trabajo que el que me corresponde, no por culpa de mis compañeros. Revisar las cuentas no me lleva más de una hora. Pero esta carpeta es antigua, tiene fechas de hace cinco meses, salvo esto que es de la última semana.

Carmen arqueó las cejas, enseguida comprobó que lo que decía Martina era verdad. Martina esperó a que Carmen lo viera bien, dos veces. Luego cerró la carpeta y se la devolvió.

*Apañátelas tú. Este marrón ni es mío, ni me corresponde.*

Carmen no cogía la carpeta.

—¿No puedes arreglarlo?

*¿Yo? ¿Arreglarlo?*

Martina se encogió de hombros.

*Ayer salí de aquí a las diez de la noche. Esta tarde voy a pilates y luego voy a ver una serie tirada en la cama. Apáñate como puedas. Ese grupo de protegidos tuyos que es tan efectivo, que lo hagan ellos. A ver si entre cinco lo solucionan en tres días.*

Se miraron las dos durante unos segundos.

*No te mereces que te eche una mano. Prefiero verte con el rabo entre las patas camino del despacho de Héctor para decirle que la mierda os llega hasta el cuello.*

—Es parecido a lo que hiciste la otra vez con Eli—. añadió Carmen.

Martina negó con la cabeza.

—Es mucho peor, ¿ves las fechas? —le mostró abriendo la carpeta—. No están todas las hojas, quiere decir que algunas sí se contabilizaron y otras no.

*Me puedo hacer una idea del marrón que tienes encima ahora mismo.*

Héctor salió de su despacho y llamó a Carmen y a Rogelio, ambos entraron en seguida y cerraron la puerta. Martina levantó la vista hacia Coral, que no dejaba de mirar a través de la ventana de cristal del despacho del jefe, que esta vez no tenía las venecianas corridas.

*Hoy es el día.*

Martina lo dedujo en seguida.

*A ver qué elección ha hecho Héctor.*

Miró hacia su monitor aunque de cuando en cuando miraba también hacia la ventana de la oficina gris, blanca y negra de Héctor.

*Tiene buen gusto hasta para la decoración.*

Le gustaba ver a Héctor en su papel de jefe de la manada y en especial aquella mañana estaba realmente guapo. Martina en aquellas últimas semanas había podido apreciar en directo el impacto que producía Héctor en las nuevas féminas de la empresa. Se preguntaba si ella tambien pondría cara de imbécil los primeros días cuando Héctor pasaba por su lado.

*Seguramente no.*

La abuela Lola, durante años, le enseñó a mantener la compostura como una verdadera dama, a no empequeñecerse por la belleza de un hombre ni mucho menos por su poder o dinero. Aunque Martina tenía que reconocer que con Héctor a veces era complicado.

Había recorrido junto a él todas las tiendas que Héctor tenía en la provincia y todas las trabajadoras de los comercios, y algún que otro empleado afeminado, reaccionaban de la misma manera. Tener un jefe así imponía, tenía que admitirlo. Y pensándolo en frío hasta no comprendía cómo demonios se había negado a un acercamiento con él fuera de la empresa. Recordarlo hacía que algo en su interior se enfadara y llenara de pena a la vez, y su pecho ardía cada vez que alguna hacía algún comentario sobre Héctor. Y aquélla sensación aumentaba cuando Jeni le enviaba mensajes si se encontraba con él en sus salidas nocturnas y le decía que estaba bien acompañado.

La puerta al fin se abrió y Héctor apareció en el umbral, como un ángel perfecto. Se había quitado la chaqueta y arremangado las mangas, como solía hacer a media mañana cuando la temperatura subía en la nave a pesar de la climatización.

—Eli, por favor —oyó su voz firme y Martina no pudo evitar sonreír aunque no apartaba la mirada de sus papeles y carpetas.

*Gracias.*

Le brillaron los ojos y estaba deseando buscar un hueco para enviarle un mensaje a la abuela Lola. Se moría por ver la cara de Carmen, tuvo que encoger el estómago para no romper a carcajadas.

Eli, contrariada, se levantó de su asiento. Martina la miró y pudo apreciar los nervios de la chica. Le temblaban las manos.

*Se cree que le van a echar la bronca. No van a despedirte, van a darte una magnífica noticia.*

Héctor cerró la puerta. Martina en seguida miró a Coral y a Diana.

*Joderos, imbéciles.*

Por mucho que ponía de su parte, era incapaz de cerrar la boca y apretar los labios. Las otras deducían qué podría estar pasando y sus rostros habían empalidecido, realmente pensaban que podrían llevarse el puesto. Diana se acercó a la mesa de Coral y ambas murmuraron. Martina entornó los ojos hacia ellas. No podía dejar de imaginarlas como las hermanastras de Cenicienta, cuando realmente estaban seguras de que conquistarían al príncipe, arengadas por la madrastra, en este caso, Carmen. Y Martina, por supuesto, no podía más que sentirse el Hada Madrina.

Miró de reojo hacia la cristalera a ver si podía ver algo de lo que ocurría en el interior. Eli estaba sentada frente a Héctor, que permanecía en su sillón, pero con el abultado pelo de rizos de Eli, no podía verlo. Rogelio estaba de pie, a un lado del jefe y supuso que Carmen estaba al otro.

Volvió a mirar a su ordenador y avanzó en las cuentas esperando el momento de que se abriera de nuevo la puerta. No pasaron más de quince minutos.

Héctor salió acompañando a Eli, ambos hablaban. Eli tenía una sonrisa de oreja a oreja y Martina sintió algo en su interior que no se podía comparar con nada que hubiese sentido antes. Le brillaron los ojos de nuevo.

—Sigue con lo tuyo mientras preparan tu puesto. Yo espero que para el lunes esté todo listo —lo oyó decir. Héctor tenía una voz tan bonita para sus oídos.

El jeje se detuvo pero Eli regresó hasta su mesa. La chica miró a sus compañeras y cerró los ojos apretando los párpados, emitiendo un gritito agudo.

—No me lo puedo creer —Luisa se levantó en seguida para abrazarla—. Enhorabuena.

Lo mismo hicieron el resto del grupo y alguna más de los alrededores. Martina fue la última.

Miró a Eli y tuvo que tragar profundo para que bajara el escozor de la garganta. La abrazó y el abrazo duró unos segundos.

—Te lo mereces más que nadie —le dijo.

—No lo esperaba —le respondió Eli —¿Yo?

Martina la miró a los ojos y con el pulgar derecho le quitó una lagrimilla que ya caía por su sonrojada mejilla, bajo sus gafas.

—Tú, sí —le dijo con seguridad.

—Ni siquiera sabía que estaba en la lista —Eli no se lo creía. Martina volvió a abrazarla—. Mañana firmo la modificación. Madre mía, trescientos euros más.

Martina se echó a reír, sabía el bien que le hacían a Eli aquellos ingresos de más.

Dio un paso atrás hacia su mesa. Su mirada se cruzó un instante con la de Héctor y en seguida se volvió hacia su puesto de trabajo. Acaba de ser consciente de que él las había estado observando recibir a Eli.

Tomó aire. Estaba completamente perdida, no sabía ni por dónde iba antes de que la puerta se abriera y la intensa mirada de Héctor la había desconcentrado.

—Martina —cada vez que oía su nombre de la voz de Héctor algo se removía desde sus entrañas produciéndole un leve nerviosismo, pero a pesar de ello, le encantaba cómo la llamaba —. Ven.

Martina entró en el despacho tras él. Dentro seguían Carmen y Rogelio, a ambos lados del sillón.

—Voy a ir preparando la modificación —Rogelio, al parecer tenía prisa por salir de allí.

Carmen se retiró del sillón del jefe también.

—Yo voy a ver quién puede cubrir a Eli —rebasó a Martina sin mirarla y salió cerrando la puerta.

*La prisa que tienen todos. El problema que sea, para el jefe, que para eso es el amo y señor de estas tierras.*

Vio dudar a Héctor si sentarse en el sillón o permanecer de frente a ella. Desconocía qué tipo de psicología estaría barajando el jefe en su cabeza.

*Decídete, conmigo no te va a funcionar ni una ni otra. Para mi desgracia, me tienes a tus pies.*

La mirada de Martina enseguida se dirigió hacia la carpeta azul, que estaba sobre la mesa, la misma carpeta que le había devuelto a Carmen.

Héctor optó pr sentarse en el sillón, pero Martina prefirió quedarse en pie.

*Desde aquí no llega su perfume, puedo concentarme mejor.*

—Ya has visto esto —le dijo él abriendo la carpeta. Frunció el ceño pasando una a una las hojas.

*Un marrón de narices, sí. Y me lo queréis endosar a mí.*

—Martina, de todos los empleados que hay aquí, creemos que eres la única con posibilidad de arreglarlo.

*Empezamos con halagos, muy bien. No me tomes por necia que soy nieta de la abuela Lola. Te costará algo más que halagos que yo haga ese trabajo… aunque los halagos vengan de ti. Además hoy estás…*

La camisa gris acero metalizada le sentaba demasiado bien a Héctor. Martina tuvo que poner de su parte para no sonreír a aquel halago. Se mantuvo inexpresiva, sin embargo . Héctor tomó aire, sabía que ella no se lo iba a poner fácil.

*No sabes cómo continuar, me gusta. Lo sueles conseguir todo, abso lutamente todo, y sin*

*embargo no sabes cómo obtener nada de mí.*

Tuvo que aguantar la sonrisa de nuevo.

—Necesito que al menos lo intentes —le pidió con cierta autoridad. *No suena del todo a orden, pero no lo pides con humildad.* —Confío en eres capaz de solucionarlo —añadió.

*Otro halago.*

Martina seguía mirándolo sin decir palabra, esperando que él siguiera.

—Llegaríamos a un acuerdo económico acorde, desde luego —añadió.

*Venga, continúa.*

Martina siguió en silencio haciendo que Héctor se sintiera imbécil sin saber qué más decir.

*Me encanta. Sé de buena fuente que se te dan bien las mujeres y cómo sueles hacer que te bailen el agua. Pero aquí de nada sirven tus buenos trajes, tu coche, las maravillosas fotos que subes a instagram ni mucho menos tu puesto de poder. Esto está por encima de todo eso, yo estoy muy por encima de todo eso.*

Y en el fondo sintió que Héctor sabía todo aquello, por lo tanto solo le quedaba lo que mejor sabía hacer, negociar.

Martina cogió la carpeta azul que estaba sobre la mesa y comenzó a ojearla.

—¿Es por Carmen? —le preguntó él sin rodeos.

Martina se giró hacia la ventana a través de la cual se veía todo el departamento de Carmen.

—No, pero ¿por qué no está ella aquí? —le respondió. Mirando hacia la ventana no pudo ver la cara de Héctor al oírla, pero podía imaginársela.

No esperaba respuesta.

*No le gusta reconocer en mi cara que me necesita desesperadamente.*

—Martina, sé que vuestra relación no es buena.

*Es un infierno. Trabajar junto a ella es un infierno en todo los sentidos.*

En unas semanas estaba acabando con su energía y con su ánimo. El fuerte ritmo de trabajo al que la sometía, la ausencia de reconocimiento ni agradecimiento, ni una sola palabra amable con ella, todo lo contrario, insultos y faltas de respeto continuos. Martina se equivocó culpando a Héctor de la actitud de la jefa, Carmen era una amargada, no tenía solución.

—Pero esto afecta a toda la empresa, tiene que estar por encima de eso —añadió.

*"Eso", como lo llamas, son mi salud mental y personal. No hay nada por encima de eso.*

Martina soltó la carpeta sobre la mesa y la arrastró hasta Héctor.

—Está bien ¿Qué es lo que quieres? —le preguntó él y Martina levantó la vista hasta los ojos de su jefe.

—Volver a mi antiguo departamento —pidió. Héctor esperaba oír eso.

—Personal está completo. No es posible —le respondió enseguida.

Tal y como lo oyó, Martina giró la carpeta para ponerla de frente a Héctor. Su jefe se levantó del sillón.

—Entonces, ¿sabes que puedes arreglarlo y no quieres? —le reprochó.

—Yo no he dicho que pueda arreglarlo, solo quiero dejarte claro que no quiero dinero, ni días libres, ni ninguna otra cosa. Solo quiero volver con Rogelio.

Notó cómo la mandíbula de Héctor se movía. A Martina comenzó a acelerarse el pulso.

—No eres ninguna necia, sabes lo que puede pasar si no lo arreglamos —le reprochó su jefe.

*Estáis de mierda hasta el cuello, claro que lo sé.*

—¿Eso es lo que te importa la empresa? Deposité mi confianza en ti… —Héctor tenía la respiración acelerada y hablaba en un tono que a Martina no le gustaba un pelo. Así que dio un paso atrás hacia la puerta.

—Estoy segura de que entre Carmen y tú podréis arreglarlo —le dijo poniendo su mano en el pomo de la puerta.

—Martina —Héctor la detuvo—. Esto afecta al negocio, ¿cómo puede ser que no te importe? ¿Te da igual lo que nos pase? Porque un trabajador que no mira por el bien de la empresa...

A Martina le brillaron los ojos con la subida de tono de Héctor. Sintió el pecho a punto de estallar.

—¿Le importo yo al dueño de la empresa? ¿Le importan mis circunstancias laborales? ¿Mis discusiones con Carmen? ¿La forma en que me obliga a trabajar? ¿Las continuas faltas de respeto que recibo? Por supuesto que no porque me pusiste allí a sabiendas de lo que pasaría —miró la carpeta azul con la respiración acelerada—. No sé si sería capaz de arreglarlo pero no pienso ni intentarlo.

Héctor estaba totalmente enrojecido.

—Quizás Carmen sí que lleve razón respecto a ti —le soltó con rabia.

Martina lo fulminó con la mirada.

*Serás soberbio y estúpido. Gracias a dios que te mandé a paseo.*

Hasta las piernas le temblaban, su cuerpo no reaccionaba igual que en sus discusiones con Carmen.

—Entonces mueve la ficha que tengas que mover —salió del despacho y cerró la puerta, con cuidado y poniendo gran interés en no dar un portazo a pesar de la ira que llevaba dentro. Eso sí, la cerró en todas las narices de Héctor.

*Pedazo de capullo.*

No se sentía bien. El corazón le latía con fuerza, le dolía el pecho, le quemaban los ojos, la garganta y el estómago. Tenía ganas de romper a llorar pero no podía hacerlo allí en medio con todo el mundo mirando.

Tomó aire y recordó a su padre. El “impecable” quedaba bien lejos de su disputa con Héctor. Miró hacia el despacho de Rogelio.

*Sería solo unos minutos.*

Firmar una baja voluntaria. Una rescisión del contrato y en quince días dejaría atrás a Carmen, a Héctor y toda aquella oficina.

*Ya lo pensaré luego, primero necesito tranquilizarme.*

Se fue hacia el servicio con rapidez, entró en el primero que encontró libre y cerró la puerta. No quería llorar, se le correría el maquillaje y lo ultimo que deseaba es que ni Carmen ni las arpías la vieran así.

Recordó a la abuela Lola. Respiró profundo y aguantó las lágrimas. Tuvo que apoyar la nuca en la pared y levantar la barbilla. Respiró hondo varias veces.

—Martina —oyó la voz de Carmen.

Martina accionó la cisterna para disimular. Salió en seguida. —¿Pero tú quién te crees que eres? —le increpó en cuanto llegó hasta los lavabos.

Martina la fulminó con la mirada.

—¿Qué buscas? ¿Un despido? —continuó—. Eso es lo que buscas. Cuando has visto que no había nada más que buscar…

*¿What?*

—Pareces otra cosa, pero eres una niñata pija con demasiados aires y prepotencia —Carmen seguía sin parar.

—¿Y qué problema tienes ahora conmigo? —le preguntó Martina—. Te niegas a hacer el trabajo que te manda Héctor, ¿crees que puedes negarte? Él es el jefe, él manda, él orden a y tú

bajas la cabeza y haces lo que te dice, que para eso te paga. Pero no, tú te niegas, exiges y como no obtienes lo que quieres, te chuleas como haces conmigo.

Martina se giró y salió del baño.

—Te crees con demasiados derechos. Pues no, aquí tienes una jerarquía que respetar y si no te gusta, te vas. Así de simple.

Martina se detuvo y se colocó frente a Carmen.

—Y en qué lugar estás tú para tener derecho a insultarme. Porque Héctor no ha usado ningún insulto conmigo.

*Casi, ha dicho que tienes razón conmigo y mira que tienes la lengua larga.*

Carmen se encendió. Estaban en el pasillo que llegaba hasta las mesas, a la vista de algunos empleados y junto a la puerta del despacho de Rogelio.

—Héctor…menos mal que al fin te has quitado la máscara delante de él —le respondió Carmen—. Y me alegra, porque aquí todos sabemos lo que pretendías.

*Será…*

—¿Ah sí? ¿Y qué pretendía yo? —Martina conocía la respuesta pero quería averiguar si Carmen era capaz de verbalizarla.

Carmen pegó su cara a la de Martina.

—Follártelo —le soltó.

*Madre mía, ahora sí que tengo que irme de esta maldita oficina.*

Martina se echó para atrás para apartar su cara de la de la jefa. —Vaya… — le respondió Martina con media sonrisa a pesar de estar deseando de romper a llorar de la vergüenza—. Si piensas que eso es lo que yo pretendía… —le dio unas palmaditas en el hombro a Carmen—, sí que lo tienes bien valorado. ¿Qué sabes tú de mis gustos?

*Pues no, no es lo bastante hombre para mí, ¿lo pillas?*

Miró la cara de Carmen, claro que lo había entendido. Ahora era Carmen la que estaba abochornada.

Martina la rebasó y pasó por delante del despacho de Rogelio. Emblanqueció al instante. Rogelio estaba allí, sentado frente a su mesa y junto a él estaba Héctor. Ambos en seguida bajaron la cabeza en cuanto vieron a Martina, simulando estar atentos a algún asunto.

*Ostias, ya no puede ser peor.*

Se habían enterado de todo. Martina supuso que ahora Héctor le pediría a Rogelio que preparara su despido. Ya no solo se había negado a hacer el trabajo, sino que había vuelto a discutir con Carmen dando esta vez un espectáculo bochornoso y salido de formas, y para rematar, había dicho que el jefe no estaba a la altura de sus gustos. Ofensa que aumentaba si se tenía en cuenta que ella ya lo había rechazado.

Martina se sentó en su silla y apoyó el codo en la mesa, sujetándose la sien con la mano.

*Quién me mandaría a ponerme tan chula con Carmen.*

Ahora no sabía cómo podría volver a mirar a Héctor a la cara.

# Héctor

—Carmen se supera cada día —le decía Alicia a su hermano mientras ponían la mesa—. ¿Follartelo? ¿Así se lo dijo? Despidas o no a Martina, a Carmen tienes que pararla. Mamá, ¡esto huele de maravilla!

Pero Héctor no se sentía con hambre. Alicia miró a su hermano.

—Y la respuesta de ella… —Héctor negaba con la cabeza, Alicia le notó la ira en los ojos.

—¿Eso es lo que te molesta? —le reprochó Alicia—. Valiente estúpido engreído.

—Alicia —la voz de su padre sonó firme desde un lado de la mesa.

—¿La defiendes? —le reprochó también su hermano.

—Pues claro que la defiendo, ¿cómo no la voy a defender? Es una vergüenza que el peor enemigo de una mujer sea otra mujer ¿Qué malo ha hecho Martina? No hace otra cosa que trabajar y limpiar los desastres de un departamento que sabes que no funciona bien ¿Qué ha hecho para que la acusen de ser una buscona? ¿Se te ha lanzado al cuello alguna vez? ¿Se merece que la acusen así? No. Carmen solo se lo dice porque se muere de la envidia. Porque le da veinte vueltas en neuronas y encima es guapa. Intenta humillarla continuamente. Y tú te mereces lo que ella diga de ti porque no haces nada por impedirlo. Sabes que la hacen trabajar a más no poder, que la provocan, que le faltan el respeto, y te quedas sentado en tu sillón mirando.

Héctor miró a su hermana perplejo mientras la madre de ambos venía a la mesa con una sopera.

—Martina, Martina —decía la demasiado ese nombre en esta mesa.

Alicia miró a su madre.

—Tu hijo no es justo con ella —dijo Alicia.

—Tendrá sus razones —lo defendió su madre.

—Claro que las tiene —añadió Alicia mirando a Héctor—. Díselas. La madre tomó asiento. Héctor permanecía callado.

—Una falda y mi hijo siempre es mala cosa —dijo la mujer repartiendo la comida en los platos—. Para un día que venís a comer con nosotros, no discutáis, por favor.

—Y aparte de todo esto… —continuó Alicia—, ¿cómo pensáis arreglarlo?

Héctor se encogió de hombros.

—Esta semana me pondré con ello, Carmen va a ayudarme. A las malas, me comeré la multa.

Alicia suspiró.

—Dale lo que pide —sugirió Alicia. Héctor negó con la cabeza.

—Ahora menos, ya lo que me hacía falta, que consiguiera lo que quiere así por las buenas.

—¿Por las buenas? Te libra de pagar una pasta y tú la libras de su peor pesadilla, es buen intercambio.

Héctor volvió a negar.

—Esto refleja el mundo machista en el que estamos, menuda mierda… —protestó Alicia.

—Alicia, estamos comiendo —intervino el padre.

—No puedo con estas cosas y que tú contribuyas —se dirigía a su hermano—, me decepciona.

—Alicia —la volvió a regañar su padre. Héctor se levantó de la mesa sin tocar el plato. Alicia

lo imitó y siguió a su hermano hacia la cocina.

—No te esperaba tan capullo —decía Alicia tras su espalda.

—¿Y qué quieres que haga? —Héctor se giró hacia ella—. ¿Que agache la cabeza y le de lo que pide?

—Exacto.

—Pues no.

—No, porque te gusta. No, porque la invitaste a salir y te dijo que no. No, porque no te persigue, no babea a tu paso. No, porque está en su lugar sin hacer todo lo que hacen las mujeres que andan alrededor de ti. Da igual que trabaje bien, da igual que sea inteligente, da igual que sea honrada y buena compañera, eso da lo mismo, ¿verdad? Es guapa, te encanta y no la tienes, eso es lo verdadero importante. Y como no la puedes conseguir entonces te da lo mismo lo que hagan con ella. La insultan, la provocan, le faltan el respeto y la tachan de buscona con el jefe cuando realmente es todo lo contrario. Demasiada respeto tiene, otra le hubiese soltado a Carmen la verdad. —Alicia cogió aire antes de seguir. Estaba completamente enojada—. Martina podría haberte follado si quisiera porque seguramente tú lo estes deseando. Y esa hubiese sido la respuesta correcta que ella le tendría que haber dado a Carmen. Pero la educaron bien y prefirió defenderse de otra forma.

—Diciendo que no estoy a su altura...

—Tal y como actúas por supuesto que no lo estás...

Alicia lo fulminó con la mirada. Héctor rechinó los dientes pero no fue capaz de defenderse ante las palabras de su hermana.

—Es injusto. Tienes que disculparte con ella, por lo imbécil que fuiste en el despacho y por lo borde y cruel que ha sido Carmen. Qué vergüenza, por favor. Pobre chica. ¡Qué mala es la envidia! —miró a su hermano a los ojos—. Y tú eres un pedazo de capullo soberbio.

Héctor le dio la espalda a Alicia y se coloco en la ventana, respirar la leve brisa le tranquilizaba.

—¿Vas a despedirla? —le preguntó Alicia.

Héctor cerró los ojos y se llevó la mano derecha al entrecejo.

—No sé qué hacer. Creo que es lo mejor para todos.

Alicia negó con la cabeza.

—La próxima vez deberías invitar a salir a Carmen —le dijo Alicia con ironía—. Ella está deseando y sois tal para cual.

Alicia regresó al salón dejando a Héctor solo en la cocina. Tras unos minutos, su madre llegó.

—¿No vas a comer nada? —le preguntó a su hijo y él negó. —Vas a caer malo, comes cada vez menos. Con esas crisis que te dan… — suspiró.

—Estoy bien, mamá.

—¿Qué estás bien? ¿Te ves hoy? ¿Crees que me gusta verte así? No dejas de tomar pastillas, comes poco y luego te vas al gimnasio, en una de estas te desmayarás. Y luego…te veo tan angustiado siempre con tantos problemas… Sí, hijo, te veo realmente feliz.

La última frase de su madre hizo reacción en Héctor.

—Te va muy bien el negocio, tienes un coche caro, te estás construyendo una casa enorme, tienes dinero… pero eras más feliz antes. Maldita la hora...

Su madre salió de la cocina dejándolo solo. Héctor tenía una fuerte punzada en el pecho. Se giró de nuevo hacia la ventana y respiró hondo.

# Martina

Carol se llevó las manos a las sienes.

—No voy a volver el lunes por allí —Martina apoyó la frente sobre su antebrazo.

Carol le puso la mano sobre la nuca.

—¿Qué te ha dicho la abuela Lola? —preguntó Carol con curiosidad.

—Que la próxima vez me cague en su nación entera —Martina tuvo que reír .

—¿Y sobre Héctor? —Volvió a preguntar Carol con una sonrisa.

Martina levantó la cabeza.

—Mejor no te lo digo —hizo un ademán con la mano.

—Tengo que saberlo —Carol se acercó más a ella con expresión pícara.

Martina cerró los ojos volviéndo a apoyar la cabeza en su antebrazo.

—Que deje de hacer la imbécil y que ya es hora de que lo ponga en su lugar —respondió sin levantar la cabeza.

Carol frunció el ceño.

—¿Y cual es su lugar según la abuela Lola?

Martina levantó la cabeza. Tenía el flequillo alborotado y cara de estar agotada.

—A mis pies —Martina arqueó las cejas incrédula a sus palabras.

Carol comenzó a reír.

—Pues adelante —la animó entre risas.

Martina torció los labios y cerró los ojos.

—Qué lo voy a poner yo en ninguna parte. Si está últimamete… Y encima me ha dicho Jeni que sale con otra, lo suelen ver algunas noches.

Carol suspiró mirando a Martina.

—¿Y tú? Cuándo piensas salir…

—Estoy hecha polvo —respondió Martina volviendo a bajar la cabeza—. No me apetece.

Carol se echó a reír.

—Con que no es hombre para ti —negó con la cabeza—, en toda su cara...

Martina negó con la cabeza.

—En su cara no, en el pasillo —puntualizó—. Voy de mal en peor…¿pero qué le podría a decir a esa idiota?

Carol no paraba de reír.

—Entre una cosa y otra, estará furioso.

Martina frunció el ceño.

—Más furioso va a estar esta semana, cuando intente arreglar las cuentas con Carmen —Martina rió—. Si no me despiden el lunes, me encantará verlo.

—¿Tú podrías arreglarlo? —le preguntó Carol.

Martina se encogió de hombros.

—Supongo que sí, tardaría unos días, pero creo que sí podría.

Carol aumentó su risa.

El móvil de Martina sonó. Era un audio de Jeni.

—Tu jefazo anda por aquí, ¿lo sabes? —se oía música de fondo—. Tiene que ser un auténtico

suplicio trabajar con él.

Jeni hablaba con ironía. Llegó un segundo audio.

—Menos mal que no has venido. Están aquí Irene y Sonia, y le han dicho un par de cosas. Tú sabes cómo son.

Martina se llevó la mano a la frente.

—Te juro que esto ya no es normal. Vaya día.

—¿Quiénes son? —preguntó Carol.

—Las de la facultad de Daniela. Madre mía… —se llevó la otra mano a la frente.

—Pufff—. Carol ya recordaba.

—Lo que me hacía falta ahora, ¿sabes? Dos chicas cercanas a mí, zorreando con mi jefe.

Martina se acercó el móvil a la boca.

—No las dejes, Jeni, por favor.

Recibió un nuevo audio.

—No te escucho bien. A ver, parece que tampoco les ha echado mucha cuenta, acaban de llegar sus amigas. Esa… esa que está ahí es la que estaba el otro día con él, creo. Y parece que está molesta por algo. He tomados dos copitas, mis interpretaciones no son fiables.

Se oyó la risa de Jeni al final del audio. Martina miró a Carol.

—No es lo bastante hombre para ti —dijo Carol encogiendo los hombros.

Un nuevo audio.

—Bueno, te voy contando.

Martina se estiro en su sillón. Carol la miraba fíjamentte.

—¿Qué? —le preguntó Martina sin entender.

—Tu jefe cerca de tus amigas, dos zorronas con muy poca vergüenza y el rollo de tu jefe… Tienes que ir.

—¿Qué? —Martina se estiró la parte de arriba del pijama—, ¿me ves? Ni loca.

—Ve —insistió Carol—. La abuela Lola te diría que fueras, estoy segura.

—Ni loca.

—¿Qué mas da? Si seguramente te despidan, ¿no? Ve y a ver qué pasa. —Carol comenzó a reír—. A ver si eres capaz de ponerlo en su lugar.

—Estás zumbada o algo. Ya he comenzado a cavar mi tumba en la empresa, deja que la acabe el lunes por lo menos...

Carol negó con la cabeza.

—¿No tienes curiosidad por ver cómo reacciona ahora él con tu presencia? Fuera del trabajo. Después de lo de hoy.

Martina frunció el ceño.

—Piénsalo. Allí manda él y la estúpida de Carmen. Pero fuera… fuera no es nadie. Venga —Carol no dejaba de insistir. Cogió la mano de Martina y la ayudó a levantarse del sofá—. Un homenaje a la abuela Lola.

Carol abrió el armario.

—No voy a ir a ninguna parte —decía Martina mientras su amiga cogía el mono de encaje que tanto le gustaba.

—Vale, pero en el supuesto que fueras, ¿te pondrías esto?

Martina resopló.

—Siento curiosidad. Si fueras, ¿qué te pondrías?

Martina alargó la mano, apartó las perchas y sacó un vestido. Carol emitió un grito.

—¿De dónde has sacado esto? —le preguntó.

—Lo compré hace dos semanas en Marbella.

—¡Dios mío! —Carol miraba la etiqueta.

—Acababa de cobrar las acciones —dijo Martina volviéndolo a colgar.

—Y te lo gastas de una vez —Carol sacó de nuevo el vestido.

—No salgo, no hago absolutamente nada, ¿en qué demonios quieres que me lo gaste? Ya me aburre jugar en bolsa. Si me estoy volviendo una amargada. Lo vi, me gustó y lo compré.

—Pruébatelo, quiero verlo.

Martina resopló de nuevo, pero se quitó el pijama para colocarse el vestido.

Era de una pieza, formado por un corpiño de una fina tela negra transparente con purpurina, que producía unos discretos destellos plateados. Era ajustado hasta las caderas y luego se abría en volantes. Una combinación negra impedía que se viera la ropa interior. Martina acabó de colocarse el ancho cinturón de piel negra con tachuelas.

—Uuuaaaa, te falta el látigo —le dijo Carol.

—Exacto, un látigo necesito, pero para flagelarme.

—Deja de decir estupideces —Carol la giró para que se mirara al espejo. —Curiosidad, en serio Martina, ¿no la tienes?

Martina miró a Carol con una expresión completamente aburrida.

—¿Tú quieres que me despidan ya? —se llevó las manos a la cara—. Qué vergüenza voy a pasar el lunes…

—Venga ya…¡no va a despedirte! Héctor no es imbécil. No va a despedirte, primero intentará arreglar él el marrón y si no puede, volverá recurrir a ti.

Carol miró la hora.

—Pero tienes que darte prisa si quieres llegar a tiempo, ¡vamos! Te ayudo con el pelo.

# Héctor

No había prob ado la copa que le había traído David, por alguna razón estúpida había llevado el coche. Le había puesto varias excusas a Luz para matenerse alejado y al fin parecía que la joven se había dado cuenta de que aquella noche no iba a tener suerte con él. Los problemas en la empresa y la discusión con Alicia habían estado a punto de dejarlo en casa con una buena dosis de pastillas, pero Ilde lo había arrastrado literalmente hasta la calle en un intento de animarlo.

Las amigas de Martina no parecían ser menos pe sadas, era ya la segunda vez que se acercaban a él. David e Ilde bromeaban.

—Al menos has logrado un acercamiento a sus amigas. Ya es algo —le decían con ironía.

Héctor no reía con aquellas bromas. Se sentía imbécil a más no poder respecto a Martina. La situación con ella iba a peor en la empresa y tendría que tomar la decisión que fuera. Miró a sus amigos, ellos estaban ajenos a sus pensamientos. Les había contado que había discutido con ella, y que Carmen también, pero había omitido cierta parte de la discusión entre las dos féminas.

Se había negado hasta la saciedad ir a aquella discoteca, entre otras cosas porque allí fue donde encontró una vez a Martina y donde solía ver a sus amigas. Sin embargo a Martina parecía habérsela tragado la tierra. Desconocía las razones por las que Martina no aparecía por allí nunca. Una parte de su cabeza se inclinaba porque quizás fuera una muchacha que no frecuentaba el trasnoche, otra parte de su cabeza le decía que quizás él fuera el culpable de su ausencia. Quizás Martina ya tuviera suficiente con verlo en la oficina. Y por último, quizás Martina había comenzado a salir con alguien. Esto último no le parecía descabellado y quizás explicaba su carácter distante en la oficina y la respuesta que le dio a Carmen cuando esta le insinuó que andaba detrás de él.

Luz estaba a su lado de nuevo, se contoneaba con la música, desconocía que aquellos movimientos no producirían efecto alguno en él aquella noche. Podría decirle que se ahorrara el esfuerzo, pero la ofendería de gran manera y siendo honrado, Luz no tenía culpa de sus verdaderos problemas.

Oyó risas a su espalda, eran de nuevo las amigas de Martina, esta vez las acomañaba otra amiga más, una morena con flequillo que reconoció de la empujarlas para otra vez. La chica del flequillo se esforzó por que siguieran su camino y pasaran de Héctor, disculpándose con él con un gesto. Luz pareció fulminarlas con la mirada.

—¿Ahora te gustan demasiado jóvenes? —le preguntó irónica.

Héctor hizo un gesto con la mano quitándole importancia.

—Son amigas de una empleada mía —le respondió.

Luz frunció el ceño.

—Vaya, ¿también conoces a los amigos de tus empleados? —su tono irónico se hacía molesto.

Héctor no respondió. Se giró para colocarse junto a Ilde, de espaldas a Luz.

—Yo creo que me voy a ir ya —le dijo a Ilde, este lo miro con decepción pero no le respondió.

Héctor miró a su alrededor.

—Aquí en vez de mejorar, me estoy poniendo peor.

Su mirada recorría el local, cada vez más abarrotado Las amigas de Martina estaban ya a unos cinco metros de ellos. Parecía que la chica del flequilllo era bastante efectiva conteniendo a sus alocadas amigas.

—A sus amigas les molas más que a ella —bromeó Ilde. Héctor echó una media sonrisa mientras negaba con la cabeza.

Volvió a dirigir su mirada hacia ellas. Sintió algo en el pecho, aquél golpeteo continuo que le producía la ansiedad había cambiado a otra cosa. Entornó los ojos para poder verla con claridad a pesar de la ténue luz y los focos de colores. Pero su estómago y lo que aquella joven le producía no le dejaba lugar a dudas, era ella.

Tomó aire y volvió a sentirse tal y como se sentía en el despacho de Rogelio; confuso, sorprendido, ofendido, enfadado. Le dio un codazo a Ilde para que él mirara junto a él. Necesitaba que alguien más le confirmara que no estaba viendo un espejismo, estar seguro de que era ella. Era ella, no estaba tan loco. Y entonces fue consciente de que las transparencias en una mujer solo le parecían elegantes sobre la alfombra roja, y cuando las llevaba Martina.

—Ahí la tienes, fenómeno —le animó Ilde.

# Martina

—Menos mal que has venido —le decía Jeni—. Ya no puedo sujetarlas más.

Martina la miró y sonrió.

—¿La han liado mucho? —preguntó Martina.

—No, tampoco es que él les preste mucha atención —Jeni le dirigió con la mirada—. Ahí está.

Martina no miró directamente, al contrario, les dio la espalda.

—Hoy la he tenido gorda en el trabajo, Jeni —le explicó.

—¿Otra vez? —se sorprendió ella.

—Pero esta vez también ha sido con él —añadió Martina y Jeni arqueó las cejas.

Jeni miró tras Martina.

—Te ha visto, ¿qué vas a hacer? ¿Pasamos de largo? Podemos rodearlo si no quieres cruzártelo.

Martina se inclinó hacia ella.

—Ya me da igual —se retiró de Jeni—. Estoy harta, me da igual. Pasa por donde quieras. Quizás el lunes sea yo quien dimita de una vez. Van a acabar conmigo. No merece la pena.

Jeni frunció el ceño.

—Ostras, estas dos otra vez —Jeni apartó a Martina que se giró en seguida.

Irene y Sonia estaban otra vez rondando a Héctor.

—Vamos —Jeni tiró de ella pero Martina la frenó.

—Déjalas ahora —Martina tiró de ella hacia la barra—. No hay prisa.

Pidieron una copa y se sentaron en unas banquetas alrededor de unas mesas altas.

—¿Y Daniela? —preguntó Martina mirando a su alrededor

—Encontró al tío ese que le gusta del gym y hace rato que la he perdido —rieron.

Jeni de cuando en cuando miraba a Héctor.

—La amiga de tu jefe tiene la cara hasta el suelo —le relataba —.Es la rubia de la media melena que está allí con aquellas chicas. Realmente todas tienen la cara hasta suelo.

—Solidaridad femenina entre amigas, me encanta—. Martina ladeó la cabeza —Lo que no es normal es que una mujer le haga la vida imposible a otra mujer, bastante tenemos que demostrar cada día, como para encima tener una guerra entre nosotras.

—A ti te gusta él, ¿verdad? —le preguntó Jeni y Martina se sobresaltó—. Últimamente no me cuentas nada, pero sé que algo te pasa. Superaste lo de Guille, no es eso. Hay otro, quizás uno muy guapo y exitoso, alguien que tiene cierto poder sobre ti en el trabajo...

Martina se inclinó hacia su copa y chupó de la pajita, bebiéndose todo lo que le quedaba.

—Me lo imaginaba… —confirmó Jeni—. Pero un tío de esos…

—Todo eso lo sé, por eso… —se tomó un instante—, le dije que no.

Jeni abrió la boca sorprendida.

—¿Le dijiste que no? ¿A ese tío? —Jeni estaba realmente asombrada. El que más personas lo supieran la hacían sentirse más segura. Ella, Martina, la empleada más escandalosa de la empresa, le había dado calabazas al jefe—. Tengo que reconocer que los tienes bien puestos. ¿Y cuáles han sido las consecuencias?

Martina levantó las cejas y Jeni hizo un ademán con la mano.

—No sé si seguir en a empresa, así que… —cogió la mano de Jeni—. Hoy me da igual quién sea. Aquí no es nadie. Es solo un imbécil más.

—Al que ya le diste calabazas —rió Jeni—. Ahí está rodeado de fans...

Martina ladeó la cabeza mientras caminaban hacia él.

—Rodeado de admiradoras, sí —añadió Jeni rodeando la cintura de Martina—. Que te llore un río, ¿sabes? Hiciste bien. Gracias a mujeres como tú los hombres ya no dominan el mundo.

Pasaron cerca de Héctor pero Irene la detuvo.

—Mira quién está aquí —le dijo a Martina poniendo la mano sobre el hombro de Héctor—. Tu jefe.

*Vaya sorpresa…*

Lo miró y le dio un saludo distante, sin demasiada cortesía.

—¿Os vais a quedar aquí? —Martina pasó de Héctor y se dirigió a Sonia e Irene, ellas se encogieron de hombros—. Ahora nos buscáis.

Martina empujó suavemente a Jeni para seguir su camino, pasando a medio metro de Héctor. Su olor se hizo intenso, como en la oficina cuando discutieron. Martina sintió su mano sobre la muñeca, no hacía falta girarse para saber que era él. Su temperatura, la sensación había quedado grabada en ella las escasas veces que la había tocado.

—¿Tienes un momento? —le preguntó con aquella voz firme. Martina lo miró, luego sus ojos se dirigieron hacia Ilde, que estaba junto a él, a continuación a Sonia e Irene que estaban al otro lado, y por último al grupo de la rubia de la media melena, que estaban frente a ellos. Martina bajó la cabeza hasta su mano, Héctor aún la sujetaba.

—Demasiada gente, demasiado ruido —le respondió—. Lo siento, no tengo ningún momento ahora.

Apartó la mano de la de él y se giró de nuevo. Héctor volvió a sujetarla.

—Si quieres lo hablaremos el lunes —añadió él—, lo que te dijo Carmen...

Martina lo miró a los ojos.

—Carmen dice demasiadas cosas —le cortó y Héctor bajó la cabeza abochornado mientras ella volvía a liberarse de su mano.

*Eso es, baja la cabeza*.

—Me disculpo en su nombre, se sobrepasó contigo —añadió él.

Martina frunció el ceño.

—Ella es la que tiene que disculparse —le respondió . Héctor abrió la boca para continuar pero Martina levantó la mano para que no dijera una palabra más—. Ya he tenido suficiente hoy. Déjalo.

Se giró dándole la espalda y tiró de Jeni para marcharse.

*Ahora que te den. Fuera de tu castillo no te debo nada.*

No pudo ver la reacción de Héctor. Pero en cuanto avanzaron, Jeni se inclinó hacia ella.

—Lo has cabreado, ¿era tu intención? —le preguntó.

—Ya me da igual que se cabree.

Pararon cerca de la pista. Seguían hablando, en seguida las rondaron algunos grupos de hombres, los que conocían a Jeni se acercaron con ellas a hablar. Martina no perdía de vista a Héctor. Irene y Sonia seguían por allí, y también la rubia de la media melena y sus amigas. No tardó mucho en observar que alguna que otra amiga de la chica, se inclinaban demasiado sobre Héctor para hablar.

*Parece que en esto todo vale, hasta la traición a una amiga.*

La poca moralidad la llenaba de ira. La traición a una amiga para ella era algo imperdonable. Y dedujo que casi todo el grupo pretendía a Héctor. En parte no las culpaba. Héctor podría ser con diferencia el hombre más guapo que andaba por allí aquella noche. Y si encima ellas eran conocedoras de su éxito profesional y sus consecuencias, eso aumentaría su interés en él.

Uno de los amigos de Jeni hizo un chiste y Martina rió tan solo porque vio de reojo que Héctor estaba mirando.

*No eres el centro del universo. El universo está lleno de estrellas, tú solo brillas más que el resto.*

Martina se apoyó en una columna, desde allí podía verlos mejor. Parece que la respuesta de Héctor a sus risas con otros hombres, fue el atender mejor a sus admiradoras.

*El ego, ¡ay! el ego.*

Martina negó con la cabeza. Jeni se acercó a ella.

—Compiten, ¿crees que ganará alguna? —le dijo Jeni.

Martina los miró de reojo.

—Yo las enviaría un tiempo con la abuela Lola —respondió Martina y Jeni rió—. Les enseñaría a ganar.

—¿Tú ganarías? —le preguntó Jeni con ironía.

Martina entornó los ojos y Jeni comenzó a reír.

Martina vio a Ilde, el amigo de Héctor, junto a ellas. Parecía querer decirles algo, pero tuvo que apartarse de ellas porque por el otro lado alguien agarró a Martina. Lo conocia de haber coincidido en alguna ocasión. El saludo del joven duró tan solo un instante. Se había acercado a invitarlas a un reservado. Martina declinó la invitación mientras Jeni la fulminaba con la mirada.

.

En cuanto el joven se hubo marchado, Ilde se metió entre ellas.

—No soy mucho de fútbol, pero ese juega en el Málaga, ¿no? —les preguntó.

—Sí —respondió Jeni, que era abonada desde hacía años.

*¿Un reservado? Lo siento por Jeni, pero lo que me interesa está aquí abajo. He venido por él.*

Ilde se dirigió hacia Martina.

—No suelo hablar mucho con Héctor de la empresa, pero por lo que me he enterado no te va muy bien con Carmen —le dijo.

*Averporqévieneest earaamerlasnares*

—¿Solo con Carmen? —respondió.

Ilde hizo como si no la hubiese oído.

—Carmen estuvo en el colegio con Héctor, con Alicia y conmigo. Vivíamos en la misma calle….

*Y qué me importa a mí.*

—Ha cambiado mucho, antes no era así —añadió.

*Es una amargada, no hace falta que me lo digas…se ve a legua.*

—Estoy seguro de que Héctor va a mediar. Confía en él. No está pasando por un buen momento —las llevó hasta la barra —¿Qué queréis tomar?

Martina negó con la cabeza. Ilde pidió para él y Jeni.

—Tiene demasiada carga…pero sabe tomar el control.

Martina rió.

*Héctor, ¿el control? Héctor quiere que Carmen descargue conmigo. No va a hacer nada.*

Ella negó con la cabeza.

—Tú también tienes que tener el carácter fuerte —añadió él mirando a Héctor—. Es la

primera vez que veo que un empleado reaccione así con él. No lo culpes, dale tiempo y confía en Héctor. Acabará teniéndolo todo bajo control.

Martina miró de reojo a Héctor. Él parecía ajeno a que Ilde estuviera con ellas. Ahora se lo estaba pasando bien o eso simulaba. Reía con todas.

*Y manda al amigo a estropearme la noche. El control, eso es. Este me lo ha revelado. Aquí no tiene control sobre mí y envía al amigo para entretenerme mientras él se deja flirtear. Porque venir él mismo después de lo que le hecho es rebajarse.*

Martina le dio unas palmaditas en el hombro a Ilde, que estaba contrariado.

—Muy bien, chaval —le dijo dejándolo a cuadros.

Se giró hacia dónde estaba Héctor y su grupo. La chica de la media melena rubia parecía irle ganando terreno al resto.

*¿Control? Vamos a ver por dónde salimos hoy.*

Miró de reojo a Ilde.

—Entonces según tú, debo… —dejó espacio en la frase para que él continuara.

—No considerarlo un enemigo —terminó él junto a su oído.

Martina ladeo la cabeza sin dejar de mirar a Héctor y su grupo. Si era sincera con ella misma, ver a aquella rubia flirtear así con Héctor la estaba encendiendo por dentro.

—Venid conmigo —las animó Ilde.

Jeni lo siguió riendo. Martina esperó a que pasaran por delante de ella, y luego los siguió.

Se acercaban al grupo, Martina podía verlos mejor, ya casi podía ver al completo la cara de la chica que estaba ganando la partida y seguramente los favores del jefe. Su cuerpo se encendía cada vez más.

*Vaya competición bochornosa. Si este lo que quiere es que me una a este espéctaculo, la lleva clara.*

Miró a Irene y Sonia, cuchicheaban entre ellas. La rubia y otra joven más rodeaban a Héctor.

*Pero lo haré a mi forma. Apartadse, ese chico es mío.*

Dejó que Ilde interviniera. Fue él el que se acercó a Héctor. Martina mantuvo la distancia.

*No pienso acercarme más, ahora levántate y ven.*

Ilde le dijo unas palabras a Héctor y este miró a Martina, esperando a que ella llegara hasta él.

*No pienso hablar contigo mientras estés ahí sentado, rodeado de mujeres. No eres un dios, ni yo una imbécil.*

Martina lo miró de lejos, esperando a que se levantara, dejara allí a la rubia y a la otra acompañante, y se acercara a ella.

Héctor al fin se levantó, se disculpó con las dos mujeres y siguió a Ilde hasta Martina, ante la mirada de todas las que lo rondaban.

*Así es como se hace, chicas. Como veis, es solo un hombre…*

—A ver si llegáis a un entendimiento —les dijo Ilde antes de irse.

Martina lo miró marcharse junto a Jeni. Luego miró a Héctor a la espera de que dijera algo.

*Mira que te está costando reconocer que has actuado mal.*

—Yo también siento lo que te dije en el despacho —le dijo al fin.

Martina tuvo que retener la sonrisa. Ella tomó aire. Héctor miró a su alrededor consciente de que todos los miraban. Cogió a Martina por la muñeca y tiró suavemente para que lo siguiera.

Martina no quiso mirar la cara de las chicas que llevaban toda la noche rodando a Héctor.

*Os lo dije, es mío.*

Martina anduvo tras él entre la gente, la música se escuchaba ahora más lejos. Héctor se detuvo en una zona más tranquila, donde había gente conversando sentadas en sofás. Héctor se

situó cerca de la pared y se giró hacia ella.

Tenerlo frente a él, apartada del resto, fuera de la oficina y de las horas de trabajo, hicieron que sus tobillos dejaran de soportar el peso de su cuerpo, pero tomó aire y se mantuvo firme.

*Por mucho que me lo repita no es verdad. No es un hombre más. El resto de hombres no hacen que me sienta así.*

—Siento todo lo que te dije —repitió—. Nunca he reaccionado así con ningún empleado, perdí las formas. Lo siento.

—¿Por qué te niegas a que vuelva con Rogelio? —preguntó con seguridad—. No hay razones estructurales. Quiero saber la verdadera razón..

Héctor se detuvo en sus ojos, primero en uno y después en otro. Estaban a poca distancia, quizás más cerca que otras veces.

—Tienes que entender que después de… mi metedura de pata tuve que tomar medidas —confesó.

*Por lo menos es sincero.*

—Pero no entiendo tus medidas —replicó ella—. ¿Qué diferencia hay con ese cambio? Aparte de que yo esté…

*Puteada. Eso es lo que querías.*

Héctor le puso la mano en el hombro.

—El lunes volverás con Rogelio —le dijo—. No quiero que pienses que tu respuesta tuvo consecuencias.

*Las tuvo para mí, en todos los sentidos.*

—Siento el malestar que te haya podido causar Carmen… —Héctor apartó la mano de su hombro y la apoyó en la pared—. Esto se me ha ido de las manos, pero voy a solucionarlo.

Martina asintió. Algo en su interior se removía con fuerza, algo que le hacía perder el equilibrio.

—No quiero que te vayas de la empresa —le confesó Héctor—. Sería una pérdida difícil de suplir.

*No te confíes, Martina, que este quiere que le soluciones las cuentas.*

—Y no hago esto porque quiera pedirte de nuevo que hagas el trabajo —añadió.

*No sé cómo lo hace, pero en ocasiones me puede leer el pensamiento.*

Martina sonrió levemente.

—Vamos a hacerlo Carmen y yo —continuó.

Martina frunció el ceño incrédula.

—Entonces estoy convencida de que vas a volver a recurrir a mí, ¿lo sabes? —le dijo al jefe con ironía.

Héctor rió.

—No tengo dudas —le respondió él.

Las risa fue breve y se detuvieron en seguida. Se hizo el silencio. Martina comenzó a sentirse incómoda. Esperaba que ya regresaran, pero Héctor no parecía tener intención.

—Reconozco que no he sido objetivo contigo y me siento avergonzado —confesó de nuevo —. No estoy pasando por un buen momento personal —tomó aire.

Héctor miró a Martina con el ceño fruncido.

—No lo vayas a ir diciendo por ahí pero…la empresa crece y creo que…se me está haciendo grande. Me veo superado cada vez en más situaciones y ahora… —apartó la mirada de Martina —. No es fácil contigo.

Seguía sin mirarla.

*Dios mío.*

—Gracias por no decirlo en la oficina —le admitió él. Martina suspiró. —Pero al parecer allí ya se han inventado otra historia respecto a ti… —continuó él y la miró de nuevo.—. Y me parece injusto .

Martina le puso la mano en el hombro a Héctor al apreciar sinceridad y verdadera preocupación a los comentarios que recibía ella..

—No pàsa nada —le dijo en un intento de animarlo.

—Sí, sí pasa —replicó él—. Porque eres todo lo contrario a eso que dicen.

*Realmente no van tan mal encaminados. Como querer quiero.*

Martina apartó su mano de él y negó con la cabeza.

—No he gestionado bien todo esto —seguía admitiendo él.

Martina observaba la acelerada respiración de Héctor, no estaba bien, desconocía si le faltaba el aire, algo extraño le pasaba. Vio a unos metros de ellos una terraza al are libre, así que agarró a Héctor del brazo y tiró de él hacia delante. Héctor la siguió hasta fuera.

Había gran cantidad de humo, pues la gente salía allí a fumar, pero consiguieron encontrar un hueco donde corría una leve brisa. El finísimo y transparente vestido de Martina no cubría lo suficiente para resguardarla del relente, en seguida se le erizó el vello. Héctor se dio cuenta.

—¿Quieres que vaya a por la chaqueta? —se ofreció y ella negó con la cabeza.

—Mira que si te resfrías…

—Tendrías que prescindir de mí unos días, ya lo sé —lo cortó ella y él rió.

Martina observaba el rostro de Héctor, con la risa su respiración se había calmado de nuevo. Era obvio que tal y como le había dicho, no estaba pasando por un buen momento personal. Era obvio que cargar sobre sus espaldas un negocio de esa envergadura le pasaba factura —He sido un imbécil, ¿verdad? —le preguntó él.

—Un poco, sí —confirmó ella con aire irónico, el suficiente como para que su sinceridad no lo tensara.

—Aún así has soportado la tormenta —Héctor sonrió.

—Hace falta algo más para tumbarme, aunque habéis estado cerca… —rió ella.

Héctor sonrió de nuevo y le apartó el pelo de la cara. El gesto hizo que a Martina se le erizara el vello aún más. El cosquilleo de su estómago formó un nuevo oleaje y casi perdió el equilibrio.

—En otras circunstancias, ¿habrías dicho que sí? ¿O fue un cumplido para no ser brusca? —le preguntó él con curiosidad y Martina sintió que se le ponian rojas hasta las orejas. El frío desapareció de su cuerpo. Miró a Héctor, hombre perfecto donde los hubiera.

—Claro que hubiese dicho que sí —no lo meditó, lo soltó con rapidez, antes de que pudiera arrepentirse.

Héctor se apoyó en la barandilla de la terraza.

—En otro lugar, en otras circunstancias —repitió él echando la cabeza hacia atrás y mirando al cielo oscuro de la noche otoñal, un cielo despejado, donde podían apreciarse las numerosas estrellas.

Martina seguía ruborizada. Le ardían las mejillas. Héctor la miró de nuevo.

—¿Y si fuera otro lugar? ¿Y si estuviéramos en otras circunstancias? —le preguntó él.

Martina entornó los ojos hacia él sin entender, mientras el pulso se le aceleraba de manera considerable.

Héctor le cogió la mano. Sentir la mano cálida de él, en plena noche, con aquel fino vestido, era más que placentero.

—Imaginemos otras circunstancias —continuó él.

Miraba fíjamente a Martina, ella intentaba que Héctor no notara cómo le temblaba la mano. Le era más fácil ocultar sus sentimientos cuando él se mostraba engreído, altivo, poderoso. Pero en aquél momento solo era un hombre, un hombre que había frecuentado sus sueños en los últimos meses.

—Permíteme unas horas de otras circunstancias —añadió—, donde yo no sea tu jefe, donde todo esto no sea realidad. Otro lugar, otras circunstancias, como dijiste —Le agarró la otra mano y sintió la misma calidez que con la anterior. El olor de Héctor se hacía intenso, cada vez más y eso solo podía significar que estaba cada vez más cerca.. Martina temblaba—. ¿Aceptarías esa invitación?

*Se me acaba de caer el cielo encima. No me puedo creer lo que me está diciendo.*

Tomó aire. Lo que le proponía Héctor era una completa locura. Apretó las manos de Héctor y sonrió. Cómo podría negarse, aunque quisiera, su voz no le correspondería. Lo llevaba soñando desde el día en que lo conoció, y durante toda su vida le habían enseñado que había que darle una oportunidad a sus sueños.

—Mañana —confirmó él tomando la sonrisa como un sí. Héctor le soltó las manos para mirar su reloj. Comenzó a marcar en la pequeña pantalla—. Desde las nueve de la noche de mañana, hasta las… ¿dos?

Martina miró hacia un lado.

—Hasta las dos está bien —era un gran error, estaba segura. Pero había sido incapaz de negarse. Estaba temblando, su interior ardía, su exterior estaba congelándose de frío, pero el vértigo del estómago no paraba de hacerla vibrar. Deseaba que Héctor volviera a cogerle las manos, volver a sentir su calidez, pero él estaba concentrado en programar en su teléfono las horas acordadas.

Héctor acabó y miró a Martina sonriendo. Se acercó a ella y le puso la mano en la mejilla.

*Esto es todavía mejor. Me muero.*

—Mañana te digo dónde está ese otro lugar —le dijo.

Martina tenía que respirar por la boca, por la nariz no podía. Héctor le acarició con el pulgar antes de apartar su mano de ella, sin tomarse ninguna prisa.

—Mientras tanto, seguiremos aquí —Martina lo entendió enseguida.

Héctor entró de nuevo, dejando allí a Martina, que aún no era capaz de moverse. Comenzaba a ser consciente de lo que había pasado.

*Es un error, una completa locura.*

Estaba segura de que lo era, pasara lo que pasara en aquél sueño de cinco horas, tendrían que volver a la realidad, al trabajo…

*Y todo eso me da exactamente igual. Quiero soñar. Cinco horas, solo cinco.*

# Abuela Lola

—Vamos, Martita, despierta de una vez —la abuela Lola había descorrido las cortina y la luz entró en la habitación.

Martina entre abrió los ojos. Su abuela esta en pie a los pies de la cama, llevaba algo en la mano.

—Da gracias que yo he recibido al mensajero. Tus padres han salido —le decía mientras ella se incorporaba sin saber de lo que hablaba su abuela—. Niña, levantate ya. Tienes que prepararte.

Martina miró el reloj, eran las doce y media.

*¿Prepararme para qué?*

—Inventa cualquier excusa, lo mejor es que no estés ya aquí cuando tus padres vuelvan… —continuaba la abuela Lola. Martina la miraba como si estuviese loca. La abuela Lola fue consciente de ello y la fulminó con la mirada—. ¿Todavía te dura lo que bebiste anoche? ¿O de tanto dormir te estás quedando lela? Levántate ya, niña.

Martina entornó los ojos.

—No sabes nada… —la abuela Lola puso los ojos en blanco y luego la miró. Martina se estremecía cuando su abuela hacía eso—. Un mensajero acaba de traerte un billete de avión y la reserva del hotel.

Martina dio un salto y enseguida estuvo sentada a un lado de la cama.

—No te asustes —la abuela Lola levantó una mano—. Héctor es un caballero. La habitación es individual.

*No puedo creerlo.*

—Te vas a París esta tarde a las cinco y regresas mañana por la mañana. Estarás aquí justo para merendar conmigo y contarme todo —la abuela echó unas risas.

Se dirigió hacia el armario de su nieta y lo abrió.

—Nos podría haber dado más tiempo —hizo un ademán con la mano—. Los hombres creen que podemos preparar las cosas en el mismo tiempo que ellos—. rió sacando la maleta de mano de su nieta—. Luego ellos llevan las maletas tan escuetas como su cerebro. A tu abuelo se le olvidaban la mitad de las cosas en casa. Un auténtico desastre.

Martina reaccionó. Corrió hasta su baño, vació la vejiga y volvió junto a su abuela.

—París… —continuaba su abuela—, muy poco original, un clásico de enamorados. Pero hay que admitir que es precioso.

La abuela sacaba el neceser de su nieta.

—Echa ese palito tuyo para el pelo, el que se enchufa. Te deja el pelo estupendo.

—El cono, se llama cono, abuela —la corrigió Martina.

—Como se llame, llévatelo —le dijo la mujer abriendo la maleta—. y ese vestido corto de vuelo, el de encaje. Me encanta ese vestido. No puedes ir a cenar con un hombre así con algo como esto… —cogió del sillón el vestido transparente, se detuvo en el ancho cinturón de cuero negro con tachuelas que Martina había llevado por la noche, e hizo una mueca de asco.

Martina se lo quitó a su abuela de las manos ofendida.

—Sé paciente, no lo des todo por ganado, ve con paso seguro. Los hombres como él suelen

dislocar a las mujeres. —le decía su abuela—. Si te dejas llevar por esa locura perderás, ¿entiendes? Y te lo va a poner difícil —levantó el sobre con el billete de avión—. Ese hombre tiene gran interés en ti y ahora mismo ha entrado en modo cuento de hadas para conseguir de ti lo que consigue de las otras sin esfuerzo —hizo un ademán con la mano—. Así que intenta no levantar los pies del suelo si no es en el avión.

Martina, que ya metía cosas en la maleta, se giró en seguida hacia su abuela. La abuela Lola le lanzó una mirada picaresca.

—Estoy convencida de que no ha necesitado recurrir a esto nunca —añadió y sonrió con orgullo. Martina se ruborizó—. Seguramente él sea el futuro padre de tus hijos, así que actúa con cordura —la abuela salía de la habitación ante la mirada sorprendida de Martina—. Pasadlo bien.

La abuela Lola salió de la habitación riendo.

Martina quedó petrificada. No sabía bien si su abuela le había querido decir sutilmente que no se acostara con Héctor a la primera de cambio.

Solo de pensarlo ya le temblaban las piernas. No se había parado a pensar en ello. Se sentó en la cama.

*Qué puede querer de mí un hombre así. Puede tener sexo con cualquiera sin tener que montar este circo.*

Se puso la mano en la frente, casi no tenía tiempo de pensar. Tendría que ir al aeropuerto en breve. Desconocía si él iría con ella en el avión. Cogió su movil, lo buscó entre sus contactos. Le hizo una foto al billete y a la reserva y se lo envió en una mensaje con un “Otro lugar. No lo esperaba tan lejos”.

Esperó como una imbécil que él respondiera. No tardó en hacerlo. Primero risas en emojis. Luego con un “No pierdas el avión”. Y se cargó una foto. Una calle estrecha con mesas de hierro blancas y algún cártel en francés. Martina agradeció estar sentada porque la ráfaga de viento que recibió su estómago la hubiesen tirado al suelo. Héctor ya la esperaba en París.

Miró la hora de nuevo, se apresuró con la maleta y echó a correr escaleras abajo. La abuela Lola llevaba razón, sería muy difícil mantener los pies en el suelo. Un hombre como él, en modo cuento de hadas…

*Tendría que haberme negado de nuevo.*

Llamó a un taxi y esperó en la puerta de su casa sentada junto a su maleta.

La abuela Lola salió de la casa a los pocos minutos, con su carro de cuatro ruedas. Martina se levantó para ayudarla a bajar los escalones.

—¿Nerviosa? —le preguntó —¿con dudas? ¿llena de miedos? La mujer sonrió mirando a Martina.

—Todo eso es normal —añadió.

Martina volvió a sentarse en el escalón, junto a su maleta. —No sé por dónde va a salir todo esto —respondió la joven.

—Llevas en el bolso un billete de avión y en París te espera un hombre que bien pudiera ser el hombre de los sueños de cualquier joven de tu edad —le decía la abuela —¿Es también el de los tuyos?

Martina levantó la cabeza para mirar a su abuela. Luego sonrió.

—Claro que sí —reconoció y su abuela torció el gesto satisfecha.

—Entonces salga por donde salga esto, será bueno.

El taxi llegó y Martina se levantó.

—Pero el lunes volverá a ser mi jefe —le respondió cogiendo su maleta.

La abuela le cogió la barbilla.

—Sueña hoy —le dijo la anciana.

Martina sonrió levemente y besó a su abuela. Abrió la puerta del taxi.

—Péinate mejor esta noche —le gritó su abuela de lejos mientras ella entraba en el taxi. Martina rió negando con la cabeza.

La despidió con la mano.

—Al aeropuerto —sintió otra ráfaga en el estómago al pronunciar aquellas palabras.

# Martina

Ya se encontraba en el hotel. Había tenido tiempo de darse una ducha. Se había peinado bien, como le dijo la abuela Lola. Terminaba de retocarse el maquillaje. Se había puesto un vestido corto de volantes de encaje y traía una torera de piel en negra. El otoño parisino nada tenía que ver con la calidez malagueña, supuso que pasaría frío pero tampoco pensaba que estarían mucho tiempo en la calle.

Desconocía dónde podrían ir. No había tenido más noticias de Héctor que un mensaje en el que le indicaba que la esperaría en el hall a las nueve. Ni siquiera sabía si él se alojaba allí mismo.

Estaba nerviosa, la mano le temblaba y apenas podía perfilarse bien los labios. Eso la enfadaba, sabía arreglarse mucho mejor de lo que había hecho, y la humedad de París no dejaba que el pelo le quedara como siempre. Lanzo la barra al neceser con coraje.

*Impecable.*

No estaba trabajando. Simplemente iba a cenar con un hombre que a ratos solía ser su jefe. Sin embargo no recordaba estar tan nerviosa desde la noche antes de su primera comunión.

Respiró profundo un par de veces. Eran las nueve menos diez. Se perfumó, comprobó que llevaba en su bolso todo lo necesario y se montó sobre los altos tacones. Se miró al espejo. No se veía ni bien ni mal. Nunca le pasaba. Era lo suficiente engreída como para soler verse siempre espléndida. Pero en aquel momento no se sentía a altura de Héctor.

Se sentó en la cama de la habitación y se puso las manos en las sienes. Volvió a tomar aire. Toda su seguridad la había dejado en Málaga. Allí estaba, a miles de kilómetros de casa, sola y muerta de miedo.

*¿En qué estaría pensando?*

Carol no dejaba de enviarle mensajes de ánimo deseándole suerte. No los abría. Guardó también el móvil en el bolso, pero este emitió un nuevo sonido.

“Estoy abajo”

Si antes estaba nerviosa, después de leerlo el cosquilleo en las rodillas le dificultó hasta ponerse en pie.

Apagó la luz antes de volver a mirarse al espejo. Guardó la tarjeta de la habitación y salió a través del pasillo hasta el ascensor. Con la luz del ascensor se veía aún peor cara. Le dio la espalda a su reflejo. El ascensor emitió un ruído, ya estaba en la plata baja.

# Héctor

Martina no le había avisado de su llegada, ni al aeropuerto ni al hotel. Hasta llegó a pensar que no aparecería por París. Su idea había sido una improvisada locura, era consciente de ello. Y Martina era una joven mujer con los pies bien en el suelo.

Dudaba qué pudiera pasar después de aquella locura. Tendrían que seguir trabajando juntos. Hasta la propia Alicia se había sorprendido de su atrevimiento. Pero en medio de aquel buque a la deriva que era su vida, aquella noche sería un paréntesis de fantasía que quizás no se fuera a repetir.

Miró su móvil, ni siquiera Martina le había respondido a su último mensaje. Si ella no había acudido ni siquiera al aeropuerto, habría hecho el imbécil de una forma superlativa.

El ascensor se abrió. Una joven alta, de abundante melena castaña, estilizada figura y labios gruesos pintados de rojo oscuro, salió de él. Héctor se acercó en seguida hacia ella. Martina aún no lo había visto entre tanta gente y aprovechó el lapsus para observarla con atención.

Conociéndola como ya lo hacía no tenía dudas de que, de acudir a la cita, sería un autentico espectáculo de mujer. Él mismo había dudado qué ropa elegir para estar a la altura del gusto de Martina, porque ya había aprendido con los años de éxito, que aunque se pudiera comprar todo, la elegancia y el estilo no se pagaban con dinero.

Martina llevaba un mini vestido de encaje con volantes, del que salían pequeños destellos y que dejaba al descubierto sus torneadas piernas. Elegancia que contrastaba con una chaqueta negra de cuero, que le daba el toque de juventud que realmente tenía. La miró sabiendo que no había visto una mujer más preciosa en su ajetreada vida, o al menos otra que le hubiese gustado más. Se sintió afortunado de tenerla en su ciudad preferida y de que hubiese llegado hasta allí llevada por él. Ya solo eso hacía que mereciera la pena el riesgo de volver a meter la pata con ella.

Martina al fin lo vio. Prefirió que fuera ella la que lo encontrara, así demoraba el tiempo para contemplarla sin que ella fuera consciente.

# Martina

Cuando Héctor sonreía desaparecía la oscuridad y el frío, pero aumentaban los miedos y las dudas de estar haciendo lo correcto.

Héctor la besó en las mejillas, un saludo cordial entre amigos. Las formalidades habían desaparecido, era el trato. Con la luz del hall del hotel a Héctor le brillaban los ojos. Ya el tono tostado en su piel, del sol y la playa, estaban desapareciendo en él, pero seguía igualmente atractivo. Se hizo el silencio un instante. Ambos acababan de ser conscientes de la verdadera realidad, estaban juntos y solos en París, una autentica locura. Fue Héctor el primero en reír con sus propios pensamientos y Martina sintió que sus pensamientos no andarían lejos de los de él. También rió.

—¿Vamos? —tiró suavemente de ella hacia la puerta.

Se montaron en un taxi. Héctor le preguntó por el vuelo, si estaba cansada y de la sorpresa al recibir los billetes.

Martina le conto que ella dormía y lo recibió la Abuela Lola. Hablaron de la octogenaria y peculiar mujer durante el trayecto. No fue muy argo, pronto llegaron al restaurante.

Martina intentó disimular su asombro, sabía que Héctor estaba muy pendiente de sus expresiones. No había escatimado, vuelo en primera clase, un hotel de cinco estrellas y un restaurante de lujo frente a la torre Eifell. El cuento de hadas que le decía la abuela Lola. Así que por todos los medios intentó mantenerse en el suelo, siendo agradecida pero nada más. Héctor no necesitaba nada de aquello para que ella temblara cada vez que la rozaba con su mano. No necesitaba París, ni un hotel ni una cena de lujo. Si Héctor en vez de su jefe, hubiese sido cualquier empleado del almacén, se hubiese enamorado de la misma manera y no hubese tenido tantos miedo ni tantas dudas.

Se sentaron en una mesa reservada, pegada a una cristalera, con unas vistas impresionantes. Héctor sacó su movil para hacer una foto de las vistas. Martina hizo lo mismo, aunque fuera solo para que las vieran Carol y la abuela Lola. No podía subirla a redes ni enseñarla en el trabajo. Héctor llevaba todo el día subiendo fotos de París en Instagram, nadie debía de enterarse de que ella estaba allí.

Héctor estuvo atento a las peticiones de Martina en francés al camarero. Cuando el camarero se hubo marchado, Héctor la miró con ironía por encima de la carta.

—Ya veo que los idiomas no son un farol en tu curriculum —le dijo él y Martina sonrió levantando una mano hacia él.

—Ya veo entonces el por qué me has traído hasta aquí —le dijo con ironía y él comenzó a reír.

La risa de Héctor cada vez le gustaba más. Cuando reía con ella sus nervios se calmaban y desaparecían la tensión y el bochorno, y con ellos el miedo. Si seguían por el camino, disfrutaría de la velada más de lo que esperaba..

—¿A qué hora has llegado? —le preguntó Martina.

—En el segundo vuelo —le respondio él—. Pensaba que estando ya aquí era más difícil que decidieras no venir.

Héctor entornó los ojos hacia ella y Martina sonrió. Cada momento que pasaba, más se

alegraba de haber aceptado la invitación.

—No falto a mi palabra —le respondió ella mirando la bandejita plateada que el camarero le puso frente a ella—. *Merci.*

Cada vez que hablaba en francés, Héctor la miraba con una expresión que no sabía interpretar, pero que le estaba encantando.

—No lo dudo —añadió él—. Pero temía que al ser tan lejos, cambiaras de opinión.

Martina frunció el ceño.

—La primera vez que cogí un avión sola, tenía doce años. Tenía miedo, no te imaginas. Mis padres me habían enviado quince días a EEUU un mes de julio. Yo quería quedarme en Torremolinos pero no tuve elección. Sola, durante doce horas… —hizo una mueca—. En el aeropuerto me esperaban los monitores, llegué temblando.

Héctor miraba su bandeja. Había pedido lo mismo que Martina, un pescado horneado con una salsa de un tono verdoso, aunque el olor era agradable.

—Con doce años, no es para menos —respondió él.

—Mis padres pusieron todo de su parte para que yo fuera realmente independiente. Con el tiempo se lo agradezco —añadió ella—. Pierdes el miedo a las distancias. Para ti esto será como coger el autobús, ¿no?

Héctor levantó los ojos hacia ella.

—Viajar por trabajo es distinto —dijo él sin sonreír—. Te acostumbras, dicen. Realmente no te acostumbras...

Martina podía hacerse una idea. Aunque en un principio hacer numerosos viajes pudiera resultar tentador, cuado se convierte en una rutina y tenerlo que compaginar con la vida personal sería muy difícil.

—Esta semana pensaba que estaría en Málaga, pero el lunes por la tarde salgo hacia Alemania.

Martina arqueó las cejas. Que Héctor no estuviera en la empresa precisamente aquella semana, no sabía si sería mejor o peor. Siendo sincera consigo misma, por muy mal que saliese todo, ella siempre prefería darle los buenos días cada mañana. Aparte estaban sus roces con Carmen, la última bronca fue de monumento. Así que imaginaba la tensión futura, eso sin contar que Eli fuera la elegida para secretaria de dirección y que por algún motivo supuso que Carmen sabía de dónde vendría la sugerencia. Ahora Diana y Coral también alzarían su odio contra ella más que de costumbre. Pero no pensaba perder un segundo más pensando en ellas. No en una cena así con Héctor.

*Que les den a todas. Soy yo la que estoy cenando con el jefe.*

Enseguida se ruborizó con sus pensamientos. Miró a Héctor y fue consciente de que él llevaba todo el tiempo observándola mientras ella andaba perdida en sus pensamientos.

—Volveré el viernes por la mañana —añadio él—. Es una pena sobre todo por Eli. No podré echarle una mano en su primera semana.

Martina bajó la cabeza para tomar el primer bocado del pescado.

—No lo va a necesitar —afirmó ella.

*Pero Carmen sí que va a necesitar la tuya para solucionar el marrón.*

—Es curioso… —Héctor no continuó la frase.

Martina alzó un poco la ceja derecha esperando a que continuara. —Que tengas esa relación tan buena con algunas compañeras y sin embargo otras te intenten derramar el café encima —no hizo ningún gesto, siguió con su cena.

—Hay personas que huelen bien y otras que desprenden tufo —respondió Martina—. Es lo

mismo pero esto no se puede arreglar con perfume.

Héctor no replicó a la frescura de Martina. Martina tomó un nuevo bocado satisfecha.

*Si no lo digo reviento.*

—Entonces si por ti fuera, esas personas que desprenden tufo…no estarían en la empresa.

Martina negó con la cabeza.

—Desprender mal olor no implica trabajar mal ni sería motivo de despido bajo mi punto de vista —Héctor la miró y Martina notó en sus labios una leve sonrisa.

—Tú sabes que no fue un accidente, ¿verdad? Por qué no me lo dijiste —le preguntó.

Martina lo miró fijamente. Sabía que Héctor se refería al incidente del café.

—Estamos en otro lugar —le respondió—. En otras circunstancias ellas no existirían. Así que… —abrió la boca y luego la cerró con rapidez apretando los labios.

*Se acabó el hablar de trabajo.*

Héctor rió y bajó la cabeza para mirar de nuevo su bandeja. Martina observó que al jefe no le había impresionado demasiado el pescado elegido, lo apartaba a un lado y a otro.

—No lo has comido nunca —le dijo ella.

—La verdad es que no —confesó él.

—¿Y para qué lo pides? —Martina llamó al camarero de nuevo en francés y le pidió la carta. Se la tendió a Héctor en cuanto la tuvo en sus manos—. Escoge mejor.

Hector dudó antes de coger la carta.

—Esa está en español —añadió ella.

Notó la incomodidad en Héctor.

*Tu empleada tiene mayor dominio del idioma, ¿eso te incomoda? O es porque soy tu acompañante y te acabo de quitar el puesto de Alfa.*

Héctor entornó los ojos.

—Vale, no tengo mucha idea de francés —confesó él y Martina rió—. Soy un imbécil a tus ojos, supongo.

Martina frunció el ceño.

—Si esto fueran realmente otras circunstancias y no te conociera… —respondió Martina. Héctor sonreía a su tono irónico esperando a que acabara la frase—. Mira que traerme a París para que descubra que no tienes ni idea de francés.

Rieron. Héctor pidió un nuevo plato. Se hizo el silencio un instante.

*Es extraño. Estamos bien y de momento esto se tensa. No son realmente otras circunstancias.*

Pero con eso ya contaba. Era imposible no tener en cuenta quienes eran y cual era el sitio de cada uno.

—Es mi ciudad favorita, mi restaurante favorito —Héctor miró hacia la monumental torre a través del cristal—. y...

Héctor calló y a Martina le removió la curiosidad, quería saber lo que continuaba, le importaba poco quedar como una curiosa morbosa. Ya daban igual las maneras delante de Héctor. Había aceptado su invitación y había cogido un avión para llegar hasta él. Ahora su jefe deducía sus pensamientos y sentimientos respecto a él, que más daba lo demás.

—¿Qué pasa con ella? —le preguntó Martina haciendo un ademán al monumento que se veía a través del cristal.

Héctor sonrió ante la pregunta.

—Cuando estaba montando la empresa tuve que venir a París, era la primera vez, y ella —hizo el mismo ademán que había hecho Martina —me impresionó. Pensé que me daría suerte, y bueno…no fue mala.

Martina sonrió levemente. Ahora comprendía por qué Héctor llevaba un llavero con la torre en las llaves de su casa. Las había visto y le llamó la atención, pensaba que era un souvenir cualquiera de sus viajes. Ahora acaba de descubrir que era un talismán y menudo buen talismán. Ahora que conocía las cuentas sabía muy bien los números en los que se movía Héctor y la empresa, ningún mes había bajado de las seis cifras en beneficios. Eso era una auténtica pasta. A ella misma le daría miedo decidir en dónde invertir tanto dinero. Pero Héctor hasta el momento, parecía acertar en eso.

—Bueno, la suerte sin talento tampoco sirve de mucho —dijo ella y sus palabras sobresaltaron a Héctor—. Ella es solo tu recuerdo del antes, el después lo hiciste tú.

Lo notó abrumado, no sabía qué contestar.

—Viniendo de ti —respondió al fin—, es un gran halago.

Héctor hubo acabado su nuevo plato. Martina ya hacía rato que había acabado el suyo. Y pidieron el postre, esta vez Héctor y ella coincidieron con un Coulant de chocolate.

Se hizo otro silencio incómodo mientras tomaban el postre. Martina hacía tiempo moviendo la cucharilla con lentitud. Héctor la observaba. Desconocía si en la oficina la contemplaba con tanto interés y ella no había sido consciente. Desde su despacho podía verla a través de la ventana. Entonces recordó que Héctor no estaría por allí en toda la semana, y un halo extraño de tristeza la invadió sin venir a cuento. Estaba acostumbrada a sus viajes, no debía de sentirse así. ¿Algo había cambado entre los dos? Solo estaban cenando, cierto que aquel otro lugar y otras circunstancias eran más que especiales, lo cual convertían la cena en algo excepcional. Pero no esperaba reaccionar tan pronto al cambio.

—¿Qué pensaste cuando te dije que quería invitarte a cenar? —le preguntó él y Martina se sobresaltó—. En el aparcamiento, la primera vez que te lo dije.

*Y dale con su ego.*

—¿Qué pensaste tú para decímelo? —le respondió ella Héctor no respondió.

—Que diría que sí —Martina se respondió sola mientras miraba su plato, ya solo le quedaba una cucharada de pastel.

*Ahí lo llevas.*

Miró a Héctor, este sonreía. Casi temió su respuesta.

*Y al final he dicho que sí. Cierto, lo has conseguido. Ninguna mujer se te resiste, ni siquiera yo.*

—¿Quieres algo más? —le preguntó y Martina negó con la cabeza.

Si no hubiese sido su jefe, seguramente hubiese aceptado champán. Pero de ninguna manera quería perder ni un ápice de su cordura. Ya le había advertido la abuela Lola, los pies en el suelo.

Héctor pidió la cuenta en un francés horrible, Martina rió y él le hizo una mueca. Héctor colocó su tarjeta dentro de la carpeta de la cuenta, poniendo gran cuidado de que Martina no la viera.

Se levantaron y Martina se fue al servicio. Cuando regresó él estaba junto a la puerta, se la abrió a su paso. Martina se giró para no darle la espalda, aunque tuviera que salir andando hacia atrás.

—Son las once —le dijo él. El tiempo volaba tremendamente rápido a su lado—. El trato era hasta las dos.

Martina conocía la hora, la había mirado en el baño. Sintió ganas de detener el tiempo, de retroceder y que volvieran a ser las nueve.

—A no ser que te aburras de mí antes —le respondió ella riendo mientras se giraba para andar de frente, junto a él.

Héctor la miro de reojo.

—Es difícil que me aburra de ti —le respondió.

*Ostras, ¿cómo se recoge esto?*

Martina miró hacia el otro lado. Héctor no dejaba de observar cada una de sus reacciones, notó la tensión en ella.

Tal y como había supuesto Martina, su chaqueta no era suficiente para el frío de la noche parisina, aunque fuera otoño. Héctor andaba junto a ella. Pasearon por los alrededores de la torre, que encendida era realmente hermosa, de hecho a Martina era como le gustaba más.

Comenzaron con una conversación cómoda y cercana, no habían coincidido en la facultad en espacio temporal, pero habían compartido profesores. Aquello les dio pie a comentar multitud de anécdotas y risas. Los minutos volaban, el frío desaparecía para Martina y por momentos el jefe se difuminaba en un elegante y atractivo joven con el que compartía más de lo que en un primer momento le pareciera. Cada vez se sentía más feliz por la loca decisión tomada y más triste porque aquello se acabara.

Habían decidido pararse a tomar algo en la zona antes de regresar al hotel. Martina le contaba la sensación en su primer día de trabajo y que esperaba que su nuevo jefe fuera algo parecido a su padre.

—Tiene que estar muy orgulloso de la hija que tiene, imagino —le dijo Héctor.

—Su hija está ahora mismo a miles de kilómetros, acompañada de su jefe —se ruborizó al oirlo así de sus propias palabras—. Debe de estar muy orgulloso, sí.

Héctor rió mientras detenía su paso. Martina se vio obligada a detenerse también.

—Hoy no soy tu jefe —le aclaró.

—Pero en poco tiempo volverás a serlo —replicó ella.

Héctor bajó la cabeza hacia su reloj.

—Es casi la una —dijo y Martina arqueó las cejas—. Le parecía imposible que hubiesen estado hablando a la intemperie todo ese tiempo. Le habían parecido minutos. Héctor tomó aire —. Ahora viene el momento complicado.

*¿Complicado? Complicado va a ser cuando te vuelva a ver el Lunes. Madre mía. ¿Qué esperabas viniendo aquí, Martina?*

Héctor levantó la cabeza y la miró.

—Siento que nos conociéramos en otro lugar y en otras circunstancias ajenas a estas —comenzó Héctor. Se acercó más a ella, le puso una mano en la cintura, justo donde acababa su chaqueta. Con la otra le cogió del antebrazo.

*Yo sí que lo siento. En qué lío voy a meterme.*

—Comenzó el primer día que te vi —añadió él—. Intenté esperar a que pasara, lo he intentado de todas las formas que sé, pero no han funcionado —le puso la mano en la mejilla. Martina no notó la mano de Héctor tan cálida como otras veces, lo cual quería decir que sus mejillas tendrían que estar ardiendo. Él la miró a los ojos.

Martina no pudo hacer nada. Su estómago se encogía recibiendo oleadas, notaba las piernas ligeras y no sabía cómo su mano había ido a parar al brazo de Héctor, al que le sujetaba la cintura.

Héctor se inclinó hacia ella sin soltarle la cara. Notó su olor instenso, notó el roce de su nariz con la de él y un suave cosquilleo en los labios. Fue solo un fragmento de segundo, un leve roce al que ahora ambos debían de responder. Notó el pecho a punto de explotar, no recordaba haber tenido nunca tantas sensaciones formando tornados dentro de ella. No alejó sus labios de los de él, se mantuvo en su lugar aunque por un momento sintiera el arrebato de separarse. Sin embargo

algo atraía su cuerpo al de Héctor y no podía oponer resistencia. Notó de nuevo el cosquilleo en su labio inferior, un nuevo roce con el labio de Héctor. Martina abrió lévemente la boca y Héctor lo tomó como la invitación, que realmente era, a invadirla por completo. El beso se hizo intenso y Martina perdió la noción de lo que era correcto y lo que no. Prometió a la abuela Lola no levantar los pies del suelo, pero no era posible teniendo a Héctor sobre sus labios, en el interior de su boca.

Mantuvieron el beso, no había prisa. Los minutos debían de estar pasando y pronto se acercaría la hora que marcaría el fin de aquel sueño, pero a ninguno de los dos parecía importarle el tiempo.

El beso acabó aunque Héctor se resistió a separar sus labios de los de ella y volvió a besarla hasta en tres ocasiones más. Martina retiró al fin su cara unos centímetros de él y se miraron.

*No me lo puedo creer.*

La invadió la realidad de nuevo. Acababa de besar a Héctor. Y de inmediato visualizó la oficina en su mente, y a Héctor sentado en el sillón de su despacho, como estaba acostumbrada a verlo, altivo, superior, lejano... Pero era él, el mismo que acababa de besarla y al que no se había opuesto. Otro lugar no era suficiente porque nunca cambiarían las circunstancias y ahora tendría que verlo casi cada día sabiendo lo que ocurría cuando los labios de Héctor se unían con los suyos, así que no quería ni imaginar lo que sentiría si metía la pata mucho más.

Martina giró su cara hacia un lado, cabizbaja, Héctor pareció entender su reacción, no había quitado la mano de su cintura en ningún mometo, al contrario, ahora la rodeaba con menos timidez.

Martina abrió la boca para respirar ya que por la nariz le resultaba imposible Los labios le ardían, sin embargo, en medio de aquella invasión de miedos y dudas, solo deseaba volver a besarlo.

Héctor apoyó su frente en la sien de Martina.

—No solo no supe parar esto que siento contigo —añadió él— sino que no deja de crecer.

Héctor la abrazó por completo, Martina cerró los ojos.

*¿Qué estás haciendo, Héctor? Esto no puede estar pasando.*

Pasó en sus sueños demasiadas veces y era maravilloso, pero esta vez estaba despierta. Y despierta entendía las consecuencias de aquello.

Abrió los ojos y miró a Héctor. Apoyó su frente sobre la de él sin dejar de mirarlo. Casi no podía respirar, el pecho le palpitaba con tanta fuerza que le dolía. Entrecerró los ojos y abrió la boca pegadose más a él. Lo besó ella esta vez. La respuesta de Héctor fue inmediata, Martina pudo percibir que el que ella hubiese tomado la iniciativa de un nuevo beso, a él le había gustado demasiado.

Entonces Martina recordó a la abuela Lola y se retiró en seguida. Héctor esta vez pareció conformarse con la retirada. Él levantó su mano hacia ella y le acarició la cara. Martina dio un suspiro, la sensación del pecho no se le quitaba.

A aquellas horas la calle estaba peligrosamente solitaria, así que prosiguieron el camino hasta el pintoresco local que habían encontrado en Google maps. No tardaron más de cinco minutos andando. Un camino que a pesar del silencio y el frío, no dejaba de ser parte de la magia de su nueva situación con Héctor. Y si hubiese sido más temprano, Martina no tenía dudas de que hubiese hecho lo posible por alargarlo.

Héctor abrió la puerta y la invitó a pasar, Martina entró. Había mucha gente dentro, todos extranjeros, como ellos. Se detuvo a buscar sitio libre con la mirada. Entonces sintió a Héctor pegado a su espalda, le rodeaba la cintura y apoyó la barbilla en su hombro.

—Allí —dijo él junto a su oído. Se dirigieron hacia un sofá blanco que se encontraba vacío, frente a una mesa de cristal.

En esta ocasión Martina no rechazó la copa. Casi agradecía perder algo de cordura para que el miedo no la avasallara de aquella forma.

Ni siquiera en el sofá él se despegaba de ella. Se mantenía cerca, sin dejar de rodearla, sin soltarle la mano. Una mano que había llevado hasta su boca para besarla en dos ocasiones. Aquel tipo de cercanías con Héctor le estaba encantando, encantando tanto que no dejaba de mirar de reojo a un reloj de pared que se encontraba a unos metros de ellos.

Héctor puso la mano en su espalda y la atrajo hacia él para besarla de nuevo, había perdido la cuenta de cuántos besos se habían dado en tan corto espacio de tiempo. Quizás los dos eran conscientes de que el tiempo se acababa. El reloj estaba a punto de dar las dos.

—Cinco horas maravillosas —le dijo él a unos centímetros de su cara. Martina rió. Héctor volvió a apoyar la frente en su sien. Notaba levemente el peso de la cabeza de Héctor en ella, una sensación que la estaba estremeciendo por completo—. Tendría que haberlo hecho antes...

Se incorporó para mirarla de frente.

—Lo hiciste —respondió ella con frescura y él rió.

Héctor negó con la cabeza enseguida.

—No de la forma correcta —se defendió sin dejar de reír. Le acarició el hombro.

—De la forma que sabías —Martina sonrió. Héctor miró hacia otro lado algo abochornado.

*De la forma que suele funcionarte. Y si esto es una velada contigo no me sorprende que nadie se niegue.*

—Pero voy aprendiedo —la miró de reojo. Martina le rozó con su nariz la mejilla.

El segundero del reloj se acercaba a la hora final.

—Esto se acaba —susurró ella acercándose a los labios de él. Lo besó despacio, teniendo cuidado de no ponerle demasiado ímpetu para no confundir a Héctor. Ella era incapaz de perder los papeles por completo. Aunque él no fuera para menos.

El reloj de Héctor comenzó a emitir un sonido, en un principio era flojo, lo cual no les impidió seguir con el beso. Pero en seguida la alarma se hizo fuerte y molesta. Se miraron a los ojos.

*Y ella despertó del sueño.*

Héctor la observaba mientras apagaba la alarma, esperando a su reacción. Martina aprovechó la ocasión para retirarse de él.

—Se acabó —se levantó levemente del sofá para sentarse separada de Héctor—. Vuelves a ser mi jefe.

Héctor la miraba divertido.

—¿Sí? ¿No me digas? —le respondió él con ironía.

Martina volvió a levantarse para sentarse aún más alejada de él y asintió.

—Pues… —Héctor también se levantó pero para volver a sentarse pegado a ella. Le rodeó con uno de sus brazos y con el otro le cogió la cara —entonces tienes a tu jefe a tus pies.

Si Martina hubiese preparado algún tipo de defensa por si algo como aquello ocurriera, de nada le hubiera servido. Héctor volvía a besarla, con más intensidad aún si cabe, de lo que lo había hecho antes. Martina no fue capaz de oponer ni la más mínima resistencia. No era consciente de que ella misma estaba aferrada a las solapas de la chaqueta de Héctor y tampoco tenía intención de soltarlo. En el fondo lo sabía, nada sería como antes después de aquello. Lo sabía de antemano y aún así fue hasta París.

Se retiraron sin alejarse demasiado el uno del otro.

—Quería saber cómo hubiese sido todo en otras circunstancias —dijo él y Martina arqueó las cejas—. Y me está encantando.

La besó de nuevo. Pero Martina se retiró de él en seguida.

—El problema es que las circunstancias son las que son… — respondió ella bajando la cabeza. Notó cómo los brazos de Héctor se aflojaron levemente alrededor de su cuerpo.

—Lo sentimientos también —le replicó Héctor mientras la empujaba hacia su pecho. En cuanto la mejilla de Martina tomó contacto con la camisa de él, se dejó caer y cerró los ojos. Héctor la besó en la cabeza.

*En ninguno de mis sueños era tan maravilloso como es ahora.*

—No sabes lo que deseaba esto —le dijo Héctor y Martina estaba convencida que de no estar bien sujeta, se habría caído al suelo al escucharlo.

—Y yo también —le respondió ella—. Pero no es lo correcto.

Él le acariciaba el pelo. Martina levantó la cabeza hacia él y Héctor no tardó en besarla de nuevo Esta vez el beso se alargó, ya no había cuenta atrás, los minutos no importaban.

—Lo había dado por imposible —confesó él. Mantenían sus frentes pegadas, uno en el otro —. He llegado a pensar cosas que ni imaginas.

Martina rió.

—¿Qué cosas? —preguntó divertida.

—Que no te gustaba, que estabas con alguien o… que no te gustaban los hombres — respondió Héctor y Martina reía—. Y solo tenía que buscar otro lugar. He sido un imbécil, no lo supe ver.

Martina lo miró a los ojos.

—No te quejes —le replicó Martina con ironía—. Tampoco lo has tenido tan complicado.

Héctor sonrió.

—Para ti no habrá sido complicado, para mí ha sido como escalar un muro.

Martina arqueó las cejas.

—Sí, ha sido por un lado, tu indiferencia, tu rebeldía, tu rechazo…y por el otro mi deber en la empresa y mis normas.

Martina sonrió.

—Intenté ser objetivo en el trabajo, por esa razón sigues allí. —continuó—. Y por el otro… por el otro intenté al menos no ser un cobarde.

Martina le acarició la cara.

—Me alegro de que no lo fueras —lo besó fugaz, sin mucha intensidad pero con el suficiente sentimiento como para que Héctor se sintiera halagado, a lo que él respondió en seguida con una caricia a la nariz de ella.

Volvieron a perder la noción de tiempo y regresaron al hotel. La habitación de Héctor estaba en la siguiente planta que la de Martina, aún así él la acompañó hasta la puerta. Ella rebuscó en su bolso la tarjeta.

—Mañana no regresamos en el mismo avión —le dijo él—. Si quieres puedo ver qué puedo hacer para regresar juntos.

Le rodeó la cintura y a atrajo hacia él.

—No te preocupes no voy a perderme —le respondió ella riendo.

Héctor la besó con intensidad, demasiada intensidad. Martina no sabía si era por la despedida o porque realmente no quería despedirse y buscaba algo más. Aquel fugaz pensamiento hizo que se retirara de él.

*Si buscas eso, hoy no. No soy como el resto que andan contigo. Un viaje, una cena y todos tus*

*encantos no son suficientes para follarme. O quizás sí lo sean, pero no lo voy a hacer.*

—Nos vemos en Málaga —le dijo a Héctor y no supo cómo interpretar su reacción.

—¿Mañana? —preguntó él cogiéndole la cara.

No había reparado en ello. En Málaga podría verles gente. Héctor era conocido. Cualquiera podría verles y el lunes sería una completa pesadilla. Miró a Héctor, sabía que no podrían estar viajando cada vez que quisieran verse.

—¿Qué me dices?¿Te espero en el aeropuerto? —insistió.

Quizás en el aeropuerto no fuera tan mala idea. Héctor la besó levemente, parecía que había comprendido que no habría mucha más intensidad aquella noche.

# Abuela Lola

Ninguno de sus padres habían hecho muchas más preguntas sobre su viaje y la supuesta compañera de trabajo que habría ido con ella. Hablaron del clima, vieron las fotos y se fueron al club social de la urbanización. No era una niña y sus padres solían respetarle su vida privada, quizás no se habían creído del todo que había viajado con una compañera, y la falta de fotos juntas lo confirmaban, pero no entraron a más detalle.

Esperaba a Carol en su habitación. Martina se había duchado y preparaba la ropa para el día siguiete. En el tiempo que llevaba en casa, que no era mucho, Héctor le había enviado dos mensajes. En cuanto escuchaba el móvil se tiraba bochornosamente a por él, leía, se mordía el antebrazo, emitía gritos vergonzosos, y sin embargo, tardaba un rato en contestar.

En el último, Héctor le había enviado una foto de su sofá y su televisión, para mostrarle el plan que tenía para el resto de la tarde. Martina abrió la boca cuando vio el sofá de diseño y la televisión inmensa. El ático de Héctor debía de ser enorme y más enorme aún sería la casa que estaba construyendo en la urbanización más exclusiva de Málaga.

Martina perm anecía tumbada en la cama, sin dejar de mirar su móvil. Buscó el Instagram de Héctor. Había subido un par de fotos más, una de ellas era la que hizo mientras cenaban.

“Invítame a soñar”, decía. Martina sonrió volviendo a morder el pijama en el antebrazo y hasta pataleó.

—Te ha ido bien por lo que veo —fue oír la voz de la abuela Lola y ponerse en pie de un salto. Ni siquiera la había visto entrar.

Martina besó a su abuela. La mujer en seguida se sentó en uno de los sillones de la mesa de camilla.

—La tela fría —protestó la mujer.

—No hace frío todavía para ponerla más gruesa —respondió ella y la abuela hizo una mueca de disgusto.

—La juventud y vuestras temperaturas —continuó protestando. Miró a su nieta intentando inspeccionarla, escudriñando si en los ojos de su nieta había alguna señal de remordimiento, vergüenza o arrepentimiento.

—Muy bien —dijo satisfecha —Ahora cuéntame.

La abuela Lola apoyó su bastón en la mesa mientras que Martina le contaba. No omitió nada, apartó los ojos de su abuela en alguna ocasión pero hizo un resúmen bastante bueno, casi similar al que le hubiese hecho a Carol. A veces la abuela sonreía, otras hacía muecas, otras simplemente la escuchaba con mucha atención.

Martina acabó, y esperó el veredicto de la abuela Lola.

—Bueno… —comenzó la mujer—. No has andado fina del todo pero tampoco has sido un completo desastre. Eres muy joven...

Martina se puso seria de repente.

—Ahora viene lo difícil —añadió la abuela Lola—. Vas a enamorarte como una imbécil. Así que seguro que meterás la pata contiguamente.

Martina notó cómo se le ponían coloradas hasta las orejas.

—Este tipo de hombres es complicado —continuaba la abuela—. .Está muy mal

acostumbrado. No se te ocurra tratarlo como a un dios ni adorarle demasiado. Para subirle el ego ya tiene a otras—. la abuela Lola movió la mano. —De momento él no es lo mejor que te ha pasado en la vida ni mucho menos, ¿entiendes?

Martina asintió aunque no lo entendía. Claro que Héctor era lo mejor que le había pasado en la vida. La abuela Lola lo captó en seguida.

—No me digas que sí como si estuviera loca —le riñó—. A ver, niña, ¿conoces sus intenciones?

Martina negó con la cabeza.

—Entonces quizás sea lo mejor que te ha pasado en la vida o quizás sea lo peor, ¿cierto?

La abuela Lola la miró fijamente.

—No tengas el más mínimo complejo a su lado. Es guapo, tiene una posición social magnífica y le sobra el dinero, pero todo eso no le da derecho tener a las mujeres como mero entretenimiento, como seguramente ha venido haciendo —volvió a mover la mano—. Ningún hombre vale tanto, ni siquiera él.

Martina arqueó las cejas.

—Así que en cuanto veas que no te da el sitio que te mereces, en cuanto notes lo más mínimo, lo mandas allí a lo alto del mástil del barco —concluyó la anciana. Martina sabía que la cestilla que había en lo alto del mástil tenía un nombre; “carajo“. La abuela Lola siempre tan clara—. Aunque estés tremendamente enamorada.

Martina entornó los ojos pensativa.

—De todas formas tú ya has entrado por otra puerta distinta al resto, no creo que cite a muchas mujeres en París.

Martina sonrió aún perdida en sus pensamientos.

—Es una suerte, a ti te permitirá más torpezas que a otras —rió la mujer y Martina le acompañó en las risas—. A ti quizás te quiera para él.

Martina negó con la cabeza. Su abuela lo mismo le hundía las ilusiones que le levantaba el ánimo.

—Yo soy ya muy vieja, puedo darte consejos pero aquí solo estás tú y él —se levantó del sillón ante la mirada de Martina.

—Abuela —la llamó—. Temo de que se enteren en el trabajo.

—Y es normal —respondió la mujer—. Sabes lo que pasará. Eres mujer y por desgracia, les faltará tiempo para poner tu talento a la altura de una puta.

Acarició la cabeza de su nieta.

—Pero contra la envidia, la soberbia y las lenguas largas no tengo remedio —le dijo entremetiendo sus finos dedos entre la melena de su nieta—. Supongo que salir con un hombre así tendrá sus desventajas, dentro y fuera del trabajo.

Martina levantó la cabeza hacia su abuela, que ya se dirigía hacia la puerta. Su abuelo había sido también un hombre brillante, exitoso y bastante guapo. Las suposiciones de su abuela serían certeras, como siempre.

—No tengas miedo —la abuela salió de la habitación.

# Martina

A las ocho menos cinco estaba en su mesa, como todos los días, aunque aquel lunes estaba especialmente nerviosa. Era el primer día de trabajo después de un fin de semana extremadamente tenso entre unas cosas y otras.

Carmen ya estaba en su mesa y a pesar de que Martina la ignoró, pudo notar cómo la fulminaba con la mirada. Diana pasaba por delante suya y sin darle los buenos días y se dirigía hacia la esa de Carmen. Coral en ese momento entraba por el pasillo quitándose el pañuelo del cuello.

*Ya están las tres arpías.*

Había refrescado y la oficina aún no tenía una temperatura. agradable. Martina aún no se había quitado la chaqueta.

Eli llegaba con una sonrisa de oreja a oreja y le dio los buenos días con voz dulce. Martina le guiñó el ojo. Sabía que su compañera estaría nerviosa por el nuevo trabajo, pero se la veía realmente feliz y eso la alegró de sobremanera.

—Es mi primer día con Héctor —le dijo Eli y Martina sonrió.

*Si tú supieras, Eli.*

—Lo harás fenomenal—. la tranquilizó.

Luisa llegó también a su mesa. Empezaron a sonar los teclados por toda la oficina. Martina tomó aire, Héctor llegaba.

Intentó mantener la mirada en su monitor, mietras los programas se abrían.

—Buenos días —oyó y qué distinta se oía ahora su voz en aquella oficina.

Respondió con un buenos días sin efusividad ni alegría, a pesar del torrente de sensaciones que le producía la nueva presencia de Héctor. Casi le salió una sonrisa tonta pero la pudo contener.

Carmen llegó hasta su mesa y le puso una nueva pila de carpetas.

—Para hoy —le dijo sin mirarla y se fue.

Martina la miró alejarse de ella.

*Vuelvo al departamento de personal. Vas a tener que buscarte a otro imbécil para que haga esto hoy.*

Sin embargo cogió las carpetas y las ojeó. Empezó a notar la temperatura confortable de la calefacción y se quitó la chaqueta.

—Carmen, Rogelio —volvió a oír la voz de Héctor desde la puerta de su despacho y casi se le cayó una de las carpetas.

Los dos aludidos entraron al despacho y cerraron la puerta. Estuvieron unos veinte minutos hasta que salieron de allí de nuevo. Rogelio dirigió una sonrisa a Martina que ella no supo cómo interpretar. Sin embargo a Carmen no la vio tan felíz como esperaba.

*Supuestamente era lo que querías, que me fuera de tu departamento.*

—Martina —esta vez la carpeta resbaló de sus manos y tubo que sujetarla con las piernas. Se asomó entre las pilas de papeles para mirar a Héctor.

*Hasta mi nombre me es ahora familiar en su voz.*

No sabía cómo podría acostumbrarse a la nueva situación y aún menos sin que nadie notara

que algo había cambiado entre ella y el jefe. Su madre siempre decía que esas cosas se notaban, que eran imposible de disimular. La abuela Lola discrepaba.

Se levantó del asiento y se dirigió hacia el despacho del jefe, pasando por delante de la mesa de Carmen y de Coral. Sabía que la estaban observando y oyó un murmullo.

*La única diferencia es que ahora todas las cosas que inventéis para hacerme daño, serán verdad.*

Martina se detuvo en el umbral de la puerta. Héctor estaba en su sillón. Levantó la vista hacia ella.

—Pasa y cierra —le dijo.

Martina dio un paso hacia delante y cerró la puerta tras ella. Héctor ya se había puesto en pie.

—Mi avión sale en un rato y quiero dejar todo atado —le dijo—. Ya Rogelio y Carmen lo saben, así que puedes quitar las pilas de carpetas de tu mesa.

Martina sonrió dando un suspiro que Héctor pudo escuchar. Ahora él estaba apoyado en su mesa, como hacía otras veces. Ella permanecía cerca de la puerta, sin atreverse a acercarse a él. La situación era realmente extraña.

Héctor alargó la mano hacia ella. Martina miró de reojo la cortina de la ventada, estaba corrida por completo. Así que dio unos pasos y alargó la mano hacia él par coger la que Héctor le tendía..

—Vuelvo el viernes, ¿podrás sobrevivir a Carmen esta semana?

—Ahora ya será más fácil —le dijo ella bajando la cabeza.

Era incómodo a más no poder. La puerta no tenía pestillo y tenía la sensación continua de que alguien abriría de un momento a otro. Aunque los separaba un metro de distancia, mantenían las manos entrelazadas.

—No del todo —dijo él. Martina levantó la cabeza de repente y soltó la mano de Héctor. Él vio el desconcierto en el rostro de ella—. Necesitará ayuda con lo de…

—No voy a trabajar junto a ella —se negó ella.

—Será solo a ratos —explicaba Héctor—. Cuando tenga problemas.

Martina negó con la cabeza.

—Si quieres que lo haga yo, puedo hacerlo sola —dijo ella y Héctor arqueó las cejas—. Pero no me pidas que trabaje con ella.

—¿Sola? —se sorprendió él —¿Quieres hacer eso sola?

—No quiero, pero si tengo que elegir entre sola y con Carmen, prefiero sola.

Héctor frunció el ceño.

—Albergo la esperanza de que un día os entendais…

—¿Oyes las cosas que me dice? —*Aunque ya no va muy mal encaminada.* —. No quiero que las vuelva a repetir, al menos no en mi cara, así que…

—He hablado con ella de eso —la interrumpió Héctor—. Rogelio ha sido testigo, se sobrepasó el viernes y se lo he dicho.

—Y lo volverá a hacer —Martina miró hacia otro lado. —No —Héctor le volvió a coger la mano.

*Hasta el viernes es demasiado tiempo.*

Solo parte de una noche, y media tarde con Héctor, habían sido suficientes para que deseara de gran manera volver a estar junto a él. Pero no allí, allí era extraño, incómodo y peligroso. Lejos del trabajo, en otro lugar donde pudiera expresarse libremente era lo que deseaba.

Héctor la acercó a él.

—He hablado con ella —le repitió—. Si vuelve a hacerlo necesito que me lo digas. No puedo

permitir ese tipo de cosas aquí.

Martina tomó aire. Ser la chivata del jefe tampoco era algo que le gustara.

—Tienes que confiar en mí y contarmelo —Héctor parecía leer sus pensamientos—. No puedo impedir enfrentamientos si los desconozco.

Llevó la mano de Martina hasta su boca y la besó.

—He intentado cambiar el viaje pero ha sido imposible —le dijo—. No quería irme precisamente esta semana.

Martina negó con la cabeza quitándo le importancia. A los viajes de Héctor supuso que sería a lo primero a lo que tendría que acostumbrarse si la cosa funcionaba.

Héctor la rodeó con el otro brazo y la besó apretándola contra él. —Te veo el viernes —le dijo —, pero no ignores mis mensajes. Martina rió.

*No los ignoro, solo tardo un poco en contestarlos. Y no estás acostumbrado a que las mjeres tarden en responderte.*

Volvió a apretarla contra él.

—Que sepas que pienso llamarte cada vez que me apetezca —le dijo él con tono amenazante —. Y quizás me apetezca llamarte más de lo que esperas.

—Entonces quizás te responda menos de lo que esperas —le respondió irónica y le guiñó un ojo. Héctor rió.

Volvió a besarla antes de que ella se dirigiera hacia la puerta. Esperó a que Héctor estuviera de nuevo sentado en su sillón antes de abrir.

Pasó por delante de Carmen de nuevo para llegar hasta su mesa.

*Si algún día esto se supiera…no quiero ni imaginármelo.*

No pasaron más de quince minutos. Héctor salió de su despacho para marcharse. Algunos empleados le desearon buen viaje, icluso las compañeras cercanas de Martina. Ella, sin embargo, recogía las carpetas y los papeles de administración para devolvérselos a Carmen. No le dirigió ni una sola mirada a Héctor a pesar de notar una punzada en el pecho cuado él pasó por delante de su mesa.

Cogió en peso todas las carpetas juntas y las soltó en la mesa de Carmen. Fue una suerte que ella hubiese acompañado a Héctor hasta la puerta. Luego se dirigió hacia el despacho de Rogelio. Este la recibió con una amplia sonrisa.

—Bienvenida de nuevo —le dijo.

Martina le devolvió la sonrisa. Estaba realmente feliz de no depender de Carmen.

—No sabes lo que me alegra el repentino cambio de parecer de Héctor —añadió Rogelio.

*¿Lo sabe?*

Esa extraña sensación cada vez que alguien de la empresa la miraba con cierto interés. Supuso que esa sensación crecería cada vez que avanzaran los días. Pero no era cierto, Héctor nunca lo diría a nadie de la empresa.

Recogió su trabajo para el día mientras le brillaban los ojos. La presión que había sentido en el pecho las semanas anteriores se había disipado. Eliminar aquella presión junto a lo que fuera que se estaba iniciando entre Héctor y ella, hacían que todo se tornara a mejor.

Regresó a su mesa ya limpia de pilas de papeles y colocó la tarea encargada por Rogelio. Eli le guiñó un ojo desde su nueva mesa, ahora ya la más cercana al despacho de Héctor y separada por una mampara transparente del resto.

Luisa se acercó a Martina..

—Vamos a desayunar —le dijo—. Eli tarda unos minutos.

Martina se levantó y cogió su chaqueta. Emprendieron el camino hacia la cafetería. Martina

observó que el coche de Héctor ya no estaba allí y le invadió una extraña pena.

En la cafetería estaban las tres arpías, Martina supuso que habrían bajado junto a Héctor para despedirlo camino a la cafetería. Sabía que Carmen había bajado junto a él, pero no fue conciente de las otras dos escurridizas empleadas.

Coincidieron con ellas en la barra.

—Estarás contenta , ¿no? —le dijo Carmen en un tono chulesco que molestaba.

Martina la miró a los ojos.

—Tanto como tú —le respondió—. Ha sido lo mejor para las dos.

Carmen la observaba con el café en la mano, aunque ya Martina la ignorara. Esta se concentraba en pedir su desayuno al camarero. Cuando hubo acabado, Martina volvió a mirar a Carmen, que continuaba a su lado.

—No es que no me alegre. Después de lo del viernes creo también que es lo mejor para las dos —hizo una pausa para dar un sorbo a su café—. Pero me sorprende el repentino cambio de parecer de Héctor, cuando el mismo viernes me dijo que no pensaba cambiarte.

*Ya ves todo lo que puede cambiar en un fin de semana.*

—Pues me alegro de haya rectificado su decisión —respondió Martina poniendo su desayuno sobre la mesa, a un metro de Carmen.

—De la misma manera que me sorpendió que eligiera a Eli como secretaria —añadió—. Con lo torponata que es.

Martina agradeció que Eli aún no hubiese llegado.

*Ella no es torpe por mucho que te empeñes en repetírselo continuamente. Y a partir de ahora todo lo que ella haga no es de tu incunvencia, por encima de ella solo está Héctor.*

Se sentó sorprendida de no habérselo dicho en voz alta. Hasta Luisa se sorprendió del silencio de Martina y la miraba atónita.

*No, por favor. No puede pasar esto ahora.*

Pero le estaba pasando. El cambio de su situación actual con Héctor, no encontró otra explicación.

*No, Martina, tienes que seguir siendo tú misma.*

Pero enfrentarse a Carmen ahora era diferente. Realmente no tenía ninguna relación con Héctor, pero la cosa pintaba bien. Miró a Carmen de reojo.

*Y esta no me lo va a poner fácil. No piensa dejar de provocarme.*

—Sea como sea al fin tienes casi todo lo que quieres —le dijo Carmen antes de irse a su mesa.

*Será hija de la gradísima puta.*

—Estás irreconocible hoy —le dijo Luisa —¿Te ha dicho algo Héctor sobre ella?

Martina se sobresaltó a oír a Luisa nombrarlo. Luego reaccionó y se encogió de hombros, negó con la cabeza.

—Lo del viernes se me fue de las manos, quiero evitar volver a llegar a eso —se excusó.

—Todo el mundo sabe lo que te dijo —añadió su compañera—. No tiene vergüenza. Lo peor es que mucha gente está de su parte.

*Pues que les den también a esos.*

El móvil de Martina emitió un sonido, ella en seguida lo buscó en su bolso.

—Piensan lo mismo que ella —continuaba Luisa pero Martina no la escuchaba.

“Vuelo retrasado. Una hora. Una maravillosa mañana” fue el texto que acompañada la pantalla de vuelos del aeropuerto.

Martina miró a Luisa completamente desorientada.

—¿Has dormido bien? —le preguntó Luisa extrañada—. Estás hoy como…

*Enamorada.*

—Idiotizada —concluyó su compañera—. No reaccionas a la soberbia de Carmen y no eres capaz de seguir una conversación.

Luisa rió.

—¿Qué has hecho el fin de semana? —le preguntó entonces.

—Salí el viernes con unas amigas y poco más.

*Soñé el resto del tiempo.*

Su móvil volvió a sonar. Otra foto del aeropuerto.

"¿En serio?" le respondió ella , "¿Esto me espera durante toda la semana?", puso risas.

"No, las fotos serán mucho mas bonitas, te lo prometo".

Martina levantó la cabeza. Eli acababa de sentarse junto a ellas. Coral, Carmen y la recepcionista no dejaban de mirarlas desde la otra mesa.

—Estoy más nerviosa de lo que esperaba —decía Eli—. No quiero decepcionar a Héctor y supongo que Carmen estará deseando de que yo la cague.

Al escuchar su nombre, Martina se mordió el labio inferior. Ahora le era realmente raro hablar de él con sus compañeras de trabajo y aún más con Carmen y el resto.

—Héctor es mejor que Carmen —le decía Luisa—. No le temas, él no suele enfadarse así.

El móvil de Martina sonó de nuevo. No pudo evitar mirarlo a pesar de que sus compañeras seguían hablando de las diferencia entre trabajar para Carmen o para el jefe.

"Voy a silenciarte, ¿lo sabes?" escribió ella y él le respondió con risas.

"Déjate de charlas en la cafetería y vuelve al trabajo" le dijo él y ella se sobresaltó.

"¿Nos pones cámaras a los empleados?"

"No, pero conozco vuestros horarios. Aunque lo de las cámaras no sería mala idea".

—Vamos, Martina —le decía Luisa.

Martina su reloj en el propio movil. Eli acababa su tostada a grandes bocados. Salieron de la cafetería casi a la par de las arpías.

Luisa miraba a Martina con curiosidad.

—Quien quiera que sea, es muy insistente —le dijo Luisa con ironía. Eli rió.

Martina notó cómo le ardieron las orejas.

*Si supiérais quién es.*

Se le escapó una sonrisa.

—¡Oh, vaya! —Eli le dio un empujón con el hombro. Martina bloqueó su movil por si volvía a encenderse con un nuevo mensaje y pudieran ver el nombre del remitente.

Las tres arpías estaban tras ellas, Martina las oía cuchichear entre risas. Giró su cabeza para mirarlas y ganas no le faltaron de soltarles un improperio. No sabía de cuál de ellas reían, pero tanto le molestaba que fuera de ella misma que del resto de compañeras.

Entraron en la oficina de nuevo y ocupó su mesa. Cuando Coral y Carmen pasaron por delante suya, callaron de inmediato.

*Entonces supongo que es de mí.*

No pasaron ni diez minutos y Carmen estaba de nuevo en su mesa con las carpetas del "Gran marrón" de contabilidad. Carmen las dejó caer con decisión muy cerca del brazo de Martina —Esto lo haces esta semana.

Martina la miró de reojo.

—Héctor me ha dicho que prefieres trabajar sola, pues bien, lúcete —le dijo con malicia.

Martina apartó las carpetas para poder mover el ratón.

—Te tomas demasiadas libertades con el jefe —añadió la jefa—. Pero aún así él me obliga a pedirte disculpas por lo del viernes.

Martina levantó la cabeza hacia ella, sobresaltada por aquella frase.

—Y yo pienso que si no quieres volver a escuchar cosas de ese tipo, no te pongas tanto en evidencia. Porque la próxima vez quizás te lo diga otra persona.

*Y no piensa disculparse, al contrario, sigue con lo mismo.*

Su móvil sonó de nuevo, dos veces seguidas, dos nuevos mensajes.

—Silencia eso —le ordenó con autoridad y Martina le bajó el sonido hasta que apareció en símbolo del mute—. Cuando lo acabes, me lo llevas a mi despacho.

Martina la miró mientras se alejaba. Era evidente que Carmen estaba hecha una furia, poco le dijo según su parecer y conociéndola bien. Eli era secretaria de dirección, y Martina había conseguido volver con Rogelio, algo que Carmen también quería pero le dolía que la joven empleada se hubiese salido con la suya. Y encima Héctor le había obligado a pedirle disculpas, algo que no había hecho aún, pero ya el simple hecho de que el jefe le parara los pies respecto a un empleado y que ese empleado fuera Martina, encendería a Carmen más que ninguna otra cosa.

*Tu cortijo tiembla y lo sabes, Carmen. Ahora todos lo saben. La única pena es que lo he detonado yo.*

# Héctor

Esperaba la cena en la habitación de su hotel, ya era miércoles, le faltaba poco para regresar. Estaba agotado, los viajes solían ser así, un no parar de oficina en oficina, de fábrica en fábrica. Estaba en medio de una de las operaciones más importantes de lo que llevaba como empresario. Tenía la posibilidad de ser distribuidor de un producto en excluiva en ámbito nacional. Si sabía operar bien, le produciría cientos de miles de euros.

Acaba de ducharse y estaba tumbado en la cama con el televisor en sonido bajo. No encontraba nada interesante a pesar de tener cientos de canales a su disposición. Sabía que no sería capaz de concentrarse en ninguno.

Hacía rato que le había enviado el último mensaje a Martina y ell a aún no había respondido. Dudaba si se estaba pasando con los mensajes, seguramente sí. Pero era cierto que en medio de tanta responsabilidad, del miedo a la nueva gestión y de las miles de cuentas que llevaba en su cabeza, Martina era la única ventana a un lugar mejor.

Su móvil sonó al fin. Dio un salto para cogerlo de la mesita de noche. Para su decepción no era Martina, sino su melliza, Alicia. Le extrañó, acababa de hablar con ella y contarle cómo iba la negociación. Pero la bebé de su hermana no dejaba de llorar y los brazos de su padre no fueron suficientes para calmarla, así que Alicia tuvo que abandonar su conversación. Héctor admiraba el gran sacrificio que su hermana hacía por sus hijas, lo conocía de primera mano.

—Quería decirte que esta mañana he estado en la empresa y he desayunado con cierta joven castaña. Es preciosa y muy simpática, tengo que reconocerlo.

Héctor notó cómo algo dentro de él se removió.

—Tranquilo, no hemos hablado de ti, no sé si ella intuye que lo sé todo. Su móvil vibró alguna vez, eres un plasta, ¿lo sabes?

Héctor rió.

—Suelo enviarle más cuando sé que está desayunando, pero no es como lo ves. Es una especie de broma que tenemos.

—Sí, ya, claro…me da igual que seas un plasta. Me encanta verte así. Y a mamá aún más.

—¿Ya se lo has chivateado todo?

—La he tranquilizado. Sabes que a ella no le gusta la vida que estabas llevando…no te veía bien en ningún sentido. Le he dicho que estás ilusionado y no sabes cómo le han brillado los ojos.

—Si aún no ha sido nada…

—Pues para no haber sido nada jamás te he visto así —Alicia rió.

—La verdad es que este viaje me ha cortado los planes por completo…justo tenía que ser esta semana.

—El deber… pero el viernes estás de vuelta y tranquilo, ella sigue tal y como la dejaste. Elegante, guapa y brillante. ¿Sabes que casi ha acabado de solucionarte el problema?

—¿Ya? No me ha dicho nada —se sorprendió él.

—Es que ella no te tiene que decir nada. Es Carmen la que lo tiene que hacer cuando Martina acabe.

Héctor frunció el ceño. No acababa de separar su cercanía con Martina fuera de la empresa,

con la lejanía que le correspondía en el trabajo.

—Te veo el fin de semana. Un abrazo.

—No sé si iré por allí al menos hasta el Domingo…Estaba pensando…

—Martina, ya —rió su hermana.

—Discúlpame con mamá, pero quizás me vaya fuera.

—Vaya, si sigues así vais a dar la vuelta al mundo en un año —bromeó Alicia.

Héctor rió.

—Aunque tengo dudas si querrá pasar conmigo un fin de semana entero…o que pueda pensar…

—No seas imbécil, claro que va a querer. Llámala, anda. Un abrazo.

Héctor miró el móvil antes de buscar el teléfono de Martina y llamarla. Ya le había respondido. Sonrió al leerlo. No le respondió, la llamó directamente.

—Buenas noches, preciosa —le dijo con voz dulce en cuanto ella descolgó el teléfono.

Cuando Martina le devolvió las buenas noches pensó que aquello era lo más maravilloso que le había pasado en todo el día. Su rato de charla con Martina le amenizaba las aburridas noches de hotel. Le acompañaba en la soledad y le alumbraba en la antesala de un nuevo día de presión. Martina era más efectiva que las pastillas de la psicóloga, mucho más que las terapias.

—He estado pensando en el fin de semana y …no sé si tienes algo que hacer porque…me encantaría pasarlo contigo.

Se hizo el silencio al otro lado.

—¿Eso es un no? —preguntó..

—No es un no. Solo que ya no hacen falta otras circunstancias. Intento adaptarme a las que tenemos, ¿sabes? Así que no me líes más.

Héctor rió.

—¿Lo pasarías conmigo? Entero, desde el viernes —hasta en su voz mostraba que sonreía al imaginar el plan.

—Si tú quieres, vale —le respondió.

—No quiero otra cosa —dijo Héctor y hasta a través del teléfono notó el bochorno de Martina al escuchar sus palabras.

*Quizás me esté pasando.*

Se tapó la cara con la mano. Pero tampoco podía actuar de otra manera con ella. Estaba feliz, ilusionado como no recordaba haberlo estado con otra cosa que no fuera su trabajo, y necesitaba que Martina lo supiera de algún modo.

—Lleva la maleta al trabajo el viernes —le pidió.

—Pero esta vez tan lejos no, por favor.

Héctor volvió a reír.

—Vale —sonrió.

—Me llaman para cenar, mañana hablamos —la conversación había sido más corta de lo que esperaba—. Por cierto, me han encantado las últimas fotos.

Héctor sonrió y dirigió su mirada hacia una bolsa que yacía sobre una silla. Un regalo que le había comprado a Martina el primer día, como solía hacer con su madre y con Alicia en cada viaje. Estaba vez eran tres.

—Hasta mañana —se despidió ella—. Un beso.

—Un beso —le respondió él.

La llamada acabó y Héctor aún miraba el movil, repasando los mensajes que se habían estado enviando en el día. Era lo que solía hacer cada noche, eso o mirar las fotos que ella tenía

colgadas en Instagram. Fotos que había capturado y guardado en su propio movil, una forma de poder mirarla cuando le apeteciera.

—Siento demasiado rápido contigo —dijo como si alguien lo escuchara—. Demasiado rápido.

# Carol

Martina llevaba los cafés y Carol los dulces. Se sentaron en una mesa que daba a un gran ventanal. Llovía a mares, lo que hacía que la cafetería se llenara de gente con rapidez.

—¿Y ya tienes hecha la maleta? —preguntó Carol dando un bocado a la napolitana.

—Claro, mañana temprano salgo y no vuelvo hasta el domingo —Martina miraba su pastel de chocolate con recelo.

—¿Y si no sabes a dónde vas cómo has hecho la maleta? —rió Carol mirándola de reojo.

—La he llenado de "por si" —Martina rió.

—Ya… —lanzó una mirada picarona—, por si...

Martina apartó la mirada.

—No quiero ni pensar en eso… —Martina removía el café. —Qué tonta eres, por qué —le dio en el brazo.

Martina negó con la cabeza, no quería hablar de eso.

—Por la abuela Lola… —insistía Carol—. Sabes que ella debe tener una idea muy primitiva sobre esas cosas.

Martina negó efusivamente.

—Te equivocas —seguía removiendo el café—. Me dijo ayer que si surgía que no la cagara con una chapuza.

Carol dio una carcajada tan enérgica que le salio el café por la nariz. Comenzó a toser pero no podía dejar de reír. Cuando se hubo limpiado y recuperado del incidente, miró a Martina sorprendida.

—¿En serio te ha dicho eso? —seguía riendo.

—Sí, dice que posiblemente he tenido en la cama a dos pusilánimes —a Carol casi volvió a salírsele el café por a nariz—. Que este es diferente. Y eso es lo que temo.

—¿A no estar a la altura?

Martina hizo una mueca.

—¿Qué dices? A eso no, sino a quedar como un putón.

—Un putón por qué…

—Carol, la abuela Lola tiene razón. Eran dos pusilánimes —hizo otra mueca—. Si este es lo que aparenta, le puedo dar la del tigre.

A Car ol ahora sí que le salió el café por la nariz de nuevo. —Me vas a matar hoy —dijo divertida terminándose de limpiar. Miró la taza—. La abuela Lola quiere que le des la del tigre, y tú no quieres darle la del tigre para no quedar como un putón. El mundo al revés.

Martina hizo un ademán con la mano.

—Te equivocas, yo sí que quiero —No había probado la merienda, no podía—. Pero al fin y al cabo es mi jefe…

—Ahora entiendo lo de putón—. respondió Carol—. Lo que no quieres es tirarte a tu jefe.

Martina levantó la cuchara y asintió.

—A mi padre lo mataría —dijo mirando hacia la ventana—. Sabes cómo es con el trabajo. Y es de las situaciones que odia. Lo de veces que lo ha visto en su empresa… —negó con la cabeza —. Está muy orgulloso de mí…yo lo perdería todo para él.

—Qué dices so tonta —Carol le levantó la cara—. No haces nada malo. Te has enamorado, punto, no hay más. No haces nada de esto por…, joder, no te estás vendiendo…es diferente a esas situaciones que odia tu padre. Tú lo quieres, ¿cierto?

Martina a sintió. Era consciente que era la primera vez que lo admitía delante de alguien. Héctor le gustaba desde el primer día, pero ya había pasado a la siguiente fase desde tiempo atrás. Estaba enamorada, rendida completamente, como la más imbécil.

—No es eso que contaba tu padre, no te compares, no lo es. —Pues no me siento bien —soltó la cuchara.

—Eso dímelo el lunes —Carol rió y Martina se esforzó por sonreír.

# Martina

A media mañana Héctor le había enviado un mensaje. Acababa de aterrizar en Málaga y en un rato estaría en la oficina. Martina estaba nerviosa, a pesar de haber hablado con él todos los días, no era lo mismo volverlo a ver en persona con aquella nueva perspectiva.

Carmen andaba de un lado a otro de la oficina, como hacía los días en los que Héctor regresaba de un viaje. Todo debía estar en su lugar, era su responsabilidad o al menos ella así lo consideraba. Una exageración según Martina, que no veía más que el afán que tenía Carmen en agradar al jefe en exceso.

No le hacía falta mirar haci a el pasillo para saber que acababa de subir las escaleras. Los pelotas se acercaban, Eli estaba completamente descompuesta y Carmen en su salsa. Todo volvía a ser como siempre. Todo salvo Martina, que aunque callada y aparentemente ajena, esperaba paciente a que el hombre de sus sueños pasara por delante de su mesa y le diera las buenas tardes, mientras que abajo en los apacamientos esperaba su coche con una maleta para ir con Héctor a donde él quisiera llevarla . Ni siquiera le preguntó, poco le importaba.

Estaba cerca, oía su voz entrecruzándose con la desagradable voz de Carmen. Volver a escuchar su sonido real y no a través del teléfono hizo que Martina sonriera como una imbécil.

Levantó la vista hacia él, sin más remedio y menos disimulo, recibió una mirada acompañada de una sonrisa por parte de su jefe. Una sonrisa, solo hizo falta una sonrisa para que pudiera presagiar lo que le esperaba aquel fin de semana. Notó algo extraño en su garganta, en su pecho, la necesidad de correr hasta él y abrazarlo. Pero no podía levantar el culo de su silla si no era para hacer fotocopias o llevarle cualquier cosa a Rogelio. Así que se conformó con la sonrisa de Héctor. Y ni siquiera la extraña mirada que le dedicó Carmen después de verlo sonreírle directamente a ella y no a nadie más que estuviera en las mesas, logró enturbiar la maravillosa sensación de volver a tenerlo cerca.

Martina volvió a atender a su monitor, aunque tardó unos segundos en volver a ver lo que había en la pantalla. Era ya la una, aún le quedaban dos horas para salir corriendo lejos de la oficina, alejarse lo suficiente para poder estar junto a él sin testigos.

Vio a Carmen salir de su despacho con las famosas carpetas y entrar en el de Héctor.

*No es tu mérito, las medallas no son para ti. Por mucho que ahora sonrías, te estás jodiendo por dentro.*

Vio a Rogelio entrar también en el despacho de Héctor acompañado de Eli. Martina intentó volver a concentrarse en el trabajo, de otra manera las dos horas se le harían eternas. No pudo evitar mirar a Coral. La miraba altiva, casi con desprecio.

*Lo ha visto igual que lo ha hecho Carmen.*

Supuso que Luisa, que era la más cercana, también. Pero la muchacha fue prudente y no dijo nada. La recepcionista no se había percatado de nada, hablaba por teléfono a través de los auriculares, si no se había trastornado del todo y estuviese hablando sola.

Martina continuó tecleando partes. Ya casi había terminado la tarea del día. Rogelio era mucho más condescendiente con ella que Carmen y solía terminar el trabajo antes de tiempo. Tiempo de sobra que dedicaba a ayudar con otras tareas.

Después de unos treinta minutos, Rogelio y Carmen salieron del despacho, quedando Eli a

solas con Héctor. Pero no pasó mucho tiempo cuando Eli salió, con las mejillas sonrojadas y feliz. Se colocó frente a Martina.

—Héctor quiere verte —Martina se sobresaltó—. Está contento con tu trabajo.

Martina expulsó todo el aire aliviada. Aquellas palabras ahora sonaban diferentes, no podía evitar sacarlas de situación. Que él quisiera verla era algo de lo que no tenía dudas. Lo que dudaba era si realmente era por el trabajo o una excusa para meterla a solas en el despacho y Martina se inclinaba más por la segunda.

Se levantó y trató de mantener la calma, deteniendo sus pies si estos querían apresurarse hacia él.

Cuando se asomó al despacho, Héctor estaba encendiendo el ordenador. La miró y Martina no tuvo dudas de que había acertado en sus predicciones. Cerró la puerta tras ella mientras él se levantaba. Casi no había dado dos pasos cuando lo tuvo pegado a ella, agarrandole la nuca. Le dio un beso en los labios, apretando los suyos con los de ella, quizás más fuerte que las veces anteriores, pero sin ponerle más pasión que la debida. Cuando se separaron, él aún le sujetaba la parte de atrás de la cabeza. No había palabras, solo silencio, silencio que Martina no pensaba romper a pesar de no estar del todo cómoda, quizás porque todos estaban fuera y conocía los pensamientos de la mayoría. Sin embargo, esperó paciente a que Héctor terminara de mirarla de aquella manera que le hacía comprender que quizás él también se estaba enamorando y la sensación la tranquilizó.

—¿Traes la maleta? —fueron sus primeras palabras y Martina sonrió.

Héctor le acarició la cara y volvió a besarla.

—Intenta no sonreírme así la próxima vez —le dijo ella en cuanto él liberó sus labios—. O todo el mundo se terminará enterando.

Héctor frunció el ceño.

—Intenta tú de no sonreírme así la próxima vez —le repitio él con ironía y Martina rió .

Martina le dió un leve empujón para separarlo y dirigirse a la puerta de la oficina.

—En serio, ya dicen demasiado sobre mí —Héctor la abrazó por la espalda, tuvo que soltar el pomo de la puerta por miedo a que en cualquier movimiento leve esta se abriera, y todos vieran el panorama que tenían dentro de despacho.

Martina sintió un beso a un lado del cuello.

—Te envío ahora la ubicación de mi casa para que dejes el coche en el garaje. He parado antes de venir para coger algunas cosas y ropa limpia.

Martina giró la cabeza para mirarlo, aún la tenía atrapada por la espalda.

—Yo saldré algo antes para esperarte allí.

Estuvo a punto de preguntarle a dónde irían. Héctor pareció entenderla aunque no lo hiciera.

—Una hora en coche. Montañas, silencio, tranquilidad…¿qué te parece?

Martina sonrió.

—Maravilloso —le apetecía más que ninguna otra cosa.

Héctor volvió a besarle el cuello y la liberó al fin.

—Te veo luego —le susurró ella.

Abrió la puerta y salió evitando las miradas de compañeros. Se dirigió hacia su mesa.

Tal y como sospechaba, el resto del tiempo se le hizo largo a más no poder. Eran las tres menos cuarto y vio al fin la puerta de Héctor abrirse y a él salir, pero Carmen lo retuvo. Martina no pensaba pasar otra vez por lo mismo de antes con Carmen delante. Así que se levantó y se dirigió hacia el baño. Allí dentro hizo tiempo, unos cinco o seis minutos más antes de regresar a su mesa.

Le había salido bien, Héctor ya no estaba y solo faltaban poco más de cinco para irse. Acabó con rapidez las dos o tres cosas que le quedaban. Apagó el ordenador, dejó el trabajo terminado en la mesa de Rogelio, se despidió de todos con rapidez y salió corriendo escaleras abajo.

En cuanto entró en su coche, comprobó que ya Héctor le había enviado su dirección, su casa no estaba lejos. Conocía la zona, uno de los bloques de pisos más lujosos de Málaga. Un amigo de su padre vivía allí. La invadió un leve pánico al pensarlo.

*No voy a tener tan mala suerte de encontrármelo los tres minutos que esté en el subterráneo.*

Aunque allí dejaría su coche. Pero era solo un Mini más de tantos.

Llegó hasta la puerta del garaje y allí en la puerta estaba Héctor, que sonriendo se dirigió hacia la puerta del copiloto. Martina le dio al seguro para que pudiera abrir. Héctor accionó la puerta con un mando a distancia, luego entró en el coche, se sentó y la besó en los labios como si acabara de verla de nuevo.

Martina bajó su coche al garaje.

—Es ahí —le indicó él, aunque ella reconoció el coche de él enseguida. Lo aparcó justo al lado. En el garaje aparecía una placa que decía "Ático Este". Dos aparcamientos y un trastero, que era lo que supuso que era la puerta que había junto a ellos. Salieron del coche. El maletero de Martina se abrió despacio después de que ella pulsara un botón. Héctor no la esperó ni siquiera a que ella bajara del coche. Cogió la maleta de ruedas y la introdujo en el enorme maletero de su vehículo. Martina cerró el coche y se metió en el de Héctor. Por un momento a Martina le pareció más que estaba huyendo que saliendo de fin de semana, así que se detuvo a respirar. Miró a Héctor, él acaba de arrancar el coche. Lo observó detenidamente, él no parecía tan ansioso como ella, al contrario, se le veía feliz y tranquilo y pareció contagiarse enseguida.

Las luces del coche interiores y exteriores se encendieron, e incluso sonó música leve. Martina reposó la cabeza en el asiento sin dejar de mirarlo.

*¿Por qué no?*

Su cabeza no dejaba de enturbiarse con malos pensamientos, la idea que le había contado a Carol, los compañeros de trabajo…incluso el temor a su propio padre. Pero ahora que estaba junto a él se sentía capaz de poder disfrutar plenamente de aquel fin de semana.

Aprovechó que Héctor iba a accionar la marcha atrás del automático para agarrarle la mano y se la apretó. Gesto que pudo apreciar que a él le gustó, porque se detuvo a mirarla mientras le acariciaba la mano.

Martina no entendía cómo un hombre como Héctor podía actuar así. Jamás pensó verlo tal y como lo estaba viendo en aquel momento, enamorado como otro cualquiera, ilusionado porque iban a pasar un fin de semana juntos, junto a ella, pudiendo pasarlo con cualquier otra mujer. No era lo que esperaba de él. No lo podía ni llegar a imaginar.

Y llegó el verdadero beso del reencuentro. El coche llevaría ya varios minutos arrancado cuando se pusieron en marcha y salieron del garaje. El tráfico de los viernes hizo que fuera un poco tedioso salir de la ciudad, pero una vez llegaron a la carretera, a medida que se iban alejando de la ciudad, la tranquilidad y la ilusión iba invadiendo a Martina. Miraba de reojo de cuando en cuando a Héctor, apenas hubo silencio entre ellos. Héctor le explicaba detalles del viaje y Martina las claves para solucionar el problema contable. Héctor le preguntó por la relación con sus compañeras y ella volvió a obviar a las arpías delante de él. Héctor prefirió no ahondar en el tema, solo le cogió la mano y se la llevó hasta la boca para besársela, gesto que ya le estaba pareciendo familiar a Martina.

—No quiero que sientas tensión allí, por ningún motivo.

Eso precisamente era lo que ella no quería. Que él entrara en aquellos problemas. Sabía que

como jefe en parte debía hacerlo, pero ya no podía ser objetivo y terminaría afectandoles fuera o dentro del trabajo.

—Se que no quieres contarme nada de lo que te pase allí, pero tengo otras vías para saberlo. Y te aseguro que tomaré medidas, tantas como necesite.

Martina apartó la mano de él.

—Es eso precisamente lo que no quiero que hagas —le respondió ella.

Héctor la miró de reojo sin perder de vista la carretera. Una llamada cortó la música de repente.

—Héctor —Martina reconoció la voz de uno de los amigos de Héctor aunque no fue capaz de recordar el nombre de cual era—. ¿Ya has vuelto?

—Sí, pero me he vuelto a marchar —le respondió Héctor riendo.

—Vaya —Ilde también reía. Héctor cogió un desvío y se detuvo junto a otros coches. Martina vio el cartel de un restaurante, se había olvidado por completo que ni siquiera habían almorzado —. ¿Un fin de semana especial en buena compañía?

Héctor sonrió.

—Te está escuchando —le advirtió Héctor—. .Ni se te ocurra dejarme en mal lugar.

Se oyó una breve risa a través de los altavoces.

—Buenas tardes, Martina —la saludo Ilde.

Martina le devolvió el cortés saludo extrañada de que supiera que él estaba con ella, cuando ni siquiera sabía que Héctor pasaría el fin de semana fuera.

—Bueno, pues nada, pasadlo bien y sed buenos —rió—. David te llamará mañana, está preparando su cumpleaños la semana que viene.

—Vale. Un abrazo y sed buenos también.

—Eso es más complicado —respondió Ilde—. Martina, cuídamelo.

Martina sonrió al escucharlo. La llamada se cortó y bajaron del coche.

Ya con el estómago lleno retomaron el camino. Se hizo más corto de lo que Martina esperaba. Si las horas pasaban tan cortas junto a Héctor, imaginaba lo que duraría aquel fin de semana.

Héctor activó el GPS del coche.

—No he venido nunca aquí, pero a mi hermana le encanta —le dijo. Martina estuvo a punto de preguntarle si le había dicho a Alicia quién le acompañaría a ese lugar cualquiera que fuera, pero en seguida entró una nueva llamada. Y como si la hubiese llamado con el pensamiento.

—Hermano —la voz de Alicia era alegre hasta por teléfono—. No te he podido llamar antes. Estaba esperando que se echaran la siesta. Un día de estos voy a terminar loca.

—Siempre estuviste loca, no te preocupes por eso —le respondió él. Martina lo miró de reojo. Podía apreciarse una unión que llegaba a envidiar. Ella ni siquiera sabía la sensación de tener un hermano.

—Hola, Martina —la saludó y Martina se llevó la mano a la cara, cubriéndosela por completo ante las risas de Héctor—. Os va a encantar la casa. A mí me fascina. En cuanto la peque esté más independiente me encantaría darme una escapada, pero solos, sin niñas, pufff. No sabéis la envidia que os tengo ahora mismo.

Héctor sonrió.

—Héctor —Alicia continuaba—. Llama luego a mamá, que le encantará.

Martina miraba por la ventana incómoda. Ya conocía la vida familiar de Héctor, pero entrar dentro de ella no era algo que esperara tan tremendamente pronto. El jefe se difuminaba a pasos agigantados y quedaba tan solo el hombre.

—Sí, dile que luego cuando llegue la llamo. No he podido en toda la mañana —miró a

Martina y ella le frunció el ceño en un reproche. Claro que habría tenido tiempo, el que pasó con ella en el despacho por ejemplo o los que estuvo esperándola en la puerta del garaje. Héctor se encogió de hombros y ella sonrió. Era realmente divertido verlo excusándose como un niño—. Luego la llamo.

—Vale. Pasadlo bien y mandadme fotos.

Martina arqueó las cejas y se removió en el asiento aún más incómoda. Aquello se le estaba yendo de las manos por lo que estaba percibiendo en el entorno de Héctor.

—Un beso, hermano, te quiero. Un beso, preciosa.

Alicia cortó la llamada.

—¿Hay alguien de los tuyos que no lo sepa? —se extrañó Martina.

Héctor la miró de reojo un instante.

—Lo saben desde antes de París —Martina notó cierta vergüenza en él.

Ella suspiró. Era cierto que aunque solo llevaran una escasa, escasísima semana en la que habían tenido más contacto electrónico que físico, Héctor y ella se conocían desde hacía casi tres meses, en una relación laboral eso sí, pero habían tenido tiempo de tratarse lo suficiente como para que estuvieran convencidos el uno con el otro. De hecho lo reconocía como recíproco. Ella no hubiese accedido a un acercamiento así de otra forma, con su jefe ni más ni menos. Pero que Héctor se estuviese precipitando informado a su entorno de lo que fuese que tuvieran, le incomodaba hasta el límite.

Llegaron hasta un camino de arena y al fondo había una verja, en las que los esperaba un hombre. Martina salió del coche. Notó bajo la suela de los zapatos el crujir del campo. Le encantaba aquella sensación. Daba gracias a que uno de sus “por si” fueran una botas planas de pelo por dentro. La temperatura era notablemente menor que la ya fresquita Málaga y no se presagiaba tiempo muy estable para los próximos días.

Aún olía a mojado. Las fuertes lluvias de la noche no habían secado en una mañana sin sol.

Héctor se despidió del hombre y volvieron a montarse en el coche. Entraron en el terreno a través de la puerta de la verja. La casa era de una sola planta, con fachada de piedra. Podían verse las tejas de color ocre y marrón. La chimenea ya echaba humo, un detalle por parte del propietario. Héctor aparcó el coche y sacaron de él las maletas.

El porche también estaba mojado a pesar de estar techado, la humedad que hacía allí era notable.

Martina arrastró por el suelo de piedra su maleta, que apenas rodaba entre los baches y el peso. Héctor abrió la puerta y Martina pudo notar el calor en la cara y las piernas donde las medias no la cubrían lo suficiente.

La casa por dentro era rústica a la vez que moderna. Tenía un salón amplio con un bonito suelo de madera mate y llena de nudos. Estaba pintada y decorada en colores grises, marrón oscuro y el ocre de las tejas. Tenía un mobiliario robusto, rural pero a la vez moderno. Un amplio ventanal con cortinas ocre, dejaba entrever unas preciosas vistas. La chimenea era tan ancha que Martina supuso que por la noche no haría falta ni encender la luz. La cocina estaba a un lado del salón, casi no la había percibido, estaba totalmente mimetizada en el decorado. Alrededor del salón había habitaciones, supuso que algunas puertas llevarían al baño.

Y ahora llegaba el verdadero momento incómodo. ¿Qué hacía?¿Colocaba las maletas en el mismo cuarto que Héctor o se iba a uno independiente? Ambas cosas podrían malinterpretarse. Sintió ganas de correr al baño o de tirarse en el suelo.

—¿Te gusta? —le preguntó Héctor.

*Casi tanto como tú.*

Se giró hacia él angustiada. Él estaba contrariado al verla así. Héctor le agarró el brazo pero antes de que pudiera preguntarle qué le ocurría, Martina interpuso su maleta entre los dos.

—He aceptado venir, pero… —tuvo que tomar aire otra vez—. Ahora no sé qué hacer con esto.

Bajó la cabeza abochornada.

*Y piensa lo que quieras de mí.*

Apartó la maleta a un lado dejándola caer al suelo y se sentó en el sofá. Un sofá largo y por lo que pudo comprobar bastante cómodo.

—No seas tonta —Héctor se sentó a su lado y le pasó el brazo por los hombros—. Te pedí que pasaras el fin de semana conmigo, es lo único que quiero, pasarlo contigo.

Martina dejó caer su peso en él.

—Pon la maleta donde estes cómoda —le dijo él. Martina lo miró a los ojos—. Martina, sea lo que sea lo que estemos empezando, quiero que estés tranquila. Fuimos a París, ahora estamos aquí —le cogió la mejilla—. Que hayas aceptado venir no te obligada a nada, no es eso lo que busco contigo.

*Pues para no querer estás comprando todas l as papeletas de la lotería.*

Martina lo besó y Héctor se dejó besar tanto como ella quiso. Se retiró de Héctor sin dejar de mirarle los labios.

*Como siga a este paso no voy a llegar ni hasta esta noche.*

El nublado hacía que la casa se iluminara con el fuego, Martina se podía hacer una idea de cómo podría ser aquel salón cuando estuviera completamente a oscuras, solo alumbrado por la chimenea.

Miró a Héctor, él llevaba solo la camisa sobre el pantalón, la chaqueta supuso la habría dejado en el coche, ni siquiera había tenido tiempo de cambiarse y aún llevaba la ropa del viaje. Martina sintió un pinchazo en el pecho, su mente divagaba ya demasiado lejos y el pinchazo se le traspasó a la vulva.

*Tranquila, Martina, tranquila.*

Intentaba calmarse. Desconocía si Héctor era capaz de notárselo, aunque supuso que él no estaría en un estado diferente al suyo. Ella era una mujer físicamente sensual, era consciente de ello y de lo que solía provocar en los hombres, hasta en los dos pusilánimes como decía la abuela Lola. Miró a Héctor, no tenía una respiración completamente normal pero tampoco lo veía muy alterado.

*Demasiado acostumbrado en el trato con mujeres.*

Aquel pensamiento le erizó la piel y sus pulsaciones se aceleraron nerviosa.

Se detuvo en los ojos de Héctor, este era ajeno a sus pensamientos, a sus verdaderos temores. Acercó la mano a la cara de Héctor y pasó el dedo índice por su nariz, su barbilla e intentó obviar sus labios y no volver a comenzar otro episodio semejante al de instantes antes. Aquel hombre era un auténtico sueño, desconocía dónde estarían las taras. Las habría, estaba segura. Pero tendría que buscar muy a fondo para encontrarlas.

*Primero París, ahora aquí. Tú estás decidido a volverme loca.* Ya hasta se lo había admitido a la abuela Lola. Estaba perdida, perdida por completo. Bajó la cabeza y rozó su frente por los labios de Héctor, buscando quizás un beso. El gesto no le falló, recibió el cálido beso protector de Héctor. Martina se calmaba.

—¿Sabe alguien que estás aquí conmigo? —le preguntó. Martina miró hacia el fuego.

—La abuela Lola —le respondió y pudo apreciar con el rabillo del ojo la risa de Héctor.

—¿Y qué te dice la abuela Lola?

Martina abrió la boca meditando la respuesta.

—Es mejor que no lo sepas —respondió y Héctor rompió a carcajadas. Martina lo miró.

*Que te folle como no lo haya hecho ninguna mujer hasta ahora, con otras palabras.*

Aquel pensamiento le devolvió la punzada en el pecho y en la vulva.

Martina se quitó la chaqueta de ante. Estaba forrada de pelo y con el calor de la chimenea y los nervios, sentía calor y lo último que deseaba era sudar. Con aquel pensamiento recordó el "impecable" que solía repetirle su padre y volvió a ser consciente del embrollo en el que estaba metiendo con su jefe.

—¿Sueles seguir los consejos de la abuela Lola? —le preguntó él con ironía y Martina se sobresaltó.

Entornó los ojos hacia él.

—Siempre que puedo —el tono de su voz pareció gustarle a Héctor.

—¿Y puedes esta vez? —continuó él curioso.

*Ganas no me faltan desde luego.*

La curiosidad de Héctor sobre la abuela Lola y lo que le aconsejaba sobre ellos la ponía nerviosa. Héctor fue consciente de ello y su curiosidad aumentó.

—Una mujer como tú aconsejada por una veterana como ella, debe de ser una auténtica bomba —añadió él y Martina sonrió—. De momento voy a arriesgarme.

La apretó contra él. El móvil de Héctor sonó y tuvo que soltarla. Martina pudo ver el nombre en la pantalla antes de que Héctor rechazara la llamada y dejara el movil sobre la mesa..

*Luz.*

Conocía aquel nombre, su voz al teléfono en el coche de Héctor en sus paseos de trabajo, y suponía que la noche que se encontraron pudo ponerle cara. La rubia de la media melena.

—No pasa nada —le dijo Martina devolviéndole el teléfono. Héctor la miró con interés.

—No es momento ahora —le respondió él mientras recibía el teléfono.

Martina frunció el ceño, Héctor parecía sorprendido por la reacción de Martina.

—Es una amiga, pero ha sido algo más hasta hace muy poco.

*Lo sé imbécil. No tienes que darme explicaciones.*

Aunque Martina sintió un extraño pinchazo en el pecho, intentó mostrarse indiferente. Lo sabía, sus amigas se lo habían contado pero escucharlo de él era diferente.

—No fue nada solo…

—Y no pasa nada —lo cortó ella—. No tiene importancia, ni tienes porqué contármelo. No naciste en París hace una semana.

Héctor rió. Martina supuso que Héctor estaba acostumbrado a mujeres celosas, y de ahí su sorpresa respecto a ella.

—Tienes que saber que he tenido una vida…ajetreada durante un tiempo y…

*Saldrán más.*

—Me he dejado la goma de borrar en la oficina, recuérdamelo el lunes y borramos a las que quieras —le cortó ella con ironía mientras se ponía de rodillas en el sofá y se apoyaba en el respaldo. .

Provocó la risa de Héctor, que la rodeó enseguida volviéndola a apretar contra él haciéndola caer encima suya.

El teléfono volvió a sonar. De nuevo la tal Luz. Héctor volvió a rechazar la llamada.

—Pues sí que tu vida era ajetreada —rió ella mientras él la besaba.

Héctor se dejó caer y se tumbó, Martina estaba sobre él. Era la primera vez que tenían el cuerpo completamente pegado el uno al otro. Pero lejos de ser incómodo resultaba más que

placentero.

—Pues si te soy sincero, si ahora mismo te llamara algún “ex lo que sea“, no me haría gracia —dijo él y Martina rió de nuevo.

—Entonces es que necesitas una abuela Lola con urgencia.

Héctor la acompañó en las risas.

Martina le acarició la mejilla y llegó hasta la fina barbilla de Héctor. No tenía la suavidad que le había notado en París, el vello comenzaba a raspar la palma de su mano. No le molestó en absoluto, al contrario, el impecable Héctor comenzaba a hacerse humano, cercano, imperfecto y el resultado le estaba encantando. Entonces recordó a Alicia, a su ambiente familiar y qué lejos se encontraba todo aquello del Héctor de despacho al que estuvo acostumbrada. Ahora lo recordaba lejano, como si hiciera meses de aquello, sin embargo había pasado tan solo una semana desde que él dejara de ser tan solo un jefe.

Se apretó contra él y lo besó con ganas, la intensa respuesta de Héctor no le cogió de sorpresa y Martina continuó el beso hasta que sintió cierta presión entre ambos, justo en la entrepierna de él. Se retiró de Héctor con cuidado.

Se miraron un instante y olvidó todo aquello que por allí abajo le producía incomodidad. Volvió a agarrar la cara de Héctor, esta vez con ambas manos, para observarlo detenidamente. Entonces recordó lo extraña que era ahora su vida cotidiana. Cómo por las mañanas oía su nombre, que ella intentaba no pronunciar en el trabajo, en boca de otros y sentía una especie de nerviosismo, de ansias de volverlo a tener solo para ella. Cierto era que había puesto gran empeño en acostumbrarse a su nueva situación y al menos en la parte en la que estaba a solas junto a él, se estaba adaptando de maravilla.

Estaba enamorada de una forma de la que no había estado nunca. Aquel hombre había pasado a estar en su pensamientos, en sus fantasías y de un día para otro se había hecho real No podría sentir de otra manera.

Sus pensamientos la llevaron a volver a besarlo de la misma forma. Esta vez aquello se alargó más allá de la presión que de nuevo sentía allí abajo.

*A la mierda la vergüenza. Pase lo que pase él es el hombre de mi vida.*

Se le estaba yendo de las manos, pero le daba igual. Olvidó las dudas, la vergüenza y hasta el consejo de la abuela Lola. Su mente estaba completamente llena dé él, no cabía nada más.

Héctor se dejó besar y desabrochar la camisa sin poner impedimento, aunque Martina pudo notar en él cierta actitud de sorpresa al verla en aquel estado.

Martina no imaginaba que llevar la iniciativa iba a ser tan placentero. Siempre dudó de cuándo iba a ser el momento correcto. Quizás se precipitaba, tenía todo el fin de semana. Sin embargo se sentía fuerte, poderosa, dominante. No tenía dudas de que aquél era el momento correcto porque acababa de olvidar todo lo demás.

Había desnudado a Héctor completamente de cintura para arriba y ahora le desabrochaba el pantalón.

—Martina —la detuvo él. Ella lo miró, Héctor no añadió nada más pero no hacía falta, su mirada le preguntaba si estaba segura.

Martina deslizó su mano por debajo de la ropa interior de Héctor y le agarró el pene con fuerza. Héctor expulsó aire y cerró los ojos. Aquella reacción terminó por activar en Martina aquello que tanto deseaba sacar.

# Héctor

No lo esperaba tan pronto o quizás sí lo esperaba o tan solo lo deseaba tanto que quería que fuera ya. No era lo que buscaba cuando invitó a Martina, solo quería no perder el tiempo lejos de ella. Pero sabía que la posibilidad de aquello estaba ahí y había venido preparado. Lo que no esperaba es que fuera ella la que hubiese tomado la iniciativa. Tal vez de Martina no lo esperara, aunque quizás sí era lo que cabría esperar de una mujer con aquel temperamento Si Martina era capaz de arrasar en todo lo demás, cómo no iba a ser capaz de aquello.

La tenía encima, sentada sobre él aunque aún conservaban la ropa interior. Martina se erguió frente a él, y se levantó la camiseta de tirantes, sacándosela por completo. No llevaba sujetador, ni falta que le hacía. Héctor se detuvo a mirarla. Nunca había visto una mujer desnuda con un cuerpo tan hermoso, o al menos no tan hermoso para sus ojos. Estaba absolutamente prendado de ella, podía sentirlo, y ahora al tocarla desnuda no tenía dudas, tendría que ser ella la que estaba buscando, no encontraba otra explicación.

Martina no le daba mucha tregua, volvió a tirar de sus boxer con fuerza. Héctor no tuvo más remedio que quitárselos por completo, Martina volvió a erguirse para quitarse el tanga, esperó pegada a él, aún incorporada a que él se colocara la protección, para luego bajar sus nalgas hacia él. Primero simplemente se apoyó, y rozó suavemente su clítoris con él, una vez y otra. Cerró los ojos ante la mirada de Héctor, que cuando creía que ya no podía excitarse más, Martina volvía a hacer algo que le aumentaba las ganas . Así que la agarró por la cintura y la apretó contra él para penetrarla, pero pronto comprendió que aún no era capaz de dominar a Martina, ni siquiera en aquel sentido. Ella no se movía de su lugar, lo miraba a los ojos, de una manera intensa Le acarició la cara un instante, volcó su cadera, levantando el pene con la propia vagina y lo introdujo en ella despacio pero sin detenerse. Héctor apoyó la frente en el pecho de Martina y cuando su pene llegó al tope no pudo evitar morderla. Martina gimió y por un momento dudó si había sido de dolor por el mordisco o por placer. Notaba la vagina de Martina dura, envolviéndole el pene con tal presión que se sentía incapaz de moverse sin su permiso. Pero Martina no pensaba perder ni un segundo y en seguida se movió, Héctor se encogió con el movimiento. Estaba a merced de ella por completo, era incapaz de reaccionar, no dejaba de encogerse en cada movimiento, y emitió un gemido que a Martina pareció gustarle porque lo apretó aún más. No quería que aquella maravillosa mujer se detuviera, pero a la vez no quería dejarse llevar únicamente por ella. Sin embargo estaba inmóvil por el placer, por lo que estaba contemplando. Intentó agarrarla por las caderas, pero era inútil, no era capaz de apretarla, de controlarle el movimiento. Intentó besarla, pero entre gemidos era imposible, y sentir su aliento aún más cerca, hacía que su placer aumentara y aún se dejaba ir más. Si Martina seguía así un poco más, el acabaría arruinándolo todo. La miró a los ojos, la agarró fuerte y levantó su cadera apretándose contra ella, era lo único que le permitía hacer. Y entonces la oyó gemir fuerte, así que volvió a hacerlo, esta vez más fuerte. Notar que a Martina le gustaba; en sus gemidos, en sus movimientos, en sus ojos, le subía el éxtasis al extremo. Cerró los ojos en un intento de aguantarlo un poco más, pero lo único que conseguía era perderse a la bellísima mujer que tenía delante.

Notó a Martina cogerle los brazos y apretárselos con fuerza. Abrió los ojos hacia ella para

verla en aquel estado. El vello se le erizó en cuanto sintió erizado el de ella. La oyó gritar de placer y no pudo evitar acompañarla en éxtasis y gemidos.

Martina tenía la respiración acelerada, aú n la agarraba mientras observaba su pecho moverse cada vez que ella tomaba aire por la boca. Mantuvo una de sus manos en la cintura de la joven, la otra la dirigió hacia su cara. Sabía que una vez acabado no podría demorarse demasiado en retirarse de ella, pero estaba absolutamente perdido en su imagen.

Le acarició la cara y la acercó a él para apretar sus labios contra los suyos. Luego la liberó, ella se levantó en seguida.

# Martina

Era completamente de noche cuando Martina salió de la ducha. Había aprovechado el momento para pensar entre agua caliente y vapor. Se había demorado, era consciente, pero después de lo que había pasado necesitaba adaptarse a otro cambio más. Tenía que reconocer que una vez pasado el calentón se sintió algo abochornada. Se había acordado de la abuela Lola, se había acordado de su padre e incluso de Carol, de Eli, de Luisa y del resto de sus compañeras y también de Carmen, de Diana y del resto de las arpías. Por todos los demonios, se había acordado hasta de los dos pusilánimes con los que tuvo relación en el pasado y de la diferencia entre ellos y Héctor. La abuela Lola también había acertado en eso.

Se había puesto cómoda, un pantalón de algodón y una camiseta de manga larga, ambos verde militar, como su ropa interior, también lisa de algodón. A pesar de soler vestir bien por fuera, por dentro no solía ser atrevida, sino más bien clásica, sencilla, lo más simple posible. La abuela Lola siempre decía que la fachada de las personas era pura representación, la más terrible obra de teatro, pero en la ropa interior era donde cada uno revelaba quién era. Si alguien era sofisticado o sencillo, atrevido o prevalecía la comodidad, e incluso el gusto o la dejadez por el aseo no se podían escapar del estado de la ropa interior.

No habí a podido ni fijarse en la ropa interior de Héctor, todo había sido demasiado rápido.

En seguida lo buscó en el salón, también se había duchado y llevaba una vestimenta parecida a la suya pero masculina en color burdeos. Martina arqueó las cejas al verlo, era la primera vez que lo veía lejos de su elegante forma de vestir, no pudo evitar sonreír. Héctor perdía años y ganaba sensualidad con aquella indumentaria. Sintió una punzada en la vulva que le indicaba que ya volvía a estar lista para una nueva batalla. Se llevó la mano a la cara abochornada.

*Después de este fin de semana mejor que ni aparezca por la oficina.*

Héctor estaba tumbado en el sofá y tecleaba en su Ipad. Martina supuso que ni siquiera un fin de semana completamente libre podría tomarse llevando tal carga sobre él.

Lo observó dejar el Ipad en una pequeña mesa frente al sofá y cogió su movil. Miró a Martina y le sonrió mientras se llevaba el teléfono a la oreja.

—Mamá —alargó su mano hacia Martina para que se sentara junto a él—. Sí, ya hemos llegado. Todo bien, sí…Hemos llegado temprano y no había tráfico.

Martina se sentó junto a él y Héctor la rodeó con el brazo empujándola hacia él para que se recostara. Martina se tumbó y apoyó su barbilla en el hombro de Héctor. Desde aquella posición podía escuchar la voz de la madre de Héctor e incluso entenderla. Se retiró por respeto, sin embargo pudo entender la pregunta.

—¿Y a ella? ¿Le ha gustado?

Martina miró hacia otro lado abochornada, sintió la mirada de Héctor pero se hizo la loca.

—Creo que sí —respondió él.

—¿Está todo bien entonces? —podía escucharla y era terriblemente incómodo.

—Está todo perfecto —sabía que él no dejaba de mirarla.

No pudo más y se levantó del sofá haciendo como la que buscaba su móvil. Fue hasta su bolso y rebuscó en él. Tenía varios mensajes. Su grupo de amigas; hablarían de planes para la noche, ni los leyó. Su grupo del trabajo; hablarían de Carmen, tampoco los leyó. De Carol. A esta le

respondió con un emoticono con el grito de Munch.

Y luego estaba la abuela Lola.

*Pásalo bien. Hazme caso, que nos den a todos.*

Le puso otro grito de Munch. Carol respondió enseguida.

*Vale, ahora sí, te estás tirando a tu jefe.*

Martina miró en seguida a Héctor, como si él pudiera leer sus mensajes. Le ardían las mejillas. Héctor sin embargo continuaba su conversación con su madre mientras miraba la chimenea.

*Y la cabrona esta lo bien que me entiende hasta con emoticonos.*

La abuela Lola respondió con un beso. Martina resopló.

*Menos mal que ella no lo ha tomado por ahí.*

Fue a dejar el móvil sobre la mesa, no muy lejos del Ipad de Héctor pero volvió a sonar.

*"¿Acerté con los dos pusilámines?"* le preguntaba la abuela Lola. Martina se tapó la cara con la mano y se alejó del teléfono como si este quemara. Héctor ya había colgado y la observaba. Martina lo miró de reojo, él arqueaba las cejas.

—¿Pasa algo? —le preguntó y ella negó con la cabeza.

—La abuela Lola y…sus cosas —le respondió y el sonrió.

*Con un puto emoticono y ahora lo saben.*

Héctor abrió las piernas para que Martina s e sentara en medio, luego la rodeó con ellas. Se incorporó para pegar el pecho en la espalda de Martina.

—He encargado la cena —acariciaba el pelo—. Soy un desastre cocinando.

—Ya somos dos desastres —añadió ella.

—Entonces he hecho bien —sonrió—. Ahora verás lo que he pedido.

Martina se mordió el labio, no tenía hambre. Los nervios del estómago le impedían dejarle espacio a ninguna otra cosa.

—¿Traes botas de montaña? —le preguntó. Martina giró la cara hacia él y asintió—. Mañana vamos a ir a un sendero.

Héctor se separó de ella y se levantó. Silenció su móvil antes de dirigirse hacia la encimera de la cocina donde había una especie de neceser de viaje. Sacó de él una bolsa con asa de cuerdas y volvió a colocarse en el sofá de la misma forma, rodeándola con las piernas y apoyando el pecho en su espalda. Puso la bolsa sobra los muslos de Martina y la besó en la mejilla.

*Me quiero morir.*

Martina notó cómo le ardían hasta las orejas. Los regalos sin venir a cuento le avergonzaban por encima de los límites. Agradeció que "aquello" al menos ocurriera antes, después del regalo hubiese sido incapaz.

—Ábrelo —le dijo él al ver que ella se limitaba a mirar la bolsa sin decir nada. Martina se mordió el labio.

Abrió la bolsa y en su interior había algo envuelto en papel de seda. Se detuvo dudando si desenvolverlo. Héctor le dio un leve empujón en el codo.

*Me quiero morir, ahora de verdad.*

En cuanto retiró el papel pudo ver un bolso de piel negro liso. Soltó el papel y la bolsa enseguida. Conocía aquellos bolsos, su padre le regaló alguno a su madre por algún aniversario *Llevamos seis días, solo hemos estado juntos unas horas. No puedo aceptar un bolso de más de dos mil euros.*

La incomodidad creció en ella. No quería ser desagradecida con Héctor, pero no podía aceptarlo. Le brillaron los ojos, mezcla de bochorno y emoción. Porque en el fondo era hermoso

que él hubiese tenido un detalle con ella, independientemente de su precio.

Bajó la cabeza. Héctor tenía la barbilla apoyada en su hombro.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó con la mayor humildad con la que fue capaz para no ofenderlo.

Héctor le agarró ambas manos y se las llevó hasta el regalo.

—Porque me gusta hacerlo —le respondió él—. Lo hago con mi madre, con mi hermana, mis sobrinas…y ahora también lo he hecho contigo.

La besó en el hombro.

—¿Y no has pensado si me gustaría a mí? —Martina le apretó las manos.

*Pagaste el viaje a París, y hoy no me has permitido pagar ni el almuerzo. Ahora me traes un bolso de firma.…*

Se mordió el labio inferior.

—¿No te gusta? —Preguntó Héctor con ironía.

Martina giró su cabeza hacia él, que ya había levantado la barbilla de su hombro.

—Él sí me gusta —frunció el ceño—, casi tanto como el que lo ha traído —hizo una pausa para reír, volvió a ponerse seria—. Pero me incomoda que me traigas un regalo sin venir a qué.

Le cogió la cara a Héctor.

—Te lo agradezco —su voz sonó firme y segura—. Pero, por favor, respeta que yo no lo acepte.

Héctor la miró a los ojos.

—No debe avergonzarte, pero puedo respetarlo —le dijo él, que no parecía estar ofendido en absoluto—. No volveré a hacerlo, pero acepta al menos este.

Martina negó con la cabeza.

—No me hagas esto, por favor —le pidió a Héctor, que ahora la miraba decepcionado.

Volvió a envolver el bolso en el papel de seda.

—Sé qué modelo es —le dijo Martina intentando que Héctor no se sintiera incómodo—. Y me encanta.

Volvió a colocarle el lazo a las asas de la bolsa.

—Puedes regalárselo a quien quieras, seguramente le encantará —hizo una pausa y lo miró con ironía—. O también puedes guardarlo. Cumplo años en febrero.

Héctor arqueó las cejas y estuvo a punto de sonreír. Martina le dio con la frente en la nariz, en un gesto cariñoso.

—Entonces no te sorprendería —le respondió él en el mismo tono irónico.

Martina entornó los ojos.

—Lo compré para una mujer en concreto y va a ser difícil dárselo a otra, salvo que… —añadió haciendo el mismo gesto con la frente en la nariz de Martina—. ¿Y si se lo regalo a la abuela Lola?

Martina comenzó a reir.

—¿Ella lo aceptaría? —preguntó Héctor esperando con curiosidad la respuesta de Martina.

Ella no meditó mucho la respuesta.

—Desde que necesita apoyo al andar odia los bolsos de mano —Héctor hizo una mueca de decepción a su respuesta.

Ambos miraron la bolsa, ya de nuevo intacta.

—Va a ser complicado ir a descambiarlo —dijo Héctor y Martina bajó la cabeza. Imaginaba que el bolso lo había traído de Alemania. Aquello la hacía sentirse aún peor al rechazarlo. Pero por más que lo meditaba, peor sería aceptarlo—. ¿Qué es exactamente lo que te averguenza y por

qué?

Martina alzó las cejas sin dejar de mirar la bolsa.

—No tiene mayor importancia —añadió él—, para mí no la tiene. De verdad, me gusta hacer estas cosas.

Martina aún mantenía la cabeza baja.

—Intenta no hacerlas conmigo —respondió.

Héc tor la rodeaba con los brazos, la apretó levemente y volvió a apoyar su barbilla en el hombro de Martina.

—Así que aunque vea algo que me gusta para ti, no puedo traértelo —dedujo.

—Sin venir a cuento no.

Él frunció el ceño.

—Vale —Martina temió el tono irónico de Héctor—. Entonces si viene a cuento, sí.

Martina se giró para mirarlo de nuevo, esperando qué nueva idea se le ocurriría a Héctor.

Sin dejar de mirarla alargó una mano hasta la bolsa y volvió a colocarla sobre los muslos de Martina.

—Mañana hacemos una semana —le dijo sonriendo, casi riendo—. Feliz semaniversario.

Martina rió negando con la cabeza.

—Eso no cuela —le respondió ella dejando a un lado la bolsa y girándose para colocarse frente a él.

Héctor le acarició la barbilla.

—Entonces me obligas a que cada vez que vea algo que me gusta para ti, lo compre y lo guarde para tu cumpleaños —hizo una mueca—. Tendré que necesitar un camión.

Martina frunció el ceño.

—Mira el lado bueno —le respondió—. Eso no será un problema.

Héctor rió a su ironía. Se incorporó y la besó. Martina se dejó caer hacia atrás mientras Héctor la besaba. La bolsa con el regalo cayó del sofá al suelo, pero niguno se detuvo en ello. Volvían a perderse el uno en el otro.

# Héctor

Era ya mañana de Domingo. El sol entr aba por la ventana. Parecía que en el último día no iba a hacer tan mal tiempo como los dos anteriores.

La ténue luz le permitió mirar a Martina, que aún dormía a su lado. No quiso tocarla para no despertarla, supuso que estaría cansada. La humedad y la lluvia no les impidió pasear por los montes y hacer alguna ruta. Fue conciente de que quizás se había extralimitado al hacerla recorrer tantos kilómetros en aquéllas condiciones climáticas, pero ella nunca se quejó. Estaba sorprendido de que la mujer delicada de altos tacones que empleaba en la oficina, tuviera las piernas lo suficientemente fuertes para aguantar su ritmo sin expresar el más mínimo gesto de protesta o cansancio. Ni siquiera cuando les cayó un diluvio y tuvieron que regresar a casa completamente mojados.

La notó moverse levemente bajo las mantas, la luz le molestaba y entreabrió los ojos. Héctor acercó su nariz y la rozó con la de Martina. Pero ella no parecía tener intención de despertarse todavía. La rodeó con un brazo y pegó su cuerpo al de ella, entrelazando sus piernas. Los muslos de Martina estaban ardiendo y eso le encantaba. El fin de semana junto a ella estaba siendo aún mejor de lo que esperaba y eso que ya llevaba las expectativas altas.

Besó la frente de Martina. Él acostumbraba a levantarse temprano, demasiado temprano, pues solía ir a correr una hora cada mañana antes de ir al trabajo. Y su despertador físico se extendía los días libres, sin embargo a Martina no parecía afectarle ninguna rutina y dormía plácidamente, Héctor no la culpaba. Las caminatas en cuesta y las continuas sesiones de sexo que llevaban desde que llegaron, la estarían agotando.

Apretar a M artina desnuda contra su cuerpo lo hacía activarse, y era consciente de que si se quedaba en la cama acabaría despertándola de la misma forma que lo había hecho la mañana anterior. Y aunque lo deseaba de sobremanera, intentó tranquilizarse. Se retiró de ella con cuidado y se levantó.

En el salón pudo apreciar que aún perduraba n las brasas, así que llenó la chimenea de leña y la hizo arder con intensidad. La temperatura era más que agradable a pesar de las bajas temperaturas del exterior. Héctor dudó si esa temperatura era solo mérito de la chimenea o también contribuían los ocupantes de la casa. Rió con sus propios pensamientos. Había estado con numerosas mujeres, quizás con más de las que recordaba, para su vergüenza, pero el deseo que experimentaba con Martina no lo había sentido jamás.

Se tomó sus vitaminas como cada mañana y volvió a obviar las pastillas que le acompañaban en la terapia. Se había dado cuenta de que junto a Martina no las necesitaba. Luego se recostó en el sofá y cogió su ipad, respondió correos, que eran considerablemente menos que los que recibía durante la semana. Cuando hubo acabado con el trabajo dirigió la mirada hacia su teléfono, tenía numerosos mensajes.

Alicia comentaba las fotos que le había enviado el día anterior. “Menuda mojada. Esta semana los dos de baja”.

Héctor rió al comentario de su hermana. Había varios mensajes también de su grupo de amigos, se mofaban de que Héctor no diera señales de vida, ni siquiera respondía al teléfono. Héctor le envió alguna foto y les dijo que estaba mejor que bien.

Y por último tenía algunos mensajes más, de conocidos y alguna amiga, entre ellas, Luz.

“Ni siquiera me coges el teléfono. Supongo que te estarás tirando a otra”.

Héctor rechinó los dientes al leerlo. Estuvo a punto de responderle pero prefirió no hacerlo. Bloqueó su teléfono y lo dejó sobre la mesa.

Miró hacia la habitación, se oía ruido, Martina se estaría levantado. Era consciente de lo mal que le habían sentado las palabras de Luz. Volvió a coger el teléfono, lo debloqueó, volvió a leer el mensaje.

—Buenos días —le dijo Martina desde la puerta del dormitorio—. ¿Y esa cara?

Lo besó y se tumbó en el sofá, apoyando su cabeza sobre los muslos de Héctor.

—Hay gente que se ha enterado que llevo todo el fin de semana contigo y…parece que no ha sentado muy bien.

Martina resopló.

—Pues menos mal, pensaba que habríamos dormido todo el domingo y era ya lunes.

Héctor rió. Luego le mostró el móvil con el mensaje de Luz.

Martina leyó y miró a Héctor.

—¿Y esto te molesta? —le preguntó ella.

Miró a Martina, ella ni siquiera mostraba un ápice de molestia.

—Es lo que sueles hacer, ¿no? —añadió—. ¿Qué esperas que te digan?

Héctor la miró contrariado, ofendido, casi avergonzado, tuvo que tomar aire por la boca.

Martina le dio un cachetazo suave con la mano en la mejilla.

—No te hagas el ofendido —le dijo.

—No es por eso, solo que… —miró a Martina sin atreverse a acabar la frase y parecer un imbécil.

—Estabas con ella, ¿no? —le preguntó la joven—, y seguramente desapareciste un viernes por la noche para hablar en privado con una empleada y no volviste a aparecer, ni a llamar, ni a coger el teléfono.

Héctor abrió la boca para replicar, pero volvió a cerrarla.

—Tienes suerte de que no te haya puesto a parir —concluyó ella.

—Te equivocas en parte —se defendió él.

Martina arqueó las cejas.

—Aún así está en su derecho de quejarse. Podrías haberle cogido el teléfono al menos, o responder a sus mensajes —le replicó ella.

# Martina

Desconocía qué tipo de relación habría tenido Héctor con esa tal Luz, pero aún así la muchacha se había sentido mal. Una parte de su interior ardía pero por la otra se apenaba. Recordó a la abuela Lola cuando decía que había ciertos hombres de los que una mujer no debía de enamorarse bajo ningún concepto en algunas situaciones. Supuso que una de esas situaciones era la que Héctor le acababa de contar. La abuela Lola era tajante respecto a eso. *"Si quieres pasar un buen rato, pues bien. Pero nunca te enamores porque acabarás llorando. Conocerá a otra que le guste más, que le ofrezca más o simplemente regresará con su ex. Suelen ser hombres perdidos o despechados. Dicen ser libres y no querer compromiso, cuando la realidad es que tienen algún problema personal o están perdidamente enamorados de una mujer que no les corresponde"* Martina supuso que Héctor estaría en el primer grupo, más le valía que no estuviese en el segundo. De esos sí que la abuela Lola le recomendaba huir como si la persiguiera el diablo.

Pero ella sí que estaba perdidamente enamorada ya, así que si Héctor veía en ella solo un polvo más, lo tendría realmente difícil.

Se giró hacia la chimenea, dándole la espalda a Héctor. Desconocía si él era consciente de la razón de su gesto. Sintió la mano de él buscando el borde de su camiseta para meter la mano por debajo de ella y acariciarle la espalda.

—Seguramente escuches comentarios de este tipo o peores sobre mí —le dijo él.

No respondió. Esperaba callada a que él continuara mientras le acariciaba la espalda.

—Ante todo quiero que sepas que todo eso está muy lejos de ti —le dijo acercando la boca al hombro de Martina—. Tú no eres...

Al oírlo se giró de nuevo para colocarse de cara a él y Héctor pareció avergonzarse de la frase que estuvo a punto de terminar. El silencio se alargó y a Martina le ardía el pecho.

—¿Soy una más de tus amigas? —preguntó sin rodeos. Héctor le apretó la mano.

—Sabes que no —le respondió—. Y es precisamente eso lo que no quiero que sientas, que eres una más. Oigas lo que oigas de mí, no tiene nada que ver con esto que estoy comenzando contigo.

Martina frunció el ceño, pero enseguida tuvo a Héctor sobre sus labios. Desayunaron más tarde de lo que esperaba, los besos del sofá se le fueron de las manos. Martina había perdido la cuenta de las veces que se habían enredado desde aquella primera vez del viernes por la tarde. Estaban recogiendo el desayuno cuando el teléfono de Héctor sonó . Él lo cogió en seguida. Por el saludo que él dio, dedujo que era uno de sus amigos.

—Muy bien sí —decía—. Sí, claro…No creo que haya problema pero te confirmo esta semana…, sí claro—. Héctor la abrazó por detrás—. Si voy, voy acompañado.

La miró de reojo y le guiñó un ojo.

Martina apartó la mirada. No sabía a dónde tendría que acompañarlo, pero no le hacía gracia dejarse ver por Málaga con él, así que le dijo que no con el dedo y Héctor frunció el ceño mientras continuaba su conversación.

Cuando hubo colgado ella ya estaba en el baño.

—¿No sabes qué es y ya dices que no? —le preguntó extrañado.

Ella sacaba sus cosas de aseo y las ponía en el lavabo.

—No quiero que esto llegue al trabajo. Espera al menos a que me adapte… —la respuesta no pareció convencer a Héctor.

—Si eso es un problema para no poder hacer cosas normales contigo, mañana mismo lo digo yo.

Martina arqueó las cejas.

—¿Escuchas mis discusiones con Carmen? ¿Qué me van a decir ahora? Ahora que es verdad que me estoy tirando al jefe —en cuanto acabó la frase supo que había metido la pata.

Héctor se giró y salió del baño sin decir nada.

*Lo que le acabo de decir, qué vergüenza.*

Se lavó la cara y los dientes haciendo tiempo para pensar. Cuando fue al salón, Héctor estaba en el sofá con su ipad. Cuando vio a Martina salir de la habitación, se levantó y se dirigió al baño que ella acababa de dejar libre a hacer lo mismo que había hecho ella.

*Está molesto, y es normal que lo esté.*

Se puso más nerviosa de lo que ya estaba. Imaginó la frase al revés, pronunciada por el propio Héctor y sintió verdadera vergüenza.

*Al menos si hubiese metido la pata a última hora de la tarde, antes de irnos. Pero no, ahora aquí todo el día incómodos.*

Héctor no tuvo prisa en salir del baño y ya lo hizo duchado. Se había cambiado y ahora llevaba un pantalón de chándal y una sudadera de algodón con capucha. Martina lo miró de reojo y no podía creer que hasta con ropa de deporte pudiera estar elegante.

—Iré contigo —le dijo sin mirarlo—. Al cumpleaños de tu amigo.

No obtuvo respue sta, se hizo el silencio. Ni siquiera se atrevía a mirarlo.

*Mierda. Sabe que lo he dicho porque está enfadado. Joder, con el enamoramiento estoy perdiendo las neuronas y la dignidad. Ay, abuela del alma.*

—Aunque te vean conmigo —respondió él con un tono que Martina no supo interpretar si defraudado, enfadado u ofendido.

Lo miró de reojo. Estaba en el umbral del dormitorio donde dormían.

—Eso de que fuéramos parientes ya no va a colar, ¿verdad? —probó con ironía.

Notó que Héctor contuvo la sonrisa.

—Esto tarde o temprano llegará a la oficina —le dijo él con un tono parecido al que usaba en el trabajo—. Quiero que cuentes con ello y lo valores.

*Y si no lo quiero, adiós. Muy clarito, señor jefe.*

—Y no eres la única que tendrá consecuencias allí —añadió y Martina arqueó las cejas—. ¿No lo habías pensado?

*La verdad es que no. Soy hija única, egocéntrica y egoísta. No, no había caído en lo que tendrás que soportar tú.*

—Y estoy aquí con todas las consecuencias —había rodeado el sofá y se colocó frente a ella —. ¿Qué quieres hacer tú?

Martina levantó la vista hacia él. Tras él las llamas chisporroteaban y la luz de la chimenea iluminaba su cara. Martina era incapaz de negarle nada a aquel hombre.

—Estar aquí no tiene muchas consecuencias —le respondió y él sonrió—. Pero voy a probar suerte fuera de aquí.

# Héctor

Llegaba tarde a la cena. Alicia ya llevaba rato allí. Desde que había pequeñas en la familia solían cenar temprano. Tras la cena, Héctor le dio un sobre a sus padres. Alicia sonrió, ella era conocedora de lo que era. La siguiente semana era el aniversario de sus padres. Dentro del sobre había una reserva para que pasaran aquella semana al completo en un lujoso crucero. La madre dio un grito al verlo y Héctor rió.

—Pasadlo bien —les dijo Héctor. Alicia echó el peso de su cuerpo sobre su hermano y este le besó la sien.

Su madre corrió a abrazarlo.

—Os viene bien unas vacaciones —le dijo el hijo mientras la abrazaba.

—¿Y tú? ¿Cuándo tendrás vacaciones? —le preguntó mirándolo desconfiada.

—Ya vendrán —le respondió él—. Pero no te preocupes, estoy bien.

Su madre entornó los ojos hacia él.

—Eso lo sé —le respondió ella y Alicia sonrió al oírla—. Ya no recuerdo la última vez que te vi así de bien. Seguro que fue antes de todo el lío que montaste.

Héctor rió. Alicia se apartó y miró de reojo a su hermano para que la siguiera.

—A ti te veo de maravilla —le preguntó en un susurro —¿Y ella? ¿Qué tal ella?

Héctor bajó la cabeza.

—Está bien pero…teme a las consecuencias —le respondió él.

Alicia hizo una mueca.

—Es lógico.

—No se atreve ni a contarlo en su casa —Héctor negó con la cabeza—. Es reacia a salir conmigo en la ciudad y siente pánico por lo que sería la oficina cuando todo llegue allí.

Alicia le cogió el brazo y se lo apretó.

—Me encantaría que saliera bien. Lo mereces—. le dijo a su hermano—. Lo tienes todo, salvo lo más importante —Alicia miró a sus hijas y a su marido —y creo que estás cerca de encontrarlo.

# Martina

Comenzar un nuevo lunes de trabajo después de haber pasado el fin de semana con Héctor. En la oficina parecía no haber cambiado nada, Elisa, Geli y Luna llegaron a los pocos minutos que Martina. Eli estaba ya en su nuevo puesto desde hacía rato, desde que la hicieron secretaria del jefe solía llegar muy temprano.

Esperaba impac iente la llegada de Héctor, era curioso cómo tras dos días y medio junto a él, podría echar en falta su compañía. La cercanía había aumentado y su forma de verlo también. Héctor ya no era su amor platónico, el de los sueños, ahora se hacía real y aún más fascinante.

Carmen, Coral y Diana hacían corrillo a un lado del pasillo, junto a otro chico de administración que se la solía dar de gracioso pero que a Martina no le hacía ni pizca de chiste. No demasiado amanerado, Martina sabía que podría ser un admirador más de Héctor y que solía mirarla de la misma forma que el resto de su grupo.

Lo vio venir desde lejos. Traía un abrigo largo gris claro, se quitaba la bufanda larga negra mientras daba los buenos días. A pesar de aquel fin de semana juntos, Héctor podía hacer que su pecho tambaleara produciendole aquella sensación que la hacían sentir cosquillas hasta en las rodillas. Contuvo la sonrisa, lo miró de reojo cuando él pasó. Esta vez salió mejor que la anterior. Martina no miró al grupo de arpías para comprobarlo. Su ordenador ya había despertado, así que ya podría empezar a trabajar.

Se levantó para ir al despacho de Rogelio. Héctor volvía a salir de su despacho, ya sin abrigo. Frenaron en seco, a un metro de distancia el uno del otro y ahí sí que hubo un desconcierto de no saber cómo actuar. Héctor le dejó paso y ella sonrió. Estaban alejados de las arpías, ellas no lo habrían visto, pero fue peligrosamente cerca de Eli. Martina siguió su camino cabizbaja y casi chocó contra Rogelio.

*Mierda, este sí que lo ha vito.*

—Buenos días —le dijo él con sonrisa irónica.

*Mierda.*

Cogió su pila de papeles y se marchó como si la persiguiera el diablo.

*Madre mía.*

Cuando llegó a su mesa, cogió en seguida el móvil.

“Rogelio se ha dado cuenta de algo”

Héctor se encontraba en el departamento de marketing. Podía verlo desde su mesa. Incluso lo observó mientras cogía su movil. “Rogelio lo sabe”

Martina entró en pánico. Miró a su alrededor buscando no sabía qué. Luego le puso un emoticono del grito de Munch a Héctor. “Es el tío del marido de Alicia. Un buen hombre, no dirá nada. Confía en mí.”

Martina frunció el ceño.

“¿Desde cuándo lo sabe?”

Soltó el móvil en la mesa mientras comenzaba a trabajar. Cuando lo oyó vibrar se asomó a la pantalla.

“¿Que me encantas? Desde el principio”.

Pudo notar cómo los colores de sus mejillas se subían de tono.

Miró de reojo a Héctor, aún permanecía en marketing. Reía mientras guardaba el movil y le lanzó una mirada que ella no supo interpretar. *Sabe que se me acaban de caer las bragas. Supongo que será divertido para él.*

Llevó sus manos hacia el teclado. Carmen pasó por delante de su mesa en busca del jefe, supuso. Logró al fin concentrarse en su trabajo hasta que llegó la hora del desayuno. Luisa y Eli eran puntuales y ya estaban alrededor de su mesa, esperando a que ella cogiera su abrigo.

Luna y Luisa hablaban acaloradamente de algo que estaban trabajando durante el camino a la cafetería. Martina iba junto a Eli, pero ambas permanecían calladas. Los nervios de Eli habían regresado visiblemente, pues era su primer día con el jefe observando su trabajo. Y sabía que Carmen andaba deseosa de que metiera la pata.

Llegaron a la cafetería y se sentaron en una mesa, tal y como hacían cada día, aparte del grupo donde se encontrara Carmen y las arpías.

Martina no hubo puesto aún su plato en la mesa, cuando oyó la voz de Héctor pidiendo el café a tan solo dos metros de ella. Hizo esfuerzo para no mirarlo. Oyó la voz de Carmen llamarlo, incluso la voz de Diana haciéndole algún chiste y riendo.

*Ya quisieras hacer gracia, imbécil.*

—¿Dónde vas? —preguntaba Carmen. —Con mi secretaria —lo oyó responder.

Su interior sonrió al escucharlo aunque no le hacía gracia compartir mesa con el jefe delante de todos. Bajó la cabeza mientras Héctor se sentaba entre ella y Eli.

—¡Qué honor! —dijo Luisa y todas salvo Martina, rieron.

Héctor comenzó una breve charla con Eli, mientras Luisa contaba algo sobre el fin de semana. Martina no quiso dirigir la mirada hacia la otra mesa de empleados.

—¿Y tú que has hecho el fin de semana? —le preguntó Luisa.

Héctor detuvo su conversación con Eli, supuso que para oír su respuesta también.

*Y seguro que le divierte verme en esta situación.*

—He tenido un fin de semana tranquilo en casa —le respondió quitándole importancia.

*Realmente he estado fornicando con nuestro jefe.*

—Con este tiempo tampoco apetece hacer otra cosa —añadió Héctor sin mirarla.

*Sí, sí que le divierte.*

—Odio el frío, y la lluvia… —continuaba ella mientras untaba la mantequilla en la tostada—. Estoy deseando que llegue otra vez el buen tiempo.

—Pues yo he estado disfrutando del frío y la lluvia este fin de semana —contaba él a las empleadas.

—He visto las fotos en Instagram, ¿dónde era? —preguntó Coral.

Martina se giró, Coral estaba en la barra junto a Carmen y se auto invitaron a la conversación. Héctor en seguida les explicó la ubicación del lugar.

—Vi a Ilde y a David este fin de semana —decía Carmen-. Así que supongo que fuiste con mejor compañía.

Miró de reojo a Héctor. Este respondió a Carmen únicamente con una sonrisa.

*Es incómoda esta situación a más no poder, pero ya le voy cogiendo el gustillo. Sobre todo delante de estas tres.*

Hablaban de las fotos que Héctor había subido durante el fin de semana, fotos que ella misma le había hecho.

—Hizo un tiempo horrible, pero me ha encantado de todas formas —les decía él.

Las arpías le hacían preguntas, Luna, Eli y Luisa intervenían de cuando en cuando en la conversación. Se acercaron más empleados y antes de que Martina hubiese comido la primera

mitad de su desayuno, estaban rodeados de más empleados, que escuchaban a Héctor relatar el sendero que hicieron el sábado.

Carmen le soltó un par de bromas respecto a la compañía que llevaba durante el sendero, pero Héctor no hizo ningún comentario sobre eso para la decepción de los curiosos. Y Carmen y el resto de admiradoras de Héctor, se quedaron sin averiguar si la compañía de Héctor había sido masculina o femenina.

Tenía al jefe a escasos centímetros de su cuerpo, sus hombros casi se rozaban, sin embargo era capaz de mantener la compostura como una empleada más.

*Y después del intenso fin ya es gran cosa.*

Miró de reojo a las arpías y al resto, que de pie tras ellos, reían y bromeaban con Héctor. Después de su discusión con Carmen, podía deducir lo que pensaban de ella, lo que hablaban a sus espaldas. Aquella mañana las notaba más bromistas y cercanas con Héctor que de costumbre, quizás porque pensaban que andaba con alguna chica, lo cual tampoco era ninguna novedad, siempre andaba con alguna amiga especial. O quizás pensaban que ella se jodería al verlas así. En la mente de aquel segmento de compañeros ella era una especie de loba queriendo atrapar al dueño de la empresa.

Por un instante, su hombro rozó con el de Héctor, Martina lo miró de reojo. Aquel elegante jefe al que todos palmeaban y adoraban en cuanto tenían ocasión, aquel hombre perfecto al que las empleadas pretendían, había dormido desnudo junto a ella, había estado desnudo sobre ella. Y las imágenes de todo aquello pasaron por su mente removiendo su interior. No, no le era fácil actuar con total normalidad entre toda aquella gente.

*Aunque pensándolo bien resulta hasta morboso.*

El resto de compañeros eran ajenos a sus pensamientos, por suerte para ellos. Entonces recordó a la abuela Lola. Ella decía que cuando dos personas intimaban, siempre se notaba por mucho que se intentara disimularlo. Pero se jugaba el cuello a que nadie de allí se imaginó ni de lejos, el intenso fin de semana sexual que habían pasado.

*Se caerían de espaldas.*

Tuvo que contener la sonrisa.

—Chicas, la hora —anunció Luna y Martina se levantó rápidamente.

Se dirigió hacia la barra para pagar su desayuno y cuando salió, Héctor estaba junto a Luisa y Eli.

*¿Pretende regresar con nosotras? Está completamente loco.*

Luna había salido tras ella, Martina rebasó a Héctor, Luisa y Eli, y se situó delante de ellos mientras le hacía un comentario a Luna, dispuesta a iniciar una conversación ajena a la del resto, pero su compañera no le prestó atención y se puso junto a los otros tres. Martina hizo una mueca. Como iba delante y sola, cogió su móvil para disimular. Tenía una nuevo mensaje.

“Disimulas fatal”, enviado hacía tan solo dos minutos. Héctor lo había escrito mientras ella estaba pagando el desayuno.

“Es que me lo pones tremendamente difícil”. En cuanto pulsó el botón enviar, el móvil del jefe emitió un sonido. Miró de reojo y lo vió sonreír.

*Así nos van a pillar en dos días.*

Volvió a recibir un nuevo mensaje.

“Es que es tremendamente divertido”.

*Parece que también le ha visto el puntito.*

“¿Entonces piensas estar cerca mía delante de todos? Te adelanto que no es buena idea” le respondió, ya casi estaban en la puerta de la nave.

“Realmente pienso otras cosas contigo pero no estarían bien delante de todos”.

*La madre que lo parió.*

Bajó la cabeza para que no pudiera verle la cara, que le ardía con intensidad. Se apresuró a subir las escaleras y meterse en el aseo. No se demoró en salir, sabía que Carmen siempre estaba pendiente de que cumpliera con su horario.

Rogelio la llamó en cuanto salió. Le dio unas carpetas.

—Vamos a comenzar la campaña de Navidad, así que necesito que me prepares todos estos contratos. Y una cosa más, ven conmigo...

Lo siguió hasta el despacho de Héctor y entró en él junto a ella.

Héctor ya estaba sentado en su sillón.

—Tenemos que ir reparando la cena de empleados de Navidad y queremos que te encargues de organizarlo.

*Cualquier día me pedireis que haga la croqueta por los pasillos. Madre mía en los líos que me meteis.*

—Tú le sigues explicando —añadió Rogelio dirigiéndose a Héctor.

Rogelio cerró la puerta y los dejó solos. Héctor la miró divertido Martina entornó los ojos hacia él.

—Normalmente se encarga Rogelio de eso, pero preferimos que lo hagas tú —le dijo.

Salían unas hojas de la impresora de Héctor.

—Estos son los presupuestos para la cena—. añadió dándoselas a Martina—. Y calcula que te sobre para un regalo para la plantilla.

Martina lo cogió sin decir nada y miró la cantidad. Héctor era realmente generoso.

—Cuanto antes concretes la fecha mejor. Ese día las tiendas tendrán un horario especial y hay que avisar con antelación. Quiero que todos los empleados asistan —le sonrió—. Sorpréndenos. *¿Y por qué yo?*

Martina resopló y Héctor comenzó a reír.

—Sigue así y me iré —le dijo ella con tono irónico dirigiéndose hacia la puerta.

Héctor se levantó del sillón.

—Espera —Martina se detuvo. Sintió los brazos de Héctor rodearla desde la espalda. La besó en el cuello y luego acercó su boca hacia su oído—. ¿Vienes esta tarde a casa?

El vello se le erizó con el susurro. Se giró hacia él y Héctor la besó.

—Luego hablamos —le respondió ella dándole con la punta de su nariz en la barbilla..

*Claro que voy a ir, so tonto. A donde me digas voy.*

Se separó de él pero Héctor la detuvo. Él la miró a los ojos y se tomó un instante, Martina lo vió abrir la boca para decir algo más. Pero Héctor volvió a cerrar los labios sin decir una palabra. El pecho de Martina pareció darse la vuelta y casi perdió el equilibrio. Héctor la besó en la frente.

Martina pudo salir del despacho con las carpetas y se dirigió hacia su mesa. Las soltó separando las de los contratos con la de los presupuestos. No sabía por dónde empezar.

—Subes escalones demasiado rápido —oyó la voz de Carmen a su espalda—. Espero que tengas paracaídas.

*Imbécil.*

Martina se giró y la fulminó con la mirada. Se había propuesto no enfrentarse a Carmen, pero es que con solo una frase era capaz de sacarla de quicio, de hacerla arder por dentro y no en el buen sentido.

—¿Qué es lo que te molesta? —le preguntó Martina sin rodeos.

Carmen miró a su alrededor para comprobar si alguien estaba pendiente de su conversación.

*Como si le importara que la escuchen despotricar.*

—Te equivocas, no me molesta —le respondió—. Pero es demasiado pronto para darte tanta confianza. Confianza que a mí, personalmente, no me transmites.

—En ese caso… —Martina se sentó en la mesa—, te bastaría con no dejar ni un céntimo tuyo en mis manos. Pero vienes hasta mi mesa a provocar una nueva discusión. ¿Por qué, Carmen?

Seguía mirándola a los ojos.

—Solo quiero que me des una razón por la que actúas así conmigo.

Carmen se inclinó para acercar su cara a ella.

—Porque eres una trepa —le soltó—. ., con un envoltorio de frivolidad angelical. Sé lo que buscas por mucho que disimules y el tiempo me dará la razón.

*Por esta razón nadie debe enterarse de nada.*

El móvil de Martina sonó.

—Y quítale el sonido a eso de una puñetera vez y dile a quien quiera que te escribe tanto, que tu trabajo puede peligrar por su culpa.

*Si tú supieras quién me escribe.…*

Se apresuró a quitar el sonido. Miró de reojo. Héctor estaba en la puerta de su despacho. Quizás había salido para ver su reacción al mensaje, pero lo único que encontraró fue su tensión con Carmen.

—Seguiré observándote —le dijo alejándose de ella.

Martina resopló. Héctor había espantado a la jefa de administración solo con su presencia lejana. Miró su móvil.

“Antes he estado a punto de decirte una gilipollez. Sé que es pronto, pero mis sentimientos van más rápido que el tiempo.

Te espero esta tarde”.

Aquellas palabras pudieron borrar todo el malestar que había causado Carmen a sus nervios y paciencia. Martina sabía que Héctor la seguía observando. Era consciente de que no podía mirarlo, demasiados ojos a su alrededor, aún así sonrió.

*Te quiero, Héctor.*

Y se quedaba corta con esa palabra. Sus sentimientos también iban más rápidos que el tiempo. Héctor había llenado su estómago de nubes de azúcar, arcoiris y unicornios. Y no era capaz de sacárselos ni en las horas de trabajo. Necesitó gran esfuerzo para concentrarse de nuevo en su tarea.

# Héctor

Esperaba en el salón que Martina acabara de arreglarse. Tenerla en casa le encantaba y ella había aceptado pasar el fin de semana con él. Martina le había dicho que se le estaban agotando las excusas con sus padres y que ellos ya sospechaban algo como lo que estaba ocurriendo, aunque desconocían la identidad del acompañante de su hija. Héctor era consciente de que Martina temía mucho su reacción si finalmente ella lo contara todo.

Era S ábado por la noche, habían cenado y se preparaban para salir. Era el cumpleaños de David.

La puerta del cuarto de baño permanecía cerrada. Martina llevaba ya rato encerrada, pero no le eran desconocidas las costumbres femeninas. Así que esperó paciente a que saliera.

Había compartido una pequeña parte de su vestidor con la escasa ropa que ella había llevado consigo. Ver las cosas de Martina por su casa le producía una sensación extraña pero placentera, sensación que sabía que acabaría el Domingo cuando se marchara.

Siempre había sido muy peculiar en cuanto a su casa. Sus abundantes amigas, la mayoría, no la habían llegado a pisar. Héctor consideraba su hogar un culto, su templo de retiro para poder respirar tranquilo, y no lo debía mezclar con otras cosas. Si alguna vez una mujer de confianza entró en ella, él se aseguraba de que la abandonara lo más pronto posible. Sin embargo la presencia de Martina llenaba su castillo de aire placentero, lo hacía aún más cómodo y confortable. Y hacía que no quisiera salir de allí ni siquiera para asistir al cumpleaños de uno de sus mejores amigos.

Pero se había comprometido y no podía faltar. La puerta del baño al fin se abrió y Martina salió al pasillo. Héctor sonrió enseguida.

La joven volvía a ser similar a aquella empleada que se encontró en alguna salida nocturna o que lo acompañó en París.

Llevaba una especie de corset azul scuro, casi negro, que se ajustaba a su cuerpo hasta casi la cadera, de donde salía una falda con los característicos volantes que al parecer le gustaban tanto a Martina y que Héctor ya lo consideraba parte de su personalidad, pero esta vez de cuero.

—Soy realmente afortunado —le dijo besándola en la mejilla.

Martina le rodeó el cuello con los brazos y Héctor bajó la mirada hacia el pecho de la joven. Aquel escote palabra de honor resaltaba de gran forma el llamativo pecho de Martina. Supuso que no llevaba sostén alguno, allí dentro no cabría nada más y sintió la consecuencia de su pensamiento entre sus piernas. Estaba preciosa, espectacular con aquel modelo, pero sin embargo él no podía dejar de pensar en cómo quitárselo y volverla a contemplar desnuda.

Héctor pidió un taxi por teléfono y bajaron a la calle.

# Martina

El lugar del cumpleaños no estaba muy lejos de allí. Martina conocía el sitio tan solo de oídas. Entraron directamente por la puerta de los reservados. Martina se detuvo en el guardaropa, Héctor cogió ambos abrigos y los entregó a una chica.

*Un completo caballero.*

Reconoció de lejos a uno de los amigos de Héctor, por su altura no pasaba desapercibido. Demasiada gente, más de la que esperaba. Había accedido a acompañar a Héctor porque sabía que era lo que él quería, pero hubiese preferido quedarse en casa. La abuela Lola la llamó cobarde cuando se lo dijo, pero lo cierto era que estaba llena de temores y debía de enfrentarse a ellos tan pronto como fueran posible.

Héctor iba a su lado y le apretó la mano. Llegaron hasta ellos. Ilde fue el primero en saludarlos. A pesar de no conocer a nadie allí más que a los allegados a Héctor, Martina se sintió observada, supuso que la acompañante de Héctor era motivo de curiosidad. Era una de las razones por las que no quería ir, no le gustaban aquel tipo de miradas, ni provenientes de mujeres ni de hombres. Por esa razón se había puesto uno de los vestidos que mejor le sentaban, y llevaba los zapatos de tacón más altos que había encontrado en la tienda el día anterior. Casi sobrepasaba a Héctor en estatura y apenas podía dar un paso, se comenzaba a arrepentir de haberlos elegido.

David, el homenajeado no tardó en aparecer. Héctor lo abrazó, conversaron breves instantes y le entregó el regalo, que era la reserva de un fin de semana en un hotel de Marbella, con el acompañante que él eligiera. David sonrió al leer las reservas y volvió a abrazar a su amigo.

La música sonaba y apenas podía escucharlos, tampoco estaba interesada en lo que pudieran hablar. Miró a su alrededor y curiosos apartaron la mirada de ella. Entre ellos pudo ver una melena rubia platino, tan lisa y recta que parecía una cortina, cortada con asombrosa perfección a la altura de los hombros.

*Luz.*

Era incómodo encontrarla allí. Aquella mujer y Héctor follaban juntos escaso tiempo atrás, demasiado escaso. Su pecho recibió un latigazo inesperado. Martina bajó la cabeza.

*Mierda, ¿qué es esto ahora?*

No debería sentir nada al respecto. Lo había hablado con la abuela Lola decenas de veces, los celos eran signos de debilidad, inseguridad, complejos, no iban con su personalidad. La reacción le cogió tan desprevenida que los nervios se apoderaron físicamente de ella.

Héctor seguía hablando con su amigo, ajeno a todo lo que estaba experimentando Martina, y prefería que siguiera así, le daba verdadera vergüenza que lo notara.

*¿Por qué?*

El grupo seguía pendiente de ella. A pesar deser más alta que la mayoría, se sentía pequeña, idiota. Miró a Héctor de reojo, quería salir corriendo y marcharse de allí. Buscó en su mente la razón de sentirse así, quizás al no conocer a nadie, a que esa gente que veía nada tenían que ver con su círculo cercano, a que no estuviesen sus amigas ni nadie de confianza. Quizás porque sabía la atención que despertaba por acompañar a Héctor, porque quizás intuyeran las intenciones de Héctor con ella, sea como fuera, la realidad era que estaba incómoda, temblorosa y con ganas de huir.

Héctor por fin reparó en ella.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Martina guardó silencio.

*Me miran todos, hay ahí una mujer que ha tenido orgasmos contigo, me tiemblan las rodillas y tengo ganas de tirarme un pedo. No, no estoy bien.*

—¿Qué te pasa? —insistió.

Martina entornó los ojos y apoyó la espalda en una columna.

Héctor se acercó más a ella.

*La pena es que a pesar de todo esto, sigo igual de sincera.* —Me miran, llevamos aquí más de quince minutos y aún me siguen mirando —le soltaba y Héctor rió—. Y hay ahí una chica rubia que ahora ha comprobado por qué no le coges el teléfono. Miran, murmuran y vuelven a mirar. Esto es como una extensión de la oficina.

Héctor parecía divertido con sus palabras, pero Martina no mostró un ápice de ironía así que él dejó de reír en cuanto comprobó que lo decía en serio.

Héctor reaccionó ante el verdadero significado de las palabras de Martina y le cogió la cara.

—Eres preciosa, cómo no van a mirarte —le dijo.

*Si no me temblaran las piernas me agacharía a recoger mis bragas. Pero tus cumplidos no bastan para hacerme sentir mejor.*

Héctor rozó su frente contra la de ella. Luego acercó la boca a su oído.

—No estaremos mucho tiempo —le dijo y la besó.

Héctor se retiró de ella y Martina miró a su alrededor. Era realmente incómodo sentirse observada de aquella manera e intuyó que en el momento en el que en el trabajo se enteraran, sería algo similar. Resopló.

Siguió a Héctor, ya volvía a sentir las piernas. Gracias a dios se estaba acostumbrando rápido a la situación. Pasaron cerca de Luz, pudo observar como Héctor la saludó de lejos, con un gesto.

*Tiene que ser humillante para ella.*

Una parte de Martina ardía, pero la otra se lamentaba por Luz y por la forma en la que Héctor la había tratado. Soltó a Héctor de manera inconsciente y este se volvió hacia ella. Martina lo miró a los ojos. Le encantaba aquel hombre pero representaba todo lo que ella detestaba. Su mitad orgullosa feminista comenzaba a invadir su cuerpo. Se acercó al oido de Héctor.

—Tienes que hablar con ella —le dijo.

Héctor arqueó las cejas.

—No tengo que hablar nada con ella y menos hoy —le respondió él.

—Claro que tienes que hacerlo —le replicó Martina.

Héctor levantó ambas manos.

—No le he hecho nada porque no teníamos nada…si tuviera que hablar con todas las que…

—¿Me harás lo mismo a mí?

Héctor se sobresaltó.

—Ya te he dicho que contigo es diferente —contestó él.

—¿Por qué? —le preguntó ella enseguida. Martina estaba consiguiendo sacarlo de quicio.

Héctor miró hacia un lado, luego volvió a mirarla a ella.

—Porque de ti me estoy enamorando.

*Mierda. Ahora sí que acabas de tumbar todo lo que iba a decirte.*

Tomó aire intentando de digerir lo que acababa de decirle Héctor y lo que le producía en su interior.

—Ella no tiene la culpa de eso —le dijo sin embargo, intentando ignorar la declaración de

Héctor y ante el asombro de él—. Las mujeres no somos de primera clase ni de segunda clase para que nos trates según tu interpretación, tu valoración o tus sentimientos.

Héctor frunció el ceño, ofendido o enfadado, no supo identificar su expresión. Pero el pecho de Martina ardía como solía arderle en el trabajo cuando algo no estaba bien según su manera de pensar.

—Somos iguales y tú debes de actuar igual con todas —continuó—. Como un imbécil o como un caballero. Tú decides.

Las aletas de la nariz de Héctor se abrieron y lo notó apretar la mandíbula. Estaba enfadado, no tenía dudas que había conseguido herirle, por su pasividad ante su confesión de que estaba enamorado y por su ataque feminista sin piedad. Una parte de ella se sentía orgullosa de haberlo hecho a pesar de que él se lo había puesto difícil y estaba segura de que la abuela Lola también estaría orgullosa. Lo tenía completamente contrariado, así que decidió que era el momento de darle el margen a él y la oportunidad a ella misma de también sincerarse sobre su otra mitad que se derretía por él. Se inclinó hacia Héctor para hablarle al oído.

—Que sepas que yo también —añadió.

Se retiró para verle la cara. Con sus palabras consiguió difuminarle el enfado porque él enseguida le rodeó la cintura.

*Me encanta que esos aires engreídos se le pasen tan pronto.*

—Piensas darme lecciones en todos los sentidos, ¿no? —protestó él.

Ella negó con la cabeza.

—Solo intento mejorarte —apretó con el dedo índice el pecho de Héctor—. Y esto también mejorará.

Héctor frunció el ceño. Martina sonrió. Él nunca le había dicho abiertamente lo de sus crisis.

—He visto las pastillas en tu casa, mi padre lleva años tomándolas —confesó ella.

Héctor la apretó contra él.

—Ya lo estás mejorando —respondió él—. Lo mejoras como no te imaginas.

Martina le cogió la cara. Recordó su discusión con Héctor en el despacho y lo tensos que tenía los músculos de la cara. Ahora su expresión era relajada. Héctor le besó la mano con la que lo acariciaba.

Él cerró los ojos y apoyó su frente en la de Martina.

—Esto es perfecto —añadió y Martina se estremeció.

Héctor siguió rozando su frente por el rostro de ella hasta llegar hasta su oído.

—Te quiero —le dijo él.

Martina se paralizó.

*Tendría que haber venido directamente sin bragas hoy.*

No lo esperaba tan pronto, lo miró con cara de imbécil. Pero recordó que comenzó echando una reprimenda feminista a Héctor y no pensaba dejarse engatusar aunque sus piernas estuviesen levitando.

—Sabes que lo que te he dicho es lo correcto —le dijo retirándose de él y dándole la espalda —. Así que hazlo.

Se alejó dejándolo solo.

No sabía a dónde acudir. No podía sentarse entre gente que no conocía. No lo había meditado. Quedarse sola allí en medio mientras Héctor hablaba con lo que hubiese sido para él Luz, no le hacía gracia. Vio a Ilde y se detuvo junto a él.

—¿Y Héctor? —le preguntó y ella señaló tras de sí. Supuso que Héctor ya estaba junto a la rubia, no quiso ni mirar. No era capaz de hacerlo—. Voy a presentarte a todos.

Martina se lo agradeció

# Héctor

—Me he comportado como un imbécil, tendría que habértelo dicho al menos —acabó su discurso ante la mirada altiva de luz.

—Me enteré por otras vías —le respondió ella—. Demasiado joven, ¿no?

Héctor miró de reojo a Martina. Parecía estar integrada junto a Ilde en un grupo.

—Te sorprendería —le responndió él con una sonrisa.

—Ya me sorprende —la voz de Luz sonaba irónica—. De todos modos ya me di cuenta aquella noche de que algo pasaba con ella.

Luz entornó los ojos hacia Héctor.

—¿Y Erica? —preguntó ella y Héctor se sobresaltó—. ¿Qué crees que hará ella cuando se entere?

—Ella no es ya parte de mi vida.

—Se está encargando de ser parte de tu vida, para siempre.

—No va a afectar nada —replicó él.

—¿Llevarás a Martina a su boda con tu primo?

—No pienso ir a esa boda.

—No serás bienvenido, supongo —decía Luz mientras Héctor recibía una punzada en el pecho, la ansiedad comenzaba.

Héctor miró hacia otro lado.

—Cuando ella antes lo sepa, mejor —continuó Luz señalando a Martina.

Héctor apretó los dientes y su mandíbula se movió. Su pecho se aceleró y notó las pulsaciones al límite.

—Me dijo que estabas intentando parar esa boda —continuó Luz.

—Por una vez no miente —respondió él—. Pero lo hago por él. No sabe dónde va a meterse.

—No lo culpes, tú estuviste ciego en su momento también.

—Me duró poco —Héctor hizo una mueca.

Luz lo acompaño en la mueca, luego miró a Martina.

—Vuelve con ella ya —le dijo Luz—. A ver si va a molestarse.

—¿Molestarse? No la conoces —Héctor volvió a mirar a Martina y sonrió.

Dio un paso atrás para apartarse de Luz.

—No le importa en absoluto—. se giró y se dirigió hacia Martina.

Llegó hasta ella y la abrazó por detrás inclinándose hacia su oído.

—Solucionado. No soy un imbécil —le dijo.

Martina rió.

—Me alegra escuchar eso —le respondió ella.

# Martina

Aún solucionado lo de Luz todavía podía comprobar que no era bien recibida por parte de las féminas de aquél grupo. Y para su sorpresa, Luz no era la que peor la miraba. Una vez inmersa en el grupo de amigos de Héctor pudo comprobar como el ambiente de la oficina solo era el preámbulo de lo que realmente rodeaba a Héctor. Viendo tal paronama hasta dudaba de cómo había podido conquistar a un hombre que podía tenerlo todo.

Lo miró de reojo, él no dejaba de atenderla sin e mbargo. En cuanto a lo que solía decir la abuela Lola de que estuviese pendiente del sitio que él le daba, no tenía dudas, podría decirse que la estaba situando en un trono.

El homenajea do cumpleañero se acercó a ellos, aunque se dirigió a Héctor.

—Solo una más, nos vamos pronto —le decía Héctor.

—¿Tu novia qué toma? —oyó decir a David.

Martina miró hacia otro lado incómoda aunque intrigada y atenta por la respuesta de Héctor.

*Solo llevamos dos semanas. No procede esa palabra.*

Sin embargo Héctor no dijo nada al respecto y se limitó a responder la bebida preferida de Martina mientras la apretaba contra él.

Ella lo miró, él sonreía y pudo apreciar algo en sus ojos. Lo veía feliz, tranquilo, como no solía verlo en la oficina poco más de dos semanas atrás.

*Esto no puede estar* pasando.

Era tan poco creíble que un hombre como él se estuviera enamorando tan rápido. Martina le acarició la cara, ya se había acostumbrado a él como algo más cercano que un jefe y ahora lo raro era mantener distancias en el trabajo.

David llegó con las copas. Le ofreció a Martina la suya.

—Me alegro de verte por aquí —le dijo y luego miró a Héctor de reojo—. No te puedes hacer una idea de la que nos ha dado contigo.

Pudo ver cómo el propio Héctor enrojecía mientras reía.

—Te expiaba el instagram en nuestras vacaciones, que lo sepas —añadió.

Martina miró a Héctor con picaresca.

—Dice la verdad —confesó él Martina tomó aire. Esperó a que David se marchara.

—Yo también lo hacía, así que no te preocupes —se sinceró ella y Héctor frunció el ceño sorprendido.

—Desde el primer día —Martina hizo una ademán con la mano quitándole importancia.

—Lo disimulabas bien desde luego —entornó los ojos hacia ella—. Y aún así no me diste ninguna facilidad.

Martina chocó su cuerpo contra el de él.

—Eso no merece ninguna impunidad —lo miró a los ojos, él se acercó a ella para besarla. Martina se retiró impidiendo el beso—. Es curioso…ahora le llamas más la atención tú, a tus amigos, que yo.

Héctor miró a su alrededor para comprobarlo.

—¿Por qué? —preguntó Martina. Héctor se encogió de hombros. —Me verán cara de imbécil —respondió él y ella rió —¿la tengo? La besó en el hombro y luego dirigió los labios hacia el

oído de Martina.

—Nos vamos —añadió.

# Martina

Ya eran vísperas de Navidad y Martina ultimaba los detalles de la cena de empresa y los regalos. Aunque Héctor había sido generoso con el presupuesto, para llevar a cabo lo que tenía en mente, había tenido que negociar y hasta subastar entre varios anfitriones el evento.

Le había salido mejor de lo que esperaba, así que sabía que todos los empleados estarían más que satisfechos, tanto con la fiesta como con los regalos de Navidad.

Levantó la vista para mirar a Coral , que estaba en su mesa trabajando. Sabía que todas aquellas personas que estaban en su contra en la empresa, que cada vez eran más, el maravilloso homenaje hacia los empleados les sentaría como un tiro, al ser ella la artífice, aunque lo hubiese pagado Héctor.

Eli había sido tan silenciosa que hasta la asustó al llegar hasta ella. —Hora del descanso, amor —le dijo con una sonrisa.

Martina miró hacia su alrededor, faltaba Luisa, Luna y el resto. —Ahora vienen —añadió Eli.

Martina se levantó del asiento y la siguió. Miró de reojo el despacho de Héctor. Carmen llevaba tiempo dentro y Rogelio aún más. Supuso que algo pasaba y temía que algún nuevo problema mermara la sorprendente mejoría de las crisis de Héctor. Algo en lo que le había ayudado de sobremanera. Alguna vez lo acompañó en la terapia y la propia terapeuta le dio la enhorabuena por el buen trabajo que venía realizando con él. Pero ella realmente no hacía nada especial, simplemente permanecía a su lado las horas que no trabajaban y en el trabajo intentaba solucionar cada problema que surgiera que estuviera en su mano arreglar, fuese del departamento que fuera.

Salió de la nave junto a Eli. Veía algo extraño con ella, o era casualidad que salieran solas de allí, que Eli no hubiese esperado al resto. Algo quería decirle y Martina supuso lo que era. Eli era la más cercana a Héctor allí dentro, demasiado había tardado en darse cuenta, ya llevaban casi tres meses juntos, demasiado juntos.

Héctor, en sus redes había puesto alguna foto que mostaraba que ya no estaba solo. El día que hicieron un mes, una rosa solitaria, a los dos meses fueron dos, y si seguían así, en un año no le cabrían las rosas en su habitación. Alguna vez puso alguna foto de algún objeto de Martina en su casa, como unas zapatillas femeninas o una plancha de pelo en el baño. Toda la oficina sabía que el jefe tenía una relación.

Eli sacó su teléfono y se lo mostró a Martina. En la foto aparecía una encimera de mármol que Martina reconoció como la del baño de Héctor. Sobre ella un cepillo facial de silicona rosa, una esfera con una luz que ella solía usar para mascarillas de nueva tecnología, una plancha y un rizador de pelo blancos metalizados, junto a un neceser repleto de cosas. A pie de foto; “Extraños y misteriosos objetos en mi baño”.

Hacía un par de semanas de aquella foto y Martina recordó la cantidad de risas y comentarios que provocó.

—¿Desde cuándo? —le preguntó Eli.

Su compañera la miró con picaresca. Martina hizo un ademán con la mano como si fuera un absurdo. Pero Eli intensificó su mirada.

—No te hagas la tonta —le dijo—. Te vi en una foto del móvil personal de Héctor. Estabas

muy guapa, por cierto.

Martina frunció el ceño.

—No se lo he dicho a nadie —añadió—. Pero era algo que se veía venir… desde… casi el principio.

Martina bajó la cabeza.

—Y me encanta la idea —Eli sonrió—. Y estoy deseando de que se enteren todos.

Martina se sobresaltó al oírla.

—Tranquila, por mí no van a enterarse —la chica la miró curiosa—. ¿Fue en esos paseos de trabajo a las tiendas?

Martina frunció lévemente el ceño.

—Fue en París —respondió y Eli abrió la boca sorprendida.

—Es una historia larga...

Entraron en la cafetería. Martina cambió de conversación enseguida en cuanto vio a Diana desayunando con Coral. Ambas les lanzaron un saludo con poca cordialidad.

—¿Ya tienes todo acabado para el viernes? —le preguntó Coral a Martina.

—Todo —respondió Martina sentándose en otra mesa.

—¿Y tú, Martina? —preguntó Diana. Martina levantó la cabeza hacia Diana. —¿Estarás en la mesa de empleados o en la de directiva? —oyó la risa de Coral.

Martina tomó aire intentando no alterarse.

—No hay mesa de directiva —le respondió—. Podéis sentaros donde os parezca.

Coral y Diana se miraron. Era una de sus propuestas a Héctor. Por lo general en las cenas, Héctor se sentaba con los directivos y encargados de tienda, pero esta vez Martina propuso una distribución casual. Que no hubiese distinciones entre ellos.

Carmen y un grupo de empleados llegaron y en seguida ocuparon asientos en la mesa de Coral y Diana.

—¿Sabéis que este año no habrá mesa de directiva? —les dijo Coral en seguida—. Habrá que estar allí una hora antes para coger buen sitio.

Se oyeron risas.

—Eli, para ser tu primer año en lugar selecto, cambian las costumbres —le dijo Diana—. Qué mala suerte, ¿no?

Eli negó con la cabeza.

—Estaré con mis compañeras y amigas, lo pasaré bien igualmente.

Martina sonrió.

Carmen y los últimos en llegar se fueron a la barra a pedir.

—Aunque pensándolo bien, ahora Héctor puede sentarse en cualquier lugar —añadió Coral y se escucharon gritos y risas.

—Martina, irás con tiempo supongo —le dijo Diana.

—Pues ya va tarde —intervino Carmen.

Se oyeron más risas.

Luisa y el resto llegaron y miraban a unos y a otros intentando encontrar el hilo. La cara de Luna reflejaba el temor a nuevos problemas entre compañeras.

Martina miró de reojo a las arpías. Carmen se sentaba satisfecha en la mesa con su plato del desayuno y el café.

—Quizás haya sido esa la idea —decía Diana—, bien jugado como siempre, Martina.

Las risas fueron menos audibles.

Martina tomó el último sorbo de té y lo dejó sobre la mesa. La mesa contigua estaba llena de

empleados.

—Pero tarde —añadió la recepcionista. Las sonrisas de algunas compañeras hicieron que su interior se encendiera cada vez más. Miraban a Carmen esperando a que ella añadiera algo más, pero Carmen desde un segundo toque de atención por parte de Héctor, no parecía tan valiente. El resto desconocía ese detalle, ella lo ocultó, para beneficio propio según Martina. No quería que nadie supiera en la empresa de que ella ya no era intocable.

—Ella no lo sigue en instagram, así que no se habrá dado cuenta y por eso sigue en su línea —Diana de nuevo la atacaba.

Martina la miró.

—Hago las cosas lo mejor que puedo. La idea de no establecer sillas numeradas fue mía, sí, pero para la comodidad de los empleados. La mayoría de encargados de tiendas prefieren estar con los suyos que al menos se conocen. Ya los consulté y por eso lo decidí —le replicó a Diana —. Puedes sentarte donde quieras el viernes —se levantó—. Y si es lejos de mí, mejor.

Se oyeron risas. Carmen la miró como si estuviera loca cuando pasó por su lado para llevar su plato a la barra y pagar..

*Me sacan de mis casillas y luego soy yo la problemática.*

—Se admiten apuestas de que acaba junto al jefe el viernes —oyó la voz de Diana a los suyos.

Martina colocó el plato en la barra y se fue hacia Diana. Eli la sujetó.

—Tranquila, es imbécil —le susurró.

Carmen se giró hacia ella. Diana también se había levantado.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó a Diana.

—Porque los méritos es esta empresa se sudan —le replicó Diana—. Pero tú aspiras a algo más que a una subida de sueldo, eso lo sabemos todos. Desde que llegaste lo sabemos.

—Os equivocais todos si pensáis eso —quería acabar ya con aquella discusión incómoda.

—Estamos todos expectantes para ver el modelito que llevas a esa cena —Diana sonrió—. Seguro que no nos defraudas.

Carmen pasó tras Martina.

—Demasiado tarde, lleve lo que lleve —murmuró—. Héctor ya tiene otros proyectos.

*Esos proyectos soy yo, capulla.*

—Si quieres que cambiemos de opinión, deja de ponerte en evidencia —aconsejó Diana de manera irónica.

—Deja tú de atacarme —le dijo ella—. Porque también te dejan en evidencia, y ya no sé si lo haces por envidia a lo que hago, pero te hace patética y desesperada.

Héctor entró en la cafetería. El rostro de Eli se iluminó al verlo entrar. Él en seguida dirigió su mirada a Eli, algo que extrañó a Martina.

*Lo ha avisado ella.*

El jefe saludó a todos que en seguida disimularon. Martina y Diana aún estaban una frente a la otra.

Héctor puso la mano en el lumbar de Martina y ese gesto hizo que se sobresaltara. Todos se dieron cuenta del gesto, hasta el propio Héctor quitó la mano enseguida.

*La costumbre, ainsss.*

—Me han llamado para ultimar algunos detalles, les he dicho que mejor lo hablen contigo —le dijo ignorando la rojez de las mejillas de Martina, causas del enfado y después de la vergüenza.

Diana se retiró en seguida.

# Héctor

Estaba en su despacho. L e encantaba el ambiente navideño. Había acordado unas pequeñas vacaciones con Martina de una semana, deseaba comenzar el año con ella, solo con ella. Abrió el sobre con la reserva del vuelo y el hotel, revisó que los datos estaban correctos y volvió a guardarlos.

La cena navideña era aquella misma noche, Martina lo había organizado tal y como acordaron y al parecer había tenido buen criterio. Allí entregarían también los regalos de empresa que Martina había preparado para ellos. Había sido gran administradora y negociadora tanto con salón como con proveedores de los regalos, y con el presupuesto había tenido para ofrecer calidad en ambos calidad y aún así le había sobrado dinero para hacer sorteos, tras la cena, de algunos premios más. Por esa parte, su mitad jefe estaba realmente orgulloso. Ahora y después del tiempo que llevaban juntos no solo la sentía como una empleada, sino como una compañera que pronto le podría ayudar a llevar tan intensa carga.

Alicia entró al despacho.

—Sé que te veo en el almuerzo pero he salido a andar y me encanta daros una vuelta —le dijo al entrar.

—Ha habido movida hoy en la cafetería —dijo él.

—¿Con Carmen?

Héctor negó.

—Diana...

Alicia hizo un ademán con la mano.

—Acabad ya con eso —le dijo Alicia—. Decidlo y callarán.

Héctor se tapó la cara.

—Casi meto la pata hoy —dijo él y Alicia se inclinó hacia él curiosamente divertida—. He agarrado a Martina en la cafetería. Ha sido reflejo, sin querer… —miró a Alicia entre sus dedos.

—¿Y qué?

—Imagínate, se quedaron de piedra y ella… —resopló.

—Estás todo el tiempo junto a ella, los fines de semana convives con ella, lo extraño es mantener la distancia. Meterás la pata más veces.

Héctor bajó la cabeza.

—Después del viaje pensado…bueno…proponerle de Navidad… —decía él—. Había que se viniera a casa —miró a su hermana—, de manera indefinida.

Alicia mostró una amplia sonrisa.

—A veces tienes buenas ideas, y a veces ideas acertadas, esta es mejor que ambas cosas —le respondió y Héctor sonrió también.

—Es poco tiempo, no sé cómo lo verá ella…

—Lo verá bien, idiota.

Alicia se levantó.

—Luego hablamos más detenido. Os esperamos a la hora de siempre, no os entretengais por el camino.

Héctor la vio salir. Desde hacía unas semanas, Martina lo acompañaba en su comida familiar

semanal. Su madre estaba encantada con el nuevo miembro de la familia, según ella, la mujer elegante e inteligente que su hijo necesitaba.

Su móvil personal sonó.

—Héctor —oír aquella voz pronunciar su nombre lo hizo sentir el arrebato de colgar enseguida. Pero sentía curiosidad por saber qué quería Erica aunque ya podía suponerlo.

—¿Qué quieres? —sonó lo menos cordial posible.

—Te llamo por dos cosas —la voz de Erica sonaba autoritaria—. Sigues insistiendo con Tomás para que no se case conmigo. ¿Por qué?

—Sabes el por qué…

—Porque en el fondo te jode que sea él el que se case conmigo.

Héctor rió del absurdo que acababa de oír.

—Deja en paz a tu primo.

—¿Qué lo deje en paz? No lo quieres, todos sabemos lo que pretendes. Ya me amenazaste y lo estás cumpliendo.

—Tu primo ya no quiere ni verte…

—Targiversas las cosas, es normal que no quiera verme. Para él sigo perdidamente enamorado de ti y quiero impedir esa boda. La verdad es muy distinta. Lo hago por él, yo sé de verdad la clase de mujer que eres, que usas a mi primo en mi contra, has creado malestar en mi familia, y todo porque te dejé.

Se hizo silencio. Héctor se dispuso a colgar.

—¿Y Martina?

Héctor emblanqueció, sabía que Erica también la usaría contra él.

—¿Martina? Es demasiado inteligente para ti. A ella no podrás engañarla —le colgó.

Oír el nombre de Martina en la voz de alguien tan malo como Erica hizo que su pecho se acelerara. En el pasado amó a Erica con todas sus fuerzas, completamente ciego a sus malas artes, incluso llegando a pelear con Alicia, la única que supo ver el tipo de ser que era. Estuvo ciego un tiempo, poco tiempo, pero ella casi había logrado separarlo de su familia, de sus amigos, absorberlo, consumirlo...

Martina era ahora el centro de su vida, los más importante, junto a su familia. Desde que comenzaron permanecían juntos el tiempo que no trabajaban, incluyendo los fines de semana, que era ya una costumbre que Martina los pasara en su casa. Ahora Erica amenazaba sin palabras a romper todo aquello.

Nunca le habó a Martina de aquello, ni siquiera se lo nombró. Para él aquello estaba tan lejos ya, que Erica solo era un recuerdo boros y molesto. Gran error por su parte, Erica siempre estaría fastidiando su vida. Se lo prometió cuado lo dejaron y lo estaba cumpliendo.

Le sobrevino el principio de una nueva crisis. Abrió la puerta del despacho. La vio tranquila, sentada en su mesa de trabajo, haciendo lo que siempre hacía, teclear a gran velocidad.

La llamó ante la mirada de todos, y ella sorprendida, obedeció sin mediar palabra. En cuanto ella entró, el cerró la puerta.

—¿Qué te pasa? —le preguntó frunciendo el ceño al verlo tan tenso.

Héctor la miró. Le encantaba cómo el abundante pelo de Martina le caía a ambos lados de la cara. Le gustaba su tacto, su olor. Le rodeó el cuello con la mano hasta llegarle a la nuca. Martina notó la acelerada respiración de Héctor.

—Tengo que contarte algo… —la invitó a sentarse.

Entonces Héctor le contó su pasada relación con Erica. Cómo Alicia le aconsejaba, cómo estuvo un mes sin hablarse con su gemela. También le contó cuando al fin abrió los ojos respecto

a aquella mujer obsesiva y todo lo que estaba haciendo de él. Martina lo miraba con los ojos muy abiertos, intentando digerir tanta información.

—Desde entonces siempre ha intentado estar en mi vida, a cualquier precio. En tres meses se casará con mi primo, ahora mi madre y la mujer de su hermano no se hablan… —se puso la mano en la sien—. Mi primo trabaja para mí, en una de las tiendas.

—Tomás —dijo ella. Héctor la miró sorprendido—. Compartís apellido —se explicó. Ella era la hacedora de las nóminas de aquella empresa.

Martina arqueó las cejas.

—Te cuento esto porque ella ya lo sabe…y…

—¿Me dará un tiro? —su ironía no hizo que Héctor riera y eso la alarmó.

# Martina

Héctor miraba hacia el suel o. Se hizo el silencio en el despacho. —No te preocupes, tu ex es mi menor problema —miró a través de la ventana. Héctor cuidaba que siempre que estaban a solas, las persianillas estuviesen cerradas—. Mis padres ya lo saben.

Héctor levantó la cabeza hacia ella.

—¿Y qué te han dicho? —preguntó aún imaginándose la respuesta.

—Mi madre absolutamente nada…pero mi padre...

Martina le dio la espalda.

—Era lo que yo esperaba, ni más ni menos —añadió ella.

Martina tomó aire.

—Me aconseja dejar la empresa cuanto antes y seguir con mi carrera en otro lugar —le dijo a Héctor- si es que quiero seguir con esto.

Héctor se acercó a ella.

—No —respondió él rotundo—. Te necesito aquí, fuera aparte de lo que halla fuera. Eso no tiene nada que ver.

—Sabes cómo piensa —replicó ella.

—Entonces hablaré con él —dijo decidido y Martina se sobresaltó.

—Ni se te ocurra. No empeores más las cosas… —volvió a mirar por la ventana—. Tengo que salir ya. No puedo estar aquí demasiado tiempo.

—Quiero que lo sepan ya. Quiero que esta noche te sientes a mi lado… —dijo él antes de que ella saliera del despacho.

—Esta noche ocuparé mi sitio, y tú el tuyo —cerró la puerta tras salir.

Se dirigió hacia su asiento y se sentó a trabajar hasta que acabó el turno. Los viernes solía llevarse la maleta en el coche para ir hasta casa de Héctor tras el trabajo y quedarse con él hasta el domingo, a veces hasta el mismo lunes.

Era cierto que le dolía la decepción de su padre y aún más sentía que los males de invierno de la abuela Lola no le permitieran ayudarla con él. De todos modos su padre era testarudo como pocos y veía difícil que cambiara de opinión. Nunca vería bien su relación con Héctor mientras que ella formara parte de la empresa. Aún así, ella hizo su maleta como cada fin de semana, para pasarlo junto al hombre de sus sueños.

En cuanto llegaron al parking subterráneo del bloque, Martina se montó en el coche de Héctor y fueron a casa de la familia de él. Martina había sido bien recibida las escasas veces que había ido allí, y sabía que a Héctor le encantaba tenerlos a todos juntos. Allí podía charlar con Alicia, ponerla al día de los asuntos de la oficina desde otros ojos distintos de ños de sus informadores habituales.

—Estuve un mes sin hablarme con mi hermano por culpa de Erica —le decía mientras amamantaba a su bebé—. Mi hermano, llevo junto a él desde antes de nacer y ella nos separó.

Martina permanecía en silencio.

—Ella lo quería todo de él, su vida, su dinero, absolutamente todo solo para ella —continuaba —. Dudo hasta que lo quisiera a él realmente.

—A su forma seguro que sí —respondió Martina dándole una gasa para que limpiara a la

niña.

Alicia la miró contrariada.

—No encontrarás persona peor que ella —rió para sí—. Al principio casi me engaña. Carmen también la detestaba pero Carmen detesta a todo el mundo que pueda atraerle a mi hermano.

Martina arqueó las cejas.

—Carmen lleva enamorada de mi hermano toda la vida —le confirmó—. ¿No lo notas?

Martina prefirió callar.

—Deberíais hacerlo ya —le dijo Alicia—. Esta noche. Siéntate junto a él. Es la única forma de que paren.

—O que empiecen una guerra peor.

Alicia negó con la cabeza.

—Sé que esta semana has tenido otra bronca —le dijo Alicia—. Con Diana —Martina sonrió negando con la cabeza. Alicia la miro de reojo.

—Hablan a tus espaldas, aprovechan la mínima para faltarte, ¿de verdad de que no tienes ganas de que se enteren que eres la novia del jefe? Debe de ser un golpe épico.

Martina frunció el ceño.

—Yo no lo veo así...

Héctor entró en la habitación.

—No hables alto que con tu voz siempre se despierta —le advirtió su hermana.

Héctor miró al bebé sonriendo.

—Esta se parece a mí más que a ti —le dijo a su hermana y Alicia también sonrió.

—No se parece a ti —protestó ella—. Y espero que los tuyos se parezcan todos a Martina.

Martina bajó la cabeza enseguida. Alicia la miró divertida, Héctor la empujó con el hombro.

—No creo que Martina a sus años piense en nada de eso —dijo él intentando de suavizar la incomodidad de Martina.

—Pues debería —Alicia sonreía con malicia—. ¿Embarazada la atacarían en la oficina? Sería como un escudo.

Martina tuvo que reír.

—Piénsalo —la ironía de Alicia hizo que Héctor también riera.

Se hizo el silencio pero la bebé volvió a despertarse y Alicia le metió el pezón en la boca de inmediato.

—Esta noche estaré con vosotros —hizo una mueca—, se me permiten dos horas sin niña. Así que sube ya una maldita foto de Martina a tu instagram y que hoy se siente a tu lado. Callad bocas de una vez.

Martina y Héctor se miraron. Martina sabía que Héctor estaba deseando. Se encogió de hombros.

—Es el único momento del año en el que toda la plantilla está junta —añadió Alicia—. Y yo quiero estar para verles las caras. Por favor. ¡Tiene que ser hoy!

Martina rió, Héctor ya estaba sacando su móvil.

—¿Puedo? —le preguntó a Martina.

Ella suspiró.

—Mi vida va a ser un infierno.

Héctor rió. Eligió su foto preferida con Martina. Una que se habían hecho en su casa. Estaban sentados sobre la cama, él detrás de ella. Una foto que desde que se la tomaron sabía que era la que sería el anuncio de su relación para todos.

“Existe y la encontré” escribió.

—No hay vuelta atrás —advirtió antes de pulsar. Martina no se lo impidió y Alicia sonreía satisfecha —Ahí va.

—Espera —le pidió Martina—. Esta noche.

Alicia miró a Héctor con malicia.

—Así podré ver las caras en directo —a Alicia le encantó la idea—. ¿Sabes por qué a mi hermano le encantaría decirlo antes de esta noche? —Héctor bajó la cabeza riendo—. Porque no quiere ver cómo hoy los empleados solteros te tiran los trastos. Contigo es tremendamente celoso.

Martina rió. Héctor la rodeó con los brazos.

—Para no tener que aguantar a moscones a tu alrededor en su presencia —añadió Alicia.

Héctor negaba con la cabeza resignado a que se rieran de él.

—No soy así —se defendió.

—Siiiiiii —decía Alicia.

Martina lo miró con las cejas arqueadas.

—¿Todavía te molesta? —le preguntó.

Héctor hizo una mueca.

—Intento que no… —la risa de Alicia aumentó—. Un imbécil, vale, lo soy.

Volvieron a casa para ducharse y vestirse para la noche. Martina se movía por la casa de Héctor con la misma comodidad y confianza que lo hacía por su casa. Ya sabía dónde estaba cada cosa, e incluso había invadido el vestidor de Héctor con cosas que ya ni siquiera se llevaba a casa. Si era sincera consigo misma, tenía que reconocer que cada vez le costaba más volver a hacer las maletas y marcharse de allí.

Por una vez había terminado antes que él y se sentó en el sofá a esperarlo, mientras miraba su móvil.

Héctor apareció en el pasillo, con un traje de negro con algo de brillo que le sentaba mejor que a muchos modelos de las revistas. Estaba realmente guapo y Martina dejó caer su cuerpo sobre el de él. Ella también había elegido el color negro, un traje ceñido hasta la rodilla con un generoso escote, atrevido pero elegante.

—Preciosa —le dijo él.

—Solo un poco más que tú —bromeó ella.

Tenían que ser los primeros en llegar, pero Alicia y Rogelio lo hicieron algo antes.

—Guauuuu—. les dijo Alicia en cuanto los vio. Se acercó a Martina para susurrarle—. ¿Lo tiene preparado?

Martina rió.

—Nadie va a mirar el movil durante la cena —le dijo ella.

—Seguro que alguien lo hace, y con que lo haga uno, todos se enteran.

Los encargados le abrieron la puerta y volvieron a cerrarla. El decorado navideño ideado por Martina era maravilloso.

—Vaya fiestón nos has preparado —le dijo Alicia, —Agradéceselo a tu hermano —le respondió ella—. Con ese presupuesto no era difícil.

Ambas rieron.

—Ven con nosotros —le dijo Alicia colgando su bolso en una de las mesas.

Martina los miró a los tres desde otra mesa.

—Es mejor que no —le dijo ante la decepción de Héctor.

—Ya da igual, Martina —le dijo él enseguida.

Martina lo miró.

—Déjame despedirme de mi antigua situación. La última vez… —le pidió ella.

Alicia se pegó a su hermano.

—¿Eres capaz de decirle que no a algo? —le preguntó a Héctor con ironía.

—No —respondió él y ella rió.

Los encargados del salón se acercaron.

—¿Está bien el volúmen de la música? —preguntaron.

Otro hombre se acercó desde la puerta.

—Cuando digáis, abrimos las puertas.

Héctor y Martina se miraron, ella le guiñó un ojo. Héctor asintió al hombre y al momento los empleados comenzaron a entrar. Saludaban a Héctor y a Alicia. Martina buscaba con la mirada a Eli, no tardó en verla. Alargó su mano hacia ella y la apretó en un abrazo.

—Estás guapísima —le dijo. Siéntate, coge sitio para el resto.

Martina estaba de espaldas a la mesa de Héctor, aunque era justo la mesa de al lado, no quería mirar. Vio entrar a Carmen embutida en un vestido rojo muy llamativo que más que hacerla elegante, la hacía hortera y hasta ridícula. Coral y Diana llevaban mejor atuendo, también excesivamente festivo, pero al menos con mejor porte.

Seguían entrando empleados y Martina notaba cómo acaparaba algunas miradas. Quizás su escote, su ceñido vestido o que ella hubiese sido la artífice de la fiesta. Pero sabía que eso no era nada comparado con lo que vendría después, cuando Héctor finalmente subiera la foto que tenía preparada en sus redes. Solo de pensarlo le temblaban las rodillas. Estaba tan nerviosa que no vio a Luisa acercarse y se sobresaltó. Se sentó a su otro lado, Luisa olía realmente bien, no terminaría la cena sin preguntarle qué perfume llevaba.

—Es como una extensión de la cafetería —dijo Luna en cuanto llegó, mirando hacia la mesa de las arpías. Ellas por supuesto se habían sentado en la mesa de Héctor, junto al resto de palmeros y pelotas.

Martina notó su móvil vibrar.

“Estoy en primera fila” le había escrito Alicia.

Martina en seguida le respondió.

“No me pongas más nerviosa. Me va a dar algo”.

Las mesas pronto se llenaron y Martina no tardó en entablar conversación con sus acompañantes de mesa pero sin dejar de pensar en la mesa a su espalda, en las risas y en el momento que Héctor decidiera subir la foto. Por lo que había podido ver, Héctor tan solo había subido de momento fotos de la fiesta, de su mesa, en las que ella aparecía de espaldas en un segundo plano, perdida entre más personas.

La cena acabó y llegó el postre. Sintió la cálida mano de Héctor sobre su hombro, pudo ver de reojo la sonrisa de Eli.

—Ven conmigo —le dijo él.

Martina miró su tarta Ferrero con ojos de cordero y luego a Héctor. Este rió entendiendo su gesto. Luisa y Luna estaban perplejas mirando a uno y a otro, Héctor no apartaba la mano del hombro de Martina y hasta hizo un leve movimiento de caricia.

Martina arqueó las cejas y finalmente te levantó.

—Mejor damos los regalos ahora, cuando comience la barra libre nadie echará cuenta —rió él.

—Podrías haber esperado que terminara el postre —le reprendió ella. Pasaron de largo la mesa de las arpías. Alicia sonreía mirándolos, Coral, Carmen y Diana no tanto, ni siquiera ningún palmero que los acompañaba parecía sonreír a la escena.

Salieron del salón, las bolsas de regalo estaban en unas bandejas con ruedas que usaban para las gigantescas tartas de bodas. Héctor aprovechó el momento para rodear con los brazos a Martina y besarla.

—Me han preguntado hoy por la dueña de los objetos femeninos de mis fotos demasiadas veces —le dijo—. Y me hubiese encantado decir que estabas ahí mismo, en la mesa de al lado.

Uno de los camareros salió del salón y los miró sorprendido. Martina rió.

—El jefe liado con una empleada —dijo ella en un susurro—. Menudo chisme...

Héctor la acompañó en la risa.

Cada uno agarró un carro y lo empujaron hasta regresar al salón. Se oyeron susurros y algún silbido. Nadie sabía qué había dentro de las bolsas, pero a todo el mundo pareció gustarle. Comenzó el reparto. Era Héctor el encargado de repartir, Martina tan solo iba tras él facilitándole cada bolsa. Gracias a su visitas mensuales a las tiendas, Martina conocía casi la totalidad de la plantilla, al menos de vista. Llegaron hasta la mesa de sus compañeras cercanas y por último a la de las arpías, que agradecieron el gesto y en seguida comenzaron a escudriñar qué había en su interior.

Martina sonrió al verlos sacar unas papeletas, lo mejor estaba por llegar. Entre los sorteos que había preparado, un añadido al regalo navideño, había un viaje para el empleado afortunado y un acompañante. Un viaje a París, por supuesto, como no podía ser de otra manera, de tres noches.

Los camareros retiraron las bandejas de ruedas vacías. Héctor se inclinó hacia Martina, se acercó tanto a ella que ella pensó que haría algo más que hablarle.

—Puedes seguir —le dijo.

Martina miró su mesa.

—Mi postre ha desaparecido —le respondió ella. Héctor sonrió.

—Eso tiene arreglo —llamó con la mano a un camarero. Casualmente era el mismo que los había visto fuera del salón.

—¿Podría traer el trozo de tarta más grande que encuentre para esta dama? —le preguntó.

El camarero asintió y se fue intentando disimular la sonrisa.

Héctor volvió a dirigirse hacia Martina.

—Ahora dime, ¿lo hago ya? —le preguntó. Estaba demasiado cerca, Martina sabía que más de una mesa estaba pendiente de ellos. Héctor no perdía de vista sus labios—. Porque estoy a punto de cambiar de plan y hacerlo más visual.

El camarero llegó con una porción de tarta enorme. Héctor la cogió y se la dio a Martina.

—Me voy a mi mesa —le dio la espalda, huyendo del jefe, que no dejaba de sonreír.

Martina se sentó en su mesa de nuevo. Todos comentaban los regalos, halagando el acierto de Martina.

—Dadle las gracias a él —respondió ella señalando con la cuchara a su espalda.

Eli entornó los ojos hacia ella.

—Héctor no disimula —le dijo Eli en un susurro—. Se van a dar cuenta todos.

—Eso ya no importa —le respondió ella mientras volvía a engullir otra cucharada enorme de la tierna tarta de chocolate. Eli se inclinó hacia ella riendo y la empujó—. ¿En serio? Va a ser la leche cuando estas se enteren.

Eli siguió riendo para sí mientras Martina comía. Luisa se inclinó hacia ella por el otro lado.

—Creo…no, estoy convencida de que el jefe está realmente fascinado contigo…en todos los sentidos —miró hacia la otra mesa, tras Martina—, en todos los sentidos...

Luisa frunció el ceño, luego miró a Martina. Ella no le respondió. Cogió su móvil.

“Ahora”

Sintió un gran cosquilleo en su estómago. Entró en su aplicación. Héctor no lo sabía, pero ella iba a subir la misma foto que él y en la medida que pudiera, al mismo tiempo. No lo meditó, le dio a enviar. Lo primero que se le vino a su cabeza era que tenía suerte de que no hubiese un botón de "no me gusta" porque su padre sería el primero en pulsarlo al ver la foto. Pero sin embargo, fue la abuela Lola la primera en darle un corazón.

"Que seáis muy felices"

Martina marcó su propia publicación para que ocupara toda la pantalla y la puso en la mesa frente a Luisa. Esta miró el móvil de Martina contrariada. Su boca se abrió enorme y casi dio un grito. Luego miro a Martina.

—¿En serio? —sin cerrar la boca miró hacia la mesa de Héctor, luego rió—. No me lo puedo creer…bueno, después de lo de antes sí me lo creo...

Las piernas de Martina temblaban, pero Luisa se veía nerviosa también y Martina desconocía si la razón era que hasta la propia Luisa había sentido algo alguna vez por el jefe, aunque fuese algo platónico.

Martina guardó el móvil y esperó impaciente la reacción del resto. —Ni una palabra —les advirtió a Eli y Luisa.

Ambas rieron. Él hilo musical se cortó. Comenzaba la fiesta y la barra libre.

Martina miró hacia su alrededor. Su móvil no dejaba de vibrar, varias aplicaciones echarían fuego, todo el mundo comentaba. A su alrededor comenzó a sentir cada vez más miradas, sabía que con que tan solo uno hubiese visto la foto, la voz de iría corriendo a gran velocidad.

*Madre mía.*

Ni siquiera se atrevía a mirar tras ella, a la mesa de Héctor. Sintió una mano en el hombro de nuevo, pero no era la de Héctor, era la de la encargada de una de las tiendas.

—Felicidades —le dijo—. Me alegro por vosotros.

Luna miraba a unos y a otros sin entender el por qué se comenzaba a formar un revuelo alrededor del jefe, de personas que no dejaban de mirar a Martina.

Luisa le dio un codazo a Luna.

—La misteriosa novia del jefe —le dijo Luisa a Luna—, es Martina.

Luna abrió la boca tanto como lo había hecho Luisa. Luego comenzó a reír y no perdió tiempo en mirar hacia las arpías.

—Se van a joder un rato —dijo Luna sin parar de reír.

Martna le pasó el brazo a Eli por los hombros y la abrazó.

—Eres una compañera maravillosa —le dijo a Eli—. Héctor tiene suerte.

—Lo mismo digo, y tanto que tiene suerte —respondió Eli—. Ahora gírate de una vez.

Martina rió. Hizo caso a Eli. Las arpías y los palmeros de "clan Carmen" no podían disimular su sorpresa, decepción, envidia, enfado y las posibles consecuencias de su vejatorio trato hacia Martina. Pero ella no se detuvo en ninguno de ellos, solo en Héctor. Él se encogió de hombros.

*Ya está hecho.*

Entre aquello y decirlo en casa, parte de su peso se liberó. Tomó aire. Vió a Héctor alargar una mano hacia ella para que se acercara. Dio unos pasos hacia él pero mantuvo la distancia. Comenzó a sonar música más festiva, la barra se llenaba y las mesas se vaciaban.

Héctor la agarró del antebrazo y la llevó hasta donde continuaría la fiesta.

—Ahora sí que te miran —le dijo él.

Martina hizo una mueca.

—Me pican hasta las orejas. Tienen que estar poniéndome…

—Deja de pensar eso de una vez —la cortó él. Le acarició la cara—. No puedo besarte delante

de todos, pero ya lo saben. Y estoy convencido de que las cosas cambiarán a mejor.

—¿Qué te ha dicho Carmen? —preguntó ella.

Héctor negó con la cabeza.

—Nada, absolutamente nada —le respondió él.

Martina bajó la cabeza. Él le levantó la cara.

—Ahora disfruta con tus compañeras.

Martina dio un paso atrás para retirarse de él. Lo vio mirarla de abajo a arriba. Le encantaba que Héctor se fijara en ella de aquella manera. Le sonrió antes de darle la espalda.

*Ahora todo el mundo querrá saber. Cuándo, cómo…Mejor voy a tomarme una copa.*

Eli no estaba muy lejos.

—Se le ve muy enamorado —le dijo Eli—. Pero a ti te veo con miedo. Y nunca te he visto con miedo.

Martina bajó la cabeza.

—Esta situación no es fácil para mí...

Alicia la abrazó por detrás.

—Mi tiempo se acaba —dijo—. Pero he pasado una cena maravillosa —se inclinó para besar a Martina, un gesto que Martinia reconoció como usual de su gemelo—. ¿Por qué no es fácil para ti?

Alicia se había enterado de su última frase, pero no era un secreto para la familia de Héctor.

—Sigues siendo igual de válida y de inteligente —añadió Alicia—. Tu padre lo acabará aceptando…y todos estos también.

´Luna llegó hasta ellas. Alicia apartó a Martina de sus compañeras.

—No tienes que avergonzarte por nada —le dijo—. Mi hermano te ama y te puedo asegurar que merecerá la pena las pequeñas dificultades.

La besó en la frente.

—No sé si os veré mañana —se despidió—. Pasadlo bien.

Alicia se alejó y Martina se quedó sola. Volviño a unirse a sus compañeras.

—No esperaba que esto iba a ser tan divertido —decía Luna—. Una fiesta perfecta.

Rieron todas menos Martina. En parte las entendía, el grupo de Carmen era realmente molesto con ellas y tremendamente pelotas de Héctor y se pensaban superiores al resto tan solo por tener a Carmen de su parte. Más numerosos, más influyentes y ahora las tornas cambiaban por completo. El pequeño y limitado grupo de Martina poseía a la joya del jefe.

Martina se encogió de hombros. Vio a las arpías, incluida Carmen hablar con Héctor.

*Preguntas, preguntas…que les den a todas.*

Pudo disfrutar de la noche sin embargo, más de lo que pensaba. Y al cabo de las horas, cuando ya no quedaba nadie en el salón, marchó junto a Héctor hasta su casa.

—Todo ha salido de maravilla —decía él en el taxi camino a su casa.

—Bueno…esperaba que el viaje tocara a alguien cercano —dijo ella ante la sonrisa de Héctor. El viaje fue a parar a uno de los palmeros del otro grupo.

Martina se encogió de hombros.

Llegaron a casa. Martina sacaba de su maleta el pijama. Héctor la observaba.

—¿Es muy molesto andar maleta arriba o abajo? —le preguntó él.

—¿Tú me lo preguntas? —sonrió Martina. Héctor viajaba demasiado.

—Cierto que suelo salir de viaje…quizás eso sea lo unico que me hace dudar, pero por ti...

Martina lo miró si entender.

—Estaba esperando para decírtelo en vacaciones, pero no veo razón para esperar.

Ella frunció el ceño.

—¿Te vendrías a casa conmigo? —preguntó él—. No más maletas…

*No voy a ganar para bragas…*

Abrió la boca para responder pero no le salieron palabras. Y no era porque no quisiera, sino porque le había cogido tan desprevenida que le ardieron hasta las orejas.

—¿Qué me dices? —le insistió.

Martina soltó el pijama en la maleta de nuevo.

—Antes te cansarás de mí.

—Jamás *No pienso ponerme pijama alguno.*

Se bajó la cremallera del vestido.

—Es precipitado —añadió él—, es rápido, pero quiero que sea así. No pienso perder tiempo contigo. Sé lo que quiero, no tengo dudas ¿Las tienes tú?

Martina tomó aire. Negó con la cabeza.

—Después de las vacaciones —respondió ella y Héctor sonrió satisfecho—. Necesito tiempo para traer mis cosas.

—Tienes una flota a tu disposición en el almacén. —el vestido de Martina cayó al suelo. Héctor la abrazó.

La ropa interior de Martina cayó y se perdió camino a la habitación.

# Héctor

El timbre sonaba sin parar. Héctor iba vistiéndose camino a la puerta. Martina también se despertó con la insistencia de quien llamaba.

Héctor abrió la puerta y Tomás no esperó a que lo invitara a entrar.

—No te parto la cara por respeto a tu madre —le inquirió su primo ya en el salón.

Héctor cerró la puerta de la calle. Blanquecino miró a su primo, desconocía la razón de su enfado pero podía deducirlo: Erica.

—¡Déjala de una vez! —le decía Tomás—. Va a casasrse conmigo.

Héctor frunció el entrecejo.

—¿Dejarla qué? —no daba crédito.

Tomás dio un paso hacia él, Héctor retrocedió al ver que su primo estaba completamente fuera de sí.

—¡No lo aceptas! —gritaba—. El triunfador de la familia, el guapo, el rico, el empresario. ¡No lo aceptas! No puedes conseguirlo todo. Héctor dirigió su mirada hacia el pasillo. Martina estaba en pie, aún con cara adormilada, despeinada, con un jersey que reconocía como propio y unos leggins. Miraba a Tomás perpleja por los gritos que daba.

Tomás miró a Martina un instante, luego a Héctor.

—A ella también la engañas. No tienes vergüenza.

Héctor entornó los ojos hacia su primo. Las últimas palabras de su primo encendieron su pecho, y no solo era el comienzo de una nueva crisis.

—Como vuelvas a llamar a Erica te juro que…

# Martina

Aquel joven estaba completamente fuera de sí. Héctor sin embargo parecía mantener la calma. Desconocía quien era él exactamente, pero Erica era el nombre de la ultima novia formal de Héctor, así que él debería de ser Tomás, el primo de Héctor que iba a casarse con ella.

—Yo no he llamado a Erica —le dijo Héctor al joven.

—¿No? —el joven hizo una mueca de risa—. A mí no dejas de llamarme para que cancele esa boda y a ella...

Tomás sacó su móvil. Martina enseguida miró a Héctor, este estaba blanquecino.

—Falso, cínico —decía Tomás levantando el móvil.

Tomás buscó en el dispositivo.

—Sigues insistiendo con Tomás para que no se case conmigo. ¿Por qué? —oyó la voz de una mujer

—Sabes el por qué… —era la voz de Héctor-. Sigo perdidamente enamorado de ti y quiero impeder esa boda.

El alma de Martina cayó y casi puedo oírlo romperse como lo hacía la cristalería antigua que guardaba la abuela Lola cuando caía al suelo.

—Te jode que sea él el que se case conmigo. Deja en paz a tu primo.

—¿Qué lo deje en paz? No lo quieres.

—¿Y Martina? —Se sobresaltó al oír su nombre en la voz de aquella mujer.

—¿Martina? —se oyó la risa de Héctor tras su nombre.

Tomas quitó el audio y miró a Héctor que perman ecía inmóvil. Martina tampoco podía moverse.

—¿Ahora qué tienes que decir? —le reprochó Tomás.

—Esa conversación está manipulada —se defendió él—. Y fue ella quien que me llamó.

Martina comprobó que el cuello de Héctor estaba completamente rojo. Ella tuvo que apoyarse en la pared, le temblaban las piernas.

Tomás la miró.

—A Erica la dejó cuado estaba embarazada y la obligó a abortar —le dijo Tomás.

—¡Eso no es verdad! —replicó Héctor lleno de ira.

—Fui con vosotros la clínica, ¡claro que es verdad!

Héctor levantó las manos.

—¡No fue así!

Tomás negó con la cabeza y dio un paso atrás para alejarse de él.

—Tiene una empresa, dinero y sabe embaucar —se dirigía a Martina—. No encontrará nada más en él.

Miró a Héctor con furia.

—Si vuelves a meterte en medio, te partiré la cara —amenazó a Héctor.

Se marchó dando un portazo.

Martina tenía la respiración acelerada, incluso más que la de Héctor y estaba convencida que a él le estaba comenzando un ataque de ansiedad.

Notaba escozor en la garganta y le brillaban los ojos. Héctor acababa de caerse del pedestal

que había construido para él.

*Precisamente ahora.*

Ahora que llevaba dos meses viviendo en su casa, que comenzaba a hacer comprender a su padre que a pesar de ser su jefe, su relación no era una pantomima entre una empleada trepa. Incluso su círculo laboral estaba ya tranquilo, ya nadie la increpaba en la empresa desde aquella fiesta de Navidad.

Héctor acababa de caer desde la más alta torre de su castillo de sueños.

No podía creerlo. No solo seguía enamorado de su anterior pareja con la que se había comportado como un miserable, sino que también se burlaba de ella misma. No podía dejar de oír en su mente una y otra vez cómo confesaba su amor por aquella mujer, ni la risa de Héctor después de que Erica mencionara su nombre.

Héctor se acercó a ella en seguida.

—Te dije que intentaría algo —le dijo el.

Martina se alejó de él.

—Ni se te ocurra tocarme —le amenazó.

*Te tortearía la cara.*

Héctor emblanqueció.

—¿Vas a creerla? —se extrañó él.

—A ella no, pero a ti sí. Y no hay duda —se repetía una y otra vez en su mente el audio que había escuchado.

—Está manipulado, Martina, desde cualquier aplicación puede manipularse una conversación —intentaba hacerla entrar en razón.

—Las palabras no se manipulan y era tu voz.

Héctor resopló.

—Claro que era mi voz, pero no fue así...

Martina bajó la cabeza.

—¿La obligaste a abortar? —ya no importaba nada, aquello estab roto en mil pedazos, pero quería saber cuan miserable era el hombre que amaba.

—No la obligué, le dije que era lo mejor...

Martina entornó los ojos hacia él.

—No es como piensas —Héctor estaba demasiado alterado—. No iba bien, le dije que lo íbamos a dejar y no sé lo que hizo, o más bien me lo imagino, pero en menos de un mes terminamos y a los pocos días regresó diciéndome lo del embarazo.

Martina arqueó las cejas.

—Lo hizo a posta, ¿entiendes? Sabía que yo no quería seguir con la relación y… —bajó la cabeza—. Dijo que habrían fallado las pastillas.

Levantó la cabeza hacia ella.

—Fuimos a la clínica, es cierto que Tomás nos acompañó, pero solo a informarnos, Erica nunca quiso…¿Cómo iba a querer? Todos sabíamos lo que quería. A la semana abortó de forma natural. No la obligué a nada y si hubiese seguido adelante nunca me hubiese desentendido de nada…

*Es fácil decirlo ahora.*

Martina dio un paso atrás, luego otro.

—Quiero irme de aquí —dijo girándose hacia el pasillo. —Martina, por favor… —la sujetó del brazo.

—Te he dicho que no me toques…

—No, Martina, escúchame —volvió a sujetarla.

—¡Que te apartes de una vez! —le gritó y al fin Héctor la dejó ir. Se apresuró a recoger sus cosas, repartidas entre el vestidor, el

baño y la maleta, casi ni le cabían. Tuvo que coger algunas bolsas que Héctor guardaba en un armario para los zapatos.

*He caído com o una imbécil. Los príncipes no existen, solo existen los capullos. Esos abundan.*

—Martina, por favor —Héctor estaba en el umbral de la puerta del dormitorio—. Habla con Alicia.

—No necesito hablar con nadie.

*Solo necesito a la abuela Lola.*

Ya acabó de preparar las cosas.

—El resto me lo envías a casa, ya conoces la dirección.

—Vale —dijo él aparentemente más tranquilo—. Hablaremos mañana si quieres.

Martina cogió sus maletas y sus bolsas y se puso delante de él.

—No necesito hablar nada ni contigo, ni con nadie —le dijo —El lunes presentaré mi dimisión. Quince días, se quedarán en algo menos si me das las vacaciones que me queden.

Héctor intentó sujetarla. Ella lo esquivó.

—Pon de tu parte para que mis últimos días sean tranquilos, bastante tendré con soportar las mofas de otros —dijo con firmeza a pesar de estar a punto de estallar en sollozos.

Huyó de aquella casa en la que había entrado con tremenda ilusión. Detuvo a Héctor en la puerta del ascensor para que no bajara al coche con ella.

—Se acabó —le dijo con ira, aguantando las lágrimas.

Ni siquiera fue capaz de llegar hasta el coche sin llantos. Metió sus maletas. No fue capaz de regresar a su casa, no hasta que se encontrara mejor o al menos sin llorar. . Se dirigía hacia casa de la abuela Lola. Le envió un audio a su madre, entre sollozos, explicándole su situación y hacia dónde se dirigía y suplicando que se ahorraran reprimendas tipo “todo fue muy precipitado, normal que te saliera mal”. Pidió respeto y ausencia de preguntas. Regresaría a la noche.

Aparcó dejando su coche con las maletas dentro y subió a casa de la abuela. Le abrió su cuidadora, desde hacía mes y medio una señora la acompañaba día y noche. Los inviernos no eran buenos para la abuela, y este último la había resentido más que de costumbre. La abuela Lola se encontraba en el salón, sentada en su sillón, aún tenía el teléfono en la mano. Su madre se había encargado de informarla.

La mujer sonrió al verla.

—Ese jersey es demasiado grande para ti —le dijo enseguida.

Martina arqueó las cejas, luego bajó su cabeza hasta su propia vestimenta. Aún llevaba el jersey de Héctor, la prenda más cercana a ponerse cuando oyó los gritos en el salón.

—A tus padres le suplicas que no pregunten ni hablen contigo de esto y sin embargo vienes a mí a todo lo contrario. Algo han hecho mal contigo.

Martina se sentó en otro sillón junto a ella y se arrimó a la ropa de camilla, demasiado caliente para su gusto.

—Vi a mi nieta marcharse con un joven prometedor. Mi nieta se marchó impecable. Y sin embargo regresa… —la miró de arriba a abajo—, como si hubiese estado en un vertedero ¿Qué ha pasado, niña?

Martina le contó todo a la abuela Lola. Sin embargo la mujer no pareció alarmarse, ni siquiera

sorprenderse en absoluto.

—¿Conoces a esa mujer? —le preguntó la abuela Lola.

Martina negó con la cabeza.

—Solo de oídas —el móvil de Martina sonó. Martina lo miró y seguidamente lo silenció—. Es Alicia.

—Ha salido a echarle un cable a su hermano, es respectable —dijo la mujer.

La abuela Lola intentó erguirse en su sillón.

—A ver, el novio de la chica no es objetivo, seguramente es un pelele así que obvia su testimonio. Repito, ¿conoces a esa mujer?

Martina volvió a negar con la cabeza.

—Solo de oídas.

—¿Conoces a Héctor?

Martina tomó aire.

—Has convivido con él, creo que sí. ¿Quién merece más credibilidad?

Martina guardó silencio.

—No es lógico tu arrebato. Alguien que te ha abierto las puertas de su corazón y de su casa… creo que merece algo más de confianza.

Martina arqueó las cejas. Esperaba que la abuela Lola se pusiera de su parte.

—Eres muy inteligente, pero a veces tienes los arrebatos de la niña consentida que has sido siempre…

—Abuela —se defendió Martina.

La abuela Lola hizo una mueca. —Hay una razón por la que has podido actuar así —continuó la mujer—. Inseguridad, siempre dudaste de él, por lo que sea, razón que únicamente estará dentro de tu cabeza, porque un hombre que no se separa de ti difícilmente te engañe. Esperabas la mínima señal, la que fuese, y ya la tienes.

Puso una mano en el hombro de Martina.

—Es tu decisión, ahora afróntala con la cabeza alta. Yo de ti, ni siquiera presentaría mi dimisión.

—¿Cómo no voy a hacerlo?

—¿De qué tienes miedo?

—De la mofas…

La abuela negó con la cabeza.

—Ya sabes lo que es eso, no le temes. Temes que el tiempo pase, que el tiempo cure y que él siga con su vida.

Martina se sobresaltó.

—Vuelve a casa con tus padres. Lo siento, mi niña, pero hoy en mí no encontrarás consuelo…

La abuela reposó la cabeza en el sillón. —Estoy realmente cansada.

# Héctor

En menos de una semana toda la oficina sabía que Martina y él ya solo eran jefe y empleada. Sabía lo que había fuera a aquellas puertas de su despacho y se sentía afortunado de estar lejano a ello. Había vuelto con un tratamiento de choque contra las crisis y aumentado las visitas al terapeuta, y a su hermana Alicia.

Nadie había conseguido hacer a Martina cambiar de opinión, ni él, ni Alicia, ni siquiera la abuela Lola, con la que llegó a hablar aquella misma semana. Una conversación leve, dada la delicada salud de la anciana, pero una conversación en la que Héctor y la mujer se sinceraron y de la que ambos llegaron al acuerdo de ocultar a Martina de momento su conversación.

Tenía la puerta cerrada con llave. Tenía momentos malos y no quería que nadie lo viera así.

Como no podía ser de otra manera, Martina se mantenía distante respecto a él, y también respecto a sus compañeros. Nadie salvo Rogelio, él y Martina sabían que había presentado su dimisión. Pronto la mujer preciosa que empleaba dejaría de andar por allí y aquello aumentaba aún más su angustia.

Aunque pareciera absurdo, se conformaba con tenerla cerca de él, distante, sin mirarlo, prácticamente sin dirigirle más palabras que las precisas. Ella era la única razón por la que durante aquella mañana volvía cada mañana a la oficina y no se quedaba en casa inflado de tranquilizantes.

En un principio pensó que en cuanto Martina lo meditara, todo quedaría en una discusión sin importancia, pero no era así. Y ahora ya sabiendo que ni siquiera la abuela Lola la había hecho cambiar de opinión, sus esperanzas mermaron hasta convertirse en nada.

Tomó aire, la situación era tan injusta que el pulso no se le normalizaba ni durante el día ni durante la noche. La había llamado y enviado mensajes. Nunca obtuvo respuesta.

# Martina

No sabía si dar por perdidas el resto de pertenencias que tenía aún en casa de Héctor. No pensaba ir a recogerlas y él no se las enviaba. La llenaba de ira el pensar que él aún no creía que iba en serio.

Las cosas en la oficina volvían a cambiar, ahora la ironía y los enfrentamientos regresaron, más explícitos aún que antes.

—Lo intentaste y salió mal —le había llegado a decir Carmen—. Cuando trepas demasiado alto lo normal es que caigas.

Nadie sabía qué había pasado entre ellos aunque todos querían saber. Y el folclore popular decidió que había sido Héctor el que había tomado la decisión, que se había aburrido, hartado o simplemente, habría conocido a otra mujer.

Martina, prudente como siempre, calló la realidad y aguantó los ataques arremetiendo contra el imbécil que le tocara en turno, como había hecho tiempo atrás. Héctor no solía ya ni reprenderla y como ya le quedaban pocos días allí, no tenía el por qué reprimirse.

Rogelio le había hecho una carta de recomendación que el propio Héctor había firmado y ya la próxima semana tenía dos entrevistas de trabajo. No, no se moriría de hambre ni mucho menos.

Sin embargo, sí se cogió los días de vacaciones que le quedaban liquidar, para irse al pueblo costero que tanto le gustaba, a relajarse.

Unos días más y estaría fuera de allí. Pasaron los días rápidos. El último estaba siendo el más difícil. No dejaba de mirar a su compañeras, de mirar la puerta del despacho de Héctor…quizás fuese el día en el que menos rindió en trabajo desde que entró en la empresa.

Era media mañana, vio a Héctor salir del despacho con su maletín.

*Se va.*

Sintió una loza en su interior. Quizás y muy probablemente fuera la última vez que lo viera. Se colocó de lado en su silla pero aún así notó su aroma al pasar, ni lo miró.

*Se acabó. Así acabó.*

Los ojos se le llenaban de lágrimas que intentaba aguantar. Carmen no dejaba de observarla cada vez que Héctor estaba cerca y prefería tragarse las lágrimas antes de que aquella víbora la viera llorar por él.

Carmen y el resto se alegraban de que aquella relación se hubiese acabado y no ocultaban su alegría delante de ella, todo para hacerla sentir aún peor.

*Te ven ahogándote y en vez de tenderte la mano, te atan a una piedra.*

Se levantó para ir al baño, se cruzó con Eli que le hizo una mueca.

La próxima semana la llamaría desde Torremolinos para decirle que ya no regresaría al trabajo.

Se cruzó con Diana y casi chocan

—Ups —dijo la recepcionista—. Como ya no tengo que hacerte una reverencia al pasar, le dijo.

*Me lo estáis poniendo realmente difícil esta semana, más que ninguna.*

—A veces se me olvida —añadió entre risas.

—Si es que al final todos vuelven a su lugar —Carmen salía del baño—. El oso a su cueva, las aves al sur…las ratas a su alcantarilla.

*Si al final no voy a poder irme de aquí sin cagarme en la puta madre de todas estas.*

—Ha sido un placer llevar la razón, Martina —le dijo Carmen—. Nunca fallo.

Martina se acercó a ella, tanto que Carmen tuvo que retroceder.

—El verdadero placer para ti ha sido volverlo a ver solo —respondió por fin—. Pero da lo mismo. Te tiene gran estima, Carmen, y muy bien valorada por tu trabajo. Pero nada más. Aún eres joven.

Avanza o acabarás más amargada aún si es que se puede. Y vieja. Y sola.

Se retiró de ella y se alejó .

—¡Pero qué dices, loca! —le respondió de malos modos Carmen, alzado la voz. Martina se giró hacia ella.

—Lo que nadie se atreve a decirte aunque lo piense.—. miró a Coral y a Diana—. Y ellas no te hacen ningún bien si te crean esperanzas en otra cosa.

Coral y Diana emblanquecieron.

—Ni siquiera ellas lo creen realmente, es solo para que las trates mejor que al resto aquí —añadió—. Crearte falsas esperanzas es la única forma que tienen de librarse de los malos modos con los que sueles tratar a los que están a tu cargo.

*Y no me tires más de la lengua que hoy tengo leña para repartir.*

*Más de la que crees.*

Martina se encogió de hombros antes de entrar en el despacho de Rogelio. Un refugio a medio camino para que no se lanzaran a su cuello.

*Ellas no tienen culpa de lo tengo por dentro. Pero que les den igualmente.*

Cerró la puerta del despacho de Rogelio, dentro estaba Eli y él, hablando sobre algo pero callaron en cuanto oyeron la disputa en el pasillo del baño. La miraron sorprendidos.

Martina no aguantó más, le brillaban los ojos. Eli enseguida acudió hacia ella. En cuanto Martina sintió los mullidos brazos de Eli a su alrededor, apoyó la cara en su hombro y rompió a llorar.

Rogelio estaba contrariado, no sabía si atender a Martina o quedarse en su lugar. Se oían murmullos fuera. Carmen seguía despotricando como loca.

*No tenía que haberlo pagado con ella. Podría haber discutido de mil formas, de esas que sí se merece. Pero no por Héctor.*

Recordó a la abuela Lola. Decisión y consecuencias. No le gustaban y ni siquiera estaba segura de que su decisión había sido la correcta. Héctor le advirtió sobre Erica y ella no le dio importancia, pero no podía dejar de oír en su mente aquella conversación, aquel “Sabes el por qué. Sigo perdidamente enamorado de ti”. Una de las advertencias de la abuela Lola, “nunca un hombre que aún ame a otra”. Jamás.

No podía detener el llanto. Todo desaparecía, Héctor, su trabajo, sus compañeras…la nada la estaba invadiendo.

Ni siquiera Carol había podido aconsejarla. Una parte de su gran amiga la entendía pero por la otra la acusaba de haberse rendido demasiado pronto. Pero no era capaz de arriesgarse a más. A pesar de la fachada dura, de su genio, era una auténtica cobarde. Unos pocos meses junto a Héctor habían bastado para llevarla al abismo. No er una imbécil, sabía que la conversación podría estar manipulada, pero la duda la mataba y no quería arriesgarse a nada más.

Se apartó de Eli y tomó aire pero este no llegó hasta sus pulmones.

Miró a Rogelio que permanecía inmóvil en su sillón. Estaba segura que no tardaría en contarle

a Héctor el numerito con Carmen y su llanto en el despacho.

Se giró para mirar la puerta, no era capaz de salir de allí, si hubiese podido, escaparía por la ventana.

—¿Mejor? —le preguntó Eli.

Martina negó con la cabeza.

—No hace falta que sigas —le dijo Rogelio con voz suave—. Vete a casa.

Agradeció sus palabras. Se limpió la cara con ayuda de Eli.

—Tendrás unos días al menos para tranquilizarte —le decía Eli.

Martina la miró y en silencio y pareció comprenderla. Volvió a abrazarla y ahora fue Eli la que contuvo las lágrimas.

—Aún así te entiendo que lo hagas —le dijo Eli. Rogelio se levantó y se situó junto a ellas.

—Martina —le dijo—. En nombre de la empresa…., ha sido un honor.

Martina asintió agradeciendo sus palabras.

—A donde vayas, serán afortunados —le tendió la mano como hizo el primer día. Ahora aquel primer día parecía tan tan lejano.

Cuando se vio con fuerzas salió del despacho, cogió su abrigo y su bolso y salió de allí, sin más despedidas, como si fuera un día normal a pesar de salir dos horas antes.

Cogió su Mini y lo condujo camino a casa. Las maletas la esperaban en la entrada, las metió en el maletero y volvio a conducir hasta Torremolinos. Allí estaría completamente sola, era lo que necesitaba. Estar sola frente al mar.

Sus padres tenían allí un piso en primera línea de playa, muy cerca de tíos y primos, los cuales de momento no quería avisar de que estaba en el pueblo.

Soltó las maletas en su habitación y salió a la terraza, como buen piso de playa, una terraza acristalada enorme, en forma de ele rodeando el contorno del piso. Allí sus padres tenían un sofá junto a las cristaleras. Solía ir a estudiar allí épocas previas a los exámenes, la soledad y la tranquilidad del mar la relajaban, aunque dudaba de que esta vez pudieran hacerle bien alguno.

Se duchó, se cambió de ropa y se recostó en el sofá. Miró hacia el mar durante…perdió la noción del tiempo. Lloraba, se recuperaba, se enfurecía, volvía a llorar…hasta que sintió un extraño cansancio. Le escocía la cara.

Miró su móvil. Sus padres la respetaban, no hicieron comentario alguno, no preguntas, solo silencio. También la abuela Lola guardaba silencio. Alicia ya ni siquiera preguntaba cómo se encontraba y Héctor…

Leyó sus últimos mensajes:

“Quiero que hablemos”, “Esto no puede terminar así”, “Martina, deja que hablemos”.

Sabía que la pena de Héctor pasaría, y todo se tornaría en enfado y llegaría a odiarla. Ella había pasado por eso las dos veces que la dejaron.

Pasaron los días. Ni siquiera había regresado a Málaga para las entrevistas. El trabajo le daba igual. Quizás viajara fuera, seguiría formándose. Cuando se encontrara mejor recapacitaría y diseñaría qué hacer con su vida. De momento tenía que centrarse en ella misma. Era medio día, había comprado pescado para comer, no comía otra cosa allí que pescado al horno. Lo más fácil de cocinar, de todos modos apenas comía. Pasaba horas paseando, en la terraza con la mirada perdida mientras repasaba los meses anteriores en su mente como si fuera una película de cine mudo.

Su móvil sonó. Tardó unos instantes en reaccionar. Podría ser un nuevo trabajo, no dejaban de llamarla para entrevistarla. Pero no, era su madre. Le extrañó por la hora, a esa hora su madre estaba trabajando.

—Martina —le dijo. Notó a su madre dudosa—. Han ingresado a la abuela Lola.

El corazón de Martina saltó dentro de su pecho y se dio la vuelta por completo.

—¿Qué? —los ojos se llenaron de lágrimas de nuevo y ya le quedarían pocas.

—Ahora mismo está estable…pero los médicos nos han aconsejado que avisemos a todos los familiares.

No pudo responder. Sollozaba encorvada en el sofá.

—No quiero que conduzcas así. Ven en taxi, ya iremos por el coche. Pero ven ya…

Se levantó del sofá, buscaba desesperada su bolso. No se paró a hacer las maletas. Dejó todo tal y como estaba, tiró el pescado en la basura camino al coche. ¿Un taxi? Un taxi no llegaría a tiempo.

Condujo veloz camino a casa, ni siquiera sabía que su coche tenía tanta potencia. Supuso que si no se mataba por el camino, le lloverían las multas y le faltarían puntos para pagarlas. Pero en mucho menos tiempo del que esperaba, llegó hasta el hospital. Aparcó el coche o más bien lo dejó tirado en el primer hueco que encontró.

Salió corriendo, no podía esperar la cola del ascensor, subió las escaleras hasta la planta en la que se encontraba la abuela. Sus padres, tíos y primos se encontraban en el pasillo. Sus expresiones al verla no auguraban nada bueno. Su madre miró la hora en su reloj de pulsera, sorprendida de la rapidez con la que había llegado. Martina ni siquiera reparó en su familia, entró en la habitación.

Una enfermera cambiaba los cables miró a Martina y sonrió. —Abuela —la llamó.

Al oír su voz la mujer reaccionó.

—Mi niña —su voz era apagada y los ojos de Martina se llenaron de lágrimas. Le cogió la mano a la anciana con fuerza.

*No abuela, ahora no, por favor. Te necesito.*

La abuela Lola le apretó la mano con poca fuerza.

—Estáis todos aquí —dijo la mujer—. Esto se acaba…

La cercanía de lo oscuro no mermaba las neuronas y la abuela era consciente de todo. Martina se sentó junto a la cama y apoyó su frente sobre el brazo de la abuela.

*No me dejes sola, por favor*.

—Todo lo que sientes ahora, lo sé —le dijo la mujer—. No tengas miedo.

Martina le apretó el brazo.

—Lo tengo —le confesó.

La abuela Lola abrió los ojos levemente y la miró.

—Eres fuerte, joven… —sonrió—. Y he tenido la suerte de tenerte a mi lado tantos años.

Martina la abrazó.

—Te quiero, abuela —le dijo al oído.

La besó.

—Prométemelo, Martina —le dijo la mujer con voz casi inaudible.

Martina se retiró levemente de ella, lo suficiente para verle la cara completa.

—Qué quieres que te prometa —estaba desconcertada. La abuela Lola abrió algo más sus enormes ojos y la miró con firmeza.

—Que cuando él lo haga, dirás que sí —le dijo con voz algo más audible—. Que aceptarás.

Martina frunció el ceño, tomó aire desconcertada, los pulmones no le funcionaban al completo con el corazón tan engurruñado. Aún así, y entre sollozos, asintió. Su abuela pestañeó despacio.

—Ahora quiero dormir —dijo la anciana finalmente.

Martina respiraba por la boca sin dejar de mirar a su abuela, que iba cogiendo el sueño poco a

poco.

La enfermera volvió a entrar, comprobó el gotero y el estado de la mujer. Salió a la puerta.

—Es mejor que entren si quieren estar con ella —dijo.

Martina cerró los ojos y volvió a apoyar la frente sobre el brazo de su abuela. Su familia rodeó la cama, pero ella no fue capaz de moverse para mirarlos. Sintió una mano en su nuca, no sabía si sería de su padre o madre, le daba igual. La persona que más quería en el mundo se iba, se desvanecía, desaparecería. Nunca más oirá su voz, sus sabios consejos. Aquellas largas conversaciones que le hacían ver la vida con otros ojos. Aquello no volvería. Y no sabía cómo iba a acostumbrarse a su ausencia.

—Ya —oyó decir a la mujer de su tío—. Ahora está descansando.

Martina apretó el brazo de Lola con fuerza y rompió en sollozos y sonido guturales que no recordaba emitir desde los berrinches que cogía de niña. Cuando llegaron los celadores, entre su padre y su tío tuvieron que apartarla de su abuela.

Martina salió al pasillo. Aquello parecía un sueño, el peor de ellos.

Miraba a su familia y no la reconocía, como si la estuviese viendo a través de una pantalla. Oyó las ruedas de la camilla, y vio salir a los celadores de la habitación con su abuela envuelta en un sudario blanco.

Rompió de nuevo a sollozos, no podía creer que era su abuela la que estaba sobre aquella cama que iba camino al ascensor, camino a las cámaras funerarias. Su madre bajó con los celadores.

Notó a su padre a su lado. Pero Martina no podía decir palabra.

—A esta le va a costar —oyó decir a su tía y sabía que se refería a ella—. Era la que más ceca estaba de ella.

Tomó la dirección contraria a por donde se habían llevado a la abuela y bajó por las escaleras.

Ya en la calle buscó un banco y se sentó. Todo parecía normal, una tarde cualquiera, la gente pasando. Pero nada era igual, una persona nunca más estaría entre ellos. Estaba nerviosa, temblorosa. No sabía si salir corriendo de allí, si beberse una botella de alcohol o tirarse por un barranco. Las tres cosas le daban exactamente lo mismo.

No se separó del cuerpo de su abuela tan solo unos metros durante todo el velatorio, más que para ducharse y cambiarse de ropa. Ni comió ni durmió.

Tras el velatorio y la misa, llevaron la caja de su abuela hasta la tumba de su abuelo. Atravesaron parte del cementerio, su padre, tío y primos llevaban la caja sobre los hombros, ella los seguía junto a más familiares y amigos de la familia, demasiada gente según Martina, que quería que el momento fuera íntimo. Llegaron hasta una tumba con el apellido de su familia, un nombre y una fecha. Allí, bajo aquella lápida, su abuelo esperaba a la abuela Lola desde hacía unos años.

Cuando levantaron la tapa, Martina llegó a ver la oscura caja de madera donde reposaban los restos de su abuelo. Allí abajo, sobre él, depositaron la caja mortuoria de Lola. Martina dejó caer en el interior la corona con la banda “Tu nieta no te olvidará” escrita en ella.

Se apartó para dejar a los demás despedirse de su abuela. Ella lo hizo con una suave caricia a una esquina de la caja.

Tomó aire. Su vida cambiaba por momentos y no precisamente a mejor.

Cerraron la lápida y la sellaron. Más ramos y coronas fueron depositadas sobre ella y Martina ya se empezaba a hartar del paseíllo de tantísima gente que le daba un beso y ánimo para afrontar la pérdida.

Levantó sus párpados cansados y tuvo que pestañear para ver realmente lo que estaba

ocurriendo frente a sus ojos. Héctor, con un traje de chaqueta negro, estaba depositando una corona de flores sobre la lápida de su abuela.

# *No me lo puedo creer.*

Luego se dirigió hacia los padres de Martina, besó a su madre y tendió la mano a su padre. Fueron solo unos minutos, hablaban sobre algo. Luego emprendió su camino hacia Martina, la más apartada de la familia.

Durante el velatorio, Luisa, Eli sus compañeras habían pasado a verla, como Carol, o sus amigas. Algo normal, pero no esperaba a Héctor.

Se situó ante de ella.

*Y que el último día que te vea sea el más triste de mi vida.*

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Acabo de enterrarla… —sonó algo muy lejos a la cordialidad.

*Cómo voy a estar. Hecha una puta mierda.*

—Lo siento —le dijo él. Pero Martina estaba tan seria que no le vio intención de darle ningún beso cordial.

Martina bajó los ojos.

—Gracias por venir —le dijo sin embargo.

Héctor miró hacia la lápida.

—Todos los días no se conoce a una mujer como ella.

*Nunca conocerás a otra.*

—Rogelio está tramitando…, aún eres empleada, de vacaciones, pero…tu baja será dos días después.

No había caído en la cuenta, le daban exactamente igual esos dos días más de permiso.

—Te lo digo para cuando vayas a recoger…

—No tengo prisa por ir a recogerlo —lo cortó ella.

*Como si no voy a recoger el finiquito.*

Héctor le dio una palmada en el hombro y se marchó. Martina tomó aire y rompió a llorar de nuevo.

# Martina

Habían pasado tres días y la vida seguía aunque no tuviese ganas de vivirla. Estaba en su habitación. Casi, la señora del servicio llamó a su puerta.

—Ha llegado un correo certificado.

Martina lo abrió. Era una cartulina celeste, no ponía absolutamente nada en la portada, la abrió.

"¿Puedo volver a invitarte a soñar?"

En un hueco tenía un nuevo billete de avión para París, la reserva del hotel y una ubicación y una hora, para aquella misma noche.

*Está completamente loco. Mi abuela lleva tres días enterrada, no quiero soñar y menos con él.*

Dejó la cartulina sobre la mesa y se dejó caer bocabajo sobre la cama. Llevaba tres días recuperando todo el sueño atrasado.

*Cuando él lo haga dirás que sí. Prométemelo.*

Se puso las manos en la cabeza.

*Joder, abuela, hasta después de muerta…joder.*

Maleta en mano llegó al hotel, el mismo que la otra vez. No vio a Héctor por ninguna parte.

Esta vez la ubicación no era en el propio hotel, así que cogió un taxi que la llevó hacia donde pasearon aquella noche tras la cena.

Anduvo durante rato, mientras se arrepentía de haber acudido a la cita.

Ha *vuelto a hacerlo otra vez. Hacerme venir hasta aquí, muerta de miedo y llena de dudas. Pero aún así con una ilusiónn inexplicable.*

Llevaba un abrigo grueso, las temperaturas eran bajísimas. Se colocó la capucha del parka de plumas, que enmarcaban su cara con un abundante suave pelo gris.

Divisó a Héctor, que también deambulaba solitario con un elegante abrigo y una bufanda que le cubría hasta la barbilla. En cuanto la vio, se retiró un poco la bufanda para mostrar su cara entera. Le sonrió pero Martina no fue capaz de devolverle la sonrisa.

Apenas los separaba medio metro, ni siquiera se saludaron con besos cordiales. Ninguna cercanís, solo se miraban.

—¿Por qué me has hecho venir hasta aquí? —le preguntó ella, casi en un reproche.

Héctor sonrió con picaresca.

—¿Por qué has venido? —replicó él.

—Por otra razón muy distinta.

*Lo prometí.*

Héctor rió.

*¿Y de qué se ríe? Madre mía…*

Los nervios la invadieron y las rodillas le temblaron, y no precisamente de frío.

—Pero aceptaste —insistió.

—No tenía elección —le dijo ella y a él pareció divertirle aún más su respuesta.

*Ay, que esto ha sido una encerrona de la abuela Lola y este…Madre mía.*

—Ella lo sabía —dijo Martina y no era una pregunta.

Héctor frunció el ceño, Martina podía deducir que era teatro puro.

—¿Sabía qué?

—Que me invitarías a venir —ahora encajaba. Habían hablado a sus espaldas y le pareció tan tierno que hasta la enfurecía el abanico de sensaciones que recorrieron su pecho y estómago. La abuela Lola y Héctor tramando a su espaldas…

Héctor frunció el ceño.

—Exactamente no sabía que iba a invitarte a venir… —Héctor entornó los ojos hacia ella.

Martina estaba desconcertada.

—Entonces… —ya no entendía nada.

—Has venido por voluntad propia —sonrió Héctor.

Él rió y tanto le encantaba su sonrisa que no puedo evitar imitarlo.

La abuela Lola no dejaba de sorprenderla hasta después de muerta.

—¿Qué prometiste exactamente? —preguntó él.

Héctor había ganado terreno hacia ella. Apenas los separaban unos centímetros.

Martina descorcertada, negó con la cabeza.

*No tengo ni idea de lo que prometí.*

—Entonces estoy de suerte hoy —le dijo él sin dejar de sonreír—. Puedo pedirte que no dejes la empresa, que vuelvas a mi casa, o simplemente que vuelvas conmigo… y dirías que sí.

—No te confíes —le respondió con ironia—, también podría mandarte a la mierda. Lejos de ofenderse, Héctor rió. Luego negó con la cabeza.

*Deja de jugar. Qué habéis tramado para mí.*

—No quiero pedirte que vuelvas empresa, ni que vuelvas a mi casa…

Estaba tan cerca de ella que pensó que la rodearía con los brazos, algo que ella estaba deseaba con fuerza. Pero no lo hizo.

—Ni siquiera que volvamos a empezar —añadió.

Puso la pequeña caja de terciopelo azul entre ellos. La abrió.

—Quiero pedirte que te cases conmigo.

*Ay, abuela…*

Casi perdió el equilibrio. Martina miraba el anillo y luego a aquel hombre maravilloso que lo sostenía. Apenas podía verlo con claridad la tenue luz les daba de fondo la gran torre que tanto le gustaba a Héctor.

Solo sabía que brillaba, casi tanto como los ojos de Héctor.

*Cuando él lo haga dirás que sí. Esto era…*

Los ojos se le llenaron de lágrimas, por el momento, por el hecho, por el por qué, por el recuerdo del ser que le acompañó toda su vida.

Porque aunque ya no estuviese junto a ella, su abuela se aseguró de estar presente en el que sería el momento más especial de su vida.

Miró a Héctor a los ojos. Había vuelto a invitarla a soñar, esta vez más que nunca. Con lo que acababa de hacer había enviado una ráfaga de claridad a sus dudas respecto a él y las había apartado lejos. No la engañaba, realmente la quería a ella. Héctor nunca había pedido matrimonio a ninguna mujer. No se podía hacer a lo loco algo como aquello si no se estaba completamente seguro de ello. —¿Quieres casarte conmigo? —preguntó él.

Aún no se había recuperado de la sorpresa. Algo que ni se le había pasado por la cabeza. Realmente pensaba que en París Héctor volvería a engatusarla, pero esto se escapaba todo sueño que pudiera tener respecto a el.

No podía haber otra respuesta. Aunque no lo hubiese prometido no la habría.

—Claro que sí —sonrió.

Héctor ahora sí la rodeó con los brazos y la besó.

El anillo le estaba perfecto. La talla la había medido por uno de los anillos que Martina había dejado en el joyero en su casa.

—Hablé con ella varias veces —le decía él camino del restaurante—. La última vez fue ella quién me llamo.

Martina prestó atención.

—Me dijo que iban a ingresarla y que… —continuó y Martina supuso el final de la frase—. Me preguntó: "Qué eres capaz de hacer por mi nieta". Y le respondí: "Casarme con ella".

Martina rió.

—Así que ella me dijo "Hazlo, dirá que sí, y yo estaré allí".

Martina rió, los ojos le brillaron. Héctor la abrazó y le limpió las lágrimas.

—Cuando lo haga prométeme que dirás que sí —repitió Martina y Héctor sonrió—. Aunque no lo hubiese prometido…hubiese dicho que sí. Volvió a abrazarla.

—Entonces a la primera la llamaremos Lola —dijo él entre risas.

—¿Qué? —Martina lo empujó—. No pienses que te voy a decir que sí a todo a partir de ahora. No, no, de eso ni hablar.

—Vale, pero en cuanto lleguemos rompes la carta de dimisión —la miró con ojos desesperados—. Por favor.

Ambos rieron. Llegaron al restaurante, al mismo donde cenaron la primera vez. Héctor le abrió la puerta para que entrase. Martina abrió la mano y se miró el anillo con la luz de la fachada del restaurante.

Apenas había podido verlo con la escasa luz de la calle. Héctor no solía escatimar en nada y menos lo haría en algo como aquello. No quería pensar el efecto que causaría en su regreso a Málaga. Luego miró hacia el cielo, oscuro, alumbrado por algunas estrellas.

*Abuela, te quiero.*